

LA CATARSIS ZIMMERMAN

MIGUEL ÁNGEL MAROTO NEGRETE



Letrame
Grupo Editorial

© Derechos de edición reservados.

Letrame Editorial.

www.Letrame.com

info@Letrame.com

© Miguel Ángel Maroto Negrete

Diseño de edición: Letrame Editorial.

Maquetación Epub: Nicolás Gómez

Diseño de cubierta: Rubén García

Diseño de portada: Begoña Zamora Maroto

Supervisión de corrección: Celia Jiménez

ISBN: 979-13-7054-457-7

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)».

Nunca encontraré las palabras que expresen cuánto os quería, aunque en ocasiones mis actos contradijeran mis emociones. Solo puedo asegurar que hasta la última coma de esta novela está impregnada de vuestra esencia y que daría lo que fuera por reencontrarme con vosotros, en un tiempo anterior a la llegada de amistades, amores, éxitos y fracasos. Y, simplemente, volver a dormir a vuestro lado.

*A los que prendieron la mayoría de mis rebeliones.
A mis padres.*

De pasiones, sacrificios y cegueras.

Oviedo. Viernes, 5 de junio de 1986

Nadie que no creyera en sus virtudes podría correr con el ímpetu de Víctor, no a las ocho de la mañana. Su determinación por convertirse en un actor de prestigio provocaba que cuerpo y espíritu se alinearan con el mismo propósito. A su alrededor, comenzaba un trasiego silencioso. Las amas de casa acudían al mercado en busca de la mejor pieza de carne y, los ancianos, sentados en los incómodos bancos de la plaza del Fontán, auguraban el típico chaparrón primaveral. Algunos apostaban a que el cielo descargaría al mediodía; otros, por la tarde. En cualquier caso, nada podría estropearles su partida diaria de mus.

Pasados diez minutos, Víctor seguía corriendo, porque, a los veintiún años, correr no es un verbo problemático. Bajo el brazo, un trabajo mecanografiado sobre el teatro inglés del siglo XIX. Estaba cerca de su destino, la Escuela de Artes y Oficios Artísticos de Oviedo. Al doblar una esquina, Víctor chocó con una anciana que cargaba con la compra. Aunque el impacto no logró volcarla, los alimentos quedaron esparcidos por la acera y el trabajo de Víctor, estampado en un charco formado por la irregularidad de los adoquines. Lo recuperó rápido y, alternando maldiciones con disculpas susurradas a la anciana, sacó a relucir su timidez y retomó su marcha sin atenderla. La anciana se quejaba de cómo habían cambiado los tiempos mientras recogía del suelo medio kilo de peras limoneras. Puede que lo perdonara de inmediato, porque a las personas de físico agraciado se les perdonan antes sus pecados.

Ocho y veinte. Víctor entró sigiloso al salón de actos de la escuela para ensayar *La rebelión del predicado*, obra teatral de posguerra censurada por el régimen franquista. Don Amador Culebras, profesor de Artes Escénicas, indicaba a sus alumnos el plan de trabajo para las tres horas que duraba su clase. Víctor avanzaba de puntillas por el pasillo central del patio de butacas, aprovechando que don Amador estaba de espaldas a él.

—Señor Zimmerman, llega tarde, como de costumbre —dijo el hombre que parecía tener ojos en la nuca.

Úrsula y Hugo, los dos mejores amigos de Víctor, observaban desde el escenario el enfado del profesor, que detestaba la impuntualidad de sus pupilos. Insistía en dignificar la profesión de actor con una disciplina férrea que contrarrestara la frivolidad social hacia las artes. Para Víctor fue una sorpresa que lo eligiera de protagonista. De hecho, fue la única ocasión en que don Amador elogió a un alumno. «Posee una naturalidad nada maniquea, es creíble», fueron sus palabras exactas.

Pasada la reprimenda, Víctor se fijó en la escenografía que, por primera vez, se presentaba ante sus ojos. Nadie pudo imaginar aquel despliegue de medios de don Amador: desde los diez pupitres *años cuarenta* para simular una escuela hasta una pizarra antigua con oraciones analizadas por él mismo. Un atrezo minucioso para arropar las limitadas interpretaciones de su alumnado. Don Amador dio dos palmadas seguidas de un «comenzamos» contundente. Los alumnos tomaron posiciones en el escenario. Úrsula y Hugo se metieron entre bambalinas a repasar su texto hasta que llegara su turno, y Víctor, aún impresionado, se situó frente a la pizarra. Era la primera escena de la obra, donde Víctor se metía en la piel de Senén, un maestro de mediana edad, natural de un pueblo castellano.

LA REBELIÓN DEL PREDICADO

ACTO I

ESCENA 1

Mañana de marzo de 1943. Escuela de Alcalá del Júcar. En clase de gramática, el maestro SENÉN JUÁREZ escribe una frase en la pizarra. Se da la vuelta y comienza a explicar a sus alumnos las partes de una oración.

SENÉN:

Como sabéis, el sujeto se encarga de definir «el quién» dentro de una oración, un aspecto de vital importancia para su entendimiento. El problema es que con el sujeto no basta. Necesita de un predicado que lo complementa. De no ser así, ese «quién» permanecerá hueco, inmóvil. A

menudo, con los seres humanos ocurre algo parecido.

En cuanto Víctor declamó su primera intervención, don Amador detuvo la escena.

—Señor Zimmerman, ¿se puede saber qué le ocurre?

Se hizo el silencio entre los estudiantes y Víctor agachó la cabeza de inmediato. En el cuerpo a cuerpo, don Amador era poderoso y nadie quería acabar con la autoestima más mermada de la cuenta.

—Usted no se ha parado a analizar la frase «con los seres humanos ocurre algo parecido», ¿verdad? La vomita sin ninguna intención, cuando deberíamos verle las entrañas a través de sus ojos. Así que haga un esfuerzo por empatizar con su personaje. ¿Qué busca Senén, señor Zimmerman?

—Supongo que... ¿rebelarse contra lo establecido?

—Error. La sociedad solo es el pretexto. Senén lucha contra un enemigo mucho más peligroso que una norma social: lucha contra sí mismo. ¿Por qué? Porque está perdido, tiene miedo. Y es de sobra conocido —y si no lo sabe, ya lo aprenderá— que en ocasiones podemos convertirnos en nuestros peores enemigos.

Don Amador concluyó su corrección con la misma mirada perdida que le exigía a la actuación de su pupilo. Reconoció que le sacaba de quicio la pasividad de las personas, por no estar seguro de enfrentarse a alguien tímido o estúpido. Víctor, abochornado, regresó a la pizarra. Hasta cinco veces repitió aquel texto, empleando a la desesperada la técnica de imitación. El resto de escenas se sucedieron entre rectificaciones constantes a los protagonistas y fallos de Carlitos, un alumno escuchimizado que, con su leve tartamudeo, precipitaba las palabras hasta el error. La desesperación de don Amador iba en aumento. Deseaba que pronto hubiera preinscripciones suficientes para cribar al que no atesorara un mínimo de talento. El timbre que marcaba el final de la clase quebró su discurso alarmista. Úrsula y Hugo se percataron de la preocupación de Víctor, que salió espantado del auditorio. A continuación, otras tres horas de Literatura del Teatro, donde Víctor entregaría un trabajo arrugado y seguiría profundizando en sus inseguridades.

Dos de la tarde. Los alumnos del último curso acabaron media hora antes debido a las molestias de doña Petra, la profesora embarazadísima de su cuarto hijo. Afuera, los nubarrones amenazaban con descargar toda su ira. Víctor, Úrsula y Hugo caminaban por una acera estrecha, bloqueando el paso a otros viandantes obligados a adelantarles por la calzada. Hugo le recordaba a su amigo que era un gran actor y que por eso el profesor le exigía tanto. Víctor reconocía que le costaba meterse en el papel, sin poder explicarse por qué. Úrsula opinaba que era complicado abordar un personaje tan mayor y diferente a él, pero a Víctor no le consolaba tanta teoría bienintencionada.

—Tengo que conseguirlo —sentenció Víctor, evitando excusas.

Comenzó a llover. Por delante, un puente de cuatro días que parecía diseñado para que los estudiantes prepararan los exámenes finales. Hugo y Víctor ya se despedían cuando Úrsula los agarró del brazo y los condujo bajo una cornisa. Ya a cubierto, Úrsula propuso pasar el puente en la casa de campo que sus padres tenían en Tuña, un pequeño pueblo a unos sesenta kilómetros de la capital. A Hugo le entusiasmó la idea, pero Víctor no se decidía. A tres semanas de acabar el curso, no podía arriesgarse a suspender alguna materia. Úrsula, mostrando una actitud responsable que no coincidía con sus hábitos, insistió hasta convencer a su amigo. Los tres lo celebraron como si fuera la primera noticia agradable que recibían en sus vidas.

—En dos horas os recojo. ¡Y prohibido echarse atrás! —amenazó Úrsula con desparpajo.

Acertaron los ancianos que apostaron por el mediodía. La lluvia ya caía torrencial, obligando a los tres amigos a dispersarse. Aun así, parecían contentos, excitados..., ¡jóvenes!

Víctor, tumbado en su cama, intentaba descifrar unos apuntes de escenografía prestados por Carlitos, el tartamudo. Un grito de Matilde, su madre, lo desconcentró. Dejó los folios en su escritorio, junto al portarretratos con la foto de su padre, Björn Zimmerman, y fue a la cocina. Matilde no daba abasto. Preparaba a Víctor un enorme bocadillo de paté, al tiempo que sazónaba un filete de salmón para Braulio, su nueva pareja.

—Mamá, ¿por qué voceas?

—Cuando vives con un sordo, tratas a los demás como si también lo fueran. Escucha, que no perdáis el tiempo allí, por favor.

—Vamos a estudiar, mamá.

—Eso espero, porque, si no, tendrás que buscarte un trabajo, como he hecho yo. A Braulio apenas le salen chapuzas.

—Mamá, sabes que quiero ser actor. Se lo debo a papá.

—A tu padre no le debes nada. Él querría que siguieras tu camino.

—Habría elegido ser actor de todos modos.

—Eso nunca lo sabrás. ¿Has vuelto a soñar con él?

—Sí, pero me despierto enseguida y al día siguiente no recuerdo nada.

Víctor salió de la cocina bastante serio. Como empezó a preparar la maleta justo cuando Úrsula ya apremiaba desde la calle, Matilde se ofreció a ayudarlo.

—Hijo, siempre te tienen que esperar. Está todo manga por hombro.

—Me falta espacio. Deberíamos habernos quedado en la otra casa.

—Era demasiado grande, demasiado cara y con demasiados recuerdos. ¡Las camisetas arrugadas, qué desastre! A ver si encuentras una mujer que te meta en vereda. Úrsula quizá...

—¿Por qué dices eso? Solo somos amigos.

—Veo cómo te mira. A esa chica le gustas.

—Tú qué sabrás...

Matilde hizo un amago de contestar, pero optó por el típico gesto pícaro que precedía a una pregunta personal.

—Y a ti, ¿te gusta?

—Calla, mamá.

—Ay, Víctor, nunca me cuentas nada.

—Eres mi madre, no mi amiga —respondió Víctor con una media sonrisa.

—Seguro que a tus amigos tampoco les comentas nada.

—Me da vergüenza.

—Pues cuando actúas no tienes tanta, así que imagínate que estás en una obra de teatro y cuéntame lo que pasa por esa cabecita.

—No hay nada que contar.

—Cuidado, que Úrsula es muy guapa. Como te descuides, tu amigo Hugo se te adelanta.

—¿También le has notado miradas cómplices?

—No, porque apenas lo he tratado.

—Mejor, así no descubre lo loca que estás.

—No es de locos querer que a tu hijo le cuiden como Dios manda.

—¿Dios? ¿Desde cuándo invocas a Dios?

—El ateo era tu padre. Yo solo me he distanciado de él.

Víctor se santiguó mofándose de su madre y se agachó a atarse los cordones de las zapatillas antes de retomar la conversación.

—Aun así, lo mejor sería aprender a cuidarme solo, ¿no crees?

—Si en veintiún años no lo has hecho...

—Por suerte, te tengo a ti.

—Pero yo no voy a vivir eternamente.

De repente, las facciones de madre e hijo se endurecieron.

—No uses chantajes emocionales.

—Son frases de madre —se defendió Matilde.

—Pues me dejan muy mal cuerpo.

—Por lo menos sirven para que lo verbalices, que hay que arrancarte las palabras con sacacorchos. Además, prefiero decirlas en voz alta y que me escuche alguien, para variar.

Víctor aprovechó el comentario de su madre para contraatacar.

—¿A ti Braulio te cuida?

—Sí, es muy atento, aunque el otro día se me cayó un bote de conservas en mi pie y claro, no me escuchó maldecir.

—Pero tú lo quieres, ¿no, mamá?

—Sí, o puede que me dé pena, no lo tengo claro. Querer, lo que se dice estar enamorada, de un noviete de juventud y... bueno... de tu padre.

—¿Un novio? Eso no me lo has contado.

—Eres mi hijo, no mi amigo —dijo torciendo la boca a modo de venganza.

—Y lo de papá no lo has dicho muy convencida.

—El amor se acaba.

Matilde hizo la segunda pausa y Víctor pasó a peinarse frente a su espejo, continuando con el interrogatorio:

—Y si no quieres a Braulio, ¿por qué no lo dejas?

Matilde empezó a reírse ante la ocurrencia de su hijo.

—Eso, primero viuda y después divorciada. Me tirarían piedras desde los balcones. Necesito un hombre cerca, aunque no lo entienda. Entre tu padre con el sueco y Braulio con los signos, estoy apañada. Además, no sé por qué me propones que lo deje. Me quedaría sola, porque tú pronto echarás a volar.

—O no.

—Serías el primer actor casero que conozco. Si triunfas, viajarás por todo el mundo. Con Úrsula, por ejemplo.

—Y dale, que solo somos amigos.

—Entonces te acompaño yo. Sería tu asistente personal. No hay nadie que te conozca mejor que yo y soy de fiar.

—Lo tendré en cuenta —dijo Víctor sin tenerlo en cuenta.

—Por si acaso, no te olvides de echar ropa interior limpia. A esa chica le gustas. La mirada, recuerda.

—Es de mirada intensa porque es actriz.

—Lo que tú digas. ¿No te gusta ni un poco?

—No sé, ¿qué dice mi mirada?

—Que estás deseando darme nietos.

—Mamá, no te enteras de nada. ¡Que no me gustan los niños!

El claxon del coche de Úrsula volvió a sonar. Víctor cerró la maleta y Matilde la cogió como si fuera ella la que pretendiera desaparecer. Dijo adiós a su padrastro desde lejos, pero Braulio se había quedado traspuesto. Recogió su bocado y salió al rellano. Matilde se acercó para darle dos besos y, al darle la espalda, Víctor la obsequió con una de esas miradas de agradecimiento que valorarían las expertas en la materia. Matilde, por su parte, lanzó un suspiro que barruntaba que el pájaro andaba cerca de abandonar el nido.

En la calle, la lluvia dejaba su impronta. Dentro del coche, Úrsula y

Hugo se pasaban un porro y cantaban a gritos la canción «Gloria», de Umberto Tozzi, inventándose la letra porque en la radio pincharon la versión original. Víctor soltó la maleta y comprobó que su madre estaba asomada en la ventana para despedirse, como de costumbre. Sonrió y entró en el coche. Tras las recriminaciones por la tardanza, Víctor hizo un esfuerzo para compensarlos y participó de cada propuesta de sus amigos: porros, cánticos y una euforia desmedida por vivir otra aventura de juventud... *la mattina nasce il sole, entra odio ed esce amore, dal nome Gloria...*

Horas más tarde, el cielo encapotado anticipaba la noche en las afueras de Tuña. Úrsula activó el intermitente derecho de su Renault 5 para adentrarse en la senda paralela al río Faixerua. Tras cinco kilómetros donde el barro salpicó el coche como si fuera el lienzo de un pintor abstracto, se detuvieron ante una verja oxidada que Úrsula abrió con el primer mando a distancia que caía en sus manos.

—De pequeña la bauticé como la mansión mágica.

—¿Eras de las que creía en hadas y duendes? —preguntó Hugo.

—Qué va. Le puse ese nombre porque era el único lugar donde mis padres parecían felices.

Nada más entrar, se encontraron con un hórreo destartado que jamás sirvió para almacenar comida. Al fondo, una armoniosa casa de corredor. Úrsula aparcó frente a la puerta principal y los tres amigos salieron del coche a toda prisa para no empaparse. Ya dentro, un olor a cerrado abofeteó las pituitarias de los estudiantes. Úrsula fue directa al cajetín de los plomos para subir los interruptores, pero fue inútil. Continuaban a oscuras y a ninguno se le ocurrió alumbrar la puerta con los faros delanteros del coche. Víctor preguntó cuánto llevaba la casa cerrada.

—Unos seis meses —respondió Úrsula, agobiada.

Hugo ironizó con la posibilidad de que su padre hubiera dejado de pagar las facturas, a lo que Úrsula contestó con una bomba:

—No le interesa, utiliza la casa de picadero.

Sus amigos se quedaron boquiabiertos. Úrsula le pidió a Hugo, con la misma facilidad con la que contaba intimidades, que abriera el cajón del aparador de la entrada para sacar una caja de cerillas y velas. Hugo obedeció y lo primero que agarró fue una cerámica.

—Es la Virgen de Covadonga. Le falta un brazo. Mi madre le reza mucho —aclaró Úrsula.

Encontradas las cerillas, Hugo partió la primera que intentó encender.

Con la segunda tuvo más suerte y aprovechó para iluminar su rostro, imitando al vampiro Nosferatu. Úrsula cerró la puerta y respiró aliviada. Colocó una vela en el candil rococó situado sobre el aparador y empezó a recorrer el pasillo. Una imagen aterradora, de no ser porque Hugo ironizaba sobre la brillante idea de invitarlos a pasar unos días en aquel «paraíso». Úrsula, conteniendo la risa, confesó su preocupación por parecer mala anfitriona. Hasta el punto de no quejarse cuando le cayó una gota de cera en el pulgar de su mano derecha. Los tres avanzaban con los truenos de banda sonora, como espectros decididos a amedrentar a quien osara no seguir a rajatabla sus indicaciones.

La tormenta esperó a la medianoche para desatar todo su potencial. Úrsula consiguió leña para paliar la humedad que respiraba la casa y Hugo encendió el fuego. Mientras Víctor asaba unas patatas plagadas de caliches, los tres devoraron su bocadillo de paté. Así, con la luz que proyectaba la chimenea, se animaron a destapar parte de sus intimidades, como si el monóxido de carbono les empujara a sincerarse, a encontrar su lugar en el mundo.

—Lo último que escuché de mi padre antes de salir por la puerta fue una amenaza. Mi abuelo está enfermo y me advirtió que, si empeoraba, iríamos a visitarlo a Bilbao —comentó Hugo.

—Ostras, pues si ocurre, se nos acabó lo bueno—contestó Úrsula.

—No creo. Solo trata de quitarme la idea de ser artista. Se descompone cuando me escucha hablar de la escuela y, si mi madre me defiende, le aprieta una hostia. Luego ella sale con la excusa del resbalón en la bañera y listo. Prefiere mentir, aunque quede como la mujer más torpe del planeta —se sinceró Hugo con resignación.

—Pobrecilla. Al menos su esfuerzo tiene recompensa: sigues haciendo lo que te gusta. Mi padre, para opinar, primero debería averiguar a lo que me dedico —respondió Úrsula con más enfado que resignación.

—¿Y tu madre, Víctor, cómo lleva que seas actor?

—Regular, aunque bastante tiene con limpiar escaleras de sol a sol. Lo ha pasado mal.

—No me extraña, es que tu padre murió muy joven —contestó Hugo.

—Hace diez años ya. Con Braulio está bien, pero su día a día es más aburrido.

—Está con un sordo, muy aburrido no debe ser —replicó Úrsula.

—Quitando esa novedad, es tranquilo, plano. Mi padre era más imprevisible. No sé, supongo que se ha conformado.

—En general, el verbo conformarse suena triste —respondió Hugo.

—En eso mi madre es una experta —saltó Úrsula—. Últimamente no para de beber. Consecuencias de que tu marido sea un camionero putero. Ojalá huyera y lo dejara tirado como a un perro, aunque también me dé pena esa imagen.

—Igual la subestimas y está planeando cómo asesinarlo. ¿Te imaginas? —soltó Hugo.

La lumbre cobró protagonismo. Uno de los troncos resbaló y las pavesas saltaron como fuegos artificiales, suficiente para acallar por un instante los dramas que se desprendían de cada frase.

—En serio, Úrsula, espero que encuentre la manera de salir de ahí —añadió Hugo—, aunque tomar decisiones sea difícil. Y ya sabemos que...

—En cada decisión importante hay un drama que se oculta —contestaron los tres, en alusión a un texto que aprendieron en la escuela.

—¿Y cuál es el drama de tu madre, Úrsula? —preguntó Víctor.

—Quizá que es demasiado buena. O igual le pasa lo que a mí, que cuanto peor se porta mi padre, más lo quiere. Debería ayudarla.

—Y yo a la mía, aunque piense que solo lo hago por contentar a mi padre. Por eso me tiene que salir bien lo de ser actor. Sacrificaría lo que fuera para conseguirlo —sentenció Víctor.

—La palabra sacrificio tampoco me convence. Suena a religión.

—Ya salió el ateo —replicó Úrsula con sorna—. A la mía le gustaría que tuviera un plan B, o que la interpretación fuera ese plan B.

—Mi padre me tiene planeado un plan A, de «Arquitectura» —respondió Hugo resoplando—. Considera que sería la solución a nuestros problemas económicos.

—Seguro que se te daría genial, con los dibujos que haces —contestó Úrsula.

—¿Qué dibujos? —preguntó Víctor—. Hace un año que te conozco y no me he enterado de esa faceta tuya.

—Me relaja. Aun así, no sé si quiero ser actor. Me atrae más la dirección.

—Mejor, así ya tendrías a tu actriz fetiche.

—Serías un gran director de actores —recalcó Víctor—. En la obra lo haces genial.

—Quizá porque en mi caso...

—¿En tu caso qué? —preguntó Úrsula.

—Que entiendo al personaje porque tiene una edad similar a la mía.

La luz regresó sin previo aviso y sus reflexiones existenciales se esfumaron junto a la oscuridad. Lo celebraron, aunque sus pupilas tardaran en acostumbrarse al candor violento del fluorescente. Úrsula se abrazaba a Víctor cuando Hugo soltó un grito. Y es que, al girarse, se topó con una cabeza de ciervo clavada en la pared. Mientras los tres amigos se reían, Úrsula se puso en pie. Ya podía ejercer de anfitriona y enseñar la casa con detenimiento.

El lugar contaba con tres dormitorios, dos en la planta baja y otro en la primera, dos cuartos de baño y una gigantesca cocina con despensa, atestada de utensilios y latas de conserva caducadas. Úrsula aclaró por qué había una muñeca Nancy en cada estancia: fanática de la costura, Berta, su madre, aprovechaba las ausencias de su marido para tejer vestidos a las muñecas de su hija. Contrastaban con unas piezas de caza que el padre coleccionaba como cromos. Hugo se asomó por una ventana y, gracias a la luz de los faroles exteriores, contempló la amplitud de la finca. Justo enfrente, unos columpios se movían al compás de la ventisca, entrelazados como dos enamorados sin intimidad para desatar su pasión.

Al pasar a la habitación principal, descubrieron que una de sus tres camas estaba deshecha, con restos de sangre en la sábana bajera y un preservativo usado en el suelo. Úrsula, abochornada, se adelantó a dar explicaciones: «Mi padre ha estado aquí, es su firma; cambio las sábanas ahora mismo». El sarcasmo de Hugo mitigó el apuro de su amiga: «Menos mal, ya pensaba que tu madre me había hecho caso con lo de asesinarlo». Volvió a irse la luz para regresar casi al instante. Fue entonces cuando Úrsula propuso a sus dos amigos dormir juntos hasta que solucionara el problema con los plomos. Víctor y Hugo aceptaron, les divertía la novedad. Para terminar de eliminar tensiones, Hugo elevó a Úrsula por la cintura, la soltó sobre la cama manchada y comenzó a hacerle cosquillas. Úrsula alternaba aspavientos de asco con una risa floja incontenible. Víctor se apartó hasta que Hugo le invitó a unirse a la broma. Entonces se abalanzó

sobre sus amigos y, durante segundos, aplastó sus cuerpos sobre los fluidos de la amante ¿recién desvirgada?

A las dos de la madrugada, predominaba el sosiego, y de la tormenta, solo quedaban las gotas precipitándose desde las tejas. Los últimos ramalazos adolescentes de los tres amigos les empujaron a juntar las camas, su particular escenario para seguir desgranando miserias, aunque el sueño se imponía. Hugo y Víctor masticaban regalices rojos mientras escuchaban a Úrsula adelantarse al futuro.

—Jo, chicos, parece mentira que vayamos a terminar.

—Ha pasado rápido. Tengo curiosidad por saber lo que nos espera.

—Pues Víctor, la cola del paro. Somos estudiantes de segunda.

Víctor dio un manotazo cariñoso a su amiga para que dejara de echarse tierra encima.

—A mí me ha sabido a poco —reconoció Hugo.

—Es lo malo de llegar el último año, pero te queremos igual —dijo Úrsula.

—En la escuela de Bilbao, el ambiente era más frío. Al final me he alegrado de que trasladaran a mi padre a Asturias.

—¿Te costó mucho dejar aquello? —preguntó Víctor.

—Bastante.

—¿Alguna novia? —intuyó Úrsula.

—Qué va, no había nada que me retuviera. Mis amigos del instituto estudiaron otras carreras y allí solo tengo a mis abuelos. Puede que fuera miedo a lo desconocido.

—Seguramente, el miedo nos bloquea —contestó Úrsula.

—Sí. A toro pasado, descubres que era mucho peor imaginarlo, y un día, ni siquiera recuerdas por qué tenías miedo.

—Contado así, parece sencillo —insinuó Víctor.

—Puede que lo sea, ¿a ti nunca te ha pasado?

—Tener miedo sí, aunque no desaparece tan rápido.

—¿Y a qué le tienes miedo?

—A demasiadas cosas. A no tomar las decisiones adecuadas, a perder a

mi madre, a los fantasmas...

—Pero los fantasmas no existen.

—Pues para no existir, no dejo de toparme con ellos. En la obra, por ejemplo, el personaje de Senén me bloquea.

—Lógico, se debate entre sus deseos y su moral.

—Pero eso no debería afectarme.

—Sí, porque conecta con nosotros. La eterna lucha entre lo correcto y lo incorrecto; lo permitido y lo que nos prohibimos. Nos pasa a todos.

—Puede ser...

Ni Víctor ni Hugo repararon en que Úrsula se había quedado dormida. Víctor se acercó a su amigo para quitarle de su boca el último regaliz rojo y regresó a su postura inicial. Hugo, ante aquella reacción novedosa, decidió indagar:

—¿Qué te pasa? Nunca te había visto tan efusivo.

—Supongo que estoy contento de estar aquí —dijo Víctor.

—Yo también. ¿Qué tienes pensado hacer cuando acabemos?

—Debería asentarme en Madrid, pero da vértigo tanta competencia.

—El miedo de nuevo. Si te apasiona actuar, lo llevas en la sangre.

—Pero mi padre no tenía miedo. Emigró a España y lo arriesgó todo en teatros de segunda.

—¿Le echas de menos? —preguntó Hugo con reparo.

—Sí. Le encantaba improvisar, proponerme situaciones para que interactuara con él. Me pasaba horas dándole la réplica. Hasta me llegué a inventar un personaje, «Doña A». Mi padre se partía de risa cuando mantenía conversaciones ficticias con ella.

—Has tenido una gran escuela. Por eso creo que, con un poco de suerte, el éxito está asegurado.

—Tú también deberías salir de aquí. Como actor tienes muchas opciones y no lo digo para devolverte el cumplido.

—Es que me niego a hacer pruebas para que me rechacen una y otra vez. Mi umbral de frustración es bajo. Por eso prefiero dirigir, para ser yo el que diga «no» a los demás.

—Pues inténtalo. ¿Te imaginas que acabáramos los tres en Madrid? ¡Eh,

Úrsula!

Los dos se percataron, por fin, de que se había quedado dormida.

—Ostras, si es que son las tres de la madrugada.

—¿Nos vamos a dormir ya? —preguntó Hugo con la boca pequeña.

—Deberíamos si queremos rendir mañana. Mi madre tiene razón. Es guapa, ¿verdad?

—Sí..., mucho... ¿Nos fumamos el último? —sugirió Hugo.

Mientras los amigos salían para no ahumar la habitación, Úrsula abrió los ojos y sonrió.

Afuera, la temperatura invitaba a la charla distendida. Usaron los columpios para contar anécdotas y exponer futuribles donde encontrar esa felicidad de la que tanto les hablaron. Hugo comenzaba a acostumbrarse a un Víctor desatado en la muestra de sus sentimientos y, como suele ocurrir con los que tienden al silencio, parecía que realizara el mayor de los actos de generosidad. Así fue como Hugo, imitando a su amiga Úrsula, también empezó a sonreír.

Cinco cigarros después, los chicos regresaron en silencio a la habitación y se quitaron la ropa con la torpeza que genera la penumbra. Como Úrsula seguía dormida en la cama cercana a la puerta, Víctor se acostó en la del centro y Hugo en la que daba a la ventana. Afuera, una luna llena se abría paso entre nubarrones, y los dos amigos, como buenos artistas, la contemplaron embelesados. Pronto, Víctor se posicionó boca arriba y cerró los ojos. Hugo se recostó hacia su lado y estiró la mano hasta rozar la de su amigo, aunque Víctor no dio muestras de haberse enterado. No ocurrió lo mismo cuando sintió la cabeza de Úrsula apoyada en su hombro. Víctor abrió los ojos y se quedó quieto para no despertarla. Y justo cuando el sueño vencía a Hugo, la mano de Víctor se colocó sobre la de su amigo. Hugo se espabiló y buscó una complicidad en Víctor que no encontró. Este agarró con su brazo derecho a Úrsula para equilibrar aquella balanza de afectos que empezaba a decantarse hacia un lado. Por una vez, una imagen no valía más que mil palabras. Víctor, rodeado de devoción, se hizo el dormido durante un rato y Hugo se durmió de verdad, quizá con una

sensación cercana a la esperanza. Y es que cuando uno desconoce las intenciones de quien te remueve, el más nimio detalle se convierte en el mayor de los triunfos.

¿Recuerdas quién eres?

Madrid, finales de abril de 2019

Chispeaba. Fue el último recuerdo antes de quedarme dormido en el suelo. Desde las siete de la tarde me mantuve en un extraño duermevela por el ansiolítico que me recetó mi nueva psiquiatra, que no calibró bien la dosis de benzodiacepinas a mi metro noventa. Al menos, las pastillas evitaban que me recreara con mi lamentable situación, que tuvo su detonante con la muerte de mi madre hace dos años. Su pérdida supuso, además de una tristeza crónica, la activación de bombas predestinadas al reposo. Echo de menos esas conversaciones que me influían más de lo que demostraba. A veces me las invento, pero el diálogo no fluye. No encuentro ese equilibrio entre mojigatería y locura tan característico de ella.

Para colmo, su muerte me obligó a cuidar de Braulio, mi padrastro. Como su pensión solo cubría veinte días al mes en aquella residencia concertada, me hacía cargo de él los días restantes. No tenía trabajo, así que no me importó que me asignaran los fines de semana. Al principio disimulaba delante de Braulio, aunque pronto no hizo falta: además de sordo, mi padrastro estaba perdiendo la cabeza. No fue la muerte de mi madre lo que le enloqueció. Sus antepasados arrastraban una amplia variedad de enfermedades mentales, pura genética.

Lo único que me salva de la bancarrota es un exiguo subsidio por desempleo y un ingreso anónimo de trescientos euros durante el último año. Traté de averiguar quién estaba detrás de semejante acto de filantropía, pero la persona en cuestión se aseguró de mantener su anonimato intacto. Podría ser un admirador oculto forrado de pasta, aunque nunca consideré que mi carrera pudiera provocar algún tipo de fenómeno fan. A finales de mes me angustio, por si a mi benefactor se le acaba la caridad. Menos mal que los únicos caprichos de mi padrastro consisten en portar una llave grifa que usaba cuando era fontanero y engullir bocadillos de chorizo a palo seco.

Está harto de los purés de la residencia. Cada viernes se pregunta por qué Dios eligió llevarse a mi madre en vez de a él, que era el que no pintaba nada en este mundo. Nadie lo esperaba, nadie lo quería —salvo yo, supongo— y no le quedaban objetivos por cumplir. Es curioso, porque, si lo pienso, esta descripción también podría definirme a mí.

La lluvia no terminaba de hacerse presente; yo, tampoco. Seguía mimetizado con el suelo y, cada vez que me espabilaba, el salón parecía más desangelado que la mirada anterior. Y es que poco a poco me deshice del mobiliario selecto, piezas acordes a un estatus de actor exitoso que perdí sin despeinarme. Solo conservé la mesa principal de *Dareels*, un par de sillas de *Ton* mal encoladas y un sillón orejero, herencia de mi madre. El resto lo vendí por internet, y me da rabia. Si no me hubiesen robado aquella lámina original de Picasso, tendría liquidez para pagar las facturas de los siguientes cuatro años. Pequé de confiado con aquellos traficantes de arte que vendían sus obras en subastas oficiales para, justo después, asaltar la casa del comprador y revenderlas en el mercado negro. Al menos no repararon en mi juego de tazas de plata, obsequio de la Unión de Actores por la nominación al mejor actor secundario de teatro, aunque tengan más valor sentimental que monetario.

Quién me iba a decir que me fundiría tan rápido el patrimonio de tres décadas. Se me comían los demonios de imaginarme a mis compañeros incluyéndome en la lista de malgastadores de fortunas. Lo sé porque yo formé parte de esas charlas donde se despellejaba sin piedad al fracasado. Y es que, por mucho dinero que amasáramos, ninguno teníamos asegurado un futuro artístico. A lo sumo, un presente, y la mayoría nos conformábamos con alimentarnos del pasado. En mi caso, solía rememorar la ovación del público tras la última representación de *Tres sombreros de copa* en el teatro Calderón de Madrid. Mantenía la ilusión de triunfar con otra obra, aunque ya no localizara a mi madre emocionada en el patio de butacas.

Estaba tan soliviantado que me desperté. Mira que me di tres meses de plazo para abandonar el tratamiento por trastorno agudo de ansiedad que me diagnosticó el Dr. Cortázar, el primer psiquiatra al que acudí tras la muerte de mi madre. Lo elegí sin referencias, me atrajo su apellido de escritor. En

la primera consulta, le insistí para que me mandara un tratamiento suave que me permitiera seguir con mi rutina. Ni caso. Su orgullo de facultativo no consentía propuestas de sus pacientes. Fue a partir de ahí cuando me gané la fama de actor problemático, pero es que me quedaba frito por los rincones. Llegué a perder varios trabajos por este motivo: un anuncio de un seguro médico en el que solo tenía que gesticular, y otro en una compañía teatral *amateur* que buscaba un actor de renombre que les diera el espaldarazo definitivo. Una lástima, los ingresos habrían servido para llenar mi nevera en más de una ocasión.

Entre mi pasividad inducida y los bandazos que di hasta encontrar un psiquiatra que estableciera contacto visual, pasó año y medio... hasta que di con Concepción López. Tampoco me mira mucho, pero considera mi opinión y huele tan bien... Llevo solo tres sesiones con ella y desde la primera me exigió que la llamara Conchita, que Concepción le sonaba a persona mayor sin carisma. Bien, pues Conchita, además de mandarme drogas más sutiles, era partidaria de métodos menos invasivos. Me sugirió que escribiera todo lo que se me pasara por la cabeza con el fin de ampliar información y analizarla en nuestras sesiones. Aunque me pareció una estupidez que asociaba a los diarios ñoños que escribíamos de pequeños, pasé por el aro. Y eso hago, escribir. Una o dos veces por semana, tampoco nos volvamos locos. Ni noto mejoría ni voy a peor, que ya es un logro. Eso sí, ya que hago el esfuerzo, he pensado en estructurar los escritos en capítulos con intención de publicarlos a medio plazo. Tengo conocidos en varias editoriales que estarían interesados, aunque solo sea por el morbo que destila un personaje tan acabado como yo. Nunca se me dio mal escribir, aun sin poseer ese estilo propio que valoran los entendidos. De hecho, me tacharán de intruso. «Míralo, como no lo llaman de lo suyo, se dedica a contar sus mierdas», dirán cargados de razones. Me trae sin cuidado, necesito la pasta.

Me puse en pie sobre las once. No era de recibo pasarme el día de mi cumpleaños tirado como una colilla. Mis extremidades luchaban por no desmoronarse. «¿Y Águeda? Seguro que ha venido y no la he escuchado. ¡Qué desastre!», pensé en cuanto me empezó a regar el cerebro. Me

equivocaba. En el móvil no tenía ni llamadas perdidas ni mensajes. Conclusión: Águeda había pasado de mí. Me acerqué a la mesa y descubrí que las velas de mi tarta, con forma de dos cincos, se habían derretido sobre la primera capa de chocolate, convirtiendo aquel manjar de diez euros en una plasta incomedible. ¡Cincuenta y cinco años! Se me ha ido la vida volando —debería haber reflexionado—, pero en mi caso el vértigo del paso del tiempo me acompaña desde los doce, por convivir con la ausencia de mi padre. También puede que fuera un espíritu envejecido de nacimiento. Al final, a base de eliminar capas, probé un trozo de tarta.

En la televisión emitían *Brokeback mountain*, película que siempre consigue revolverme. Tocaba la secuencia en la que Ennis del Mar golpea con rabia una pared tras despedirse de su inesperado amante, Jack Twist. Este se aleja contrariado porque Ennis no fluía igual que auspiciado por el anonimato de las montañas. En aquel momento, a Ennis le pudo el miedo y reprimió sus emociones, con la presión añadida de una sociedad que nunca ha dejado de dañar al diferente. Cuánta razón tenía mi profesor de teatro, don Amador, cuando decía que en ocasiones podemos convertirnos en nuestros peores enemigos, ¡cuánta! De haberme sentado en el sillón, la habría visto de nuevo, pero hay películas que no conviene revisar por los posibles paralelismos de su argumento con el nuestro. Cambié de canal y recogí la mesa para que Sanidad no me multara por ambiente insalubre. Al levantar la mirada, lo único que seguía en su sitio eran las dos hileras de marcos anclados en la pared, con fotografías personales de distintas etapas. Así es la capacidad de síntesis del ser humano y la mía en particular, hasta el punto de resumir una vida en apenas dos metros cuadrados de superficie. El último marco, con toda la intención del mundo, seguía vacío.

En el canal seis repetían el programa sensacionalista *¿Recuerdas quién soy?*, encargado de recuperar a famosos olvidados. Lo dejé de fondo; da vergüenza ajena, pero entretiene. Escuché un aviso en el ordenador. Un usuario de Wallapop, con alias *Fran_cosasclaras*, estaba interesado en la mesa de *Dareels* en la que me apoyaba. Como aún me quedaba otra plegable, me lancé. La puse a la venta por quinientos euros, pero me ofrecía trescientos y yo debía encargarme de los costes del transporte. En el punto

medio hallé la virtud. Cerré el trato por cuatrocientos y él se encargaría de recoger la mesa. En el fondo, el tal Fran, desdiciéndose de su *nick*, no tenía las cosas tan claras. ¡Qué pena! Fue un regalo de mi abuela Alfonsa. La voz de mi psiquiatra Conchita se hizo presente: «No te aferres a lo material, no tiene valor». Para ella era fácil decirlo. A Conchita la vida nunca dejó de sonreírle: trabajo estable, marido cañón y dos hijos sanos, aunque el mayor era de corte bobalicón, casi lerdo. Y, para colmo, eligió una profesión en la que, al escuchar los problemas de sus pacientes, minimizaba los propios. Así sí se pueden dar consejos, Conchita, así sí. Ni qué decir tiene que, antes de enviarle este escrito, eliminaré cada frase donde la nombre.

Me dieron las tres de la madrugada. Perdí la noción indagando por internet en los perfiles de compañeros de profesión, gracias a la conexión del vecino de enfrente. Solo a mí se me ocurría empaparme de instantáneas felices, vídeos vacacionales o peloteos para conseguir trabajo. Apagué el ordenador en un arrebato de amor propio y orgulloso de controlar el impulso de contactar con Ramón, un guardia jurado con el que me aficioné a practicar sexo en línea durante el último año. Jamás quedábamos en directo, en parte porque nunca me atreví y porque Ramón se conectaba desde su trabajo, durante el turno de noche. Solo nos tocábamos, nos ordenábamos y cortábamos sin despedirnos. Nuevas rutinas que incorporé a raíz de la muerte de mi madre. Era contradictorio. Saciaba mis pulsiones, pero al acabar me sentía la persona más sucia del planeta. No por tener que rendir cuentas a nadie, sino por gastar los cartuchos tan a destiempo y con la persona menos indicada. Pensándolo mejor, puede que la somnolencia fuera un efecto secundario aconsejable en mis circunstancias.

Era hora de acostarse si quería que me cundiese la mañana en busca de un trabajo que nunca llegaba. En la tele, el presentador de *¿Recuerdas quién soy?* lanzaba la artillería pesada contra su invitado. Por suerte, ya transitaba hacia un nuevo episodio de adormilamiento gracias a la dosis de medianoche. Agarré una manta y regresé al suelo, que fue donde me quedé tras escuchar los últimos aplausos.

Al día siguiente me despertó la enésima pesadilla hiperrealista, una constante que me acompaña desde pequeño. Dudaba ante el espejo entre enfundarme el disfraz de dinosaurio o el de Bob Esponja, menos desgastado por la falta de uso. Me decanté por el primero, nunca tuve predilección por los iconos actuales. Salí de casa sin desayunar, no por guardar la línea, sino por no tener nada que roer. Debía ganarme el pan con el sudor de mi frente, en este caso literal, porque el traje de dinosaurio daba un calor espantoso.

Cada mañana elegía un lugar distinto para exponer mis escasas dotes de mimo. Aunque había luchado por ejercer en exclusiva mi profesión, tuve que recurrir a otras opciones: teleoperador, quiromasajista, reponedor... Nada. Mi currículum no engañaba a nadie. Era un artista en busca de un plan «C» que abandonaría en cuanto asomaran las dos primeras letras del alfabeto. Hasta probé a echar las cartas, a veinte euros por sesión, pero para triunfar en el ocultismo hace falta ser buen orador, tener descaro y creerse tus mentiras, características de las cuales solo dominaba la primera. A mi edad estás desahuciado para cualquier trabajo. Te limitas a interpretar el papel de despojo que te han asignado, papel que he bordado últimamente.

Mi intención era probar suerte en Plaza de España. A menudo acudía una anciana que repartía bocadillos a los desfavorecidos. Ya me había tocado uno de salchichón y otro de paté, mi favorito. Lo único que, como la solidaridad no se estila, corrió la voz y la semana pasada se le amontonaron más de cuarenta indigentes. Desde entonces, ha desaparecido. Supongo que, estresada, cambiaría de zona o se dedicaría a disfrutar de su vejez. Aún mantengo la esperanza de que un día regrese y me ofrezca una cata en exclusiva de bocadillos *gourmet*. Acabé en la Puerta del Sol, dando por válido el chivatazo de que Ricky Martin firmaría discos en un conocido centro comercial, forma neutra que usan los periodistas para evitar decir «El Corte Inglés» cuando no hay patrocinios de por medio. Como era de esperar, la zona estaba atestada de niñas histéricas —a pesar de ser *vox*

populi que Ricky Martin es gay—, saltándose la escuela y acompañadas de sus padres, que igual también faltaban a sus trabajos. Ay, los padres, esos grandes cómplices, esos grandes culpables.

Elegí bien el disfraz. Contabilicé dos Bob Esponjas, tres Doras Exploradoras y otro que no reconocí, aunque a los niños les resultaba familiar. Se me ocurrió lanzar un rugido prehistórico para llamar la atención, pero solo sirvió para atemorizar a una niña paralítica que ya de por sí tenía cara de asustarse con facilidad. Los padres, en vez de reforzar la autoestima de su hija, me obsequiaron con insultos variados. Peor para ellos. Lo que no consiguieran solucionar ahora, tendrían que invertirlo en psicólogos a una media de cincuenta euros la hora. Que me lo dijeran a mí.

La competencia se endureció con la llegada a media mañana de Jacinto, el aviador, con su llamativo número de levitación. Podría imitarlo, pero mi costado acusaría el estar cuatro horas apoyado en una peana. Abandoné el lugar con cinco euros que guardé como un tesoro. Antes, llevé a cabo mi ritual de reparto de octavillas:

«VÍCTOR ZIMMERMAN»

Reconocido actor, se ofrece para actuar en comuniones, cumpleaños, despedidas de soltera/o, fiestas y funerales. Horario flexible. Interesados, contactad en este correo:
vzimmermanactor@gmail.com

En mitad de la calle Arenal sentía que me asfixiaba. Aguanté con la cabeza de dinosaurio puesta hasta el metro de Ópera, porque, según una estadística de mi cosecha, podría cruzarme con algún fanático de Parque Jurásico, como así ocurrió. Conseguí cuatro euros más, poco si se compara con los sesenta mil que gané por el remake de *Atraco a las tres*, un fracaso rotundo de crítica y público producido por aquel magnate italiano podrido de dinero. ¿Fue a la cárcel? No lo recuerdo. En total nueve euros, que ya daban para comer y casi cenar. Con el desayuno del día siguiente iba más apurado. Tanto el dinero del subsidio como el de mi fan anónimo se iba en amortizar las financiaciones de caprichos precrisis y recibos varios. La luz

ha vuelto a subir, qué desastre.

De regreso, pasé por el teatro Valle Inclán, que durante dos años fue mi segunda casa. La última obra que representé allí fue *Muerte de un viajante*, en el rol de Charley. Aguantamos solo cinco meses en cartel, lo que duró la presencia de un desmotivado Lucio Sacristán como Willy Loman. Era la segunda vez que se metía en la piel del protagonista y, en cuanto saneó sus cuentas, se bajó del proyecto. Me sorprendió que el teatro estuviera abierto en horario de mañana, casualidad que aproveché para entrar sin permiso. El *hall* seguía desangelado, no habían invertido un duro en su remodelación. Eso sí, el *merchandising* era más agresivo. Si antes solo aparecíamos en la portada exterior, ahora cinco cartelas a todo color colgaban también del techo de la sala, con los protagonistas de la obra *Cara de culo*. Actores salidos de plataformas digitales y con un guion predecible. La moda manda. Me metí por el pasillo izquierdo, seguro de lo que iba a encontrarme. Allí seguía el cartel enmarcado de la obra *La taberna de los cuatro vientos*, con mi imagen detrás de la actriz Cuqui Penella, en un tamaño considerable para ser actor de reparto. Al observarlo, atraje el recuerdo de mi madre en el teatro. Con la Penella hizo buenas migas. En el camerino, antes de la función de los martes, recordaban batallitas con los hombres. Puede que a mi madre le sirviera para recuperar por unas horas ese espíritu macarra que perdió junto a mi padre. Con esa nostalgia, regresé al *hall* para eludir regañinas por profanación de espacios. De repente, del patio de butacas salió un grupo de niños de unos diez años, acompañados de una joven monitora desquiciada ante sus chillidos.

—¡Silencio, por favor! En el teatro no se dan voces —dijo gritando.

Su paciencia acabó cuando los niños me vieron vestido de dinosaurio. Se desató la histeria y la monitora cambió de registro sin mediar palabra.

—¡Que os calléis ya, me cago en la puta!

Uno de los niños se puso a llorar y yo me quedé aterrorizado ante la representante de la generación Z. Un choque generacional en toda regla.

—¿Y usted qué cojones hace así vestido?, que me asusta a los chiquillos.

—Creo que lo que sale por tu boca asusta más que mi disfraz.

—Me la suda, ya se está largando de aquí.

—¡Ordinaria!

—¡Cabrón!

Me retiré con uno de mis rugidos cutres de tiranosaurio, sembrando el caos suficiente para fastidiar a la monitora deslenguada. Conforme me alejaba calle abajo, me di la vuelta y vi que una de las niñas se apoyó en el cristal de la puerta de entrada, dispuesta a despedirme. Yo, ilusionado por llamar su atención, empecé a reproducir gestos propios de un ser extinto. La niña seguía allí, impasible. Al introducir pasos de baile descoordinados, se obró el milagro: su mano ascendió lentamente por el cristal y su dedo corazón se elevó hasta alcanzar su máxima elongación, consiguiendo su principal objetivo, que no era otro que dedicarme una peineta.

Poco después, mi escenario cambió por completo. Sentado en la terraza de un bar, reflexionaba sobre lo caprichoso del destino, las diferencias generacionales y la despedida de la jodida niña. Se acercó Patricio, el jefe, con un bocadillo contundente de calamares por el módico precio de dos euros. Le pagué y volvió a entrar sin dirigirme la palabra, extraño en él porque era de sus clientes preferidos. Al comprobar que había una nueva camarera con ropa ajustadísima, intuí lo que ocurría, así que, en cuanto terminé de comer, me levanté y entré en el bar.

—Patricio, te quería comentar... ¿Tú no me prometiste que cuando se fuera tu camarero, me darías trabajo?

—¿Qué dices?, te lo diría de broma.

—Hablabas en serio; por eso te ha dado vergüenza sacarme tema de conversación. Joder, que sabes que llevo meses sin trabajar.

—Ya, pero tú no tienes ese cuerpo.

—Ah, es eso, quieres follártela. ¿Te quieres follar a esa cría, Patricio?

—Te estás pasando, vete a tu casa.

—¿A tu mujer le parece bien, te ha ayudado con el *casting*? Eres un cerdo sin palabra.

—Y tú un fracasado de mierda.

Si mis afirmaciones ya le habían encendido, tirar con la cola del disfraz los platos de café lo terminó de enfurecer. Patricio saltó la barra con una elasticidad impropia en alguien de su edad y comenzó a darme puñetazos.

Aunque el disfraz amortiguaba parte de los golpes, mi cara se llevó la peor parte. En mitad de la pelea, dos adolescentes con acné inflamatorio grabaron la escena con su móvil desde una de las mesas. Otra muestra de la evolución generacional, solo que en aquella ocasión no estaba para filosofar. Me estaban dando una paliza.

No recuerdo cuánto tardé en llegar a mi casa. Las contusiones ralentizaron mi memoria geográfica. Además, no dejaba de sangrar. «Qué escandalosa es la cabeza cuando sangra», diría mi madre. Me escondí en mi guarida con intención de no abandonarla jamás. Y es que, cuando creía haber tocado fondo, ocurría algo que me recordaba que el fondo no tiene límites. Y de remate, llamaron a la puerta. Era Águeda, la amiga del alma que me dio plantón el día de mi cumpleaños. Su silueta exuberante tras el cristal contrastaba con mi cuerpo ensangrentado en el sillón orejero. «Ya se marchará», pensé... No, no lo hizo. Igual que yo había intuido su silueta, ella intuyó la mía.

—Víctor, abre, por favor. Perdóname, me acordé de tu cumpleaños, pero al salir de trabajar tuve bronca con Rober. Le dije que era un vago maltratador y que su madre me odiaba porque cocinaba mejor que ella. Fue nombrar a su madre y se puso agresivo. Me metió una hostia y me estrelló el móvil contra el suelo, por eso no pude avisarte. Acabo de conseguir otro de segunda mano... Lo he dejado. Bueno, me ha dejado él. Quería denunciarme por haberle incitado a ser violento, tócate los pies. Víctor, Víctor...

—Abre tú, yo no puedo abrirte.

—¿Por qué? Joder, pues no sé si me he traído las llaves.

—Que me han pegado.

—¿Cómo?

Escuché a Águeda revolver su bolso, bastante alterada. Es lo último que recuerdo antes de perder el conocimiento.

Mientras Águeda curaba mis heridas, me reafirmaba al incluirla en mi selecto grupo de imprescindibles. La conocí hace cuatro años, tras publicar un anuncio solicitando asistenta de hogar a media jornada. Me habían contratado como secundario fijo en una serie de época y eso era incompatible con la tarea casera más básica. Participar en aquella serie de sobremesa fue exasperante. Aunque alimentara mi vanidad de actor, verme a diario en la pequeña pantalla quemaba mi imagen. Además, suponía un retroceso tras el éxito de los últimos años: nominaciones a premios, películas, obras de teatro... currículum suficiente para optar a proyectos en *prime time* como mínimo. Por entonces, Luisa Negrete —mi representante durante veinte años— ya mostraba su hartazgo por nuestras exigencias e indecisiones, así que zanjó mis dudas en una sola frase: «Si Carmina Maura ha trabajado las tardes, tú no vas a ser menos».

Hasta encontrar a mi ayudante hogareña, entrevisté a medio centenar de mujeres y solo dos hombres. Y eso que el feminismo ya era un movimiento social con empuje. Nunca había dirigido un *casting* y, además de sentir el poder que conlleva la toma de decisiones, supuso un experimento antropológico. Había perfiles de lo más variopinto: un nini costalero, una prostituta desesperada por dejar la calle o una universitaria con dos carreras, un máster y tres idiomas, símbolo del fracaso de la cultura del esfuerzo. Águeda se presentó de las últimas. Era peluquera y maquilladora, pero su jefa la contrató a media jornada para encargarse solo de permanentes y teñidos. Quitando su apariencia de choni de barrio —vestida con dos tallas menos de lo que le correspondía—, se la veía resolutiva y lista, ya que por entonces no discernía si también era inteligente. Aunque el primer año apenas coincidimos, cumplió con rigurosidad mis instrucciones. Regresaba el orden que destila una cama recién hecha, comidas caseras en la nevera o el olor a lejía perfumada en cada estancia... hasta que mi madre enfermó. Supuse que Águeda se limitaría a cumplir con sus labores, que no atendería

a una enferma que, como mucho, aspiraba a cronificar su estado de salud. La subestimé.

Mi madre se trasladó a Madrid hace quince años, en cuanto mi estado civil pasó de casado a divorciado, para que no estuviera solo, repetía con insistencia. No le dio pereza cambiar de entorno. Prefería estar cerca por si volvía a tropezar, aunque nunca fui de los hijos que se aferran a sus padres en las adversidades, nunca gasté ese cartucho. Su marido Braulio tampoco puso impedimentos, como si su sordera lo anestesiará de los conflictos que conllevan las decisiones importantes. Ellos organizaron su transición a la gran ciudad, un trasiego excesivo para dos personas que ya coqueteaban con la vejez. Yo no fui de gran ayuda; no paraba de trabajar y, si contabilizaran las veces que fui a visitarlos, les habría compensado quedarse en Asturias. Pero a mi madre le bastaba con coincidir bajo el mismo cielo que yo, según sus palabras.

Un día empezó con mareos, pero como tenía la tensión baja, era fácil sacar conjeturas benignas: la edad, la polución, el estrés de Madrid... Nunca pensamos que estuviera desarrollando un cáncer de pulmón. Cuando se encontraba peor, la obligaba a quedarse en mi casa a regañadientes, porque una cuidadora no soporta ser cuidada. Aunque Braulio ayudaba en lo que podía, su sordera era un hándicap difícil de gestionar. Con semejante panorama, Águeda evolucionó hasta convertirse en mis manos y pies. Asistente de hogar, enfermera y, a la postre, confidente, rol alimentado por los cientos de partes de salud telefónicas. No sé si fue su carisma o que fuera de las pocas personas que conocían a mi madre en Madrid. El caso es que se convirtió en mi mejor amiga, por no decir la única. En el mundo artístico, tener un amigo es como encontrar un joven con buena dicción, complicado. Además, Águeda fue testigo de mi decadencia laboral. Eso une bastante. Por desgracia, el año pasado consiguió su ansiada jornada completa en la peluquería y tuvo que dejarme. Aunque mis problemas económicos no me hubieran permitido un lujo como ella, nuestra relación personal no dejó de crecer. De hecho, en los últimos meses me ha surtido de comida y otros productos de primera necesidad. Lo hace esporádicamente,

para que mi orgullo no reaccione a la contra. Yo le doy las gracias con la boca pequeña y mantengo una ridícula pose desinteresada... hasta que se va y me lanzo a la comida cual perro hambriento.

Si hago balance, he de decir que me siento en deuda con cada una de las mujeres que han pasado por mi vida. Con mi madre, con mi ex, con Águeda y con la mujer que me ingresa trescientos euros cada mes. Esto último no podía asegurarlo, pero la experiencia me ha enseñado a asociar la solidaridad con el universo femenino. Y para colmo, Águeda retomaba conmigo sus dotes de enfermera.

—Menuda paliza te ha pegado ese hijo de puta. ¿Tú le has dado?

—Qué va, solo me defendí.

—Lo denunciarás, imagino.

—No creo. Mi madre adoraba a Patricio.

—Pues él a ti no. ¿Hay más gasas?

—No, solo papel higiénico.

—Te pondré tiritas. Vas a rabiar cuando te las quites.

Águeda abrió su bolso de Mary Poppins y sacó un botiquín de viaje tan horteramente como el bolso.

—¿Qué hiciste ayer? —me preguntó mientras me pegaba las tiritas.

—Nada especial. Me desperté y leí las felicitaciones cínicas de mis compañeros de profesión.

—Ya, cada trabajo tiene su parte oscura. Las peluqueras somos cotillas y los actores, hipócritas. Hay que asumirlo. ¿Y por la tarde?

—Vino Mónica, echamos un polvo y se fue.

—La misteriosa Mónica. Podrías presentármela, que no la conozco ni en fotos.

—Ya da lo mismo. Lo va a intentar de nuevo con su marido.

—¿Es cierto o es que no te fías de mí? Seguro que piensas que voy a airear tu relación igual que hago con las de mis clientas. Pues que sepas que, aunque me cueste, sé guardar secretos.

—Es solo que no me gusta hablar de estos temas.

—Vale. Y después del polvo de despedida, ¿qué hiciste?

—Me tomé una pastilla, me tumbé en el suelo y me desperté sobre las

once de la noche.

—Ay, Víctor, de verdad, no puedes seguir así.

Nos interrumpió una llamada de teléfono. Era su jefa, experta en hacerse presente justo cuando Águeda estaba a punto de aleccionarme: «Te voy a decir una cosa»... Llamada. «Me tienes muy harta»... Llamada. «No puedes seguir así»... Pues claro, llamada. Pensé en distintas respuestas hasta que colgó. Al final elegí la menos hiriente para ambos:

—Lo dices como si me encantara esta forma de vida.

—De entrada, deberías dejar de tomar pastillas, son el demonio —dijo, señalándome con su dedo inquisidor.

—El demonio es esta sociedad de mierda.

—Eso no está en tu mano cambiarlo.

—Tampoco lo que está en mi mano. Ay, que me duele.

—Normal. Esto no sé si es patada o puñetazo.

—Puñetazo, patadas no me dio, creo.

—Qué considerado.

Entonces me fijé en Águeda con el firme propósito de poner el foco en sus penurias.

—¿Y lo tuyo? Te he visto el moratón, por mucho que lo tapes con las gafas de sol.

—Mira que le dije a la de la óptica que eran pequeñas... Puñetazo, de mi novio. Últimamente cierra el puño.

—¡Qué cabrón! Tú sí que deberías ir a la policía.

—Estoy enganchada. Me atraen los tíos con un punto agresivo.

—Mujer, creo que este tiene punto y medio.

—Que yo le pegué más a él. En cuanto me toca se siente culpable y deja que se las devuelva. Pero ya no hay vuelta atrás, se ha terminado.

—Eso espero, si no, igual intervengo yo.

—No necesito salvadores, y como me tengas que defender tú, estoy apañada. Volviendo al tema, y por la noche, ¿qué? Me pondrías verde por dejarte tirado en tu cumpleaños.

Aproveché para beber, que se sintiera mal durante los siete segundos que duró mi trago.

—No, remoloneé un rato y acabé roque en el suelo de nuevo.

—Joder, qué triste, aunque no fue peor que lo mío. Cuando llegué a casa, puse la tele y vi el final de una película de vaqueros maricones.

—Se llama *Brokeback Mountain*.

—¿Esa es la que querías que viéramos juntos?

—Sí, pero como ya has visto el final...

—Había un hombre abrazando a una camisa, no me enteré de nada. Otro día la vemos. ¿Quieres que me quede contigo esta noche? Total, ya no me espera nadie en casa.

—No hace falta. Estoy dolorido, pero puedo moverme.

—No pienses que lo hago solo por ti.

—Entonces quédate. Nos han pegado a los dos, habrá que celebrarlo.

—Venga, pues cuando salga de currar, cojo algo para picar y vuelvo.

Fue marcharse Águeda y recibir la llamada de un número desconocido. Dudé si descolgar. La agresividad de las compañías telefónicas para captar clientes ha modificado nuestros hábitos. Para mi sorpresa, se trataba de un redactor del programa *¿Recuerdas quién soy?* Me comentó sin rodeos que les había llegado un vídeo en el que me daban una paliza. Pretendía que acudiera en directo esa misma tarde a su programa, que en otras ocasiones ya habían barajado mi nombre y que el vídeo viral era el espaldarazo definitivo. Mientras el redactor me informaba de las condiciones, puse el manos libres, me metí en tendencias de YouTube y comprobé que aquellos retrasados del bar habían colgado el vídeo. Llevaba casi medio millón de visualizaciones en dos horas. En cuanto me repuse del *shock*, cerré la boca y seguí escuchando. En circunstancias normales, jamás habría aceptado acudir a un programa que se nutre de las desgracias ajenas. Insisto, en circunstancias normales.

Me aseé un poco y llamé a Águeda al fijo de la peluquería para contarle la buena nueva y posponer nuestros planes nocturnos. Ella fingió alegrarse. Los dos temíamos que el programa dejara un poso putrefacto en la opinión pública. Mantuvo lo de dormir conmigo aquella noche, que la llamara cuando terminara, a la hora que fuera. Las novedades eran poderosas y

merecían una sesión de insomnio. Le respondí que sí, aunque tenía claro que no lo haría. Un palizón y una entrevista sensacionalista cubrían mi cupo de novedades con creces. ¿Y mi cara? ¿Cómo iba a presentarme magullado a un programa de máxima audiencia? Pero claro, me habían contactado por eso. Así era el *show business*. No tenía ni hielo.

Cuatro horas después, estaba en las instalaciones de la cadena, dispuesto a pisotear mi dignidad. De entrada, me ofrecieron tres mil euros, pero tras regatear con el director del programa, subió a cinco mil y ya no pude negarme. Dentro me esperaba un asistente con andares de pingüino emperador, que me acompañó a la planta donde se grababa el programa. Una vez arriba, tomó el relevo Caroló, el redactor asquerosamente joven y estiloso que habló conmigo por teléfono. Pertenecía a una nueva hornada de homosexuales hiperocupados y con una labia de la que esperaba sacar rédito con un proyecto en solitario.

—Víctor, enhorabuena. Tu vídeo lo ha petado, ¿estás contento?

—Lo estaría si no me hubieran metido una paliza.

—Uy, perdona. ¿Qué tal estás, te duele mucho?

Intenté camuflar esa mirada perdonavidas que tanto uso, pero no sé si lo conseguí.

—Molesto.

—Tengo ibuprofeno, por si lo necesitas. ¿Te has maquillado?

—Sí, me he dado una base.

—Pues que te la quiten y que te resalten las heridas del palizón. Te cuento, estas son las preguntas que te hará Jorge Manuel, ¿lo conoces?

—Personalmente no.

—Tiene tirón, pero está muy cascado y el formato se está quedando obsoleto. En fin, repásatelas y acuérdate de comentar las anécdotas más truculentas que tengas.

—Tampoco son tantas y esas no pueden contarse.

—Pues invéntatelas. No sé, que te han intentado secuestrar en una fiesta o que has estado cerca de morir en un helicóptero. Historias que enganchen a la audiencia.

—Lo de mentir no parece muy ético, ¿no?

—Aquí la ética nos la pasamos por el forro. Empezamos en dos horas. Siéntate aquí hasta que te llamen de maquillaje.

Pese a estar a punto de cometer un gravísimo error, me sentía ilusionado por volver a rodearme de focos y cables. Echaba de menos esa frivolidad convulsa, tan inocua y dañina a la vez. Escuchar historias rocambolescas de artistas que se creen indispensables, como si el destino les regalara constantemente anécdotas alocadas con las que deleitarnos. Asimilaba sus mentiras con naturalidad. De hecho, iba a convertirme en su principal embajador. Y casualidades de la vida, al entrar en maquillaje, me encontré con Candelita, una antigua compañera con la que coincidí en el *remake* de *Atraco a las tres*. Qué falsa alegría nos dio a los dos. Conforme me desmaquillaba, me chismorreó que el asistente-pingüino de recepción tenía tres hijos de tres mujeres diferentes, recalcándome, acompañado de tres palmadas en mi pecho, lo de tres mujeres diferentes. Que Carolo, el redactor trepa, había contraído el VIH por ser asiduo a orgías gais en saunas de Chueca y que no se enteró por él, sino por su hermana, que llegó un día con los retrovirales en una bolsa. Al dejársela en el camerino, a Candelita le pudo la curiosidad y la abrió. Como no reconocía su contenido, Google terminó de explicárselo. De hecho, llegó a enseñarme una foto de los envases, con franjas en color azul y rojo chillón. Alguien debería advertir a los diseñadores de envases (y a Candelita) de que hay enfermedades que, por su poder de estigmatizar al que las padece, requieren de mayor discreción. De colofón, me obsequió con un chisme sobre Jorge Manuel, el presentador. Se comentaba en la cadena que había firmado un contrato privado que incluía el servicio de una prostituta cada jueves, antes de empezar el programa en directo. La mujer diría en el control la frase «vengo a entregar unos documentos a Jorge Manuel» y se dirigiría a su camerino donde el presentador haría realidad sus fantasías sexuales durante cuarenta minutos. Aun a riesgo de que se me tachara de mala persona, me sentí aliviado de que la sordidez llamara a otras puertas que no tuvieran que ver conmigo.

A media hora del directo, irrumpió Jorge Manuel en el set, bastante

relajado. Mientras repasaba con Carolo la escaleta, me escaneó con la mirada y me dedicó una sonrisa, limitada por el ácido hialurónico de sus labios. No era el único retoque que se había hecho: nariz, pómulos, pelo, glúteos..., un completo. No entendía esta nueva tendencia. Mi generación se operaba cuando nos veíamos decrepitos y, sin embargo, esta juventud evitaba la arruga antes de que apareciera. Prefería pensar en banalidades con tal de no preguntarme por qué estaba allí. Habría salido corriendo.

Las preguntas se clasificaban en estúpidas, impertinentes o morbosas. ¿Qué debía decir para no defraudar a la audiencia? ¿Cuántas mentiras podría asumir sin que se me notase? Solía exagerar datos en mis entrevistas, pero en esa ocasión me pedían dar un salto mortal. Mi mente no estaba tan ágil.

—Víctor Zimmerman, por favor, a plató —gritó Carolo.

Acudí obediente y enseguida me regañaron al sentarme por error en el asiento del presentador. Jorge Manuel saludó al público con su simpatía forzada y después a mí, como si conociera cada uno de mis secretos.

Me fijé en el título del programa, fabricado con unas luces de neón que remarcaban el tono casposo del formato. ¿Recuerdas quién soy? De inmediato, mi cabeza conjugó el verbo recordar en primera persona sin que yo se lo ordenara. «¿Recuerdo quién soy, recuerdo quién soy?». Aunque fuera una pregunta plagada de aristas, mi respuesta se acercaba peligrosamente a un «no». Carolo volvió a gritar: «En el aire en cinco, cuatro, tres, dos, uno...».

—Muy buenas noches y bienvenidos otra semana a *¿Recuerdas quién soy?* Esta noche nos acompaña, entre otros, un actor que alcanzó un notable éxito a finales de los noventa, llegando a estar incluso nominado a un Max. Víctor Zimmerman, buenas noches.

El público arrancó a aplaudir. Jorge Manuel me invitó a que me sintiera como en casa y pidió atención a los espectadores para tragarse un vídeo resumen de tres minutos sobre mi trayectoria artística. El reportaje carecía de precisión. No fue en los noventa, sino a principios del 2000 cuando encadené los mayores logros. Mi crispación iba en aumento. Vale, mencionaron películas en las que participé y el reconocimiento de mis

compañeros en las tablas, pero me molestó que me presentaran como un actor secundario que nunca llegó a explotar en la gran pantalla. Eso y que fueran tan exhaustivos con los últimos acontecimientos de mi carrera en la que, según los redactores, participé en obras menores y series de televisión rancias. Además, rescataron vídeos con mi exmujer y con mi madre que ni siquiera sabía que existían. Habría hecho un esfuerzo por emocionarme de no ser por el olor a carnaza fresca que rezumaba cada esquina del plató.

—Y este ha sido nuestro resumen, Víctor. ¿Te ha gustado?

—Sí... —carraspeé—. Sí.

—Nos alegramos. Antes de entrar en faena, debemos aclarar que la cara de Víctor está hecha un cuadro porque esta mañana ha recibido una brutal agresión en un bar por parte de un camarero. ¿Te gustaría dar el nombre del bar para saber a qué atenernos?

—Eh, creo que no. Ha sido un incidente sin importancia.

—Hombre, sin importancia no. Te han destrozado, Víctor. De hecho, alguien que presencié la agresión, ha subido el vídeo a YouTube y en pocas horas se ha hecho viral, pero eso os lo contaremos más adelante.

Al día siguiente, madrugué para comprobar que el vídeo de mi palizón superaba los... ¡tres millones de visualizaciones! Le resté importancia de inmediato, pensando que en realidad serían cuatro descerebrados que lo habrían reproducido hasta la saciedad. Después quise asegurarme de que la entrevista con aquel desalmado fue tan patética como sentí en directo. Aunque en la página web de la cadena solo colgaron fragmentos plagados de publicidad, lo poco que vi confirmó mis predicciones. La cámara captaba mi inseguridad a la legua y sí, se notaba que mentía. Esa sonrisa etrusca, ese balbuceo, horrible. A mi edad debería ser fiel a mi código deontológico. Incluso mantuve silencio ante las insinuaciones sobre un posible consumo de drogas. Me habría arrepentido por completo de mi decisión de no ser porque la productora cumplió el contrato: «La cantidad de cinco mil euros será abonada mediante transferencia bancaria al día siguiente de la emisión de la entrevista». Hacía tanto que no veía ese dineral, que la circunstancia más bochornosa la habría asumido con normalidad.

Recién salido de la ducha, llamaron a la puerta. Aunque no me apetecía relacionarme con seres humanos, que fuese Águeda complicaba mi objetivo. Habría entrado con la llave que le obligué a mantener cuando dejó de trabajar en casa. Todavía mojado, bajé las escaleras y abrí la puerta con mi albornoz de Versace, último vestigio del actor con posibles que un día fui.

—Buenos días, te hacía trabajando.

—Abrimos en un rato. La dueña tiene cagatera y esa no me deja sus llaves. ¿Tienes la cara mejor o son cosas mías?

—Está menos hinchada. La que tienes mala cara eres tú.

—Me he levantado intranquila, necesitaba tirarme a la calle.

—¿Qué te pasa?

No necesitaba respuesta. Cuando Águeda estaba mal, solo había una causa.

—Echo de menos a Rober, como me controlaba tanto...

—Igual la libertad es más beneficiosa para ti, ¿no crees?

—Supongo. Te he traído huevos y leche. He comprado de más.

—Ah, muchas gracias. ¿Viste la entrevista anoche?

—¿Esa en la que quedaste como un trapo delante de media España? Sí. Por cierto, estuve esperando a que me llamaras para venirme a dormir.

—Es que terminamos tardísimo —dije con la sonrisa cínica que tanto había practicado.

—¿No te ha dicho nadie que mientes fatal?

Águeda entró en la cocina. Cogió un plato, sacó dos huevos y los batió para hacer una tortilla francesa que nadie le había pedido. Estaba irreconocible, desplegando una sinceridad inaudita.

—Te voy a decir una cosa, prefiero ayudarte las veces que haga falta, antes que repetir lo de ayer, que fue de vergüenza ajena.

—Di lo que piensas, no te cortes.

—Alguien tiene que decírtelo. Daña tu imagen, Víctor.

—Yo no tengo imagen, así que no hay nada que dañar.

—Me da igual. Nadie querrá contratarte después de esa entrevista. ¿Qué es eso de que echas de menos a tu mujer? Si a mí nunca me has hablado de ella, pero claro, como tu vida íntima es una incógnita. O lo de las drogas, ¿cuándo te has drogado tú? Que yo sepa, te inflas a buspirona desde la muerte de tu madre, fin.

Águeda sacó del congelador una bolsa de croquetas.

—No, esa no la abras, era de...

—Ah, es verdad, muerte que todavía no has superado. ¿Cuánto llevan estas croquetas sin abrir, dos años? En fin, me pierdo. Solo te digo que acabo de apalabrar una boda kuwaití. Peinaré a la novia y a doce damas de honor. Dos mil euros en negro me cascan, así que, si tu ego te lo permite, yo te ayudo, pero no vuelvas a participar en un circo así.

—No hace falta, con el subsidio, la donación anónima y los cinco mil que gané ayer, puedo tirar tres meses sin problema.

—¿Cinco mil, por hora y media? Qué injusto, coño. ¿Y sigues sin averiguar quién te ingresa ese dinero?

—Ni idea, ¿no serás tú?

—Los que somos mileuristas no podemos permitirnos esas licencias.

De repente, otro número desconocido llamó a mi teléfono. Se repetía la secuencia del día anterior. Águeda llegaba, me instigaba por mis malas decisiones y me llamaban para hacerme un ofrecimiento. Al cogerlo, escuché la voz afrancesada de un hombre.

—Buenos días. ¿Víctor Zimmerman?

—Sí, soy yo.

Se presentó como Gerard Dunot y me explicó quién era. No habría hecho falta. Gerard era un director de cine francés de setenta años, afincado en España desde hacía más de una década. Se lio con una joven actriz soriana que pretendía relanzar su carrera camelando a un director de prestigio, aunque pudiera ser su abuelo. Candidato a varios Goya, nunca ganó, porque la academia nomina a los extranjeros únicamente para alardear de espíritu cosmopolita. La actriz, al comprobar que Gerard no contaba con ella para liderar proyectos, se lanzó en brazos de otro director que sí le ofreció papeles protagonistas, con la única pega que sus películas eran auténticos bodrios de serie B.

—Te llamo porque estoy buscando al protagonista de mi próxima película. Hemos barajado varios nombres y creemos que tú cumples el perfil. ¿Estás libre o tienes algún proyecto en el horizonte?

—Estoy libre, sí.

—Fenomenal. ¿Sería posible vernos hoy? El rodaje comienza en un par de semanas.

—¿Tan pronto?

—Seré sincero. Teníamos al actor, pero ha abandonado el proyecto para entrar en un *reality* de hacer camas.

—¿De hacer camas?

—Sí, ya no saben qué inventar. Quiso volver, porque a los dos días de concurso, se le cerró una cama abatible en la cara y le rompió la nariz. Pero claro, así no nos servía.

—Pues yo ayer tuve un problema similar y tengo la cara magullada.

—¿Pero está hinchada?

—Un poco. Supongo que para el rodaje estará bien.

—Entonces quedamos en mi estudio a las cinco. Te mando ubicación ahora.

En cuanto colgué, abracé con fuerza a una Águeda que participaba de mi alegría sin haber escuchado la conversación.

—¡Una película, me han propuesto hacer una película!

—¡Qué dices, eso es la leche!

—Seguro que me vio en televisión anoche. Lo ves, si no hubiera ido al programa, estaría comiéndome los mocos.

—Pues dice muy poco de él que se trague ese bodrio.

—Y fíjate cómo disimula. Me pregunta si estoy libre, cuando lo sabe de sobra por lo que dije ayer.

—Seguro que lo de la paliza le vendrá de perlas para la promoción, ahora que eres *trending topic*.

—Es verdad. Madre mía, qué nervios.

—Anda, piensa en lo que te vas a poner para la entrevista y, si lo tienes arrugado, te lo plancho antes de irme, que eres un desastre.

—Deberías venir más a menudo, me das suerte. Gracias.

—Dáselas a la telebasura. Corre, sube.

Hice caso a Águeda y subí las escaleras con una energía propia de mis años de juventud. Merecía la pena, estaba a punto de recibir una segunda oportunidad.

Tuñá. Madrugada del 6 de junio de 1986

Víctor se revolvía en su cama, acotado por los cuerpos de unos amigos que dormían apaciblemente. Si se arropaba, calor; de lo contrario, frío. Se puso boca arriba y abrió los ojos para descubrir que la luna iluminaba la estancia con generosidad. Al fijarse en una de las estanterías ancladas a la pared, se asustó. Una Nancy vestida de comunión observaba su insomnio con una risa perturbadora. Se recostó hacia su derecha y se encontró con un pezón puntiagudo que asomaba por la camiseta de Úrsula. Víctor lo observó el tiempo justo para no ser culpado por invasión de intimidad y, al darse la vuelta, se topó con Hugo, semidesnudo y en una postura que, despierto, sería incómoda para cualquier contorsionista en activo. Empapado también de aquella imagen, cerró los ojos en otro intento por perder la consciencia. Fue inútil. Agobiado, se levantó de un brinco y salió de la habitación en calzoncillos, rumbo a un salón que seguía caldeado por los restos de las brasas. Escuchó un ruido fuera. Al asomarse por la ventana, distinguió un gato negro acechando sigiloso a algo oculto entre unas cajas de cerveza. Víctor silbó suavemente para atraerlo, pero el gato, haciendo honor a su independencia felina, lo obvió por completo. Comenzó a deambular por el salón sin un propósito, hasta que llamó su atención una lámina torcida de dos hombres y una mujer en un balcón, justo al lado de una grotesca cabeza de jabalí. En el anverso descubrió que el autor original era el pintor romántico Richard Parkes y la obra se llamaba justo así, *En el balcón*. Víctor enderezó la ilustración y sonrió.

Poco después, en la cocina, Víctor saciaba su insomnio con tres magdalenas, cuatro... cinco, mojadas en su correspondiente tazón de leche. A punto de zamparse la sexta, escuchó otro ruido detrás de él. El gato negro había allanado la casa con un ratón entre sus dientes. Víctor obvió que pudiera tratarse de un regalo y corrió tras él hasta expulsarlo. El gato se

detuvo y observó fijamente al bípedo, incapaz de comprender la contradicción propia de su especie.

Con el estómago lleno, Víctor regresó a la habitación. Desde el quicio de la puerta, la imagen de sus dos amigos recostados lo seducía de nuevo. Ambos enseñaban más que antes, como si se hubieran desvestido en su ausencia con intención de excitar a su amigo. Entonces, Víctor cambió de ruta y se dirigió al cuarto de baño. Echó el pestillo con delicadeza y, apoyado en la pared, introdujo una mano por dentro del calzoncillo y empezó a moverla de arriba abajo. Mientras, el gato negro, tumbado en el poyete del mismo baño y ajeno al humano onanista, devoraba a su presa.

Madrid, finales de abril de 2019

Para no variar, llegué tarde a la entrevista. Mi móvil sin datos no cargaba ubicaciones y nunca logré integrar las calles de Madrid en mi mapa mental. Ya por la zona, tampoco encontraba el portal, debido a una manifestación multitudinaria de extrema derecha. Pretendían que se aprobase un decreto que expulsara a los inmigrantes que no acreditaran tener trabajo estable desde el año 2000. Estuve a nada de enzarzarme con uno de ellos, pero estos cafres son fanáticos de la defensa personal y corría el riesgo de acabar en coma o en el otro barrio. Así, entre banderas españolas y pancartas xenófobas, conseguí localizar la productora. Me costaba asimilar que un director de renombre tuviera su sede en un callejón tan destartalado.

Al subir los tres pisos sin ascensor, me encontré con la puerta entreabierta. Justo enfrente, una señora muy maquillada se limaba las uñas mientras masticaba chicle. En cuanto la fatiga me lo permitió, me acerqué a ella. El chicle era de fresa ácida.

—Perdone, soy Víctor Zimmerman.

—Yo Juani Sánchez Sánchez. Es que mis padres son primos hermanos. Eres el sustituto, ¿verdad?

—Creo que sí, llego un poco tarde.

—*No problem*. Todavía no he conocido a ningún actor puntual, ¿sabes lo que te digo? Os gusta haceros de rogar.

—Es posible. ¿Está Gerard?

—Sí, ahora te paso. Es que acaba de discutir con el actor que iba a hacer la película, el de las camas.

—¿Y se encuentra bien?

—Regular. El otro lo ha amenazado de muerte y, a Gerard, eso le afecta. Le he dado un placebo, unas vitaminas que me mandó mi médico.

—Pobre, qué mal rato.

—Es que hay que tener formalidad, ¿sabes lo que te digo? Y que no es un mindundi, que tiene un César, premios internacionales, en fin.

Juani, cada vez más alterada, masticaba el chicle con energía.

—Que vale que sus rodajes son caóticos y nunca sabes cómo va a quedar la película. Creo que es Asperger, ¿sabes lo que te quiero decir?

—Sí, sí, sé lo que me quieres decir.

—Mira, te voy a dar paso, que estoy muy ocupada.

Juani marcó el botón del intercomunicador con la única uña que le quedaba sin pintar.

—Gerard, está aquí un tal Víctor... ¿Cómo es?

—Zimmerman.

—Zi... no sé qué, ¿le doy paso?

—Sí, claro, que pase. ¿Ha llamado alguien más? —contestó un Gerard con voz robótica.

—Sí, María Polanco, la actriz. Dice que está muy ilusionada con la película, ¿sabes lo que te digo? Y que si podría llevarse su caniche al rodaje, que se estresa cuando lo deja en la protectora de animales.

—*Merde!* Pues dile que durante los ensayos no me importa, pero en cuanto ladre una sola vez, lo echo de una patada.

—Vale, se lo diré.

—De una forma sutil, que te conozco.

Y Juani siguió pintándose las uñas con una exquisitez de la que carecía al conversar con extraños. Intranquilo, pasé a un despacho con las paredes rebosantes de instantáneas de rodajes. Aunque sus películas funcionaban mejor en festivales que con el público, reconocí varias por la revista *Fotogramas*. A Gerard lo encontré asomado a la ventana, inspirando el escaso aire que circulaba por el callejón. Se dio la vuelta y su gesto de agobio se transformó en afabilidad forzada.

—Perdón, es que he tardado en encontrar el portal.

—Estamos camuflados, para que los inspectores de Hacienda no nos localicen. Supongo que la oferta te ha pillado por sorpresa.

—La verdad es que sí, aunque llevo dos días movidos.

—Por lo menos es una sorpresa agradable. Y lo de tu cara, peores heridas

he visto arreglar. ¿Una pelea?

—Agresión, más bien. También tengo rasguños en la espalda.

—Que te receten un cicatrizante con antibiótico, para asegurarnos. Y no te metas en más líos. Voy al grano. La película es una adaptación de un guion teatral ambientado en la posguerra. La leí hace años y andaba detrás de los derechos para rodarla. Estamos con los últimos retoques. Andrea, la guionista, es muy tiquismiquis y los productores cada día se levantan con una ocurrencia nueva.

—Entiendo, ¿y cuál es? —dije antes de dar un trago al vaso de agua de cortesía.

—Se llama *La rebelión del predicado*, ¿la conoces?

—Eh..., sí, bastante. La representé el último año de carrera.

—¿Qué me dices! Hiciste el papel de Sebastián, imagino.

—No, no, hice el de Senén.

—Pero si el protagonista tiene casi cincuenta años. Los del teatro lo solucionan todo a base de caracterización. Bueno, es una ventaja, aunque hay partes que han cambiado bastante. ¿Te apetece hacerla?

Un dolor punzante en el estómago me sugería una retirada.

—Sí, claro.

—Es que te has quedado blanco.

—Me ha sorprendido, solo eso.

—No voy a hacerte pruebas. He revisado tus trabajos y me convence tu manera de actuar. Ya sabes que, en esta obra, los silencios son importantes.

—Sí, lo trabajé en su momento.

—Perfecto. Respecto al sueldo, puedo ofrecerte veinte mil euros al inicio y diez mil al final del rodaje. Andamos apretados de presupuesto. Mi última película coincidió con una mega producción de Hollywood que incluía el desnudo integral de Jason Momoa. Imposible competir contra semejante pene. La película pasó desapercibida hasta para los amantes del cine independiente, así que mis productores habituales desaparecieron. Los de ahora son inexpertos, jóvenes y caprichosos. Me tienen cogido por los huevos.

—Los productores siempre son caprichosos, sean jóvenes o no.

—Lo que quiero que entiendas, Víctor, es que este proyecto es mi última oportunidad y, aunque nos acabamos de conocer, te confieso que por primera vez en mi carrera tengo miedo. Yo solo sé hacer películas. Por eso intento rodar en cuanto puedo. No soy de esos que hacen una película y se tiran cuatro o cinco años sabáticos viviendo de rentas. Siempre preferiré el cine a cualquier alternativa.

—Tranquilo, sé lo que es perderlo todo. Intentaré estar a la altura.

—Gracias, veo que estamos, ¿cómo se dice?, *sur la même longueur d'onde*. Uno que lo ha perdido todo y otro que está en el límite. Una mezcla interesante. Y, agresiones aparte, ¿te encuentras bien de salud?

A cada pregunta de Gerard le seguía una media verdad.

—Estaré mejor en cuanto empiece a trabajar. Mañana te mandaré un informe médico.

—Bien. Voy a por el contrato para que le eches un vistazo.

La figura enclenque y desgarrada de Gerard abandonó la habitación, dejándome angustiado desde que pronunció el título de la película. De todas las obras teatrales susceptibles de adaptarse al cine, tuvo que ser precisamente esta. Sin comerlo ni beberlo, estaba obligado a enfrentarme a un texto que en su momento me descolocó por completo. Mi primera duda era si podría ser natural sin despertar a mis fantasmas.

Aproveché mis últimas horas de inactividad para dar un paseo donde mezclaba el entusiasmo con una melancolía sádica por estar a punto de esquivar a la pobreza. Me había acostumbrado a ella de la misma manera que mi madre se acostumbró a Braulio. Me preparé una cena de picoteo sin escatimar en gastos, de las que hacía un siglo que no degustaba. Recogí rápido para no sentirme mal por el capricho y me senté en el sillón orejero para leer el guion. ¿Quién sabe? Puede que la historia se hubiera actualizado tanto que Senén, mi personaje, ya no viviera un amor apasionado con el hijo de su mujer.

No hubo suerte. Leída hasta la página cuarenta, la esencia de la obra seguía intacta. Solo había varias escenas que en teatro no pasaban de ser una sutileza erótica y ahora rozaban lo pornográfico. El deltoides de mi brazo izquierdo latía por su cuenta. Traté de relajarme con un tutorial para

superar la ansiedad, hice inhalaciones y exhalaciones lentas, dejé la mente en blanco, busqué un punto de referencia... y lo encontré: una de las fotografías colgadas en la pared, con tres manos que señalaban el texto teatral *La rebelión del predicado*. Una coincidencia perfecta para que mi ansiedad se disparase. Aquella imagen dio paso a otras, como los fotogramas de una secuencia cinematográfica. Perdí el control de mi cuerpo. Taquicardias, ahogo, más taquicardias. Solo la química podía ayudarme, así que, primera pastilla extra que tomaba fuera del horario habitual. El problema no solo estaba en mis reparos con las escenas de sexo. Era la obra en general y los acontecimientos asociados a ella. Es más, su título ya me recordaba que la rebeldía nunca fue mi punto fuerte.

La pastilla surtió efecto y mi cerebro ordenó dejar de hacerme daño. Al retomar la lectura, recibí una llamada de Águeda que desatendí. Mi ánimo no estaba para explicar procesos complejos, tampoco los simples. Me daba igual comportarme como un divo cerca de recuperar sus privilegios. No podía hablar con nadie, ni siquiera con ella. Y así, entre intermitentes miradas de reojo a aquella foto, continué con la lectura, pese a que cada página me obligara a contestar a la pregunta que planteaba aquel programa sensacionalista en su título, me empujara a recordar quién era.

El regreso de los que nunca se fueron.

Madrid. Mayo de 2019

—Señor Wilson, aquí hay algo que no cuadra.

—¿El qué, detective *Striker*?

—A la víctima la encontraron muerta en esta misma posición, desangrada y con un cuchillo en su mano derecha. ¿Es así?

—Cierto, desangrada, desangradísima. Estaba blanca como la leche.

—Diga mejor «demacrada» o «pálida», señor Wilson, sea profesional.

—Disculpe, no volverá a ocurrir.

—Entonces, según usted, todo apunta a que la víctima se suicidó.

—Eso es. En su escritorio ha dejado una nota, despidiéndose.

Me quedé dormido en el sillón orejero, nada apto para cuellos de cincuentón. Volví a soñar con mi padre y su juego improvisado del detective. Fue el último antes de que falleciera, aunque ni en sueños ni en la realidad conseguía llegar hasta el final. Consecuencias de no asimilar la muerte repentina de un ser querido. Si la combinación de lectura y manta era implacable, una dosis extra de ansiolítico fue el colmo. Puedo asegurar que, antes de mi crisis, jamás me quedaba dormido en lugares distintos a mi cama. Y, de la noche a la mañana, ya no me importaba dónde dormía, cómo vestía o lo que comía. Una dejación absoluta.

Me perdoné por no cogerle el teléfono a Águeda. Cuando desaparece la persona que más has querido y, sobre todo, la que más te ha querido, esa orfandad te impide valorar el amor que te profesan los que siguen a tu lado. Nadie se acerca a esa dedicación a la que estabas acostumbrado, y no sabes si lo que sienten por ti es amor o lástima.

Abrí los ojos un segundo, me molestaba la luz... ¿Luz por la ventana?... «¿Qué hora es? ¡Puf, las diez!», justo cuando empezaba la lectura del texto. Me levanté como un muelle roto, tirando al suelo los folios del guion que

debería haber encuadernado. Los recogí a puñados y, con una loncha de jamón pegada al pantalón desde la cena, me largué con la misma ropa del día anterior. Como no podía devolver las llamadas perdidas de Gerard por falta de saldo, me limité a reestructurar mi vestimenta y ordenar las páginas del guion. Me faltaban la cuatro y la setenta. La mañana prometía.

Al entrar en la oficina, Juani, pegándose una pestaña postiza, miró su reloj y me indicó dónde estaba reunido el equipo. Antes de entrar, aguanté unos segundos tras la puerta para averiguar si habían decidido empezar sin mí, reemplazarme o criticarme. Dos voces de mujer, sentadas cerca de la puerta, me aseguraron que, al menos, ocurría lo tercero.

—¡Qué informalidad! Una hora de retraso, Angelita. No entiendo cómo Gerard contrata a un actor al que le acaban de meter una paliza.

—Y dijo en la tele que había tenido problemas con las drogas.

—Ahí no te metas, que tú te pones fina a cocaína, Angelita.

—Que sí, María, pero eso no me impide trabajar, porque yo controlo a la cocaína, no me controla ella a mí.

—No hay peor ciego que el que no quiere ver.

Suficiente. Irrumpí en la sala pidiendo disculpas y, contra pronóstico, diciendo la verdad sobre lo ocurrido. Agradecí que se levantaran a saludarme sin quejarse, incluidas las dos actrices que me despellejaban. Una de ellas era María Polanco, de rostro anguloso y elegante. Era especialista en interpretar a mujeres sufridoras, por coincidir al milímetro con su personalidad. Por lo demás, era incapaz de ofrecer otros matices, imponiendo a los directores su criterio con argumentos personales. Supuse que su personaje sería Catalina, mi mujer, rol en el que encajaba a la perfección. Estuve cerca de trabajar con ella en una coproducción italiana, como padres españoles del protagonista. No nos cogieron por la fama que nos precedía a ambos, a mí de informal y a ella de intensa, porque María tendía a contar sus intimidades sin permitir réplicas. Al principio la escuchas por el magnetismo que desprende, pero en cuanto te acostumbras, solo deseas huir. Por no hablar de los audios interminables que manda cuando coge confianza. Se pregunta y se contesta, sin ningún pudor. En una ocasión, interactué con uno de sus mensajes, como si hablara con ella en

directo. A la otra, a Ángela Power, no la conocía. Al parecer, se inició de monologuista con el nombre de Angelita Gutiérrez. Pronto, su naturalidad fue reclamo para productores en busca de rostros frescos y cambió su apellido por otro con gancho (y en inglés), aunque lo anglosajón no siempre sea sinónimo de modernidad. Lo malo era que, si ya le daba a la cocaína, le auguraba un pésimo futuro, porque para basar tu trabajo en la ocurrencia o el chascarrillo, tus neuronas deben estar operativas las veinticuatro horas del día.

Gerard se acercó y me susurró al oído un nada condescendiente «como te vuelvas a retrasar, te mato». Aprovechó para presentarme a dos de los actores principales, Mariano Serra y Salvador Fernández. A Mariano también lo conocía, un actor achaparrado y calvo, con una expresividad ideal para roles secundarios. No dejaba de revisar el móvil, como si esperara una llamada crucial que cambiara su destino. Sin embargo, a Salvador no lo había visto jamás. Por su juventud y sus rasgos —moreno, nariz respingona y mirada profunda—, supe que interpretaría a Sebastián, mi hijo en la ficción. Su físico me recordaba al de mi amigo Hugo, encargado de hacer de Sebastián en la versión teatral. Gerard nos avisó de que debíamos recuperar el tiempo perdido y cada uno ocupó su lugar.

—Bueno, aunque se ha hecho de rogar, ya está con nosotros Víctor Zimmerman, nuestro Senén. Bienvenido al equipo.

Los actores aplaudieron con entrega, no por mí, sino porque pronto cobraríamos una nómina. Gerard apoyó los brazos sobre la mesa, entrelazó las manos y disipó dudas:

—*La rebelión del predicado* no solo es una relación prohibida entre un adulto y su hijastro. Este texto habla de la búsqueda de libertad, de vivir en coherencia con lo que uno siente, algo que sigue y seguirá vigente. Sé que el único referente que tenéis es la obra de teatro. Bien, pues olvidaos. Esto es cine y la cámara capta el mínimo detalle. Necesito naturalidad, que nada suene impostado y, por supuesto, emoción contenida. Utilizaré mucho plano corto, no podréis engañar a la cámara.

Me tomé las palabras de Gerard como un ultimátum para regresar al panorama artístico, por no hablar de que un mal producto llevaría a la ruina

a una empresa entera. No podía quejarme. Lo que me sucedía era la mejor opción posible. Ahora solo debían entenderlo mis aurículas y ventrículos. Gerard continuó hablando, ajeno a lo que generaba su discurso.

—Comenzamos con la segunda secuencia, que en la primera hay niños y todavía no han firmado los contratos. Algunos padres creen que sus hijos se van a comer el mundo y llegan con muchas exigencias. En la primera secuencia, Senén, maestro en un pequeño pueblo castellano, enseña a sus alumnos la importancia del predicado en una oración y, mientras ocurre, Senén descubre que está explicando a sus alumnos lo que ni él mismo ha sido capaz de asumir. ¿Te suena, Víctor?

—Sí, bastante —contesté sin que se notara mi incomodidad.

—En esta segunda secuencia, Senén charla con padres en la puerta de la escuela, al terminar su jornada laboral. Cuando queráis.

PADRE 1

Enhorabuena, Senén. Nos acabamos de enterar de que vas a casarte con Catalina.

SENÉN

Así es. Muchas gracias.

PADRE 2

¿Y para cuándo la boda?

SENÉN

Pues pronto, en dos meses..., digo, en dos semanas.

Primera equivocación. Mi experiencia me obligaba a aparentar seguridad y evitaba leer el texto, aunque si hubiera querido tampoco hubiera podido, porque la dichosa página cuatro descansaba plácidamente debajo de mi sofá... Perdón.

SENÉN

En dos semanas.

PADRE 1

Mira que eres de los pocos que todavía quedan libres.

PADRE 2

Eso, que soltero se vive muy bien. ¿Estás seguro?

SENÉN

Sí, no hay nada más *tistre*...

Me trabé con la palabra triste, una cutrez. Mi garganta reseca derivó en tos nerviosa ante las miradas inquisitivas de María y Angelita. Gerard empezó a sudar y, probablemente, a pensar que la decisión de contratarme fue errónea. Respiré hondo y traté de concentrarme. Por lo que leí la noche anterior, la frase que me tocaba no se había modificado respecto al original y seguía grabada a fuego en mi memoria.

—Perdón, lo siento. ¿Puedes darme el pie?

PADRE 2

Eso, que soltero se vive muy bien. ¿Estás seguro?

SENÉN

Sí, no hay nada más triste que llegar a tu hogar y que nadie te pregunte qué tal ha ido el día. O meterte en la cama y que nadie te dé calor. No contar con alguien a quien mostrar tus virtudes, tus defectos. La soledad es la peor de las circunstancias, una maldición cruel. He visto a demasiada gente morir en soledad y no quiero eso para mí.

Al escucharme, supe que había encontrado un tono creíble y buena cadencia de dicción. Al fin y al cabo, se trataba de una frase melancólica, y a melancolía, por desgracia, no había quien me ganara. De repente, las dudas de los actores se transformaron en devoción, sobre todo en Salvador,

el más impresionable por su falta de veteranía. Revivía así el día de la prueba en la escuela para conseguir el personaje de Senén. Estaban presentes Úrsula, mi exmujer, Hugo y un don Amador que alentó mis ganas de triunfar. Lo que digo, melancolía. Gerard seguía sudando, pero su gesto reflejaba alivio. El mío también.

Almorzamos en la oficina. Gerard contrató un *catering* modesto para que cogiéramos confianza, como si a los artistas nos hiciera falta tocarnos las palmas. María Polanco llevaba en brazos a su perra Patty, una caniche deforme que engullía canapés sin masticar. Angelita hacía lo propio, solo que cada veinte minutos visitaba el servicio, levantando sospechas de que, además de drogadicta, pudiera sufrir algún trastorno alimentario. Juani, la secretaria, aprovechó para echarnos fotos y subirlas a la página web de la productora, necesitada de incentivos tras un año en el dique seco. Terminado el postureo, me acerqué a Mariano y Salvador, apartados en un rincón. Mariano, sin dejar el móvil ni un segundo, me recalcó lo contento que estaba de que yo fuera el protagonista. Le devolví el cumplido, subrayando lo que disfruté con su actuación en *El cerdo*. Encarnaba al criado de una familia adinerada, obligado a tratar con honores a su mascota, un cerdo vietnamita. Sonábamos sinceros, incluso puede que lo fuéramos. Y es que, pese a mi lamentable situación económica, las productoras seguían invitándome a estrenos teatrales y cinematográficos. Yo hacía lo imposible por asistir, por aquello de recordar al gremio que seguía en la brecha, aunque acudiera siempre con el mismo traje. Salvador no perdía comba. Pretendía hacerse una foto conmigo, para que sus seguidores en redes supieran que iba a trabajar con una reliquia de la interpretación, o con el de la paliza, según la edad que tuviera el receptor.

Gerard nos comunicó que en media hora nos recogería un autobús para llevarnos al set de rodaje, una casa de principios del siglo pasado en Patones de Arriba, al nordeste de Madrid. Qué maravilla, un proyecto ambicioso donde yo solo era una pieza más del engranaje. Salvador aprovechó el alboroto para darme la razón respecto a lo de la foto. No me importó, aquel día ninguna frivolidad podría aguarne la fiesta.

Llegamos a una finca de entre cinco y diez hectáreas, no sabría precisar. Aumentaron las taquicardias. ¿Sería una cardiopatía? Por el micrófono del autobús, Gerard explicó que tanto las escenas exteriores como interiores se grabarían en el mismo recinto, ya que contaba con caminos de tierra y asfaltados, una granja y un riachuelo donde se filmarían tomas cruciales de la película. Además, desde el frontal de la casa se divisaba el pueblo y, por la parte trasera, el campo, lo que garantizaba los dos ambientes que pedía la historia. Un enclave perfecto para rodar y abaratar costes.

El interior de la casa no desmerecía a su entorno, con seis estancias ambientadas al milímetro y otras dos transformadas por completo para simular una escuela y la ermita. Gerard iba a encargarse de hacernos el *tour*, pero en cuanto llegó fue secuestrado por varios especialistas, así que visitamos la casa por libre. Los pupitres de la escuela se asemejaban tanto a los de la obra que representé treinta años atrás, que me transportó a aquel escenario, a los refunfuñes de don Amador mientras Úrsula y Hugo me gastaban bromas entre bambalinas.

Me detuve en la habitación de mi personaje Senén y su mujer Catalina. La ambientación era tan precisa que era imposible no mimetizarte con las peculiaridades de aquella época: la cama con el colchón de lana, el crucifijo, el papel pintado con motivos florales... Hasta la caña de pescar que utiliza Senén como excusa para engañar a su mujer estaba apoyada en el armario. Mi curiosidad era similar a cuando, en la obra, los recién casados visitan la casa por primera vez antes de comprarla. Mi embelesamiento terminó cuando Salvador se acercó para demostrarme que pertenecía a una generación difícilmente impresionable.

—¿Esta es la habitación de nuestro primer encuentro sexual?

—Sí —respondí con timidez.

—¡Qué guay!

—¿Guay? Pues te confieso que a mí me da vergüenza. Nunca me he desnudado en pantalla y eso que, en España, los actores acabamos en pelotas a la mínima, esté o no justificado en el guion.

—A ver, me da vértigo porque soy primerizo en cine, pero por desnudarme me da igual.

—En realidad, tampoco tenemos una escena donde salgamos totalmente desnudos. Sabrán falsearlo.

Un miembro de producción nos llevó a los camerinos, contruidos en una barraca prefabricada contigua al rodaje. Los actores principales teníamos cada uno el nuestro. Angelita, que en la película interpretaba a Jacinta, hermana de mi mujer Catalina, se quejó por tener que compartir espacio con dos madres de alumnos que apenas tenían líneas de texto. Se conoce que los efectos de la cocaína no le permitían caer en que, por el escaso peso de sus papeles, apenas coincidirían con ella. Pasé al mío, el más grande y mejor equipado, porque las jerarquías en el cine se manifiestan así. Contaba con baño propio, frigorífico y sofá de tres plazas. Cerré la puerta y fue al sentarme cuando mi cabeza volvió a cortocircuitar por la responsabilidad que se me venía encima. Los años, lejos de endurecerme, me habían ablandado. Saqué el móvil. Mi amiga Águeda me había vuelto a llamar y mi ansiedad recién activada decidió hacer otra llamada, no a Águeda, sino a Luisa Negrete, mi antigua representante. Se jubiló prematuramente, harta de una profesión en la que ejercía de abogada, psicóloga, profesora, chófer, guardaespaldas y recadera. Llevaba casi dos años sin hablar con ella, seguro que no me lo iba a coger.

—¿Luisa?

—Sí. ¿Quién eres?... ¿Víctor?

—Claro.

—¡Ay, qué alegría! Ya era hora de que te dignaras a llamarme.

—Juraría que lo hice. ¿Es que no tienes mi número guardado?

—Cuando me jubilé los borré todos. No aguantaba tanto ego.

—Vaya, gracias por la parte que me toca.

—Qué va, tú eras de mis preferidos.

—Eso se lo dirás a todos. ¿Qué tal estás?

—Feliz. Voy a clases de yoga, fitness, comida tailandesa... He ganado elasticidad y practico sexo casi a diario. ¡Y con chicos jóvenes! Y tú, cuéntame, ¿cómo estás?

—Ahora bien, pero si me hubieras hecho esa pregunta hace unos días, la respuesta habría sido diferente. Los últimos seis meses no he tenido

ingresos.

—Vaya... Supuse que tras la muerte de tu madre te costaría retomar, pero nunca pensé que tanto.

—Ya sabes cómo funciona la industria. Si desapareces, te olvidan.

—Qué me vas a contar. Ni un reconocimiento me dieron por mi carrera y eso que todos saben que preparé a Josu Bardem para *No es país para viejos*. Hasta la idea de la peluca se la di yo. Gajes del oficio. Bueno, y si ahora estás mejor es porque has conseguido trabajo, ¿no?

—Sí, empiezo una película con Gerard Dunot.

—¡Genial! Me muero por conocerlo, aunque tenga fama de pejiguero.

—Por eso te llamaba. Me ha pillado desentrenado, necesito tu ayuda.

—Anda ya, seguro que cuando ensayes con él te pones al día.

—No va a ser suficiente, esta película tiene su miga.

—¿Es un guion complejo?

—No, me temo que el complejo soy yo.

—Está bien, llámame con antelación para que me organice y quedamos.

—Ya lo estoy haciendo.

—Pues... el lunes que viene, a las cinco. Mándame el texto para que le eche un ojo.

Llamaron a la puerta justo cuando terminé de hablar, lo que me dio a entender que aquel trabajador había escuchado mi conversación.

—Perdona, Víctor. Soy Pablo, ayudante de vestuario. Por problemas de agenda, mi jefe dirige los movimientos desde Pamplona, así que yo seré la cabeza visible. Venía a tomarte medidas, pero han venido periodistas de distintos medios y van a hacer una rueda de prensa.

—Ah, no tenía ni idea.

—Ni nosotros. Con la costumbre de subir a las redes lo que hacemos en tiempo real, se han enterado de que estabais aquí y se han presentado sin avisar.

—Vale, gracias. ¿No tendrás una camisa que te sobre por ahí?

—Si te sirve una de los años cuarenta...

—Genial, muchas gracias.

Comenzaba a dar las gracias en bucle, una actitud servil muy común en

nuestra profesión. Los periodistas ocuparon el plató de la escuela. Resultaba chocante verlos sentados en pupitres antiguos, sosteniendo sus cámaras y móviles de última generación. María y yo nos colocamos a ambos lados de Gerard, Salvador a mi derecha y Mariano a la izquierda de María, otra muestra jerárquica. Ángela se quedó fuera —acumulando el enfado por lo del camerino— y a Salvador se le notaba nervioso. Al menos en ese aspecto, mi experiencia era un grado.

Flashes, cuchicheos, manos alzadas, más *flashes*. Arrancaba la película, también mi metamorfosis —aunque solo fuera en la ficción— respecto al modo de enfrentarme a temores enquistados. «Lástima de energía malgastada», frase recurrente de mi madre cuando alguien pretendía evitar lo inevitable.

Primer martes de mayo. Con mis heridas faciales a medio sanar, comenzaron los ensayos. Bajo la supervisión de Gerard Dunot, recreábamos una secuencia inicial de la película, la boda de mi personaje Senén con Catalina. Una mujer de mediana edad procedente de una familia adinerada y gafada en el amor. Por fortuna, la localización del rodaje contaba con jardín y un pequeño templete que daba juego al representar una boda. El equipo artístico, capitaneado por Antonia Cobo, remataba añadidos de marquetería. Antonia blasfemaba cuando se dirigían a ella como «arte», una manía propia del cine de llamar a los especialistas por la labor que desempeñan en vez de por su nombre. Antonia, procedente del teatro, no lo comprendía, ya que nadie más en el equipo se llamaba como ella.

Estábamos rodeados de frondosos cipreses Moctezuma. Fue Pablo, el ayudante de vestuario, quien me ilustró sobre la materia; yo no entiendo de árboles. Al fondo, debajo del templete, Salvador esperaba indicaciones de Gerard, acompañado de dos niñas gemelas. Leo, un bigardo de dos metros y cámara habitual del francés, ajustaba el encuadre de un plano corto para un diálogo entre María y yo. La crítica alababa el estilo de Gerard, sin conocer que la elección de cada plano no solo seguía criterios artísticos. Además de un elevado número de dioptrías, Gerard padecía una degeneración macular galopante. De hecho, en su último rodaje se tropezó con una grúa y se abrasó la cara con un foco. Cruzaba dedos para no repetir calamidades. Gerard se sentó y avisó a Salvador para que instara a las niñas a moverse al ritmo de «A la lima y al limón». Leo se echó la cámara al hombro y grabó el ensayo.

SENÉN, sentado con CATALINA en un banco del jardín donde celebran su boda, no le quita ojo a SEBASTIÁN, que baila con sus dos hermanas pequeñas.

SENÉN

Tus sobrinos disfrutaban a lo grande.

CATALINA

Sí, se les ve contentos.

SENÉN se gira hacia CATALINA.

SENÉN

Y tú estás perfecta. Qué digo, eres perfecta.

CATALINA agacha la cabeza, avergonzada.

CATALINA

Te aseguro que soy la persona más imperfecta que existe.

SENÉN

Eso es absurdo. Eres bella, trabajadora, cariñosa, noble...

CATALINA

¿Noble?... No, no lo soy.

SENÉN

¿Por qué dices eso?

CATALINA se aparta, pensativa.

CATALINA

Senén, tengo que contarte un secreto. No pensaba hacerlo tan pronto y menos en un día tan especial como hoy, pero me consume el remordimiento.

SENÉN

Me estás asustando.

CATALINA

Lo siento, pero es mejor así. Llevo diecisiete años callada y no mereces que te engañe. Sebastián no es el hijo de mi hermana. Es mi hijo.

SENÉN

¿Cómo dices?

CATALINA

Mi primer novio me abandonó cuando se enteró de mi estado. Durante el embarazo, mis padres obligaron a toda mi familia, incluida mi hermana Jacinta y su marido, a mudarnos al caserón de mis abuelos, para evitar el escarnio público. Nos ocultamos siete meses.

SENÉN

Ni siquiera sabía que habías tenido otra pareja. ¿Qué pasó?

CATALINA

Cuando di a luz, regresamos al pueblo diciendo que el hijo era de Jacinta y mi cuñado. El primer año iba a su casa a escondidas para darle el pecho.

Por suerte, mis padres convencieron a mi hermana para que se mudara a una casa al lado de la nuestra. El entuerto parecía controlado, hasta que, un día, mi cuñado desapareció justo cuando mi hermana estaba a punto de parir a sus gemelas. Dicen que se fugó con una de otro pueblo. Dos hermanas abandonadas por sus parejas antes de ser madres, como si tener un hijo fuera la peor de las desdichas. Mi hermana nunca me lo ha perdonado.

SENÉN enciende un cigarro y le da una calada, bastante serio.

SENÉN

Deberías habérmelo contado antes. Esto lo cambia todo.

CATALINA

Lo sé. Estás en tu derecho de dejarme, aunque te agradecería que no lo contaras.

SENÉN

No es eso, es que habrá que habilitar la habitación del fondo.

CATALINA sonríe, aliviada, y abraza a SENÉN con fuerza.

CATALINA

No esperaba que te lo tomaras así. Gracias, gracias de verdad. Sebastián, ven, corre.

SEBASTIÁN deja de bailar con las que, en realidad, son sus primas y acude a la llamada.

CATALINA

Senén ya conoce nuestro secreto y lo ha aceptado. Viviremos los tres juntos.

SEBASTIÁN

¿Sí? ¿Y la tía cómo se lo va a tomar? ¿Y la gente del pueblo?

CATALINA

Los del pueblo ya han tenido su ración de teatro y la tía estará encantada, te lo aseguro. Además, se ha quedado un puesto vacante en la refinería. Me lo ha confirmado su patrón esta mañana. Podrías empezar a trabajar desde el próximo lunes.

Los tres se funden en un abrazo. CATALINA besa a SENÉN, y SEBASTIÁN mira agradecido a su padrastro. En ese momento, irrumpe JACINTA, hermana de CATALINA.

JACINTA

Se os ve muy contentos.

CATALINA

Nos hemos casado, ¿te parece poco?

JACINTA

No, no. Es una gran alegría.

CATALINA

Jacinta, le he contado a Senén lo de Sebastián.

JACINTA

Ah, qué bien. Ahora podréis vivir como una familia. Ojalá se lo hubieras dicho al resto del pueblo hace años. Probablemente seguiría con mi marido, con mi familia.

JACINTA agacha la cabeza con semblante serio y se aleja, perdiéndose por el jardín.

Gerard detuvo el ensayo y exclamó un «bien» que sonaba escaso después de dos horas de trabajo, pero suficiente para alimentar nuestra autoestima. Se fue directo hacia María para darle pautas.

—María, me falta emoción en tus gestos. Has pasado de ser una mujer repudiada a tener una segunda oportunidad. Eso no solía ocurrir. Así que quiero ver esa relajación, casi... ¿cómo se dice?, un desplome, después de tanta tensión acumulada durante años, ¿me has entendido?

—Sí, por supuesto. ¿Sabes lo que ocurre, Gerard? Que no aguanto que un hombre tenga tanto poder sobre mis emociones.

—No son tus emociones, son las de Catalina.

—Ya, pero mi personaje debería reaccionar con frialdad porque los hombres que la rodean dirigen su vida. Sería un guiño moderno, ¿no crees?

—No, aquí el feminismo no tiene cabida. No me interesa reinterpretar la historia. Además, estas relaciones tóxicas continúan existiendo. ¿No

conoces ninguna?

—Las mías, sin ir más lejos. Por eso agradecería ser otro tipo de persona en la ficción.

—La ficción no está para hacer terapia. Centrémonos en mostrar la sordidez de entonces. Hay muchas Catalinas por ahí. Y tú, Salvador, baila con mesura. Te mueves como un chico actual. En los años cuarenta, si bailaras así, te habrían metido preso.

Además de su sinceridad sin cortapisas, el éxito de Gerard radicaba en manejar el contexto social de dos culturas diferentes. Tenía claro que nos movemos por sentimientos —por planos o superfluos que fueran— y sabía dónde poner el foco de atención para transmitirlos al espectador. Es más, ya era un milagro que consiguiera emocionar a una sola persona en este siglo. Estamos tan de vuelta de todo. Me preguntaba a cuántas personas habré emocionado con mis interpretaciones. Pocas o ninguna. Mis personajes no cumplían esa función, aunque ahora podría resarcirme con Senén. Y, al contrario, ¿cuántas personas han conseguido emocionarme? Aquí la lista es generosa: mi exmujer Úrsula, mi expreparadora Luisa y mi madre, claro, aunque no pudiera colocarle el «ex» delante. Un grupo de mujeres que ya no estaban cerca. Ah, mi amigo Hugo también entraría en esa lista.

Perdí la cuenta de las veces que repetimos la dichosa secuencia. En concreto hasta que María aparcó sus ideales para acatar las órdenes de Gerard. Más le valía que se fuera acostumbrando, porque si hay algo peor que una desequilibrada egocéntrica, es un francés cegato, exigente y con una franqueza sin ningún tipo de filtro.

Tuñá. Mañana del 6 junio de 1986. Sábado

Víctor se despertó al escuchar a Úrsula cacharrear desde la cocina. Sus ojeras delataban lo poco que había descansado. Al contrario que Hugo, que parecía que nada podría despertarlo. Víctor se activó para ordenar su ropa y el chirrido de las bisagras del armario provocó que Hugo se revolviera, dejando a la vista una erección prominente. Víctor no pudo evitar reírse ante tal elevación de la sábana. Tras subir la maleta al altillo del armario, advirtió otro elemento picudo que asomaba de la mochila de Hugo. Se trataba del famoso cuaderno de dibujos del que nunca supo de su existencia. Al abrirlo, encontró decenas de bocetos a carboncillo de paisajes, bodegones y retratos. Víctor hojeaba el cuaderno con rapidez para no ser descubierto y justo cuando estaba a punto de llegar a la última página, Hugo volvió a removerse, desapareciendo la erección entre las sábanas. Víctor se apresuró a meter el cuaderno en la mochila y salió de la habitación de puntillas.

Úrsula, en la cocina, terminaba de preparar el desayuno. Víctor, al entrar, se quedó asombrado ante aquel despliegue gastronómico.

—¿Tenemos visita? —ironizó Víctor.

—Me he pasado, ¿verdad?

—No, si has hecho el desayuno para los cuatro días. Oye, tenías razón, los dibujos de Hugo son espectaculares.

—¿Ha traído su cuaderno?

—Sí. Tiene un estilo muy personal. Lo que no entiendo es por qué nunca me ha enseñado nada.

—A mí tampoco. Un día subí a su casa para que me prestara unos apuntes. Como tardaba en encontrarlos, me puse a curiosear entre sus cosas. Me llamó la atención su dorso, también dibujado por él. Cuando me vio con el cuaderno, se quedó pálido.

—¿Pero por qué esconde un talento así?

—Creo que es por su padre. Detesta todo lo que tenga que ver con el arte. Es una pena, porque podría ganarse la vida si quisiera.

Víctor probó una de las tortas que había preparado Úrsula.

—Está buenísima —dijo, chupándose los dedos.

—Gracias, me enseñó mi madre. Cocina muy bien, bueno cocinaba, porque últimamente bebe más que come. Es curioso, solo reconozco sus virtudes cuando me alejo de ella.

—Tranquila, nos pasa un poco a todos.

Mientras Víctor saboreaba la torta, observaba fijamente a Úrsula., empeñada en agasajar a sus amigos para compensar el fatídico comienzo. Acostumbrado a que sus compañeros halagaran sus interpretaciones, Víctor optó por devolver cumplidos. Por eso parafraseó un fragmento de *La rebelión del predicado*: «... estás perfecta. Qué digo, eres perfecta». Úrsula le dedicó a Víctor una media sonrisa, dándose cuenta casi de inmediato de que Víctor utilizaba un diálogo de la obra. Entonces le siguió el juego y se convirtió en Catalina.

ÚRSULA: Te aseguro que soy la persona más imperfecta que existe.

VÍCTOR: Eso es absurdo. Eres bella, trabajadora, cariñosa, noble... buena cocinera...

Úrsula, al ver a Hugo acercarse a la cocina, declamó rápido su monólogo sobre su pasado para que coincidiera con la entrada de Hugo.

ÚRSULA: Sebastián es hijo mío, no es hijo de mi hermana... bla, bla, bla. Sebastián, ven por favor...

Hugo, sin rastro del empalme, entró en la cocina y también reparó en que estaban representando la obra.

ÚRSULA: Senén sabe nuestro secreto y lo ha aceptado. Viviremos los

tres juntos.

HUGO: Gracias, papi. Lo vamos a pasar muy bien.

Úrsula y Víctor no pudieron evitar sonreír ante el cambio repentino de guion. Hugo probó una de las tortitas y pidió que le esperaran diez minutos para poder ducharse. Víctor, sin parar de picotear, le rogó que se diera prisa, y Hugo, obediente, salió como un rayo hacia el baño.

—¿Cómo termina la escena? —preguntó Úrsula.

—Con un beso.

Úrsula se acercó a Víctor con la paleta de hacer tortitas en la mano y le dio un beso en la comisura de los labios. Aquel beso podría haber derivado en otros, de no ser porque Úrsula le quemó el brazo con la dichosa paleta. Tras la disculpa pertinente, se recompusieron, como si ninguno tuviera intención de profundizar en sus devaneos. Nerviosos, Úrsula empezó a remover los platos de la mesa y Víctor abandonó la cocina con un neutro «ahora vengo». Caminaba por el pasillo con la mirada clavada en el suelo cuando, al llegar a su habitación, se apoyó en el marco de la puerta y giró la cabeza hacia la cocina. Úrsula volvió a sonreír y Víctor, avergonzado, entró en la habitación y empezó a hacer las camas.

A punto de rematar la primera, escuchó agua correr. Tardó en adivinar su procedencia por el eco del lugar. Dejó la tarea y se acercó al cuarto de baño con el mismo sigilo con el que invadió la intimidad gráfica de Hugo. La puerta entreabierta mostraba un desnudo integral de su amigo y la curiosidad de Víctor invadió también su intimidad física.

Madrid. Mayo de 2019

La tozudez de Gerard nos obligó a echar horas extras en aquel abigarrado primer día de ensayo. Trabajábamos una secuencia que no pertenecía al guion teatral, donde mi personaje Senén descubre a su hijastro Sebastián tomando un baño. Gerard ajustaba encuadres con el cámara Leo, que ya empezaba a dar muestras de su meticulosidad. Mientras, Salvador, vestido dentro de una bañera antigua, se hacía selfis con su móvil. Aunque algo demacrado, seguro que encontraría un filtro que eliminaría sus imperfecciones. Gerard pidió que me asomara por la rendija de la puerta y observara con interés a Salvador. Yo obedecí pese a lo que me costaba entrar en la dinámica de trabajo. Había perdido la forma.

—Tengo que ver deseo. Recuerda, Sebastián está desnudo y su cuerpo te atrae de manera visceral. Ya te habías fijado en él antes de casarte con tu mujer, pero al desconocer que era su hijo y mucho menos que conviviría con vosotros, pensabas que podrías controlar esa pulsión con sensatez, porque Senén es un abanderado de la sensatez... ¿Víctor?

—Sí, sí, perdona. Me he despistado.

—Centrémonos. Con lo que no contaba Senén es que el cuerpo de un hombre le atrajese tanto, que lo visceral se impusiera a lo racional.

—Quizá ese sea el problema —contestó Salvador desde la bañera—, que no estoy desnudo.

—¿Y te importaría? —preguntó Gerard.

—Qué va, ahora mismo.

Salvador se quitó la ropa como si le abrasara la piel, exponiendo un cuerpo bocetado al milímetro en algún gimnasio de barrio. Todo en armonía, en proporción, salvo por su pene desmesurado y la figura de un beso de carmín tatuado en su omóplato derecho. Gerard, ante semejante horterada, reaccionó:

—¿Un tatuaje? No dijiste nada. Eso hay que taparlo.

—Sí, sí, sin problema —contestó un Salvador, ahora sí, nervioso—. Me lo hice en una feria, iba muy borracho.

—No me extraña, aunque peor hubiera sido tatuarte un dragón o la cara de tu madre.

Leo sonrió con la ocurrencia de Gerard. Yo trataba de no distraerme con la salvajada que colgaba entre las piernas de Salvador, aspecto que tampoco pasó desapercibido para Antonia, la directora de arte, y Lourditas, la jefa de maquillaje, que se daban codazos desde un rincón.

—Víctor, ¿estás listo?

—Sí, Gerard.

—Bien, retírate y, cuando te avisemos, te asomas por la puerta.

—De acuerdo.

—¿Preparado? Ahora.

Tuña, mañana de junio de 1986. Sábado

Víctor se asomó por la rendija de la puerta del baño, inquieto por el descaro de su acción. Allí estaba Hugo, desnudo y tarareando la melodía de «Volare» en un italiano inventado. Víctor experimentó una erección que dejaba poco margen a conjeturas y sus piernas amenazaban con desplomarse. Al escuchar movimiento en la cocina, se tapó sus partes y regresó a su habitación a toda velocidad. Así, mientras Víctor se enfrentaba a sus sensaciones, el agua se deslizaba por el cuerpo de Hugo, ajeno al incendio provocado al otro lado de la puerta.

Madrid. Mayo de 2019

Me lloraba el ojo por no parpadear y Gerard seguía ensayando, seguía exigiendo:

—Más deseo, más... No tanto... Víctor, esa expresión queda blanda, más rudo... Así, ahora añádele curiosidad... ¡Eso es! Me vale, recuérdala para el día de la grabación. Hemos terminado.

Resoplé aliviado, igual que el resto del equipo que quedaba operativo. Gerard reconocía la intensidad que imponía, pero no estaba dispuesto a ceder. Se jugaba demasiado. Lo que son las cosas, deseaba huir y, sin embargo, no era capaz de despegarme de la puerta de aquel baño. Salvador se levantó de la bañera sin vestirse y se dirigió a su camerino con la naturalidad de quien pasea por el parque. Su irreverencia me excitaba. Es lo que admiro de la juventud, su capacidad para naturalizar situaciones que a nosotros nos resultaban imposibles. Pensándolo mejor, debería dejar de idolatrarlos tanto. Es Salvador el que demuestra esa cualidad. Conozco a jóvenes tan acartonados que dan miedo.

Se despejó el set y allí seguía, apoyado como una gárgola en la pared de aquel baño. En mi retina, la impronta del cuerpo seco de Salvador, y en mi cabeza, un recuerdo lejano e igual de nítido: el del agua resbalando por la espalda de mi amigo Hugo durante nuestra estancia en la casa de campo de Úrsula. Un paralelismo inevitable. Son los recuerdos los que tienen la capacidad de bloquearme, no los desnudos integrales. Regresaban a mi ficción los personajes principales del pasado, con la diferencia de que ahora el margen para las excusas se estrechaba. Un plano corto con posibilidad de aumentar zoom a plano detalle.

Puede que sea verdad, que el trabajo dignifique, te convierta en útil de cara a la galería. Quizá por eso, la otra noche no necesité ayuda extra para dormir. Pasé por alguien psicológicamente estable. Parafraseando a mi psiquiatra Conchita, nuestra mente decide y ordena sobre el resto, deberíamos ser cuidadosos con ella. Y por si fuera poco, mis lesiones físicas remitían a buen ritmo y es que hasta mis plaquetas remaban a favor del cambio. Nunca lo confesaré, pero empezaba a alegrarme del palizón de Patricio, que sacara esa mala hostia con origen en problemas ajenos a mí y se desahogara a golpes conmigo. De haberse comportado con civismo, nadie hubiera subido el vídeo a las redes, no me habría convertido en carnaza televisiva y ningún cineasta reputado habría encontrado en un programa sensacionalista al próximo protagonista de su película.

Miré la hora para asegurarme de que el sueño no me había jugado otra mala pasada. Conforme bajaba las escaleras, me llegó una notificación del banco: una transferencia de los veinte mil euros pactados por participar en la película. Se me saltaron las lágrimas. Lo curioso fue comprobar que no había recibido el ingreso mensual de mi fan anónimo, así que supuse que se enteró de que ya no necesitaría su ayuda. Mi hada madrina se retiraba de la ecuación, ya no era útil. También me llegó un aviso con cinco llamadas perdidas de Águeda, así como felicitaciones de compañeros a los que perdí la pista cuando dejé de trabajar. Entre los estudios antropológicos absurdos que desarrollé durante mi bancarrota existencial, uno se relacionaba con estos seres que solo irrumpen cuando te ocurre algo positivo. Ojo, no porque se alegren, sino porque se alimentan de tu éxito para atraerlo hacia sí. Participan de tu energía sin pedir permiso. Tras empaparme de tanto oportunismo, me obligué a contestar al último mensaje de Águeda, en el que me recriminaba que se había enterado de todo por la prensa. Le pedí perdón y, como no teníamos ensayo, que me acompañara a comprar, a empezar una nueva vida. Águeda, mucho menos rencorosa que yo, me

respondió con emoticonos de flamenca.

Para festejarlo, desayuné un par de tostadas con un café acuoso que ya no sabía tan a rayos como cuando era pobre. Luego encendí el ordenador, por fin, sin el objetivo de buscar empleo. En mi correo, ofertas de bancos que me ofrecían créditos a bajo interés. ¿Ahora que ya no lo necesito? Quizá por eso pensaban que tenía más opciones de pedirlo. Internet nos vigila. Tras borrar el correo basura, me saltó un nuevo mensaje de Andrea, la guionista de la película, con el asunto «cambios de guion». Resoplé al comprobar que la mayoría de modificaciones potenciaban el erotismo entre mi personaje y mi hijastro. Y de regalo, adelantaba que estaban preparando una secuencia nueva bastante controvertida. ¿Por qué ese empeño por sexualizar la historia? ¿Por qué la tal Andrea se permitía tantas licencias respecto al texto original? ¿Por qué Gerard no le paraba los pies con esa sinceridad tan agresiva que se gastaba? Y, sobre todo, ¿por qué me afectaban tanto estos cambios? ¿Por qué rozaba la mojigatería? Al final me tomé el ansiolítico que me salté la noche anterior. Canté victoria demasiado pronto.

Para no amodorrarme, me puse a limpiar el salón como si acabara de recibir una transfusión. Eliminé cada evidencia de desgana acumulada en los dos últimos años: manchas en la alfombra, posos de vasos reconvertidos en grabados... Hasta encontré un condón usado para masturbarme, que no se me olvidara cómo se ponía desde aquel polvo (¡hace ya tres años!) con la figurinista de *Un monstruo viene a verme* en el servicio de los cines Capitol. Esta anécdota me recuerda que pronto tendré que confesar a Águeda que no he mantenido una relación con ninguna Mónica, que solo era una tapadera para no explicar lo sórdida que se vuelve tu vida cuando rozas la indigencia. Bueno, por eso y por mi tendencia a inventar personajes, fantasía heredada de mi padre. Su preferido era doña «A», mi amiga imaginaria, seguido del aprendiz a detective, el Sr. Wilson.

Al pasar el trapo por los marcos de la pared, me detuve en sus fotos de nuevo. Desde que supe que haría la película, me atraían como la sirena más embaucadora del océano. Una representación fidedigna de mis cincuenta y cinco años. La fila de arriba la reservé a la familia, destacando dos, una de

bebé con mi madre atiborrándome a yogur y otra con mi padre, disfrazados de indios en un carnaval. De la segunda fila, me fijé en una con mis compañeros de promoción en la puerta de la Escuela de Artes y Oficios. Allí estaba, flanqueado por Úrsula y Hugo. Lo importantes que habían sido y lo poco que sabía de ellos. Es mi mayor defecto, dejar marchar a las personas que quiero. Ojalá juventud y madurez pudieran fusionarse en un mismo espacio-tiempo, pero no, es una combinación imposible, una aberración de la naturaleza. El timbre de la puerta impidió que siguiera enfrascado en mis recuerdos. No esperaba a nadie.

—Hola, soy Fran, el de Wallapop. Vengo a por la mesa.

—Ah, ¿habíamos quedado hoy?

—Sí, claro. Te mandé un mensaje para decirte que había conseguido una furgoneta para llevármela y me diste el okey.

—Pues es que no la voy a vender.

—¿Cómo? Oye, que vengo de Palencia.

—Lo siento, de verdad. Le puedo dar el dinero de la gasolina. Tengo cincuenta euros, ¿será suficiente?

—Pero qué coño...

Puse el dinero en su mano y cerré la puerta en sus narices, abochornado. Imposible vender uno de los pocos objetos que aún tenían valor sentimental para mí y menos ahora que empezaba a remontar. Regresé al salón, aliviado por zanjar tan rápido el asunto y seguí limpiando... hasta que un martillo atravesó mi ventana y pasó rozándome la cara. Me quedé privado unos segundos, pero, al no sufrir daños físicos, no avisé a la policía. Aquel hombre vivía lejos y no tenía pinta de pertenecer a ninguna banda organizada. Además, me lo merecía por informal. Recogí los cristales grandes, bajé la persiana y salí hacia el centro comercial. Había quedado con Águeda y estaba lo suficientemente cabreada como para tragarse una excusa de tal calibre, aunque fuera una verdad como un templo.

Contra pronóstico, llegué el primero y decidí esperar en la puerta principal. Algunos viandantes me reconocían, no por mi profesión, sino por mi incursión en la telebasura. Águeda se retrasó media hora, dándome de

mi propia medicina. Me sorprendió que no se quitase las gafas de sol dentro del local, emulando a las folclóricas de los años ochenta. Ya en la sección de electrodomésticos, tras golpearse con las esquinas de varias lavadoras y preguntarle tres veces qué le pasaba, tuvo a bien descubrirse los ojos, hinchados de haber llorado.

—Rober se ha liado con una prima hermana suya, ¿qué te parece?

—Pues que el incesto es tendencia. ¿Y cómo te has enterado?

—Me ha mandado un vídeo su prima, follando como locos. Que se grababan los muy guarros. Y hablo en pasado porque la acaba de dejar. La cabrona me lo ha pasado por despecho.

—Qué gentuza. ¿Y tú qué has hecho?

—Me he presentado en su trabajo y lo he reenviado delante de él al chat de su familia.

—Ostras, ese ramalazo vengativo no te lo conocía.

—Ni yo. Se ha puesto histérico y, como no podía pegarme porque estaba rodeado de albañiles, le ha dado un puñetazo a una columna y se ha roto los nudillos.

Águeda contuvo esa alegría pasajera de quien recibe su merecido.

—Bueno, y tú podrías contestarme cuando te llamo, que no eres el único con cosas que contar.

—Necesitaba asimilar tanta novedad. Lo siento.

—Pues yo creo que se te ha subido el éxito a la cabeza. En cuanto has vuelto a rodearte de gente interesante, yo he pasado a un segundo plano.

—Tú lo que estás es celosa.

—Rabiosa, diría yo. Mira, deberías llevarte esta cafetera con forma de cruz, como te crees Dios...

Águeda se rio con su propia broma, risa que sustituyó por un chillido cuando, en los televisores de exposición, aparecieron imágenes de la rueda de prensa que di para presentar la película. Los trabajadores no asimilaban que el hombre que se multiplicaba en cada imagen fuera yo. Agarré del brazo a Águeda y pasamos a la sección de muebles de salón, un requisito más apremiante que una cafetera. Dejé que ella eligiera todo, mi capacidad de decisión estaba anulada. Y nunca tuve gusto para la decoración.

La tarde pasó rápida (con dinero, suele ocurrir) y acabamos cenando en un italiano. Hacía tanto que no podía permitirme pagar una cena que pensaba que era de esas acciones que ejecutamos una última vez sin ser consciente de que nunca volverán a ocurrir. Por fortuna, me equivocaba.

Águeda se quedó a dormir en casa para compensarla por el plantón anterior. Nada más abrir la puerta, recordé que era viernes porque me encontré de frente con mi padrastro Braulio, que paseaba desnudo por el pasillo con un bocadillo de chorizo en una mano y su llave grifa en la otra. Se nos fue tanto el norte que me olvidé por completo de él y sus circunstancias, pero como los del asilo tenían copia de las llaves, lo dejaron pasar y se largaron tan tranquilos. Mira que les advertí que no podían hacer eso, que cualquier día iba a ocurrir una desgracia. Otro dilema por resolver, porque, a partir de ese día, podría pagar a tiempo completo la residencia donde se alojaba. Qué va, me faltaba valor. Aunque estuviera perdiendo la cabeza, a Braulio siempre le quedaría lucidez para sentirse abandonado. Además, mi madre nunca me lo hubiera perdonado y, para ser sincero, me tranquilizaba convivir con una persona que había estado tan ligado a ella.

Revisamos las habitaciones y no, no había liado ninguna de las suyas. Cuando se altera, se le suelta el vientre y defeca donde pilla. Águeda enseguida entendió que debía hacerme el enésimo favor: quedarse con mi padrastro el fin de semana durante las horas de rodaje. Le arrancamos los cristales de la ventana que se le pegaron al pie, lo acostamos y le dimos la pastilla para dormir. Me tomé yo otra y nos sentamos en el suelo del salón. Águeda echaba de menos a su expareja y yo no comprendía cómo una persona con tanto carácter podía sucumbir ante un niño estúpido y consentido que presumía de cochazos comprados con su sueldo de albañil. Un cateto con dinero. Me alegré de su ruptura, pero no lo manifesté por si retomaban la relación, algo común en entornos de maltrato. Siempre me fascinará el poder que manejan estos descerebrados llenos de complejos. Son ellos los débiles, los que deberían quedarse solos. La selección natural de Darwin es una estafa.

Para mi sorpresa, fue Águeda la que se marchó a dormir sin conocer los pormenores de la película, no porque no le interesara, sino porque el llanto

genera somnolencia. Ya en mi cuarto, mi ansiedad amenazaba con presentarse a pleno rendimiento, así que encendí el portátil en busca de mi ración diaria de onanismo. Tenía dos opciones: o saciarme con mi página porno favorita o contactar con Ramón, el guardia jurado. No hizo falta elegir. En cuanto me vio en línea en la página de contactos, me mandó el vínculo para iniciar una sesión privada. Me tumbé en la cama, coloqué la cámara como de costumbre para que solo se me viera hasta el mentón, e introduje mi contraseña y usuario, Floren-caliente. En cinco segundos apareció Ramón, sentado en la cabina donde trabajaba y desnudo por completo. Si le vieran su mujer y sus hijos... Arrancó más hablador que de costumbre, aspecto que me extrañó porque era de los que iban al grano. Mientras meneaba su miembro sin parar, me preguntó a qué me dedicaba. Recuerdo que esa conversación ya la tuvimos, pero no recordaba mi respuesta, así que volví a inventarme una profesión.

—Reponedor en un almacén de medicamentos.

Ramón frunció el ceño sin dejar de tocarse y yo mantuve un gesto relajado para disimular.

—Molaría ver tu cara, Floren —me soltó sin venir a cuento.

—¿Por qué? Pensé que te daba morbo así.

—Sí, pero me excita mucho más tener sexo virtual con un actor famoso.

Porque eres actor, ¿verdad?

—No, no, no. Soy reponedor.

—No mientas. Te he visto esta tarde en la tele. ¡Qué sorpresa, Víctor!

Madrid, mayo de 2019

Mi psiquiatra Conchita me llamó a las nueve de la mañana, muy enfadada. El primer día, me advirtió que no soportaba la impuntualidad. Que la dejaran tirada sin dar explicaciones era un nivel superior que asociaba —y esta teoría es de mi cosecha— con ese chico del que se enamoró y nunca acudió a la cita donde oficializarían su romance. Descargaba con sus pacientes una ira que no merecíamos. El caso es que, con tanto ajetreo, olvidé asistir a su consulta, pero Conchita debería estar contenta, ver lo positivo de mi amnesia. En cuanto se le pasó el enfado, le pedí un justificante para trabajar. No puso inconveniente, aunque me aclaró que redactaría un informe neutro porque aún no se atrevía a concretar un diagnóstico.

Preguntó por mis escritos y yo respondí que solo le envié los dos primeros, que contaban hasta mi palizón. Entonces, Conchita recordó que hablaba con un convaleciente y su tono se volvió maternal. Le expliqué detalles de la trifulca y le adelanté lo del programa sensacionalista y la película. No daba crédito, decía que nadie estaría preparado para asimilar tanta información. Me preguntó si eso también lo había escrito y le dije que sí, que llevaría unas cuarenta páginas. Sorprendida, me exigió que se las mandara por *e-mail* para comentarlas en la siguiente consulta. Conchita insistió en que la escritura terapéutica ayudaría a entender mejor mi proceso y me animó a que narrara la muerte de mi madre, aunque ese asunto ya lo tratáramos en la primera sesión. Evité mencionar las intenciones comerciales de mis escritos, no fuera a enfadarla todavía más. Me citó para dentro de un mes. Seguro que tenía hueco antes, pero a los facultativos les encanta proyectar esa imagen de solicitados.

—Ah, Víctor, se me olvidaba. En el segundo escrito, además del palizón, comentas que sufres pesadillas recurrentes. ¿Puedes especificar en qué

consisten?

—Algunas están relacionadas con mi padre y los juegos de improvisación que hacíamos. No son pesadillas como tal, pero me angustian porque me despierto antes de llegar al final.

—Entiendo, ¿y el resto?

—Otras ocurren en la casa de campo donde preparé con mis amigos los exámenes finales de la carrera. En concreto, con mi amigo Hugo.

—¿Hugo? No me has hablado de él.

—En los siguientes escritos sí aparece.

—Bien. Ya indagaremos sobre eso. Una última cuestión, lo del sexo virtual con el tal Ramón, ¿es muy frecuente?

—No, una vez por semana.

—Eso ya es bastante frecuente. ¿Y te reporta el mismo placer que con una mujer?

—Me excita más, pero cuando termino, me encuentro fatal.

—Define fatal.

—Sucio, vacío, cabreado, con sensación de soledad..., triste.

—¿Te ocurre también cuando practicas sexo con mujeres?

—No, solo con Ramón.

—De acuerdo. ¿Es la primera vez que mantienes relaciones íntimas con un hombre?

—Si a lo virtual se le puede llamar relación, sí.

—No obstante, no son cuestiones para ahondar por teléfono. Continuamos en la siguiente cita.

La conversación con Conchita me descolocó o puede que ya lo estuviera desde que Ramón me reconoció por la cam. Conchita tenía fama de involucrarse con sus pacientes, con esa fe que sobrevive a las primeras decepciones. Igual mantengo esta conversación en la novela, aunque le tenga que pedir permiso.

En la cocina, Águeda preparaba el desayuno. Los dos habíamos dormido lo justo para no desmayarnos. Mi padastro nos obsequió con una noche de gritos psicóticos, un efecto secundario ante tanto somnífero. Con suerte, dormiría toda la mañana y dejaría descansar a Águeda. No le comenté nada

sobre Conchita o Ramón, porque ni siquiera conocía su existencia. Mejor no aturdirla con mis historias, bastante tenía ella.

Tanta agitación fue preludio de un día laboral extenuante. A Gerard no le convencía el diálogo de una secuencia, así que hasta que la guionista dio con la tecla, la espera se hizo interminable. Y eso que aún no había entrado en juego la fotografía y el sonido. Me propuse no quejarme, no convertirme en el típico voluntario que regresa del Tercer Mundo con sus prioridades renovadas y a la semana vuelve a consumir como si hubiese inventado el capitalismo. Mi experiencia con la inactividad debía enseñarme una lección perdurable, por estresado que estuviera. Afortunadamente, Gerard apenas me corrigió, cebándose con Salvador: que si no vocalizaba, que si le faltaba intención..., defectos de actor primerizo. Conforme más se agobiaba él, más me relajaba yo. Un predecible trasvase de energías.

Ensayé varias secuencias del final con María. Aunque no era santo de mi devoción, dominaba el drama. Eso sí, en cuanto se pasaba de reivindicativa, Gerard la frenaba en seco, coyuntura que Mariano aprovechaba para revisar su móvil. El primer cámara, Leo, tuvo que descansar media hora por dolor de espalda. Ese chico era tan atractivo como insípido. Difícil negarle tres o cuatro revolcones, pero nada más. Bromeaba con que no le compensaba ser tan alto si tenía que mirar hacia abajo a la mayoría de personas con las que trataba, que se pasaba el día encorvado. Esa era su tara, lo irrelevante de lo que contaba.

La concesión que hizo Gerard con la caniche obesa de María acabó esa tarde cuando ladró a Antonia, la directora artística, que trasladaba objetos de formas inverosímiles para un can. Aun así, los ladridos fueron sustituidos por gritos de la jefa de maquillaje y peluquería, Lourditas, que increpaba a una de su equipo por bajarse del proyecto en el último instante. Era curioso, llevaba apenas unos días y ya tenía la sensación de conocerlos a todos. ¡Los artistas somos tan intensos!

Nos dieron las nueve. Algunos actores decidieron quedarse a cenar en el pueblo, ya que Mariano aseguraba con su coche el regreso a Madrid. Llamé a Águeda para pedirle permiso y de paso cerciorar esa tendencia a la mansedumbre de mi padrastro cuando una mujer estaba a su cuidado. No

me equivocaba, suave como un guante, así que me apunté al plan.

La tasca Canela tenía fama de ofrecer la mejor carne de ciervo de la región, algo que a nosotros, ni fu ni fa. María, desatada, exponía sus intimidades sin reparos. Nos contó que hace cinco años se casó con un empresario veinte años más joven que ella y que resultó ser un celoso enfermizo. Cuando María viajaba, la acribillaba a llamadas y mensajes, broncas constantes que, a su regreso, acababan en sexo desaforado. Esa dinámica se mantuvo hasta que María regresó de un rodaje dos días antes de lo previsto y pilló a su marido en la cama con una china, una negra y una enana. Al entrar en la habitación, las chicas dieron por hecho que María era la cuarta prostituta y continuaron afanadas en su tarea. Su marido no se dio cuenta de su presencia porque la enana, aposentada sobre su cara, anulaba su ángulo de visión. El resultado de aquella orgía culminó en divorcio y con María perdiendo su fortuna por confiar en pipiolos adictos a patrimonios ajenos. Por eso tuvo que aceptar la mayoría de proyectos que le ofrecían, con independencia de su calidad. Por suerte, acababa de estrenar una película en Francia que había arrasado en taquilla y sus números rojos se sanearon en tiempo récord.

Nosotros mantuvimos la compostura, porque la imagen de la enana cortando la visual al marido no tenía precio. Mariano le preguntó si hacía *La rebelión del predicado* para recuperar capital o porque realmente le atraía el proyecto. María reconoció que hubiera dicho que sí aunque hubiese sido un bodrio, pero que en este caso y a pesar de los desaires de Gerard, agradecía su meticulosidad. Estaba cansada de niños pijos sin sesera, que eran, a la postre, los que acababan metidos en su cama.

Donde María veía virtudes, Mariano, inconvenientes. Se quejaba de que Gerard impusiera una dinámica propia del teatro, con ensayos tan precisos que merecían formar parte del metraje final. Aun así, Mariano nunca pretendió ser actor de cine, porque el teatro siempre fue más comprensivo con sus hechuras. Era como tener una novia que no se fija en el físico, ya que con las mujeres nunca tuvo suerte. Aquella frase lastimera nos activó y, por supuesto, fue María la que indagó: «Alguna te querrá», dijo con toda la intención del mundo. Mariano nos miró con la seguridad del que conoce sus

circunstancias y confesó que solo se había fijado en él una mujer, hace años, en el instituto. Y la rechazó. Por entonces su sobrepeso era aún mayor y su autoestima estaba minada por las mofas de sus compañeros. No había día que no se arrepintiese de su decisión. De hecho, reconoció que seguía enamorado de su compañera. El caso de alguien que intuye lo que le ocurre, pero lo obvia por completo. ¿De qué me sonaba eso?

María resolvió con una frase hecha el discurso dramático de Mariano. Se conoce que ella podía anesthesiarnos con sus neuras, pero era incapaz de detenerse en las ajenas. Usó el asunto para poner el foco en Salvador, sugiriendo que, con su físico, tendría que quitarse a las mujeres de encima. Salvador sonrió pícaro antes de rectificar: «No te creas, me entran más hombres». María lamentó la incomodidad que le supondría, aspecto que Salvador desmintió de inmediato, ya que se sentía igual de cómodo con ambos sexos. Fue entonces cuando puse mis cinco sentidos al servicio de la conversación. María, que había conseguido mostrarse como una mujer moderna y comprensiva, se retrató en su siguiente intervención:

—¿Eres bisexual? Es algo que nunca entendí. Para mí la bisexualidad es la forma moderna de tapar la homosexualidad. De hecho, amigos que se definían como bisexuales han acabado reconociendo su homosexualidad. No se atrevían a dar el paso para no sentirse discriminados. Pero vamos, que yo los acepto como son, aunque no los entienda.

Salvador se apresuró a aclarar tanto tópico, alegando que la sociedad no entendía la bisexualidad y que, lo que no se entiende, no se acepta. Es más, admitió haber tenido encuentros sexuales con trans y que, al abordar una relación, solo veía personas. Los ojos de María se abrían ante cada frase de Salvador. Para quitar hierro, Mariano reprendió en tono jocoso a María por tener envidia de que Salvador pudiera ligar con un sector amplio de la población. Ella sonrió a sabiendas de estar mostrando un espíritu retrógrado que creía controlar, aunque, en el fondo, ninguno estuviera preparado para asimilar un concepto tan reciente como la pansexualidad. Si ni siquiera me lo reconoce el *word* al escribirlo.

En cuanto recuperó el aliento, María dio el último capotazo al único que quedaba por interrogar. «¿Y tú, Víctor?». Preparé mi respuesta desde que

intuí que no tendría escapatoria. Dije la verdad, que llevaba separado diecisiete años y que desde entonces solo había tenido relaciones esporádicas. Me adelanté a la que seguro sería la siguiente pregunta y expliqué que no había tenido hijos porque no paraba de trabajar. Fui exhaustivo en la respuesta para zanzar mi turno lo antes posible, pero María lo enlazó con mi parón laboral y con las razones que di en la entrevista de *¿Recuerdas quién soy?* Le aclaré que no fue por drogas, como se insinuó en el programa. Que me obligaron a mentir para subir la audiencia y que, a estas alturas, no deberíamos creer todo lo que se dice en televisión. Mariano insistió en su papel de apagafuegos: «Lo mejor es no remover el pasado, que bastante tenemos con nuestro presente». Aunque él no predicaba con el ejemplo, sus palabras nos destensaron. Se levantó enérgico y propuso un brindis por el éxito de la película. Los cuatro entrechocamos las copas, con tan mala suerte que la efusividad de Mariano rompió la suya. Nuestra parte supersticiosa imploraba que no fuera un mal augurio.

Tres horas más tarde, Salvador y yo bajamos del coche de Mariano, ya que vivíamos relativamente cerca. Se ofreció a acompañarme y yo dejé que lo hiciera. En los últimos días, me habían dado una paliza y un martillo casi me atraviesa la cabeza; se trataba de un seguro asistencial. Aproveché para conocer más datos de su corta existencia. Me interesaba su historia o más bien sus posibles símiles con la mía.

—Estuve dudando entre hacer Arte Dramático o Bellas Artes.

—¿Se te da bien dibujar?

—Sí, hago cómics. Colaboro con una editorial estadounidense.

—Ah, pues me los tienes que enseñar.

—Pero te advierto que son muy *hardcore*.

Fruncí el ceño antes de concluir que se trataba de comics porno.

—Es curioso, una de las consecuencias de cumplir años es que puedes llegar a repetir situaciones.

—¿Cómo dices?

—Nada, cosas mías. Y dime, ¿cómo te sientes ante tu primera película?

—Bien, aunque hubiera preferido una historia más actual.

—*La rebelión del predicado* habla de la lucha por ser realmente quien quieres ser. No puede haber nada más actual que eso.

—Ya, pero es que mis padres me inculcaron esa libertad de elección. Lo tengo tan interiorizado que no concibo otra manera.

—Pero no todos han tenido la suerte de caer en un entorno favorable.

—Cierto. Es una rayada mía. No sé, quizá me habría desenvuelto mejor con una comedia adolescente, con actores de mi edad.

Me molestó que sacara a colación lo de la edad, señal de que, efectivamente, ya era mayor.

—En eso no te puedo ayudar, lo siento.

—Perdona, no es que te esté llamando viejo. Si tú eres moderno y te conservas bien. Uf, la estoy cagando.

—Un poco —dije sonriendo—. En cualquier caso, me alegra que esté siendo fácil tu experiencia. Yo había perdido la costumbre.

—¿Demasiado tiempo retirado?

—No me retiré. Mi madre falleció hace dos años y me tomé un descanso de meses. Lo que no esperaba es que se inventaran que atravesaba una depresión severa. Cuando quise volver, los productores no contaban conmigo y mi representante se acababa de jubilar, un desastre.

—¿No conseguiste trabajar en nada?

—Colaboraciones sueltas. En esta profesión te reemplazan rápido.

—Lo sé, por eso sigo dibujando, por tener otra baza si esto sale mal.

—Es increíble lo previsor que es tu generación para atajar contratiempos.

—También tenemos problemas.

—Sí, pero acabáis con ellos antes de que se enquisten. Qué envidia.

—O quizá nuestros problemas no hayan empezado.

—Puede ser. Te lo comento porque me ha gustado cuando has hablado de tu sexualidad.

—Para mí nunca ha sido un tema tabú. De hecho, no entiendo a los que ocultan su verdadera identidad. Son tóxicos y amargados.

Agaché la cabeza para no verme reflejado en aquel espejo.

—A veces no es fácil —manifesté a media voz.

—Lo dices como si supieras de lo que hablas.

—No lo descartes, somos poliédricos.

—Ya... Contigo me pasa una cosa curiosa, me salta el radar.

—¿A qué te refieres?

—A que, bueno, igual me precipito porque has estado casado y eso, pero algo me hace pensar que también te atraen los chicos.

—¿Ah, sí? ¿Y qué es?

—Quizá tu mirada.

—Vaya, ha vuelto a pasar. Me has recordado a otra experta en miradas.

El desparramo de Salvador iba en aumento. Debía cortar la conversación antes de que me apabullara por completo.

—Bueno, tuerzo por aquí. Al final de la calle está mi casa.

—Si quieres, te acompaño y nos tomamos la última.

—Otro día. Mi padrastro y mi mejor amiga me esperan. Además, estoy cansado. Gerard nos exprime bastante.

—Entonces te veo el lunes.

—Claro. Y llévate tus dibujos.

Conforme me alejaba, me volví para escanearlo hasta en dos ocasiones. Al margen de su intuición precisa, su apariencia era tan imponente que podía atraer a una estatua: bajito pero proporcionado, piel tostada, labios generosos y unos ojos verde menta inquietantes. Le auguraba un enorme éxito, no sé si en el cine, en anuncios de colonia o en programas basura. Y no lo podía remediar, me recordaba a Hugo, no solo por su físico; su frescura, su naturalidad, su destreza con el dibujo. Una versión 2.0, de no ser porque el discurso de Salvador sonaba hueco, sin esa cadencia poética del pasado. Cabía la posibilidad de que, como Mariano, yo también cayera en la trampa de idealizar mis recuerdos, de sublimar a Hugo.

Dentro de casa me esperaba Águeda, afanada en fregar el salón. Mi padrastro se había cagado encima. Estaba a su lado, con cara de niño travieso y los pantalones manchados, a la espera de ser reprendido.

—Ha estado tranquilo hasta que le dije que regresarías más tarde.

—Se altera con los cambios. Ha perdido capacidad de adaptación.

—Yo también. Cuando le he regañado, se ha puesto un poco agresivo.

—Reacciona a la defensiva porque sabe que lo ha hecho mal.

—Me preguntaba si la capacidad de pedir perdón se pierde cuando enloqueces. Ah, y no se ha separado de esa llave. Daba miedo.

—¿La llave grifa? No te preocupes. La usaba en su trabajo, la costumbre.

—Pues yo a estas horas tengo por costumbre dormir. Te toca lavarlo, me voy a la cama.

—¿No quieres que charlemos un rato?

—Sube cuando acabes, a ver si me pillas despierta.

Perdí la poca dignidad que me quedaba al frotar los genitales de mi padrastro. Entre restregón y restregón, trataba de abstraerme de la responsabilidad de hacer la película, de la maraña de recuerdos que traía de vuelta al presente y del hecho nada baladí de que hubiera una persona que tuviera imágenes mías practicando sexo virtual. No lo conseguí. La sensación de angustia marcaba la pauta.

Benditos somníferos; dejaban a mi padrastro KO al instante y, en esta ocasión, los efectos psicóticos dieron una tregua. Estaba molido, pero me negaba a acostarme. Requería de un extra de vigilia para reordenarme, aunque en unas horas llegarían los del seguro para reparar mi ventana. ¡Un domingo! Me preparé una infusión de malvavisco con hinojo y visité la página web de Salvador, renovada tras ser contratado para la película. Cliqueé en su sección de fotos y, entre la broza de instantáneas clásicas, encontré dos fotos en blanco y negro totalmente desnudo, tapándose sus genitales con una mano. A punto de deleitarme con aquellas fotos, empecé a sentirme tremendamente ridículo, y cada una de mis decisiones en los últimos treinta años se agolparon como ventanas de internet abiertas por un virus malicioso. En todas aparecía el mismo nombre: Hugo, Hugo, Hugo. Y sí, lo admito, envidiaba a Salvador por superar obstáculos a los que yo ni me había enfrentado y encima disponía de una eternidad para equivocarse, rectificar y volver a errar. El caso es que apagué de golpe el ordenador y me acosté, acompañado, para no variar, de mis fantasmas. Había conseguido castrar sus aspiraciones y de repente, se mostraban hiperactivos, incisivos, dispuestos a disfrutar de una segunda juventud.

Las cuatro horas que dormí no fueron suficientes para sobrellevar los golpes de los dos trabajadores que reparaban la ventana. Braulio les pasaba herramientas y les divertía con sus gesticulaciones. Como Águeda seguía dormida, aproveché para montar el resto de sillas. Me ilusionaba que el salón estuviera tan poblado de nuevo. Con tanta vibración, uno de los portarretratos de la pared cayó al suelo. Era la foto de mi viaje de novios con Úrsula a Viella, un pueblo turístico perdido en los Pirineos. Lo pasamos en grande criticando a los pijos que esquiaban en Baqueira Beret, con ese acento exagerado que utilizan los humoristas para mofarse de ellos. Nos hubiera encantado visitar las cataratas del Niágara o los templos camboyanos de Angkor, pero por entonces ninguno de los dos había despuntado en la interpretación. Colocando la foto, recordaba otras anécdotas positivas, ejercicio que me recomendó Conchita para tener asideros por si me rondaba la idea del suicidio. No profundicé demasiado. La imagen de Águeda bajando las escaleras con una bata de raso de mi madre y sus gafas de sol diminutas lo eclipsó todo. Volvía a llorar, parapetada tras los cristales. La invité a sentarnos en el sofá aún sin desembalar, dando por hecho que los trabajadores eran ajenos a nuestra conversación.

—¿Qué te pasa? ¿Es por tu ex?

—Ojalá. Mi jefa me acaba de llamar, me ha despedido.

—¿Qué dices? ¿Por qué?

—Me escuchó en la trastienda que iba a peinar a las kuwaitíes. La muy zorra ha llamado a la novia para decirle que contratarme era ilegal, así que la otra, que era más ilegal todavía, se ha echado atrás. Me he quedado sin el servicio y sin trabajo. Coño, págame mejor, que no llevo ni a mil euros. Menuda racha llevo.

Cogí el móvil y escribí un mensaje a Lourditas, la jefa de maquillaje y peluquería.

—Lo peor es que me quedaré sin indemnización, porque la hija puta me grabó. Con lo lenta que es para currar y lo espabilada que estuvo para darle al *rec*. Después de ocho años haciendo moños a novias porque ella no tiene ni idea. Un buen moño ahuecado, que es de primero de peluquería. Pero préstame atención, que estoy jodida.

Recibí la contestación al instante y sonreí, anticipando la sorpresa:

—Mañana empiezas a trabajar.

—Víctor, no estoy para bromas.

—No es broma. Eso sí, solo dos meses, pero tendrás margen para buscar otro trabajo.

—¿Dónde?

—En la película. Mil quinientos al mes.

—No me digas. ¡Ay, que te como!

Águeda se abalanzó sobre mí y empezó a besuquearme. Se levantó y continuó con los cristaleros, que agradecieron una interacción distinta a la de mi padrastro. Se quitó por fin las gafas de sol y, eufórica, me ayudó a montar la librería que, por dos centímetros, no daba con el techo.

La mañana fluía. Braulio estuvo en su salsa, el día que más le costó volver a la residencia. Hasta los trabajadores parecían haber olvidado que no cobrarían plus por festividad. Encargamos una paella y unos mojitos para los cinco, sin reparar en cómo me sentaría la mezcla de alcohol y barbitúricos. Menudo saque tenían los obreros. Se tomaron tres mojitos sin pestañear y ahí seguían, como si nada. Sin embargo, Braulio, Águeda y yo hacíamos esfuerzos para mantener el equilibrio. En resumen, un domingo que, gracias a la esperanza que proyectaba, parecía un jueves.

Se marcharon todos a la vez. Solo esperaba que los de la ambulancia no le hicieran a Braulio una prueba de alcoholemia. Eran las ocho, una hora tonta. No sabía si ducharme, cenar o navegar por internet hasta que fuera tarde para retomar las dos primeras opciones. Me decanté por internet, aunque ni busqué a compañeros ni contacté con Ramón. Elegí referentes de mayor calado: Úrsula y Hugo.

Con Úrsula corté el contacto desde que firmamos el divorcio y no era asidua a redes sociales. Como solo estaba seguro de que vivía en Barcelona,

la rastree en los directorios telefónicos con la esperanza de que fuera una excepción en el malogrado mundo del teléfono fijo. Tres personas respondían al mismo nombre y apellidos. Por supuesto, fallé los dos primeros intentos y me detuve. ¿Para qué, Víctor? La vas a llamar ¿y qué, de qué habláis después de tantos años? ¿Te vas a dejar llevar por esta nostalgia absurda que te ha entrado? Bien, pues a pesar de que mis respuestas se contestaban con «para nada», «de nada» y «no», marqué el último teléfono con número oculto. Tardaban en cogerlo. A un segundo de desistir, descolgaron y escuché la voz de un chico.

—¿Quién?

—Hola, pregunto por Úrsula Maldonado García.

—Está ocupada ahora mismo.

—Ah, vale. Pues lo intento en otro momento.

—Llámalas a su móvil si te corre prisa porque el fijo nunca lo usamos. No sabía ni descolgarlo... ¿Quieres que le diga algo?

—Nada. Bueno, sí, dile que soy un amigo suyo.

—Escríbele un WhatsApp, que seguro que te contesta.

—Es que no tengo su móvil.

—Pues entonces, muy amigo no serás. Venga, adiós.

Mi pulsión podría haber finalizado con la impertinencia de aquel adolescente, de no ser porque el chico tampoco supo colgar. Yo estaba a punto de hacerlo hasta que escuché una voz lejana acercándose al auricular del teléfono. Era Úrsula y, aunque no es ético escuchar conversaciones privadas, no pude remediarlo.

—Estoy desesperada, Joan. No llego, es que no llego. Le he pedido más horas al niñato de mi jefe, pero nada. He tenido que sacar dinero de la cartilla de Darío, que por las marchas que lleva, no saca ni la ESO. Así que nos volvemos a Asturias, que en el piso de mis padres no pago alquiler... Joan, escúchame, no nos vamos a ir a tu casa. Con tu madre enferma, ni hablar... Ni me vas a dejar dinero, que no estás para gastos. A ver si me sale la serie de Telecinco, hago el *casting* en dos semanas. El guion es una basura, pero pagan bien. Espera. ¡Darío!, llevas dos horas jugando a la *tablet*, ¿te importaría parar y ayudarme a recoger?

—Ya voy.

—Ya va, dice. ¿Joan sigues ahí? Ah, pues eso, que no puedo más. Tengo que acabar con esta angustia... No hablo de suicidio, Joan, por favor. Soy demasiado cobarde para hacerme daño y tengo un hijo por el que luchar... Por ti también, ya sabes que no me sale ser romántica en según qué circunstancias. ¡Uy, los girasoles! Qué secos están, espera que los riegue un poco... Ya está. Ay, lo que daría por ser girasol, Joan... No, no se me va la cabeza. Es solo que me encantaría limitarme a seguir el movimiento solar. Qué preocupaciones puede tener un girasol, ¿que un día se nuble? Al final volverá a salir el sol... Ya sé, Joan, que en mi vida también va a salir el sol. Odio esas frases terapéuticas... No he planeado cómo lo vamos a hacer nosotros. Evidentemente, nos veremos menos. Una relación a distancia, nos organizaremos... Sí me importa, Joan, pero tengo que priorizar. Luego hablamos, un beso.

Fue una conversación esclarecedora. En dos minutos me enteré de que Úrsula había rehecho su vida con el tal Joan, que no pasaba por una buena racha económica y que había tenido un hijo con el mismo nombre que su actor favorito, Darío Grandinetti. Que sus reflexiones mantenían ese toque de locura realista y que tenía planeado regresar a Asturias. Un gran resumen. A lo mejor, cuando vuelva a deambular por lugares comunes, le asaltan recuerdos similares a los míos y decide averiguar qué fue de su exmarido o de su amigo Hugo. También puede que aprenda a convivir con la nostalgia o que directamente pase de nosotros. ¿Por qué no colgué entonces? Qué imbécil. Y justo cuando fui a hacerlo, volví a escucharla.

—Oye, Darío, ¿quién ha llamado al fijo?

—No sé, un amigo tuyo.

—Un amigo, ¿quién?

—Ni idea.

—Y encima te lo has dejado encendido. ¿Hola? ¿Hola?

Contuve la respiración hasta que Úrsula colgó. «¿Cómo será Joan?», me repetía en bucle. Estaba como un yonqui con síndrome de abstinencia, así que me encaminé hacia mi segundo objetivo. El buscador de Google reconoció su nombre. Lo había marcado en otras ocasiones, aunque nunca

con tanta perseverancia, por si me hubiera saltado algún artículo que se refiriera a él, pero qué va. La última noticia sobre Hugo databa de cinco años atrás, en la inauguración de un centro de alto rendimiento en Brasil, y ni siquiera podía asegurar que fuese él porque la fotografía que acompañaba a la noticia era de baja calidad. Nada más, ni rastro de Hugo. Y tampoco usaba redes sociales. ¿Quién no utiliza redes sociales hoy en día? Vale, quizá no para colgar ideas políticas afines, fotos de lo que comes o comentarios sobre asuntos que nadie te ha preguntado, pero a nivel profesional no pueden descartarse, son útiles.

A las tres horas me harté y eso que cuando me emperro con un tema, puedo ser de una insistencia asfixiante. Volvía a fracasar en la búsqueda de Hugo, era mi sino. La diferencia respecto a otros intentos es que ahora la resignación no me servía. Cuanto más me imbuía en la obra, mayor era la urgencia por saber de él. De él, de Úrsula, de Luisa y del resto de personas que se habían apartado de mi día a día de forma tan brusca. Invocaba a mis espíritus, sin ouija de por medio, que regresaran del más allá haciéndoles creer que me preocupaba su bienestar, cuando lo único que me importaba era que me siguieran queriendo. Egoísmo en estado puro. Pensándolo mejor, lo que deseaba era absurdo. ¿Regresar?, si ninguno había dejado de estar presente. Daba igual la hora del día, el lugar o lo que tuviera entre manos. Si llamaran a mi puerta, siempre la encontrarían abierta, imponiéndose a lo banal y puede que también a lo importante.

Solo eran las once, así que me metí en las páginas de mis dos hitos recientes. Mi palizón, con la nada despreciable cifra de cinco millones de visualizaciones —¿no se cobraba por esto?— y mi entrevista en *¿Recuerdas quién soy?* Con tanto trasiego, no comprobé que la versión completa llevaba colgada una semana. Mi tendencia masoquista le dio al *play*, saltándome los prolegómenos y el vídeo de mi presentación. Hablaba Jorge Manuel:

—Bueno, Víctor, tienes mucho que contarnos. Tu palizón, tu miseria económica. Tu biografía es de esas que la gente se va a hartar de comentar. Pero vayamos por partes. Dos años en un pozo profundo, un artista tan reconocido como tú. ¿Cómo es posible? ¿Qué pasó?

El detonante impreciso.

Madrid, 2016

Entré a masturbarme en un baño del Hospital Ramón y Cajal de Madrid. No fue premeditado, ocurrió sin más. Acompañaba a mi madre a una revisión rutinaria de su cáncer de pulmón. Tras extirparle el lóbulo inferior izquierdo, la enfermedad parecía controlada. Aquella mañana, mi madre se había maquillado como si fuera a la ópera. Se permitía ser coqueta por haberse acostumbrado a recibir buenas noticias del doctor Gómez, «el mejor de su promoción», titular acuñado por los pacientes con mejor pronóstico. Sin proponérselo, mi madre había convertido una visita médica en un acto social, destacando con su imponente presencia entre tanta piel pálida y cabeza rasurada.

Salí del baño relajado. Los veredictos sobre la salud de mi madre me tensionaban, aunque nunca tanto como a ella. Me crucé con dos señoras que se dirigían donde yo había experimentado mi orgía imaginaria, porque fantasear con sexo grupal era lo que más me excitaba. Daban por hecho que regresaba de vaciar mi vejiga, me subestimaban. Ahora que caigo, yo hacía lo mismo, porque quién me aseguraba que esas señoras no iban a enrollarse entre ellas aprovechando la quimio de sus maridos, o a meterse un buen chute de heroína para sobrellevar tanta carga...

Me acerqué a mi madre que, con sus manos entrelazadas, me preguntó dónde me había metido. Le pedí que no me agobiara, que a ver si no iba a poder ni moverme. Ponía los puntos sobre las íes con quien tenía confianza, mientras que quienes merecían una severa amonestación por mi parte se libraban una y otra vez. Como llevaba puestas sus gafas de sol, no me di cuenta de que estaba llorando. En eso se parecía a mi amiga Águeda, aunque por aquel entonces todavía no pudiera establecer esa conexión.

—¿Qué te pasa?

—Que cuando te has ido, me han llamado para la consulta.

—Joder, pero si quedaban dos pacientes delante de ti.

—Pues no han venido y he entrado.

—¿Y qué tal? Todo bien, ¿no?

—No, han visto unas manchas en el hígado y en el hueso. El médico dice que son compatibles con metástasis.

—¿Cómo?, pero si en la última revisión estabas limpia.

—La última es esta. Y de la resonancia cerebral no he querido enterarme. Me he puesto nerviosa y el doctor me ha pedido que me tranquilizase fuera, que no quiere malas vibraciones en su consulta.

—¡Menudo imbécil!, ¿pasamos?

—Pasa tú, a mí no me apetece.

A mí tampoco me apetecía comprobar que la esperanza de su curación se había esfumado en lo que dura una paja. El doctor Gómez me recibió con un gesto de tristeza serena, aunque cualquiera experto en emociones reconocería una pose forzada. Al mejor de su promoción le faltaban habilidades sociales. Claro, a más horas de estudio, menos de relacionarse, una proporción que no falla. Cuando abrió la boca fue aún peor. Me informó de que en la resonancia cerebral había detectado unas cuantas lentejitas, diminutivo que usaba para hablar de tumores metastásicos. Podría haber asumido la noticia, de no ser porque fui yo quien insistió en hacerle un escáner cerebral. Había leído que el tumor de pulmón tenía especial predilección por el cerebro. El doctor Gómez conocía ese dato y, si hubiera sido su madre, la habría colmado de cuidados preventivos. «¿Que tiene lentejitas? Se va a morir, ¿no? Tendrías que haberle mandado la prueba mucho antes», comenté en tono desafiante. El doctor Gómez no tuvo valor de replicarme. Clavó sus ojos en el ordenador y prescribió las diez sesiones de radio pertinentes. Alargó su brazo para darme el volante y pasó al informe del siguiente paciente. Por contra, la actitud de la enfermera se acercaba a la gratitud de quien no expresa lo que siente por temor a represalias.

—Gracias. Ah, y si no quiere malas energías, me temo que se ha equivocado de profesión. Le sugiero que trabaje en un circo, de payaso, que es lo que le pega. Allí podrá rodearse de alegría y color.

El doctor Gómez, a diferencia de mis compañeros de profesión, no dio réplica a mi texto. Se convenció de que hacía cuanto podía con tal de no martirizarse. Salí de la consulta dando un portazo y fui directo a reclamar al jefe de oncología, que tenía pinta de no usar diminutivos para dar malas noticias. Lo que no deduje fue que cambiar de médico me mostraría otras maneras tóxicas de abordar la enfermedad, aunque nada me habría servido. Me irrita la gente que cree a ciegas en sus médicos, como Brígida, mi asistente de vestuario en *Amar a la persona equivocada*. Cuando me oía despotricar, ella siempre los defendía con sus argumentos plagados de frases recurrentes. Sí, esos que me importaban una mierda: «Que no generalizara, que hay médicos muy buenos; que fuera más positivo». Yo asentía, porque Brígida decía verdades poco argumentadas, pero difíciles de rebatir. Un día que se retrasó mi secuencia, me aclaró que su madre llevaba diez años limpia de un cáncer de mama. De ahí su gratitud hacia los médicos. Pero no es cierto, es un pensamiento tramposo, porque Brígida no valora a las personas, sino los resultados.

Cuando le comuniqué a mi madre lo del cambio de especialista, esperaba su reacción: «¡Qué vergüenza cuando vea al doctor Gómez!». Le preocupaba más el qué dirán que llevar con cautela su dolencia. En ese momento eché de menos a mi padre. Pese a su timidez, su espíritu libre se imponía a cada signo de involución. Fue desaparecer y mi madre recuperó su esencia de chica de provincias, con dosis generosas de remilgo y cateteo. No por falta de personalidad, sino por esta sociedad que nos desgasta de forma tan sibilina. Y entonces fui consciente de dos realidades que me afectaban: lo que necesitaba la frescura vital de mi padre y que, igual que el oncólogo número uno de su promoción, yo también echaba balones fuera en cuanto se complicaba el asunto.

Aquel día, mi madre no desayunó churros, nuestro ritual por los buenos resultados desde que le diagnosticaron la enfermedad. Águeda me llamó para interesarse, pero no lo cogí. Las malas noticias, cuando nos atañen, nos resistimos a propagarlas. Mi madre tardó días en contárselo a su marido. Ella solo sabía lidiar con enfermedades ajenas, nada de enfrentarse a su propio ocaso. Mi padrastro permaneció inmóvil un buen rato y solo diré que

resulta impactante, hasta conmovedor, presenciar el silencio en alguien tan acostumbrado a él.

Por la tarde no fui a trabajar. Alegué gastroenteritis, por arriba y por abajo, que sonaba más contundente. El director de la serie me apretó las clavijas, ya que al avisar con tan poco margen no podía cambiar el plan de rodaje. Estuve a punto de acudir al set y demostrar mi capacidad de sacrificio, pero no. Me mantuve en mi posición de falso enfermo y me dediqué a adelantar acontecimientos, una tendencia tan nociva como conveniente. En cuanto dejé de llorar, me despedí de esa pena. Nunca fui capaz de llorar dos veces por el mismo motivo. Me pasó igual con mi padre. Cogí cita para esa tarde con el que por entonces era mi psicólogo, Guillermo, con la misma exigencia que el director de la serie me pedía que fuera a trabajar. Mi madre iba a morir, en tres meses, seis, un año a lo sumo y necesitaba más que nunca apoyo profesional.

A la consulta de Guillermo comencé a ir un año antes por motivos menos acuciantes. Mi autoestima estaba tocada por no despuntar en el cine. El asunto tenía tan poco recorrido que acababa contando anécdotas de mi trabajo. Él se divertía y a mí me halagaba que se interesase por mi profesión. Y justo cuando surge un problema con envidia, me vapulea con consejos previsibles y preguntas lacrimógenas. De repente, no me servía, ni como profesional ni como cotilla. Y se lo advertí, que no intentara sacarme la lágrima fácil a base de escarbar en intimidades que luego contaría en reuniones familiares. Porque sí, Guillermo, en un alarde de camaradería, me confesó que con su mujer se saltaba el secreto profesional. La fundadora de ese selecto grupo de personas especiales, o que convertimos en especiales, lo merezcan o no. Él se ofendió muchísimo. Empezó a chillar, que era un desagradecido, que no le faltara al respeto, y acabó cogiéndome de la pechera. Me zafé como pude y, antes de salir por la puerta, se convirtió en la segunda víctima de mi verborrea. Le eché en cara que tres de sus pacientes se suicidaran en menos de cinco años. Que uno era casualidad, dos una desgracia y tres, incompetencia. Se lanzó rabioso hacia mí, pero, por suerte, estaba en mejor forma física que él y hui escaleras abajo sin posibilidad de darme alcance.

Así fue cómo fulminé en un solo día al entramado de médicos que me rodeaban. Cuando frené dos manzanas después, el ahogo dio paso a la misma pena con la que llegué a la consulta. Ningún Guillermo podría darme soluciones magistrales. Debía atravesar solo ese lodazal. Se imponía el presente, el inicio de un devenir que por entonces ni siquiera intuía. ¿He dicho que el presente se imponía? Qué estupidez. Era el pasado el que irrumpía en todo su esplendor. Enérgico, contundente y sucio, como una paja.

Ocho meses después, el pronóstico de mi madre empeoró. El fármaco experimental para estabilizar su enfermedad no surtió efecto. Por eso programé una despedida silenciosa. Viajamos a Sevilla, lugar que visitó de pasada con mi padre y que se quedó con ganas de conocer más a fondo. Me empeñé en alquilar una bici de cuatro ruedas para recorrer el parque de María Luisa, buena idea si la metástasis no hubiese alcanzado el coxis. También me propuse dormir en su casa a menudo. Era incómodo, porque mi madre no tenía reparos en mandar a Braulio al sofá para que me acostara a su lado y le cogiera la mano. A él no parecía importarle, aunque su parquedad no diera pistas de sus verdaderos pensamientos. A veces, cuando se dormía antes que yo, la observaba fijamente para que se me quedara grabada su silueta, su semblante, su olor, como si alguien hubiera dicho «¡acción!» y yo interpretara el personaje más difícil de mi carrera. Una de esas noches, fui yo el que empezó a perder la conciencia.

—Víctor, ¿te duermes?

—Sí, mamá, estoy cansado y mañana el plan de trabajo es terrible.

—Oye, sabes que me queda poco, ¿verdad?

—No digas eso.

—No me asusta la muerte. Pienso en ti, en cómo te irá cuando yo falte.

—A lo mejor esta noche me muero yo y ya no tienes que hacer cábalas.

—Ay, calla, hijo, no lo digas ni en broma. Me pregunto si hay algo que quieras contarme, como tiendes a guardártelo todo.

—¿A qué te refieres? Porque últimamente estoy desatado.

—A que a ratos te veo disperso, como otro que yo me sé.

—Será el exceso de trabajo.

—Qué va, hace años que te lo noto, pero ahora es más exagerado.

Mi propósito era finiquitar la conversación cuanto antes. Imposible, no con mi madre.

—¿No hay nada, además de mi enfermedad, que te esté afectando?

Venga, imagínate que estás representando un monólogo y cuéntamelo.

—Mamá, que eres mi madre...

—No tu amiga, ya me quedó claro.

—En serio, no hay nada que contar.

—Nunca me hablas de él.

—... ¿De quién?

—De tu padre.

—Ah... Me he acostumbrado a no nombrarlo. Tú tampoco lo haces.

—Lo sé. Me centré en recomponer el puzle. Se fue demasiado rápido.

—¿Le echas de menos?

—Soy yo la que hace las preguntas. ¿Le echas de menos?

—Sí.

—¿Qué es lo que más echas de menos?

Me detuve adrede, como si fuera la primera vez que reflexionara sobre ese asunto.

—Pues... su dinamismo, su creatividad, su forma de enfrentarse a los inconvenientes.

—Mejor que la mía, ¿verdad?

—Diferente, aunque seguro que con los años lo he sublimado.

—¿Qué es lo último que recuerdas de él?

—Mamá, lo sabes de sobra. La tarde que pasamos improvisando.

—¿Sigues soñando con eso?

—Sí, y sigo sin poder terminarlo. Creo que no averigüé el acertijo.

—Nunca me has dicho en qué consistía el dichoso acertijo.

—Tenía que descubrir cómo había sido asesinada una mujer.

Mis últimas frases estuvieron marcadas por la somnolencia, así que no podría garantizar su veracidad. Todavía resuena aquel «nunca me hablas de él». Por un segundo, creí que mi madre se refería a Hugo, aunque yo jamás lo nombrara. Nada más lejos. Mi madre no se percataba de mis emociones. Tampoco de las de Hugo, al que apenas conoció. Era el recuerdo de mi padre lo que la obsesionaba, y pretendía que siguiera su estela. Menos mal que el trabajo me ayudaba a sobrellevar ese contraste tan drástico entre realidad y ficción. Mi frialdad en el rodaje empezaba a confundirse con

antipatía y pronto caló en la opinión del equipo. A nadie se le ocurrió que mi cambio se debiera a un problema personal sin solución. Los únicos que mostraron interés fueron los ayudantes de sonido y las maquilladoras. A peor nómina, mayor empatía, aunque nunca podré asegurar si lo hacían porque les importara o por puro morbo. «El dinero deshumaniza», pensé, como si acabara de descubrir América.

Las semanas previas al fallecimiento de mi madre coincidieron con unas fiestas navideñas que nunca disfruté. Era alérgico al ideal de familia unida y, para ser honestos, la familia, fuera del primer grado de consanguinidad, no nos importa. El fallecimiento de alguien cercano solo sirve para comentarlo y reafirmarnos en que a nosotros jamás nos ocurriría lo mismo. Porque seríamos previsores, porque removeríamos cielo y tierra antes de perder a la persona querida, sin caer en la cuenta de que tal hazaña requiere de un elemento básico del que carecemos, dinero. Lo único que me animaba era el objetivo macabro que me marqué: susurrar al oído de cinco niños, durante la cabalgata, que los Reyes Magos eran los padres.

Mi madre perdió el apetito muy rápido. Para los sanos era un sacrilegio que despreciara un cochinillo en su jugo o un cocido. Me enfadaba, la obligaba a un último bocado, aunque fuera un suplicio para ella. Es frustrante ver a tu madre consumirse por inanición voluntaria. Sus piernas fallaban, se caía a menudo y no podía levantarse por sí misma. La aleccioné para que no se separara de su móvil. Mi padrastro no escuchaba las caídas y podían pasar horas hasta recibir ayuda. Aunque las jornadas de rodaje me impedían ser una opción real de auxilio, intuía que en un futuro recurriría a estos episodios para flagelarme. Mi madre acataba mis decisiones con resignación, la virtud más defectuosa que existe. Ahora, en cuanto desaparecía de su campo visual, lloraba y golpeaba su sillón con la impotencia del que es conocedor de la merma de sus facultades. Hubiera preferido que su cáncer viniera acompañado de una pérdida de raciocinio, que fuera un *pack* indisoluble, pero ni para las malas soluciones se alinean los astros.

En mi trabajo no encontraba sosiego para memorizar diálogos, por previsibles que fueran. Vivía pendiente de un teléfono que se encargó de

fastidiar varias tomas. El director, que conocía mis circunstancias, no dejaba de presionarme. Nos acercábamos a la fecha de emisión de los nuevos capítulos y el montaje estaba incompleto debido a mis ausencias justificadas. La fama que me convertiría en un actor problemático avanzaba y ni la más impecable de las actitudes podría invertir su curso.

A un mes del fatídico desenlace, me llamó la sustituta del doctor Espinosa, que estaba de vacaciones. Me propuso hacer un PET-TAC de cuerpo entero porque los marcadores tumorales se habían disparado. A pesar de que estas noticias jamás deberían darse por teléfono, agradecí su preocupación de interina con oficio. Espinosa ya había dado muestras de frialdad de trato, porque ser oncólogo y tener empatía debería ser otro *pack* indivisible. Por supuesto, en cuanto regresó, anuló la prueba. No iba a permitir rebeldías en la pirámide jerárquica. Además, los tratamientos ya eran demasiado caros como para colapsar también la sección de radiología. Mi madre estaba sentenciada y había que dosificar recursos para llevarse la felicitación del directivo de turno. El Estado dejaba de invertir en esa ama de casa anónima que limpiaba hogares ajenos. Seguro que a Espinosa le ponía cachondo jugar a ser Dios, razón principal por la que estudiaría Medicina.

En medio de tanta desafección, se unió que familiares y amigos de mi madre dejaron de llamarla, por no molestar, cuando la verdadera molestia era sentir que su entorno la daba por muerta. «¿Por qué te llaman a ti en vez de a mí? —preguntaba con el ceño fruncido—. Todavía puedo expresarme», decía seguido de un llanto repentino. El proceso de desahucio había comenzado, irrefrenable.

A los pocos días, el rodaje de la serie se canceló. Las bajas audiencias de los últimos capítulos provocaron la huida masiva de patrocinadores a programas exitosos en los que invertir. Me alegré de la decisión, sus guiones eran bazofia. Se repetía el proceso: la serie arrancaba con un elenco solvente para defender un producto de rápido consumo. Tras la primera temporada, parte de los actores abandonaban y eran sustituidos por famosos casposos sin talento ni preparación, retocados por una cirugía plástica sutil pero reconocible. Lo apropiado para una serie ambientada a principios del

siglo pasado. Eso sí, la nueva coyuntura me permitió estar cerca de mi madre, la suerte de quien no espera nada.

Cada día que pasaba era peor que el anterior y fue justo la última mañana del año cuando mi madre marcó una saturación de oxígeno inferior a ochenta. Acudimos a urgencias con la esperanza de volver a casa para tomar las uvas, hasta que el oncólogo de guardia corroboró que el cáncer se había desatado en sus pulmones. Ante la negativa de mi madre a quedarse ingresada, el oncólogo soltó: «Voy a dejar que se vaya porque serán sus últimas Navidades». Ni qué decir tiene que a mi madre le ahorramos el titular.

Ya en casa, Águeda preparaba la cena. Decidió pasar «la última Nochevieja de mi madre» con nosotros en vez de con su familia o con su novio Rober. Una amiga que había llegado para quedarse. Entre conversaciones de relleno, mi madre suplicaba que no me dejaran solo. Tenía claro que me quedaría desvalido sin ella. Yo también. Su falta de egoísmo me incomodaba porque jamás podría estar a su altura. Por suerte, llegaron las campanadas y una nueva oportunidad para atragantarnos con las doce uvas. Me senté en el suelo, a su lado. Otra de mis despedidas. Ninguno de los dos acabó a la par que las campanadas, cada uno por un motivo distinto.

Al día siguiente regresamos al hospital. Alguien debió de reconocerme y me fotografió sentado en una sala de espera con la cara descompuesta. A las pocas horas, la noticia ya circulaba por varios periódicos digitales, pero al no ser un actor de masas, no trascendió. «Duros momentos para el actor Víctor Zimmerman», rezaba en la sección de noticias breves. Ni rastro del nombre de mi madre. Mejor, respetaban su privacidad, aunque no hiciera falta porque la gente solo lee titulares. Se trataba de la despedida periodística de la mujer que me llevaba a la cama montado en sus pies, la que estuvo a punto de fugarse con un empresario egipcio o la que me preparaba esos bocadillos interminables que devoraba en cuestión de minutos. «La guardiana de mi fiebre», título de un artículo de *El País* donde un redactor reflexionaba sobre la escasez de personas dispuestas a

sacrificarse por nosotros.

Durante seis días, se nos mostró el amplio abanico de caracteres que componen los equipos sanitarios: enfermeras dulces o bordes según el turno, celador guasón, médico novato con aires de superioridad, médico experto con la humildad que le faltaba al novato, auxiliares que se equivocaron de profesión o tan cuidadosas que daban ganas de adoptarlas. El doctor Espinosa tardó dos días en pasarse por la habitación, descubriendo entonces su punto débil como facultativo, mucho peor que llamar «lentejitas» a tumores cerebrales metastásicos: su cobardía. Si la enfermedad estaba controlada, se mostraba afable y colaborador. Si se disparaba, arisco y esquivo. Cuando nos recomendaron sedarla, se me acercó para darme la enhorabuena por todo lo que habíamos luchado. Buscaba hacerme sentir especial y de paso, minimizar sus carencias. ¿Luchar? Esto no es una batalla donde los dos bandos van armados y juegan sus bazas. Solo hay dos cosas que puedes hacer ante un cáncer, diagnosticarlo a tiempo y esperar a que el tratamiento sea efectivo. Lo demás son patrañas para hacernos creer que somos más fuertes de lo que somos. En aquella ocasión, aparqué mi sinceridad. No tenía fuerzas para cambiar el mundo.

Aun así, el premio especial a la incompetencia recaería en el jefe de paliativos, responsable de conseguir una muerte digna para sus pacientes. Insisto, hay características que deben ir asociadas a su oficio. Flexibilidad para las gimnastas, valentía para los bomberos, avaricia para los banqueros... En fin, unos mínimos. Pues bien, el de paliativos —conocía su nombre pero así suena con desprecio— nos recomendó que le retirásemos su medicación para que los órganos le fallaran antes. No era partidario de administrar una bomba de perfusión porque «no iba a llegar». Entre medias, ninguna palabra que apaciguara el dolor ni me aclarara qué narices era una bomba de perfusión.

Mi padrastro Braulio se atacaba al intentar descifrar a los médicos. Pese a ser habilidoso leyendo labios, aquellos días estaba especialmente torpón. Puede que no quisiera afrontar que estaba a punto de perder a su compañera y a la persona que hacía de puente entre nosotros. Un día lo pillé

compungido en la habitación mientras mi madre dormía, golpeando un radiador con su inseparable llave grifa. En cuanto se dio cuenta de mi presencia, se secó las lágrimas y retomó su pose de hombre duro. Pensaba que él sería diferente, que el hecho de no escuchar lo mantendría inmune a cualquier hábito machista. Con todo y con eso, no descarto que se mueva por códigos más benevolentes. Braulio no soportaba las visitas, en particular las que acudían movidas por el postureo de estar donde se debe estar en estos casos. En un momento, se presentaron, desde Asturias, hermanas, primas, sobrinas y conocidos de mi madre con sus respectivas parejas e hijos, para que la enferma agradeciera su presencia. Pero no había visita que sacara a mi madre de su bucle: cómo sería su muerte, si sufriría o qué ocurriría con su marido o con su hijo cuando ella desapareciera. Por supuesto, Braulio utilizó su condición de sordo para no interactuar con nadie.

Regresamos a casa. Se negaba a morir en un hospital. Águeda y yo nos movimos rápido para concederle su último deseo. Quien nos viera pensaría que tramitábamos el alta para irnos a un resort o a tomar churros. Y es que estaba tan anestesiado que el mínimo cambio lo recibía con alegría, con los innumerables matices que abarca esta emoción. Preparé su cama con ilusión, pero lo que llegaba era un cuerpo abatido, carcomido por dentro. Al contrario de lo que nos recomendó el psicópata de paliativos, le mantuvimos el oxígeno. No tenía prisa para que muriera mi madre. De hecho, pedí a Martín, un amigo enfermero, que sacara paracetamol intravenoso del hospital. Accedió porque tenía asimilado que hay situaciones en las que el hurto pierde su significado.

El porterillo echaba humo. En dos horas, la habitación habilitada para las visitas se quedó pequeña. Mi madre escuchaba el alboroto, el timbre, los tacones por el parqué, incluso carcajadas. Aproveché la ocasión para darle un masaje en las piernas. Me consolaba tratarla como si fuera a vivir eternamente. «Esto parece una verbena», dijo quitándose la mascarilla de oxígeno. Le pregunté si prefería que se marcharan y me contestó que no, que se conformaba con que no entraran asustados a la habitación, que se notaba que tenía la guadaña apuntando a su cuello. Cuánto iba a añorar ese

humor socarrón.

Llegó Luisa, mi exrepresentante desde hacía unos meses. No me acostumbraba a que no formara parte de mi día a día. Al principio se negó a ver a mi madre. Prefería recordarla cuando estaba sana, pero mi madre, al escuchar su voz, insistió en verla. Apreciaba mucho a Luisa por lo que había luchado por mí. «Mi tercer brazo», la llamaba. El sentimiento era recíproco. Mi madre tranquilizaba a Luisa y Luisa soliviantaba a mi madre. Se suplían carencias. Luisa no pudo evitar emocionarse conforme caminaba por el pasillo que conducía a su habitación. Más tarde me admitió que casi podía respirar su dolor, porque era un poco mística para el tema de las energías. Cuando mi madre la vio, esbozó una sonrisa. La última vez que la vi sonreír.

—Luisa, gracias por venir. ¿Qué tal tu vida de jubilada?

—Más tranquila, Matilde. Estaba harta de tanto ego.

—No me extraña. Disfruta lo que puedas, que luego vienen enfermedades y mira lo que pasa.

—Lo sé. ¿Qué tal te encuentras?

—He estado mejor otras veces.

Mientras Luisa le devolvía la sonrisa con esfuerzo, mi madre me pidió que bajara la basura, su forma sutil de decirme que las dejara solas. Al llegar a la cocina, comprobé que no había bolsas de basura que bajar, así que preparé infusiones. Pasaron cinco minutos y Luisa seguía en la habitación. Lo contabilicé por las manzanillas que calenté en el microondas, una por minuto. Braulio pasó a la cocina y cogió una sin preguntar. No nos quedaban fuerzas ni para ser políticamente correctos. Diez minutos después y con los ojos vidriosos, Luisa salió, me dio un abrazo largo y agarró otra infusión. Le pregunté qué tal había ido la encerrona y se limitó a decirme que mi madre era un ser excepcional y que había tenido mucha suerte de tenerla como madre. Lo que más me impactó fue que me hablara en pasado de una persona que seguía viva. Fue entonces cuando asimilé la gravedad de la situación y lamenté que mi madre no hubiera elegido una vida con más aristas, más plena, aunque en ese aspecto tuviera mucho que callar. Y eso fue lo que hice.

Subió Martín, mi amigo enfermero, dispuesto a administrar la primera dosis de sedación de la que ya no despertaría. Mi madre lo sabía, por muy apagada que estuviera, así que llamó a su hermana Sofía, generando un agravio comparativo con el resto. Salió bastante afectada de la habitación, deseosa de relatar a los demás su último encuentro. Braulio fue el siguiente. Como olvidó cerrar la puerta, me enteré de la parte de conversación que susurraba mi madre y aprendí a decir «yo también te quiero» en lengua de signos. Realmente se querían, por mucho que se encontraran en un segundo turno. Treinta y siete años juntos, casi nada. Mi padre no pasó de veinte, así que Braulio no se merece lo de «segundo turno». Aun así, me preguntaba si, en sus últimas horas, mi madre recordaría algún momento especial con mi padre. Yo no dejaba de imaginármelos visitando el pantano de San Juan o besándose en el camerino después de una representación. Supuse que no estaba para fantasear, solo asustada ante su destino. Braulio le dio un beso en la frente y, desubicado, acabó sentado en un rincón del salón, tapándose la cara con sus manos. Regresaba el hombre de esa generación de hierro cuyo llanto jamás debía exponerse. Un trago angustioso que me tocaba cerrar. Mi madre me llamó y a mí sí me dejó claro que cerrara la puerta. Se quitó la mascarilla de oxígeno, en un último alarde de fuerza.

—Hijo, qué pálido estás. ¿Has comido?

—Un poco.

—Tienes que cuidarte. Si estuviera Úrsula... ¿Te ha llamado?

—No sabe nada.

—Bueno, ya se enterará. ¿Lo has pensado ya?

—¿El qué?

—Si quieres decirme lo que te preocupa. Venga, imagínate que estás...

—Ya sé lo que viene. Podría hablarte de mis demonios, pero no solucionaría nada.

—¿Y podrías ponerles cara a esos demonios?

—Probablemente sería la mía.

—Tú no tienes culpa de nada. No seas tan duro contigo.

—Lo intentaré.

—Espero haber sido una buena madre.

—Lo sigues siendo, qué manía con hablar en pasado.

—El pasado es lo único que me queda, hijo. Se me caen los ojos.

—¿Quieres descansar?

—No, porque sé que esta vez no me voy a despertar. Cuida de Braulio, por favor. Es un hombre de antes, no sabe manejarse.

—De acuerdo.

—Me voy contenta porque he podido estar cerca de ti. Verte actuar, verte triunfar. Nos vemos en tus sueños y espero que conmigo llegues al final.

—Seguro. Te quiero mucho, mamá.

—Yo también, hijo.

Abracé a mi madre sin intención de soltarla, aunque las lágrimas se amontonaran en la garganta. Qué liberador debe ser no parar de llorar. Martín llamó a la puerta para administrarle la primera dosis de midazolam. Mi madre cerró los ojos y no opuso resistencia, cómo estaría. No pude ser testigo del macabro proceso. Por el pasillo me acompañó una tos nerviosa que no conseguí calmar con ningún remedio tradicional. Otra manera de llorar, supongo.

Nos cuesta entender la sensación de amargura porque no dejamos de confundirla con la tristeza y eso que la diferencia es clara: con la tristeza puedes convivir; con la amargura, no. La amargura te incapacita, te absorbe la energía. Eso sentía, amargura, y con esa carga vagué por la casa de mi madre durante tres días, hasta el instante en el que dejó de respirar. Podría describir cada segundo de esas setenta y dos horas agónicas, pero hay sensaciones que nacen íntimas, que no permiten ser aireadas. Ni siquiera en escritos terapéuticos.

El viernes dejó de ser mi día favorito. A las once de la noche, Matilde ya no estaba. Águeda llamó al seguro funerario mientras Braulio lloraba en la habitación, creyendo no ser visto. El único que seguía sin derramar una lágrima era yo, no por falta de ganas, sino porque estar ocupado puede anular la emoción más básica.

En cuanto se llevaron a mi madre, mis tías se apresuraron a recoger sábanas, enseres y airear cada estancia, como termitas excitadas ante un banquete de celulosa. Me preguntaron cuál era el siguiente paso. Por suerte, mi madre lo dejó todo atado para impedir debates estériles: velatorio en su pueblo natal, Pola de Somiedo, misa católica e incineración. Nos extrañó la elección del lugar, aunque allí estuvieran enterrados mis abuelos. Mi madre nunca tuvo buena relación con ellos, que eran «muy castrantes», decía. Promesas que nos imponemos por no defraudar a nuestros antepasados o a nosotros mismos. Sí entendí lo de la misa. Aunque mi madre repudiaba a los sacerdotes, una vez la escuché decir: «Que trabajen ese día para mí». A ratos me recordaba a mi padre, que le encantaba ir a bares de corte conservador para que un facha sirviera a un rojo. Eran rebeldes a su manera y eso me hacía gracia.

Debíamos salir pronto de Madrid para adecentar la casa de mis abuelos y avisar a los vecinos. Complicado, la pena ralentizaba mis acciones. Un zombi jugando a ser resolutivo. Decidí irme con Águeda en su coche. Braulio y el resto de familiares aprovecharían que el seguro funerario ofrecía transporte hasta Asturias. Salimos dos horas antes que el coche fúnebre y el minibús. Águeda condujo todo el viaje. Estaba más despejada que yo y, al ser sábado, no tuvo que pedir permiso en la peluquería. Mi madre, por no molestar, calculó hasta cuando morirse. Vimos amanecer por el camino, a la altura de Segovia. El primer amanecer sin ella, pensé de inmediato. Águeda me cogió la mano y la apretó. Cómo me gustaría caer en esos detalles cuando ella lo necesitara.

Llegamos a las doce, media hora antes de lo que marcaba el GPS. Águeda conduce demasiado ligera. Era un día soleado y frío, combinación que aborrecía. Aunque de pequeño solo estuve dos veces, reconocí la casa, la única con un portón de madera tan elevado. Antes era una cuadra y, en el último momento, mi abuelo se empeñó en adecentarla para vivir allí. Al entrar, comprobamos que hacía más frío que en la calle y que los muebles estaban recubiertos con sábanas blancas. Por lo demás, la acumulación de polvo no era tan escandalosa. En menos de una hora, el lugar parecía que siempre había estado habitado.

Tocaba repartir esquelas por el pueblo, que sus habitantes despidieran a su paisana. Otra rareza, ver el nombre de mi madre en un trozo de papel con su fecha de nacimiento y defunción, por si no quedaba claro que hemos venido para nacer y morir. La villa tenía unos doscientos habitantes, no tardaría en correrse la voz. Llegamos a la plaza mayor sin cruzarnos con nadie. Colgamos la esquila en un tablón de noticias carcomido e hicimos lo propio en iglesia y ayuntamiento. La última la dejamos en el único bar del pueblo, que estaba bastante concurrido. Los hombres jugaban a las cartas y las mujeres cuidaban de sus hijos o nietos, una vieja estampa. Al entrar, empezaron los cuchicheos, y el camarero, de aspecto rancio y desaseado, nos atendió con una sonrisa mellada que se borró al pedirle permiso para colocar la esquila. Supongo que esperaba que consumiéramos como forasteros hambrientos o que simplemente le diera mal fario. Para asegurarnos que el camarero no tirara la esquila a la basura, desechamos el embutido pegajoso que trajimos de Madrid y pedimos raciones calientes. Nadie nos dirigía la palabra, ni siquiera para hilar parentescos. Salimos del bar con sensación de extranjeros sin posibilidad de ser aceptados, otra muestra de cómo nos apropiamos de los territorios y sus gentes.

Avanzados unos metros, me giré para comprobar que un cura rubio de tez pálida ojeaba la esquila. Alzó la vista y nos hizo gestos para que nos detuviéramos. Qué curioso es ver correr a curas con sotana. Se presentó como el padre Damián, sacerdote del pueblo, y nos preguntó por la celebración de la misa, porque nadie lo había avisado. Estaba harto de que las compañías de seguros lo ningunearan. Le pedimos perdón sin tener

culpa de nada y se tranquilizó. Tras ubicarla en el árbol genealógico local, le explicamos que mi madre deseaba ser enterrada allí. El sacerdote lamentó que la gente solo se acordara del pueblo para morir, pero nos aseguró que se encargaría de la misa y que se pasaría a media tarde a velar el cuerpo. Una preocupación menos.

De vuelta a la casa, nos recostamos en unos sillones de terciopelo azul incomodísimos. Como no podía dormir, revisé mi móvil, con decenas de llamadas de mis tías. En un mensaje, mi padrastro informaba que, a la salida de Madrid, el minibús se había salido de la carretera por un pinchazo. Imposible que llegaran al velatorio de día. De haber sido otras las circunstancias, pensaría que se trataba de una broma macabra. Por fortuna, el coche fúnebre con el cuerpo de mi madre continuaba su recorrido, cerca ya del pueblo. No quería ni pensar cómo estaría Braulio, con lo mal que se adaptaba a los contratiempos. En otro mensaje, escribió que pronto saldrían en otro autobús de la aseguradora. Águeda y yo nos quedamos noqueados, aunque al imaginarnos a mis tías dando tumbos dentro del autobús, nos dio la risa.

El coche fúnebre llegó a las cuatro de la tarde y, en un suspiro, mi madre estaba colocada en mitad del salón. Le pedí a Águeda que levantara la tapa del ataúd, yo no era capaz. Me costó reconocerla, la maquillaron diferente a su estilo. Águeda quiso ducharse, dando por hecho que aquella bombona de butano desteñida seguiría operativa. Acabó lavándose por partes con agua fría.

Durante el rato que volví a quedarme solo con mi madre, me entraron ganas de mantener la conversación que nunca tuve, resolver sus dudas — que eran las mías—, por si existía la posibilidad de que oído y cerebro siguieran conectados milagrosamente. Marcarme un *Cinco horas con Matilde*, aunque me perdiera en mi propia disertación. Braulio mandó fotos de las consecuencias del accidente. Volví a reírme, sospechando que la muerte de mi madre hubiera eliminado la poca empatía que me quedaba.

Emulamos a los británicos y tomamos el té de las cinco, a la espera de recibir la primera visita del velatorio. Por la ventana entraba un sol que invitaba a la siesta o a la reflexión. Optamos por lo segundo. Águeda se

arrancó a hablar de su novio Rober. Contaba que nunca había valorado lo sexual como elemento indispensable en una relación hasta que lo conoció, y que el egoísmo sistemático que demostraba desaparecía sobre una cama, pasando a ser la persona más generosa del universo. A Águeda le entraban escalofríos al rememorarle.

Hizo un primer intento de indagar en mis intimidades, pero, después de Úrsula, mis anécdotas eran poco reseñables. Ante mi hermetismo, Águeda se levantó, cogió las tazas y se dirigió a la pila para lavarlas, no podía parar quieta. Yo no se lo impedí y fue ese ramalazo machista lo que la salvó de recibir un ladrillazo en la cabeza, porque eso fue lo que ocurrió. Alguien desde fuera lanzó un ladrillo que rompió la ventana, impactando en uno de los sillones. Águeda sorteó los cristales rotos y salió disparada hacia la puerta para descubrir al responsable, pero la persona que lo lanzó, además de tener muy mala baba, corría que daba gusto. Yo no fui capaz de levantarme de la silla. Me preguntaba qué más podía pasar, por qué la muerte de mi madre tenía que ir acompañada de tantos incidentes. Seguro que, si estuviera viva, se reiría igual que yo cuando imagino a mis tías volando por los aires. Águeda entró fatigada a pesar de haber recorrido solo unos metros, maldiciendo al pueblo, a sus habitantes y a su monitor de aeróbic, por no ponerla en forma. Se acercó a mí como si fuera mercancía frágil a punto de resquebrajarse, pero, al verme tranquilo, empezó a recoger los desperfectos. Me pegué a la ventana, por si aquel desalmado aprovechaba para salir de su escondite. En lugar de eso, vi asomarse a la vecina de enfrente. ¿Habría sido ella? Me costaba pensar que una anciana pudiera tener tanto brío. Águeda seguía maldiciendo:

—Qué cabrones. Mira, hasta le ha caído un trozo a tu madre.

—No importa, no se va a quejar. Espera, que te ayudo.

—Déjalo, Víctor, que estás descalzo. Recojo rápido, que la gente estará al llegar.

—Lo que me extraña es que no haya nadie todavía. Son casi las seis.

—A lo mejor son más de venir por la tarde-noche. O puede que no les apetezca.

—Eso me extraña más. Esta gente no se perdería un velatorio por nada

del mundo. Deberíamos preguntar a alguien.

—Deberíamos ir a la policía, ¿no te parece?

—También. Vamos, así matamos dos pájaros de un tiro.

—¿Y a quién preguntamos?

—A la vecina de enfrente, por ejemplo. No deja de observarnos. Creo que piensa que no la vemos.

—Tendrá cataratas —soltó Águeda con un trozo de cristal en la mano.

Cruzamos la calle como si fuésemos nosotros los que temiéramos ser descubiertos. Llamamos a la puerta de la vecina con fuerza, dando por hecho que, además de ciega, estaría sorda. Al abrir, se hizo la sorprendida. Me presenté como el hijo de Matilde Herrero y también fingió no saber quién era. Esa señora era la que se sentaba en la puerta a pelar hortalizas cuando era pequeño, solo que con menos canas, nariz y orejas. Mi madre decía que era una cotilla profesional, que conocía cada chisme del pueblo.

—Usted no habrá visto por casualidad al que nos ha hecho esto —preguntó sin rodeos Águeda, señalando a la ventana rota.

—Uy, no sé, igual ha sido el viento.

—¿Qué viento? Si no corre nada de aire.

—Águeda, déjame a mí. Es que, verá, nos han tirado un ladrillo.

—¿Un ladrillo? Jesús, qué borriquería.

—¿Y sabe por qué no ha venido nadie a velar el cuerpo de mi madre?

—Ay, pobre. Le acompaño en el sentimiento. Igual no se han enterado.

—Hemos dejado una esquila en el bar y estaba lleno de gente.

—¿Ah, sí? Puede que no la recuerden o no quieran pasarse.

—¿Y por qué no querrían pasarse?

—A lo mejor su madre era problemática o discutió con alguien.

—Señora, mi madre nunca fue problemática.

—Que usted sepa. Su madre tuvo una vida antes de nacer usted.

—¿Qué quiere decir?

—Nada, si hablo por hablar. Seguro que en un rato se le llena la casa de gente. Me paso dentro, que está la telenovela. Vayan con Dios y lo siento.

Águeda me miraba de reojo, esperando a que alguien dijese «corten». Lamentablemente no era ficción; era la realidad, tan irracional como de

costumbre. Regresamos a casa con el cuerpo revuelto, sin dar parte a la policía y yo confundido hasta el punto de valorar las palabras de la anciana. ¿Qué podría haber hecho mi madre que mereciera un desprecio tan grande? Nada. Seguro que la vecina sufría demencia y existía un vándalo esquizofrénico en el pueblo, no quedaba otra opción. Procuraba calmarme, pero a la mínima regresaban las dudas. Hasta convencí a Águeda para poner la casa patas arriba en busca de indicios que culpabilizaran a mi madre. Barajé conjeturas inverosímiles: que hubiera robado para comer en tiempos de posguerra, que militara en el bando republicano o, qué sé yo, que hubiera abortado. Por favor, cómo podía pensar así con ella de cuerpo presente...

Noticias desde Madrid. Mis familiares retomaban el viaje. Al menos mi madre sería velada, aunque fuera solo por los suyos. Águeda y yo elucubramos un rato largo, con teorías tan descabelladas que rozaban el ridículo. ¿Y si la subestimaba como a las mujeres que iban al baño en la planta de oncología? Seguía dando por hecho que nadie se salta su código deontológico, que solo yo gozaba de ese privilegio.

En cuanto anocheció, empezó a llover. Tantos años sin pisar mi tierra, que había olvidado lo impredecible de su clima. Ni los consejos tranquilizadores de Águeda ni el ansiolítico que me tomé me sacaron de mi runrún. El reloj marcaba las nueve de la noche y el cura no se había dignado a visitarnos. Se agotaban las casualidades y me envenenaba pensando que nos podíamos haber ahorrado la paliza del viaje. Águeda se empeñó en preparar la cena. No tenía apetito, pero ante una tortilla francesa, no pude negarme. Era la comida favorita de mi madre, con atún y queso, bien cargada. Un homenaje a ella entre tanto desatino. Y justo cuando salivaba con ese recuerdo, llamaron a la puerta. Llegaban los primeros invitados. Claro, después de cenar, tenía sentido. Hay que ver lo rápido que normalizamos nuestras paranoias cuando surgen soluciones.

Abrí la puerta con cierta ilusión. Al otro lado, Herminia, una mujer oronda con cara de muñeca de porcelana alemana. Aunque nunca oí hablar de ella, se presentó como una buena amiga de mi madre. Me dio el pésame y pidió perdón por no haberse acercado antes, pero si su marido no cenaba siempre a la misma hora, se ponía nervioso. Herminia me contó que durante

el último año había retomado el contacto con mi madre, que fueron amigas íntimas hasta que mi madre emigró con dieciocho años y que no consiguió salir del pueblo, por mucho que insistió al que acabaría siendo su marido. Tras dar por hecho que Águeda y yo éramos pareja, se acercó con delicadeza al ataúd, acarició su mejilla y comenzó a rezar. Nosotros aprovechamos el reencuentro para comernos la tortilla en la cocina, de pie y sin apenas saborearla. Pasados unos minutos, Herminia se acercó a nosotros y, sin mediar palabra, sacó un folio doblado de su bolso. Era una carta escrita a mano. La letra era de mi madre.

—La recibí hace unos meses. Ya intuía que le quedaba poco.

—¿Cómo? ¿Puedo leerla?

—Claro, era su voluntad.

«Hijo, empiezo con una frase cinematográfica: *cuando leas esto, ya no estaré*. Pagaría por ver tu cara, con lo poco que te gustan los giros bruscos de guion. Ya que nunca te atreviste a contarme tus secretos, me envalentono a destapar parte de las míos. Antes de conocer a tu padre, me enamoré de un chico de mi pueblo, Raimundo. Solo tenía feo eso, su nombre. Era carpintero y, pese a lo que se estilaba en el pueblo, atractivísimo. Tenía unos ojos azul turquesa que nunca he vuelto a ver. Nos enamoramos, un flechazo de los que no te crees cuando les ocurre a otros. Comenzamos una relación en secreto. Él tenía veinticinco años y yo diecisiete, no convenía que nadie se enterara. Estaba dispuesta a continuar de no ser porque se lo chivaron a tu abuela y me mandó interna al convento de las adoratrices en Oviedo. Eso sí lo sabías, pero evidentemente no fue para mejorar mi formación, sino para apartarme del pecado. En aquella época, la educación de las mujeres no importaba. Raimundo me escribía cartas que nunca leí porque las monjas se encargaban de retirarlas del buzón. Si eran capaces de robar niños, imagínate el remordimiento que podrían tener por un trozo de papel. Conseguí que recibiera una donde le prometía que en cuanto cumpliera dieciocho, regresaría al pueblo y nos fugaríamos para casarnos. No debí hacerlo. Pronto descubrí que había otros Raimundos desperdigados por ahí, capaces de despertarme sensaciones similares. El mundo no acaba en nuestro perímetro, aunque siempre fui más moderna en mi cabeza que en la

realidad, ya me conoces. Por suerte, el tiempo hizo que aprendiera a querer a tu padre y que aceptara después a Braulio. Pero, sobre todo, consiguió que sublimara lo que pudo ser y no fue con Raimundo. No cumplí con la fuga pactada, pero, para compensarlo, quiero que me enterréis con él. Fue Herminia la que me contó que se suicidó con solo cuarenta años. Me alegré de no estar cerca. Lo mal que lo tuvo que pasar su familia. A Braulio contadle que es una tumba familiar. Que es sordo, no estúpido. Gracias, hijo, espero que tú sí seas capaz de cumplir tus promesas. Te quiere, tu madre».

Consumí la carta con ansia. Lo relevante no fue que se atreviera a exponer sus secretos, sino comprobar que no se había convertido por completo en una madre clásica. La locura que le recordaba de niño salía a relucir en forma de carta. Por supuesto que haría lo que me pidiera. Que te enamoraste de Raimundo, te enterramos con Raimundo. Habría accedido a propuestas mucho más escandalosas si me lo hubiese ordenado. Herminia me sugirió que fuera a hablar con el sacerdote, figura clave para consumir su último deseo. Estaba harto de tanto misterio, como si todos hubieran hecho un curso exprés de suspense. Herminia se ofreció a quedarse con mi madre mientras hablábamos con el padre Damián, lo más sensato que nos había ocurrido desde que aterrizamos en el pueblo. Así que Águeda y yo nos pusimos los abrigos y marchamos en dirección a la iglesia.

La intensidad de la lluvia impidió que elaborásemos estrategias. Como había luz en la casa parroquial, llamamos sin titubeos. El padre Damián nos recibió con una diligencia que no concordaba con la aridez de su rostro. Dentro hacía frío, al menos cumplía con el voto de pobreza. Arrancamos a contarle la historia, sin ahondar en la opinión del cristianismo sobre abrir tumbas para enterrar a antiguos amantes.

—Entonces, padre Damián, ¿qué opina? ¿Cree que será posible?

—Es una petición delicada. Habría que comunicárselo a los familiares.

—Me imagino, pero no los conocemos.

—Creo que puedo localizarlos. Hago una llamada y les comento.

—Tutéenos, por favor.

—De acuerdo. ¿Os apetece un café o una infusión?

—Pues, quizá una manzanilla. ¿Tú, Águeda?

—Una tila.

Mientras el padre Damián trajinaba en su cocina, Águeda se levantó a ver las reliquias expuestas en una pequeña vitrina. Yo pasé, no había partes del cuerpo, que es lo que a mí me da morbo. Por las paredes, imágenes de cristos, vírgenes y santos mártires, una prolongación de la sacristía en el salón. De hecho, se intercomunicaban por una puerta que recordaba lo que había cambiado la estatura media en nuestro país. Se detuvo en un cristo envuelto en sangre. «De lo que te ha servido tu revolución», pensé. Mi atención se centró en escuchar la conversación del padre Damián, sin éxito. Fue durante ese lapsus cuando Águeda, toqueteando los pomos de un taquillón barroco, abrió sin querer uno de los cajones. Su grito sordo provocó que mi atención regresara a ella.

—Hay una pistola dentro —afirmó Águeda a media voz.

—¿Qué dices? Será de plomos.

—Claro, o un mechero para encender las velas, no te jode.

—Cierra el cajón y siéntate.

—Víctor, esto es muy raro.

—Igual la tiene para defensa propia. Quién te manda abrir cajones.

—El problema es que tiene un arma, no que yo sea una cotilla.

—A ver si nos da una buena noticia y acabamos con esto.

—O acaba él con nosotros.

—Águeda, por favor, no seas peliculera. Calla, que ya viene.

El padre Damián llegó con las infusiones hirviendo, acompañadas de una onza de chocolate medio derretida al contacto con la taza. Águeda no dudó en beberse la suya aun a riesgo de abrasarse la lengua. Yo preferí esperar, a mi estómago nunca le cayó bien lo caliente. Llegaban buenas noticias. El hermano de Raimundo nos autorizaba a abrir la fosa y añadir las cenizas de mi madre. Me trasladó que Raimundo nunca dejó de nombrarla, y que ojalá aquello sirviera para que descansara en paz. Respiré aliviado, por fin algo salía bien. El padre Damián me pidió que lo acompañara a su cuarto para firmar un documento y Águeda se quedó custodiando la supuesta arma de

fuego.

En la habitación del sacerdote se mezclaba el olor a cerrado con el del incienso. Encendió su Mac —objeto que lo alejaba del voto de pobreza— y, mientras buscaba el documento, me hizo el tercer grado:

—Entonces, eres el hijo de Matilde...

—Así es.

—¿No tienes más hermanos?

—No, soy hijo único.

—Vaya, ha tenido que ser duro. ¿Sufrió mucho?

—Se dio cuenta de cómo se consumía, así que supongo que sí.

—Hay que quedarse con lo positivo. Ahora está con el Señor.

—¿Qué señor?

—Nuestro Señor Jesucristo.

—Yo es que no soy creyente. Hubiera preferido que estuviera aquí.

—Por supuesto. Todos deseamos tener cerca a nuestros seres queridos, pero por desgracia no tenemos ese poder.

—Al menos ahora podrá descansar en paz.

—Claro, de eso se trata, de descansar en paz.

La impresora, en oposición al ordenador, marcaba un ritmo pausado, impropio de la era de las tecnologías. Me inquietaba tanto la parquedad expresiva del padre Damián como la penumbra que predominaba en cada estancia. Supuse que habría asimilado aquella atmósfera como sus votos de obediencia y, por qué no, castidad.

—Esto ya está. Tienes que firmar en la última página. Una copia para la familia y otras dos para la diócesis y el ayuntamiento.

—De acuerdo. Esto ya lo ha hecho antes, ¿verdad?

—Alguna que otra, llevo bastantes años aquí.

—Se lo agradezco, mi madre tenía una espina clavada con Raimundo.

—Pues las espinas hay que quitárselas. Voy a reenviar el documento al hermano. Ve con tu novia, que me da cosa que esté sola en el salón.

Ni me molesté en aclararle que no era mi novia, creo que en gratitud por no confundirla con mi hija. Cuando llegué a aquel salón-museo, me encontré a Águeda dormida. Normal, el día había sido agotador. Traté de

espabilarla, pero no me hacía caso. Me acerqué y agité sus rodillas, pero nada, seguía dormida. Empecé a sospechar cuando tampoco reaccionó a mis zarandeos. Podría haber sido un accidente cardiovascular, pero nunca asocio según qué dramas con gente tan joven. Enseguida valoré la absurda posibilidad de que el padre Damián la hubiera narcotizado, pero cómo va a hacer eso un sacerdote cristiano... Me negué a aceptarlo hasta que un golpe en la cabeza me tiró al suelo. Allí estaba el padre Damián con una sartén grasienta en la mano, los ojos encendidos y dispuesto a rematar lo que había empezado.

—¿Qué haces? —dije mientras se me escapaba saliva por la boca.

—Quitarme la espina clavada.

—¿Qué? —pregunté buscando el auxilio de Águeda.

—Ni te molestes, está dormida. He pensado que voy a firmarte yo el documento que necesitas para enterrar a tu madre. Al fin y al cabo, tengo la potestad para hacerlo. Raimundo era mi hermano.

—¿Cómo? ¿Y por qué no lo has dicho desde el principio?

—Prefería el factor sorpresa. He tenido que retirar las esquelas y convencer a los vecinos de que no erais trigo limpio, mucho trajín.

—¿Por qué? No nos conoces de nada.

—Pero conocí a tu madre. Me había acostumbrado a este odio que me carcome por dentro. Y, de repente, Dios me permite vengarme.

—¿Venganza? Mi madre no era una mujer de la que hubiera que vengarse.

—Tu madre se portó fatal con mi hermano.

—Solo fue una historia de amor, con principio y fin, nada más. ¿Por qué no sueltas la sartén y hablamos como personas civilizadas?

—El caso es que cuando pienso en los diez mandamientos, me cohíbo. Pero si me centro en el infierno que pasó mi hermano porque la zorra de tu madre no fue capaz de cumplir sus promesas, se me ocurren barbaridades.

—Tu hermano debía de estar tan loco como tú.

—Mi hermano se suicidó por no poder asimilar tantas mentiras. Fui yo el que lo vio sufrir durante quince años. Tu madre debería haber medido mejor sus palabras. Ahora me toca enterrar a alguien a quien quieres.

—Eso ya va a ocurrir mañana.

—Me refería a tu novia.

—No es mi novia, imbécil.

—Me da lo mismo, algo la apreciarás si está aquí contigo.

—Irás a la cárcel.

—Ya vivo en una cárcel. Por ahora, esperarás a que te toque tu turno.

El segundo sartenazo fue definitivo. Nunca había perdido la consciencia, nunca me habían anestesiado ni participé en peleas violentas. Solo un golpe limpio y experimenté la sensación de no estar. Y solo puedo decir que es maravilloso.

Desperté en el mismo lugar y, aunque conmocionado, pude retomar el hilo de lo ocurrido. Águeda y el padre Damián habían desaparecido. Miré el reloj para calcular cuánto tiempo había pasado, pero la sangre que resbalaba por mi cara no me permitía enfocar con claridad. Me incorporé con cautela por si aquella bestia seguía dentro de la casa. Escuché un ruido afuera, un jadeo. Lo primero que pensé fue que el padre Damián, saltándose dos o tres mandamientos de golpe, estaba violando a Águeda. Me arrastré hasta la ventana y, al asomarme, descarté esa opción. Aquel cura del demonio terminaba de excavar una tumba. Me levanté mareado y a punto estuve de encender la luz para ver mejor. La torpeza de quien nunca ha sufrido un intento de asesinato. En la cocina, cogí cada elemento punzante que me encontré: un cuchillo carnicero, un sacacorchos, unos palillos de dientes... A día de hoy, no consigo entender que me armara con palillos. Supongo que sufriría alguna lesión interna que se desvaneció a los pocos días. Regresé al salón, abrí el cajón donde estaba la pistola y comprobé que, efectivamente, era un mechero para encender velas.

Fui precavido al salir de la casa, aunque la intensa lluvia ejercía de ruido blanco. Me escondí detrás de un monumental arcángel San Miguel para ser testigo de cómo el padre Damián remataba el surco. Se me cortó la respiración cuando cogió a Águeda de las axilas, que seguía viva porque emitía un leve ronquido. La dejó caer en la fosa como un saco y se aseguró de que nadie lo vigilaba. Su determinación era mi duda, otra escena que me costaba asimilar. Cuando me decidí a lanzarme a por él, apareció por mi derecha. Aquel tarado tenía la adrenalina por las nubes. Forcejeamos unos segundos hasta acabar al borde de la fosa. Me soltó y fue directo a por la pala, pero logré ponerle la zancadilla y tirarlo al suelo. Vernos a los dos reptar debía ser un espectáculo lamentable. A partir de ahí, mi instinto de supervivencia agotó todos los recursos. Como el cuchillo se me había caído por el camino, empuñé el sacacorchos, pero cerrado y a oscuras no fue útil,

así que le arañé un muslo y le mordí en un gemelo. Trepé sobre él hasta inmovilizarlo, pero se revolvió y a punto estuvo de zafarse de mí. Se me acababan las opciones. Saqué a la desesperada uno de los palillos y se lo clavé en una oreja. Dolorido, me apartó de un codazo y me quedé desparramado en el suelo junto al resto de palillos. Directo hacia su objetivo, alcanzó la pala y supe que no tendría escapatoria. Demasiado aturdido para intentar un golpe de efecto. Iba a morir un día después de mi madre, qué paradoja. Cerré los ojos y rogué que el palazo fuera certero... hasta que escuché un golpe que no me dolió. Un palo impactaba en una cabeza que no era la mía, sino la del padre Damián. Pensé que, como en las películas, Águeda consiguió despertar, salir de la fosa y vengarse de nuestro torturador. El párroco cayó a plomo a mis pies y, detrás, la silueta de una mujer. Era Herminia, la amiga de mi madre.

—Víctor, ¿estás bien?

—Creo que sí.

—Como tardabais tanto, me acerqué para averiguar qué pasaba. No sabía a quién darle el golpe, al fin y al cabo no te conozco.

—Pues el conocido pensaba enterrarnos vivos.

—Este hombre ha perdido el norte. Es cierto que en las homilías se muestra muy radical, pero no podía imaginar que llegaría tan lejos. Enterraros con su hermano, qué sórdido.

—¿Con su hermano?

—Sí, lo enterró justo aquí, a pesar de que es un cementerio privado. En España somos corruptos hasta con las muertes. ¿Y tu mujer?

—Está en la fosa y no es mi mujer.

Al asomarnos, allí seguía Águeda, recostada de lado y ajena a la escena de terror que acababa de suceder. Mi cuerpo seguía tenso. Temía que Herminia diera otro giro de guion y confesara que era ella la que prefería matarnos porque también se había enamorado de mi madre y no soportaba que la tratara como una simple amiga. Por fortuna, mi imaginación se quedó en su significado. Sacamos a Águeda y revisé la fosa por si se le hubiera caído algún objeto personal. Entonces lancé un grito de pánico. Allí estaba el esqueleto de Raimundo al descubierto. Herminia se apartó a

vomitara y a mí me faltó poco. ¿Acaso Raimundo no tenía un seguro que cubriera los gastos de un ataúd o es que el padre Damián prefería los enterramientos austeros? Águeda dio signos de espabilarse. Me acerqué para acelerar el proceso, con un ojo en ella y otro en el padre Damián, no fuera a despertarse. Herminia, leyéndome la mente, le dio una patada en el costado y lo maleó como si fuera un costillar vacuno. Cogió la pala y la lanzó lejos con decisión. ¡Qué mujer!

—¿Qué ha pasado? —preguntó Águeda.

—De todo. Herminia, ¿te encargas tú de llamar a la policía?

—Sí, claro. Ahora mismo.

—¿Qué policía? —dijo Águeda entre balbuceos.

—Te lo explico cuando lleguemos a casa.

Abandonamos el cementerio sin mostrar a Águeda su lecho particular. Ya estaba yo para aglutinar traumas. La lluvia amainó y era hasta agradable caminar. Aunque la cabeza me iba a estallar, juraría que había dejado de sangrar. Águeda se quejaba de la cadera, preguntándome la causa y sin obtener respuesta. Cerca de la casa, comenzaron a ladrar unos mastines y, casi al instante, escuchamos alboroto de gente. Agarré a Águeda del brazo y nos apartamos en la primera callejuela que encontramos, por si eran vecinos con el encargo de rematar la venganza del padre Damián. Escuchaba golpes de palos contra el suelo y yo ya no tenía fuerzas ni para mantenerme en pie. Empecé a reírme, por aquello de que la risa es el hermano valiente del llanto, según mi padre. Águeda insistía en comprender mi reacción y yo no podía aclararle nada. Conforme el gentío se acercaba, la percepción del ruido cambió. Ya no eran palos, sino ruedas sobre los adoquines. Me desesperaba, y Águeda, harta de mi secretismo, salió del escondite para enfrentarse a lo que aconteciera.

—¿Qué está pasando aquí?

—Ay, hermosa, creía que no llegaba a ver a mi hermana. Estás sucia...

Reconocí la voz nasal de mi tía Emilia. Salí del callejón para darle un abrazo, además de asustarla y mancharla con mi sangre. Braulio se unió al gesto y, de una forma lamentablemente hermosa, acabamos todos haciendo una especie de piña antiestrés. Abrazaba a lo que quedaba de mi familia, la

única opción de sentirme a salvo.

Pasada la medianoche, cada cual ocupaba su sitio. La policía nos tomó declaración en casa de Herminia, con un marido incrédulo ante la sangre fría de su mujer. Águeda palidecía conforme se enteraba de la odisea. Bueno, por eso y por los tres tubos de sangre que le sacaron para averiguar la sustancia narcótica que utilizó el padre Damián, que cuando lo detuvieron parecía más víctima que verdugo. Dentro del coche patrulla, me obsequió con el mismo semblante de odio que sirvió de germen a sus actos. Ahora entendía por qué la mayoría de villanos de las películas de suspense eran rubios. Me venía a la mente el perturbado que se metía el pene entre las piernas de *El Silencio de los corderos* o el cura de la mediocre *El código Da Vinci*, como si aquel color vaticinara alguna demencia. Nos comprometimos a acudir al día siguiente a la comisaría para testificar en cuanto acabara el entierro. Allí terminaba el recorrido de aquel psicópata, un punto final con los vecinos de testigo, que se amontonaron por decenas. Alguno incluso se replanteó aprovechar el revuelo y pasarse por el velatorio, pero ahí fui yo el que se negó. Estábamos destrozados.

Herminia nos acompañó hasta mi casa, demostrando una actitud maternal alejada de su rol salvavidas. Nos relató anécdotas de juventud con mi madre de protagonista. Recalcó su valentía, pese a los impedimentos de su familia a cada decisión que tomaba. Es curioso. Si me preguntaran por una cualidad suya, jamás mencionaría la valentía. Y eso que demostró arrojo en sus últimas voluntades, porque la probabilidad de que la familia de Raimundo se opusiera a sus deseos era alta. Me tranquilizó que Herminia la homenajeara. Luego se miró el reloj como si fuera una cenicienta rural y se despidió de nosotros. No tenía planeado acudir a la misa ni al entierro. Lo consideraba un acto íntimo solo al alcance de los más allegados. Además, aquella noche había arriesgado su vida y eso cansa.

Dentro de la casa, el ambiente era de calma absoluta. Águeda y yo hicimos malabares para que nadie se enterara de lo ocurrido. Por supuesto, el sartenazo de mi cara se convirtió en una caída fortuita contra un bordillo. Mis tías se empeñaron en colocar velas alrededor del féretro. Según ellas,

eliminarían las malas vibraciones. A buenas horas. Me acerqué a Braulio, sentado a los pies de mi madre con un bocadillo de chorizo en la mano. Le acaricié la nuca y él me dio un manotazo en la pierna. Fue todo lo que nos dijimos, más de lo que se puede expresar con palabras. Me metí con Águeda en la habitación, aunque esa información se la omitimos a su novio Rober, que ya por entonces despuntaban sus celos enfermizos. Además, si quedaba alguien que no pensara que fuésemos pareja, lo haría por fin.

—Víctor, deberías descansar un poco.

—Lo intentaré, pero por menos he pasado noches enteras de insomnio.

—A ver, lo que ha ocurrido hoy es para que no durmamos en décadas. ¿De verdad estuve pegada al esqueleto del tal Raimundo?

—Sí, pero mejor que no tengas ningún recuerdo.

—Casi es peor imaginarlo.

—Siento que hayas tenido que pasar por esto.

—No digas tonterías.

—Lo peor es que no voy a poder cumplir su deseo.

—Quizá sea mejor así. Raimundo estaba desequilibrado.

—Estaba enamorado. Su hermano sí que estaba loco, sin amor de por medio. Me da rabia que, ya que estoy aquí, no pueda llegar hasta el final.

—Nadie puede decir que no lo has intentado. Me caigo de sueño, será el somnífero.

En mi caso fue imposible pegar ojo, ni recurriendo a mis técnicas habituales: valeriana, dejar la mente en blanco, imaginar presentes idílicos con Hugo...

Siete de la mañana y mis tías ya preparaban el desayuno. Me recordaron a Úrsula en su caserón de Tuña. También pasé la noche sin dormir, pero sin tristezas de por medio. Metí prisa, a las nueve nos esperaban en el crematorio. Científicos finlandeses habían patentado un método revolucionario para incinerar un cadáver en tiempo récord. En solo media hora podríamos llevarnos las cenizas de mi madre. Mis tías intentaron convencerme de que, según el sacerdote de su diócesis, lo adecuado sería enterrarla. Para sacerdotes estaba yo. Les recordé que su voluntad era la incineración y, ya que no podía cumplir sus deseos por completo, esparciríamos sus cenizas por el patio. Se escandalizaron: que era una barbaridad, que en un golpe de viento podrían levantarse las cenizas y acabar en un matadero de cerdos... Sus ocurrencias me reconfortaban porque eran las de mi madre, pero pasaron por el aro, porque mis tías eran más sumisas que cabezotas. Avisé a Águeda, que seguía dormida como una ceporra. Me dio tanta pena despertarla que nos marchamos sin ella hacia el crematorio. Total, sobre las doce estaríamos de vuelta.

Contra pronóstico, no ocurrió nada destacable en las siguientes horas. El funeral fue eterno, aderezado por el sermón tedioso de otro cura que aprovechaba el público para propagar sus ideas inverosímiles. A estas alturas, seguir creyendo en Dios me resulta un anacronismo insoportable. Mis tías rezaron para que enterrara a mi madre a la antigua usanza, pero Dios, como era natural, no las escuchó.

La acompañé hasta el final, siendo testigo de cómo las llamas la consumían. Me centré en recordar anécdotas amables, desde cuando se echaba sal por los hombros si se derramaba en la encimera hasta cuando me llamaba por teléfono sin otro motivo que escuchar mi voz. Hay que ver, con la de desalmados que existen y se tuvo que ir precisamente ella. Llevó con tanta integridad su enfermedad que me preguntaba si ciertas cualidades podrían derretirse a dos mil grados. ¿Por qué no me sinceré con ella? ¿Por

qué no me abrí en canal? No era una desconocida cargada de prejuicios. Solo una madre que buscaba entender a su hijo, porque las madres no manejan la verdad absoluta sobre nosotros. Aprenden a adivinar del mismo modo que los hijos aprendemos a ocultar.

Veinte minutos más tarde, el calor que irradiaba aquel horno contrastaba con mi frialdad. Seguía sin derramar una lágrima. Mi tía Sofía me rescató de mi estado catatónico. Si había que esperar a que me dieran a mi madre en una urna, mejor rodeado de conocidos. Agobiado, saqué el móvil para jugar una partida de damas y comprobé que Águeda estaba en línea.

—¿Estás operativa ya?

—Sí, pero tengo la boca pastosa. ¿Por qué no me habéis despertado?

—Llegábamos tarde y tú no tenías mucha intención de levantarte.

—Habré dormido diez horas, ni de pequeña. A ver si me entero de la marca del somnífero que nos dio. Te tengo que dejar —dijo fatigada.

—¿Vas andando?

—Sí, he salido a que me dé el aire. Luego te veo.

—Ten cuidado, que no me fio de nadie. Enseguida estamos de vuelta.

Nada más colgar, escuché a mis tías sollozar. Las cenizas estaban listas. Mi madre resumida a un tarro color ocre con el membrete de la compañía Melting love (derritiendo el amor). Insuperable. Regresamos a casa a la hora prevista. Valoraba cada segundo que pasaba sin que ocurriera nada estrambótico o peligroso. Como pillé a Águeda en el baño, me puse a barrer el reguero de tierra que había desde la puerta del patio hasta mi habitación. La oscuridad de la noche nos impide ver tantas cosas...

Mis tías estaban impacientes por finiquitar ese acoso y derribo a la cristiandad. Mi tía Emilia seguía rezando mientras mi tía Sofía nos consolaba aunque nadie se lo pidiera. Y mi tía Esperanza —de la que aún no he hablado porque apenas la conozco— prolongaba su actitud anodina, por no decir que era simple como un cerrojo. Sin que me vieran, abrí la urna y aparté un puñado de cenizas en una bolsa. Durante el camino de vuelta leí que fabricaban colgantes que las incrustaban en su interior y, aunque eran horteras hasta decir basta, estaba dispuesto a encargarme uno con tal de que una parte de ella pudiera acompañarme siempre.

—Víctor. ¿No quedamos en esparcir las cenizas por el patio?

—Sí, tía, eso vamos a hacer.

—Entonces, ¿por qué has hecho un hoyo en el centro?

—¿Qué dices, tía, qué hoyo?

Efectivamente, había un pequeño agujero cavado justo en mitad del jardín. Quizá la mujer de la ducha fuera Herminia que, en complicidad con el sacerdote maquiavélico, había matado a Águeda y aprendió a imitar su voz. En mitad de mi paranoia, Águeda salió de nuestra habitación y me pidió que me acercara. Escondía una de sus manos detrás de la espalda. ¿Tendrá un cuchillo? ¿Habrà enloquecido y tendrá planeado descuartizarnos a todos? No salía del bucle.

—Lo he hecho yo.

—¿Tú? Con razón estaba el suelo tan sucio. ¿Y para qué?

—Para enterrar los restos de tu madre al lado de Raimundo.

—Águeda, imposible, con lo que pasó ayer...

—No se me ha olvidado. Verás, es que me he levantado obsesionada con el tema. Me daba mucha pena que tu madre no cumpliera su sueño. Y si me daba pena a mí, no quería imaginar lo que sentirías tú. Así que me he vestido y me he ido al cementerio parroquial.

—Sí, claro, y te has traído al muerto, ¿verdad?

—No, pero sí una parte de él —dijo descubriendo un dedo de Raimundo que ocultaba tras su espalda.

—¿Cómo? Madre mía. El somnífero te ha trastornado.

—Creo que ha sido lo más extraño que he hecho nunca. Menos mal que la policía ya se había ido. He tenido que saltar la baliza, meterme en la fosa y probar el miembro que se arrancaba mejor. Y ha resultado ser este dedo.

—Por favor, Águeda, que has profanado una tumba.

—No, perdona, la tumba la profanó su hermanito.

—¿Y si se dan cuenta de que le falta un trozo a la mano?

—Lo dudo. He enterrado hasta el antebrazo. Ya que me pongo a toquetear, lo hago bien. Y que ha podido entrar un gato y llevárselo.

—Hostia puta, ¿y ahora cómo les enseño el dedo a mis tías?

Ojalá el esperpento se hubiese detenido allí. Águeda me convenció para

decir que, al destapar la urna, encontramos un dedo de mi madre que, incomprensiblemente, no se había desintegrado. Mi tía Emilia, al verlo, se desmayó, pero los demás reaccionaron como si fuera una reliquia milagrosa, una señal del cielo sobre la idoneidad del enterramiento sobre la incineración. No lo vi venir. Mis tías comenzaron a besar aquel dedo creyendo que era de mi madre, y Braulio, influido por la enajenación colectiva, se lo pasó por su cara, a modo de caricia. Me entraron unas ganas tremendas de reír a carcajadas. Para evitarlo, le quité el dedo a mi padastro y lo lancé al hoyo como el que tira una cáscara de plátano. Las caras de Braulio y de mi tía Emilia —que volvió en sí justo para ver el dedo volando por los aires— eran un poema, pero se reservaron su opinión. Pensarían que estaba al límite. El caso es que aceleré el ritual. Destapé la urna y derramé las cenizas con decisión, eso sí, demostrando más sensibilidad que con el dedo de Raimundo. Cogí la pala que había usado Águeda —que no sé de dónde la sacó— y demostré ser un experto en el arte de enterrar, ya fueran cuerpos, experiencias o sentimientos. Braulio igualó el terreno con sus pies mientras yo colgaba una loseta en la pared del patio. La inscripción me pilló por sorpresa: «No podemos recordarte, porque solo se recuerda cuando se ha olvidado». La eligió mi tía Sofía. Podría haber optado por frases rancias, al estilo de «tus seres queridos no te olvidan». Pero no, dio un paso más allá. Con razón era la favorita de mi madre.

A grandes rasgos, así sucedieron los acontecimientos. Me hubiera encantado rematar aquella historia con la palabra fin, porque significaría que era ficción lo que contaban sus imágenes. Tras el intento de asesinato y la ocurrencia de última hora de Águeda, lo que quedaba del día transcurriría dentro de lo esperado. Mis familiares se diluyeron, dejando ese vacío existencial al que se queda. Odio los domingos, está claro. Braulio se negaba a regresar a Madrid. Le esperaba una soledad para la que no estaba preparado, así que decidió quedarse unos días en Oviedo y que la nostalgia hiciera el resto. A Águeda y a mí nos esperaba una testificación y un largo viaje de vuelta.

A media tarde, Águeda colocaba el equipaje en el maletero y objetos que me llevé de recuerdo: un rosario, una manta áspera, álbumes de fotos antiguas y un relicario de latón dorado. Sin criterio ninguno. Yo cerraba puertas conforme terminaba de fregar el suelo, acotando mi espacio cada vez más. Envolví de nuevo los muebles con aquellas sábanas, que regresaran esos fantasmas que hoy incomodan más que asustan. ¿Volveré a este lugar? Como no tenía respuesta, salí al patio para despedirme. Algo teatral, a lo que estaba acostumbrado. Me acerqué a la losa y mi atención se centró en su frase grabada. Aunque seguía siendo una gran opción, no terminaba de estar de acuerdo con su significado, porque sí que olvidaría. Cada día que pasara sería más difuso que el anterior. Olvidaría datos, anécdotas, rasgos, una amnesia acorde al devenir natural.

En la porción de cielo que encuadraba el patio, irrumpió una bandada de zarzales rumbo a un destino más apacible. Desaparecieron en lo que duran tres parpadeos: uno, dos, tres... una valiosa descripción de lo efímero. De repente me vino una arcada. Eran los primeros avances de una ansiedad dispuesta a dominarme por completo. Y cuando ya pensaba que estaría obligado a pasar la fregona de nuevo, comencé a llorar. Un llanto repentino, similar a los de mi madre desde que le diagnosticaron la enfermedad. ¿Qué me ocurría? Yo no repito llantos, es mi seña de identidad. Tenía una respuesta: no era un llanto reincidente porque no lo expresaba la misma persona. No se trataba del adulto encarcelado en su prisión sin barrotes. Podría ser el joven que nunca desenredó la compleja conexión entre su cerebro y su entrepierna; o quizá el adolescente buscando un referente paterno que le diera seguridad. Pero no, no era ninguno de ellos. Se trataba del niño enrabiado, incapaz de entender por qué se había ido tan pronto su madre Matilde, porque las madres, mueran a la edad que mueran, siempre se van demasiado pronto.

Empezó a llover. En mi historia, la lluvia es un personaje recurrente. «El cielo lloraba por mi madre», diría si creyera en esas estupideces. Allí estaba, en mitad del patio, dejando que las lágrimas se mezclaran con la lluvia. Noforcé la escena, salió natural. En aquel lugar, corría el riesgo de convertirme en un tópico con patas, de los que atajan viejos conflictos tras un hecho

traumático y luego se diluyen en sus promesas. Lo cierto es que la muerte de mi madre activó varias pulsiones escondidas. Un detonante cruel que, como no llegaba en el mejor momento, se convertía también en impreciso. Rescaté las últimas palabras de mi madre: que intentara no culparme, como si fuera tan fácil.

Águeda me metía prisa desde fuera. En cuanto me recuperé, acudí a su encuentro con un rictus sosegado y cerré la puerta principal con la certeza de que regresaría a aquella casa. Me monté en el coche y, sin que Águeda descubriera mi metamorfosis, continué siendo el niño que hacía lo imposible por dormir junto a su madre en las noches donde el miedo ganaba la batalla. Y fue entonces cuando de verdad supe que aquel niño había regresado para quedarse, solo que más perdido, más solo y más triste, es decir, con la apariencia irremediable de un hombre.

Luces, Cámara... Catarsis.

Madrid. Mayo de 2019

Llegó el siguiente lunes. Atrás quedaba una semana de infarto donde pasé «de la oscuridad a la luz», artículo del periódico *El País* que se hacía eco del cambio radical que experimenté en solo siete días. Otro periódico de línea editorial antagónica titulaba la noticia como «Un regreso de cine». Los medios de comunicación me ensalzaban como un símbolo sobre las segundas oportunidades, los mismos que me hundieron en cuanto tuvieron ocasión. En cualquier caso, el futuro próximo se antojaba movidito, así que ya podía acostumbrarme.

Frente a la puerta del dúplex de Luisa, estaba intranquilo. Intuía que mi mentora no se conformaría con darme indicaciones superficiales sobre mi personaje. Su franqueza se había forjado en la misma escuela que la de Gerard. A Luisa la conocí durante el rodaje de *Lo cerca que estaba del cielo*, mi primera película como actor secundario. Era la directora de actores y su exigencia consiguió minimizar más de un defecto de fábrica. Hasta entonces, mi naturalidad había sido la principal baza en mis interpretaciones, pero con ella no era suficiente. «La cámara es implacable y, si no existe conexión emocional, se va a notar», insistía. La mayoría de preparadores te obligaban a recordar miserias para transmitir verdad. Y eso me machacaba. Mis vivencias eran tan limitadas que carecía de recursos. Por fortuna, Luisa prefería indagar en una idea o sensación, aunque jamás hubieras experimentado nada semejante. Jugaba con la imaginación y la inteligencia emocional para llegar a lo que demandaba el personaje. Fue así como se ganó mi confianza y el prestigio entre la profesión.

Fueron veinte años fructíferos. De los quince actores que tenía en plantilla, yo era de los solventes porque actuaba bien y no daba problemas, según ella. Hizo del trabajo mi prioridad absoluta, si no, que se lo dijese a

Úrsula. Luisa tenía intuición para elegir proyectos que tuvieran buena acogida. Las giras de teatro duraban al menos un año y *La taberna de los cuatro vientos* permaneció dos temporadas solo en la capital. Ganamos mucho dinero juntos y, como suele ocurrir cuando pasas tiempo con una persona, sobrepasamos lo laboral para convertirnos en amigos, aunque Luisa tendiera al equilibrio para evitar toxicidades. Mi madre le relataba batallas de cuando era pequeño y Luisa las usaba después en los ensayos. Estaba obsesionada con mi forma de transmitir. Que era muy creíble tanto en escena como en cine, pero algo me frenaba y no sabía explicar bien qué. La verdad es que yo tampoco colaboré. Rehuía conversaciones que me expusieran, con esa timidez a destiempo que tanto me ha perjudicado. Sé que le afectó la muerte de mi madre, porque Luisa, cuando le sobrepasaba un acontecimiento, demostraba una introspección poco común. Curioso, ya que solía ser ella la que te obligaba a sacar lo acumulado.

Toqué el timbre de su puerta con el típico ritmo «pi-piriripi-pi-pi», mi seña de identidad cuando llegaba. Luisa abrió y me abrazó dándome palmadas en la espalda, su seña. Iba perfectamente maquillada y con el pelo teñido de un rojo cereza, menos un mechón del flequillo en azul turquesa. Podía permitirse la combinación. A sus sesenta y muchos, conservaba la línea sin hacer dietas depurativas, pura genética. Además, mantenía a raya la papada y la barriga, dos indicadores que nos recuerdan que la muerte acecha. Me alegró verla, aunque no se lo dijera. Otro indicador de mi desafección por las personas que quiero.

Al cuarto de hora ya nos manejábamos con la soltura de siempre, contando anécdotas que nunca nos atreveríamos a confesar si eran ciertas, mentiras o verdades a medias. Desde su jubilación se acostumbró a mantener *affaires* esporádicos con jóvenes que contactaba por Tinder. No esperaba la avalancha de pretendientes dispuestos a intimar con mujeres que les doblaban o incluso triplicaran la edad. En cuestión de minutos, su aplicación colapsó con mensajes de niños impacientes por cumplir sus fantasías sexuales con una madurita cañón.

Cuando le confesé lo mal que lo había pasado, se echó las manos a la cabeza. Pensaba que el no verme en ninguna película o serie se debía a una

decisión personal. Luisa me pidió perdón por desaparecer tras entrevistar a Sandro Casas, un joven actor con proyección cuyo representante no dejaba de regatear con los honorarios y porcentajes. A la tercera salida de tono, se dio cuenta de que estaba harta de aguantar estupideces de la nueva hornada y que la única relación que mantendría con gente tan joven sería en horizontal. Por supuesto, el tal Sandro no alcanzó sus metas y acabó protagonizando porno gay *amateur*; que por lo bien que pagan, nunca me atrevería a decir que fracasara. Antes de abordar la obra, confesó que se había acordado mucho de mí y de mi madre. Prefería dar por ciertas sus palabras y no ironizar sobre lo que debe hacer el ser humano cuando se acuerda de otro alguien.

—Desde la escuela tuve problemas con el personaje. No terminaba de entender a Senén.

—¿Qué no entendías, que un adulto se enamorara de un adolescente? Porque dadas mis circunstancias, yo no descarto que me ocurra.

—No es eso. A veces se me olvidaba que su parentesco no era de sangre. Solo veía a un padre manteniendo relaciones con su hijo.

—Ah... ¿Y qué sentías?

—Pena, indefensión, asco... Acababa bloqueado y mi profesor desesperado. Por eso temo que me ocurra otra vez.

—Eso no me preocupa, han pasado muchos años. Y que no se te olvide que partes de una premisa falsa. No era ningún incesto.

—Cierto. Debería centrarme en lo morboso de la relación. De todas formas, tampoco entendía que Senén no controlara sus emociones en un entorno tan hostil.

—Controlar una emoción puede ser tan dañino como expresarla.

—Seguramente, aunque arriesgó demasiado.

—Pues claro. *La rebelión del predicado* tiene ese halo romántico y, por lo que he leído, Gerard lo ha mantenido. Aunque suene hortera, por amor se asumen riesgos.

—No sé si es amor lo que siente Senén por su hijastro.

—No lo dudes. Senén no arriesgaría su bienestar por un capricho pasajero. Quiere mucho a su mujer, pero se ha enamorado de un hombre.

Puede ocurrir, ¿no?

—Sí, claro, pero el verdadero acto de amor consistiría en no poner en peligro a su hijastro. En cambio, se deja llevar por sus instintos.

—Aun así, deberías dejar de juzgarlo. Senén solo busca un momento de felicidad. Muestra sus emociones en una época difícil, que es más de lo que muchos consiguen en entornos favorables. A ti te habrá pasado, imagino.

—No estamos hablando de mí.

—Estás a la defensiva. ¿Por qué? Es como si tuvieras que interpretar un personaje que se atreve a hacer algo que tú no has sido capaz de llevar a cabo en tu vida real.

Aquel ataque me desarmó. Había olvidado lo certeros que podían ser los comentarios de Luisa si mi actitud no le cuadraba.

—No me hagas caso. Son elucubraciones de vieja. Hagamos una cosa, cierra los ojos.

—Ya estás con tus dinámicas.

—Sí, las mismas que te llevaron a la nominación del Sindicato de Actores. Quiero que te centres en un momento en el que te hubiera gustado dar rienda suelta a tus emociones.

—Me temo que han sido unos cuantos.

—Pues elige uno que te ayude a comprender que, a veces, los deseos superan situaciones adversas, incluida una posguerra.

—Esto no va a funcionar.

Cerré los ojos con la certeza de que Luisa metería el dedo en la llaga el resto de la tarde. No me costó encontrar ese instante, lo había revivido los últimos treinta años. Y resultaba curioso comprobar cómo uno de los recuerdos que más me revolvían pudiera ser también el que tuviera el poder de calmarme.

Tuña, 5 de junio de 1986

Despejada la cocina tras el desayuno copioso, Víctor propuso ensayar varias escenas de la obra. Úrsula, empeñada en descubrir por qué al llegar se encontró la casa sin luz, agarró su mochila y se acercó al pueblo en busca

de un electricista operativo. Prometió volver enseguida, una de esas promesas que, a pesar de su sencillez, cuesta cumplir. Víctor y Hugo decidieron repasar escenas donde solo interactuaran sus dos personajes, decantándose por la que daba fin al primer acto.

SEBASTIÁN, hijo de CATALINA, llega desbordado a casa tras una agotadora jornada en la refinería. CATALINA salió a dar un paseo, pero su padrastro SENÉN está en casa para escucharlo.

SEBASTIÁN
No aguanto más.

SENÉN
¿Qué ha ocurrido?

SEBASTIÁN
Voy a dejar la fábrica.

SENÉN
¿Por qué?

SEBASTIÁN
La gente se ha acostumbrado a cobrar una miseria y a que los traten como a perros.

SENÉN
Ah, es eso. Te entiendo. Descubrir la resignación en los demás es duro, porque suele ser el preámbulo de la nuestra.

SEBASTIÁN
Pues yo me niego. Me he tirado diecisiete años sin poder decir quién era mi madre. Estoy cansado de tener que moverme al son que me marcan cuatro indeseables a los que no les importo. Si muero mañana, ninguno

sentirá mi pérdida. No puedo pasar el resto de mis días al lado de personas
que se dejan humillar.

SENÉN guarda silencio mientras asimila las palabras de su hijastro.

SENÉN

Te comprendo, pero no deberías infravalorarlos. Ellos también están
cansados, tanto o más que tú, solo que muchos tienen familias que
alimentar, les compensa aguantar. Siguen teniendo sueños, aunque los
mantengan en secreto.

SENÉN agacha la cabeza, con la mirada perdida.

SEBASTIÁN

¿Tú tienes secretos?

SENÉN

Supongo.

SEBASTIÁN

Cuéntame uno.

SENÉN

Si lo hiciera, ya no sería un secreto.

SEBASTIÁN

Entonces te ayudaré yo. ¿Por qué me espías cuando me baño?

SENÉN

¿Cómo? Yo no hago eso.

SEBASTIÁN

Ahora eres tú el hipócrita. Te doy tres segundos para dejar de serlo.
Uno...

SEBASTIÁN se acerca a SENÉN.

SEBASTIÁN

Dos...

SEBASTIÁN aproxima su boca a la de SENÉN.

SENÉN

¿Qué estás haciendo? Para...

SEBASTIÁN

Tres.

SEBASTIÁN roza sus labios con los de SENÉN y da un mordisco sutil en el labio inferior de su padrastro, estirándolo hasta que se le escapa entre sus dientes. SENÉN se queda bloqueado.

Un oportuno timbre de puerta interrumpió la escena. Víctor y Hugo permanecieron inmóviles durante segundos, alargando el silencio marcado por don Amador para aumentar el erotismo entre los dos personajes. La respiración de ambos se aceleraba y era difícil diferenciar si eran los personajes ficticios o los reales los que empezaban a excitarse. Hugo trató de retomar el beso —a su personaje le tocaba darlo—, pero fue abortado de inmediato por su compañero, que se dirigió bruscamente hacia la puerta principal. Hugo mostraba su confusión mientras Víctor cruzaba el pasillo a gran velocidad. Se detuvo y se giró buscando a Hugo, pero este se alejó, dando la espalda a su amigo. La persona que estaba fuera volvió a llamar, esta vez con los nudillos. Víctor, apremiado por los golpes, abrió la puerta.

Madrid, mayo de 2019

—¿Úrsula?

—Sí, soy yo, ¿tanto he cambiado?

Y tras unos segundos eternos, nos abrazamos, no sé si fruto del cariño o por ahorrarnos el apuro del reencuentro tras diecisiete años. Llevaba el pelo corto al estilo *garçon*. Me recordaba a Molly, la protagonista de *Ghost*, solo que yo nunca demostré la devoción de Sam. ¡Ay, Patrick Swayze, qué gran pérdida! ¿Qué hacía aquí? ¿No funcionó lo del número oculto cuando la llamé? ¿Reconoció mi respiración? Debería dejar de accionar botones que generen más dudas que certezas, otro consejo de Conchita.

—Pasa, pasa, cuánto tiempo.

—Mucho. La casa está muy cambiada.

—Sí, cuando te fuiste le di un lavado de cara. ¿Qué haces por aquí? Te hacía en Barcelona —dije, dando comienzo a una tanda de preguntas cuya respuesta ya conocía.

—Tengo *casting* en unos días y, como he cogido un hostel cerca, me he dicho, voy a hacerle una visita.

—¿Y por qué no me has dicho nada? Podrías haberte quedado aquí.

—Te lo agradezco, pero no he venido sola.

—Ah, entiendo, con tu pareja. Porque tienes pareja, ¿no?

—Sí, pero no ha podido venir, tenía que trabajar. Me acompaña mi hijo.

—¿Tienes un hijo?

—Darío. A muchos les sorprende, como nunca lo he expuesto en redes.

—Haces bien. ¿Cuántos años tiene?

—Quince.

—Vaya, te diste mucha prisa.

—El instinto maternal, ya sabes. ¿Y tú cómo estás?

—Te acompaño al hostel y te lo resumo de camino. Me has pillado de

milagro, empiezo rodaje en tres horas.

Subí a mi habitación deseando conocer novedades de Úrsula para dejar de fingir. Cogí el texto y ropa de abrigo; daba por hecho que la minuciosidad de Gerard haría que el rodaje se alargara hasta altas horas, y en el recinto, pese a estar acondicionado, refrescaba. Antes de bajar, me asomé para asegurarme de que la mujer de la entrada era Úrsula. No me creía que regresara a la que fue su casa los últimos años de nuestro matrimonio. La pillé curioseando, con cara de asco, las láminas de renos que Águeda eligió para decorar la entrada. Lo esperado. No tardamos en recuperar la complicidad, incluidos los dardos envenenados.

—Te llamé en cuanto me enteré de lo de tu madre. Me hubiera gustado despedirme de ella y, de paso, saber cómo te encontrabas.

—No quería hablar con nadie. Estaba cabreado con el mundo.

—Me imagino. Al menos, ahora te viene una racha positiva.

—Ya tocaba; para el trabajo tampoco ha sido una buena etapa.

—Es nuestro pan de cada día. Y encima a ninguno de los dos nos dio por tener plan B.

—Tú sí, te marchaste. Por cierto, yo también te llamé, muchas veces.

—Digamos que también estaba cabreada, aunque no con el mundo, solo contigo... Bueno, pues este es el hostel. Sube, así conoces a Darío.

—Pero rápido, el autobús sale en una hora. ¿Cómo va en los estudios?

—Fatal. Tengo un disgusto, porque tonto no es. De hecho, es un hacha con las tecnologías.

—Los chicos de ahora nos dan mil vueltas.

—No, no, este roza lo profesional. Falsificó sus notas y jaqueó las redes sociales de la chica que le gustaba. Que aparte de vago, me ha salido celoso.

Entramos en la habitación con sigilo, tanto que pillamos a Darío tocándose con un vídeo porno del móvil. El pobre lo soltó rápido y entrecruzó las piernas como una señorita de palacio. Úrsula se hizo la loca.

—Darío, es Víctor. Te he hablado de él alguna vez. Levántate por lo menos y saluda en condiciones.

Hice amago de darle la mano, pero estuve fino de reflejos y entrechoqué el puño; un gesto varonil, moderno y, de paso, higiénico. Aunque no me

apetecía, tenía que irme. Quería conocer mejor a aquel adolescente que podría haber sido mi hijo, así que hice lo que tenía planeado: saqué del bolsillo una copia de las llaves de mi casa y se las entregué a Úrsula. Al principio se negó, pero no les di opción. Avisé que seguramente llegaría tarde y que había confianza para que se organizaran a su gusto en las habitaciones.

Llegué por los pelos a coger el autobús. Águeda, rodeada de desconocidos, me había acribillado a llamadas. Se respiraba el nerviosismo del primer día de rodaje. Para sorpresa de Mariano, Salvador y la propia Águeda, sin acompañantes a su lado, decidí sentarme solo para relajarme. La llegada de Úrsula añadió un ingrediente extra a una receta que ya iba bien condimentada. Águeda miraba hacia atrás para averiguar qué me pasaba, incluso me mandó un mensaje. Me limité a darle largas, prometiéndole que luego se lo aclararía. Me mareaba usar tanto el teléfono.

La llegada al set de rodaje ayudó a redirigir mis pensamientos. Águeda estaba eufórica por participar en la película, uno de esos deseos que nunca tuvo, pero que le ilusionaba como si siempre hubiera formado parte de su lista. No pude hacer las presentaciones pertinentes. A ambos nos requerían en maquillaje, así que solo hablamos con Leo, que estaba en la entrada desenredando el cableado. Ojalá Águeda se fijara en él y se olvidara por completo de su maltratador. La cogí del brazo y la llevé al set de maquillaje. No estaba familiarizada con las exigencias de un rodaje y a mí casi se me había olvidado. Dentro esperaba Lourditas, su jefa, un auténtico desastre organizativo, pero una maestra con las manos. Como íbamos contrarreloj, Lourditas dejó que Águeda me maquillara. Aproveché para explicarle mi autismo transitorio.

—¿Y la has invitado a tu casa?

—Me daba pena que se quedaran en el hostel.

—Y qué casualidad que aparezca justo cuando te ha salido la película.

—No seas mal pensada. Ha venido a hacer una prueba.

—No es incompatible, así tiene coartada.

—Tú has visto muchas películas de intriga.

—Esa busca enredarte. Salvo a mis parejas, calo muy bien a la gente.
—Águeda, nos divorciamos hace años y la conozco desde los dieciocho.
—Nunca terminamos de conocernos. Además, igual a Mónica no le hace gracia que metas a otra mujer en tu casa.

¡Mierda!, todavía no le había dicho que no existe ninguna Mónica. La actriz María Polanco, lista para rodar, irrumpió en el set y cortó nuestra conversación. El motivo merecía la pena: invitar al equipo a una fiesta de inauguración de rodaje. Sería el próximo sábado, en su casa, aprovechando que solo había jornada de mañana y el domingo descansábamos. Fue un alivio después de una semana tan exigente de ensayos. Águeda alucinaba. Pablo, el de vestuario, entró para ajustarme el traje de la primera secuencia, una comida familiar en el salón de la nueva casa de Senén y Catalina, acompañados de su hijo Sebastián y su hermano Felipe.

SECUENCIA 15/INT /DÍA

FELIPE

¿Os habéis enterado de lo de ayer?

CATALINA

No, ¿qué ha pasado?

FELIPE

Han fusilado a diez bujarras del frente comunista.

SENÉN

Vaya, ¿por qué?

FELIPE

Por traidores y depravados. Ojalá no quedara ni uno.

SENÉN observa de reojo a SEBASTIÁN y continúa comiendo, pensativo.

SEBASTIÁN

¿Y cómo sabían que eran...?

FELIPE

Supongo que se les notaría o alguien daría el chivatazo.

CATALINA

Pues yo me alegro, son una lacra social.

SEBASTIÁN

Una madre soltera también lo es.

CATALINA continúa comiendo, visiblemente molesta.

FELIPE

Ni se te ocurra compararlos. Lo de esa gente es vicio, una enfermedad mental. No se pierde nada si los matan.

SEBASTIÁN

Si es una enfermedad, se podrá curar.

FELIPE

Sí, con un tiro.

SENÉN, bastante alterado, no sabe dónde meterse.

SENÉN

¿Me pasas el pan, por favor?

A Gerard le sirvió la primera toma, dándonos esperanzas de vivir un rodaje apacible. Nos preparamos para la secuencia 32, en la que Senén y Catalina se besan en mitad del pasillo en un primer plano. Al abrirse, se descubre a Sebastián, testigo de la escena desde su habitación. Senén lo observa hasta que su hijastro cierra la puerta. Con esta secuencia empezaron

las interrupciones. También mis «taquicardias en paralelo», donde mi corazón bombeaba más rápido cuanto más se fundía la ficción con mi historia. Luces, sí. Sonido, listo. Cámara, grabando... ¡Acción!

CATALINA

Vámonos a la habitación. Sebastián está por aquí revoloteando.

SENÉN

Tengo que preparar clases. En una hora habré acabado.

CATALINA

En una hora ya estaré dormida. ¿Lo dejamos para mañana entonces?

SENÉN

Mejor, sí.

CATALINA

¿Sabes que me muero por tener un hijo contigo?

SENÉN

Sería una gran noticia, pero es complicado. Somos mayores, Catalina.

CATALINA

Confío en que Dios nos asista.

CATALINA besa a SENÉN con ímpetu.

Comencé a toser porque la lengua de María rozó mi campanilla y Gerard detuvo la grabación. Ella se escudó diciendo que solía besar así y fue Gerard el que le recordó que en los años cuarenta no era tan común. Hicieron falta otras dos tomas, en parte porque mi boca evitaba esa serpiente pitón a la caza de su presa.

Descanso de veinte minutos. Lourditas retocó a Salvador y Águeda a mí.

Me comentó que una mujer había entrado al set de maquillaje para coger de su neceser una bolsita con un polvo blanco. Supuse que sería Angelita, la drogadicta oficial del equipo, aunque en un entorno de artistas tampoco podría asegurarlo al cien por cien. Estaría alterada porque aquel día se estrenaba con dos secuencias. Águeda me preguntó si en el mundo del cine era costumbre drogarse y yo me encogí de hombros para no contar una de esas verdades incómodas.

En cuanto recordé cuál era la siguiente secuencia del plan de rodaje, me encerré con llave en mi camerino y me tragué un lexatín. Nunca había rodado escenas subidas de tono y en esta ocasión debía enfrentarme a ellas cada dos por tres. A Salvador, en cambio, se le veía tan desinhibido... ¡y dibujaba porno! Imposible competir con esas capacidades, aunque mi problema tampoco se resolvería con dosis bajas de titanio y gelatina, entre otros venenos. Pablo llamó a mi puerta tímidamente. Me traía la ropa de la secuencia, un pijama de franela que no le quedaría bien ni a la mejor percha. No había escapatoria. Solo esperaba que las repeticiones no minaran mi moral. ¿Me había echado desodorante?

SECUENCIA 36. INT/SALA DE ESTAR/NOCHE.

SENÉN, sentado en el cuarto de estar, corrige las tareas de sus alumnos. De repente, SEBASTIÁN cruza el pasillo en ropa interior. Al ver a SENÉN, no duda en entrar y apoyarse en la espalda del sillón donde reposa su padraastro. SENÉN disimula su nerviosismo.

SENÉN

¿Qué haces todavía levantado?

SEBASTIÁN

No puedo dormir. Es que no quiero ir a trabajar mañana.

SENÉN

Haz un esfuerzo, seguro que dentro de poco lo ves con otros ojos.

SEBASTIÁN

No lo creo. ¿Tú qué haces?

SENÉN

Corrijo ejercicios de mis alumnos.

SEBASTIÁN coge uno de los cuadernos y le echa un vistazo.

SEBASTIÁN

¿Y en qué consisten?

SENÉN

En completar oraciones. Les doy un sujeto y ellos inventan el predicado.

SEBASTIÁN

Ah, suena divertido. A ver... *El trabajo de mi padre carece de interés.*
Mira, lo mismo que me pasa a mí. *La mirada de mi madre refleja que no es feliz...* Qué triste. Esta es buena: *Un día de estos...*

SENÉN

... *haré lo que me he prohibido hacer.* Esa se me ha quedado. En el fondo, a todos nos preocupa lo mismo.

SEBASTIÁN

Puede, pero, en ocasiones, saltarse una prohibición es sencillo. Deberías parar un rato, trabajas demasiado.

SEBASTIÁN comienza a darle un masaje a SENÉN en los hombros. No parece molestarle. Pronto pasa a la zona del cuello hasta terminar en la cara, donde masajea sus sienes lentamente. Los dedos de SEBASTIÁN acarician el mentón y rozan los labios de SENÉN, llegando a introducir el dedo índice en su boca. SENÉN chupa el dedo de SEBASTIÁN, que rodea el sillón y se posiciona encima de SENÉN. Coge la mano de su padrastro y la coloca en sus partes. Ambos están muy excitados. Ahora es la lengua de

SEBASTIÁN la que se pasea por la boca de SENÉN. De repente, SENÉN, intranquilo, se detiene.

SENÉN

Para, para. Vete a tu cuarto, por favor.

SEBASTIÁN

Pensé que te gustaba.

SENÉN

Ha sido un error. Estoy cansado y no sé lo que hago. Y tu madre durmiendo... Perdóname, no volverá a pasar.

SEBASTIÁN, contrariado, se limita a obedecer. SENÉN, ya solo, se echa las manos a la cabeza, arrepentido y todavía jadeante.

Si Gerard no llega a decir «corten», me habrían tenido que llevar a urgencias. Estaba tan agarrotado que apenas controlaba mis gestos. Supongo que a la secuencia le vino bien que sintiera el mismo abismo que el personaje y que Salvador se desenvolviera con tanta soltura. Él parecía el actor consagrado y yo el debutante. Por suerte, solo repetimos el principio de la toma, justo hasta que empezaban los magreos. Minutos después, Gerard nos llamó al combo para revisar la secuencia. La resolvió con dos posiciones de cámara y reconozco que el resultado era menos burdo de lo que creía. Aquel francés pejugero tenía claro dónde colocar el objetivo para mostrar lo esencial y la toma de cámara dirigida hacia la puerta, con un Salvador en claroscuro, añadía un toque poético difícil de imaginar desde mi posición. Le di la enhorabuena y él hizo lo propio, ajeno a los calmantes que corrían por mis venas. Como ya había terminado, fui al camerino para que nadie notara mi ataque. Me temblaban manos y piernas. Acabé de cuclillas en el retrete, vomitando bilis por esa manía de no comer nada antes de rodar. Una reacción desproporcionada, lo normal.

Al equipo le quedaba una secuencia entre María y Angelita o, mejor dicho, entre mi mujer Catalina y su hermana Jacinta. En ella, Catalina hace

un comentario sobre la falta de apetito sexual de Senén, a lo que Jacinta le responde con chismorreos que circulan por el pueblo en torno a mi personaje. Luego me enteré por Águeda que tuvieron problemas para rematar la secuencia, y es que a Angelita le costaba articular ciertas palabras. María, que conocía a su amiga a la perfección, se la llevó al servicio y le metió los dedos en la boca para que expulsara los excesos que hubiera en su estómago. Menudo trasiego de aparatos digestivos.

Tras cambiarme, pasé por el camerino de Salvador. La puerta estaba entornada y, al asomarme, lo pillé desmaquillándose, con el torso desnudo. Salvador no tuvo inconveniente en dejarme pasar. Mi visita buscaba un propósito: hacer frente común para modificar una secuencia añadida *a posteriori* en la que Sebastián practica una felación a Senén. Era innecesaria, rompía con el romanticismo de la trama. Salvador no tardó en llevarme la contraria. Opinaba que el sexo era clave para que se engancharan los dos protagonistas, que saltarse las normas en aquella época debía ser muy adictivo. Me sorprendió. Pensaba que su exiguo bagaje vital derivaría en una falta de criterio al respecto. Mientras asimilaba su respuesta, Salvador aprovechó para quitarse los calzoncillos y ponerse un pantalón corto que remarcaba su miembro. Miré hacia otro lado, aspecto que Salvador se tomó con humor. Me preguntó con tono pícaro si me había quedado conforme, a lo que le respondí con un «más o menos» nada convincente. Al levantarme para irme, vi entremetido en el espejo uno de sus dibujos, una escena explícita de sexo entre dos hombres.

—Me pediste que te trajera uno. ¿Te gusta?

—Umm, sí, sí, está bien rematado.

—Pues es tuyo.

—Ah, gracias. Lo pondré en... ya veré dónde. Mañana nos vemos.

—¿No te vienes a cenar? Hoy se quedan bastantes del equipo.

—Tengo visita en casa. Mañana traeré argumentos nuevos para cambiar la secuencia.

Es probable que Salvador no entendiera mi comportamiento, el de quien evitaba enfrentarse cara a cara con sus monstruos. Una zona de confort que olía a podrido. Conforme avanzaba por esos pasillos de pladur, me

arrepentía de haber ofrecido a Úrsula mi casa para quedarse. Mi cuerpo pedía a gritos mimetizarme con la despreocupación juvenil y yo seguía sin escucharlo. Estaban presentes las luces, también la cámara, pero faltaba que alguien cuerdo me gritara, bien pegado al tímpano: «¡Acción!».

Tuña, 6 de junio de 1986. Sábado

La comida fue tan copiosa como el desayuno, pero sus cuerpos estaban preparados para gestionar los excesos. Úrsula se relajó tras resolver el primer enigma del viaje: un cortocircuito, ese fue el motivo de que no hubiera luz en la casa, según el electricista de guardia que interrumpió el ensayo de Víctor y Hugo. Y es que los cortocircuitos, tanto en los cuadros de luz como en las personas, generan grandes conflictos. Durante el postre, Úrsula exponía sus planes a corto plazo. Dudaba entre seguir su formación en Asturias o probar suerte en la capital. Sus amigos, callados por ser una conversación repetida, se intercambiaban miradas justo cuando el otro dejaba de hacerlo, aunque Hugo era el más perseverante. En cuanto los tres tuvieron la sensación de que, para hablar de futuro, antes debían afrontar el presente, salieron al jardín a repasar Teoría Escénica.

Una hora después apenas quedaban restos de la tormenta. El calor aumentaba y los tres se esforzaban por vencer el sopor de la digestión, ayudados por sus respectivos cafés. Hugo parecía el más aplicado en su afán por convertirse en director escénico. «Géneros dramáticos mayores: comedia, tragedia y drama», repetía en voz alta. Al repasar los menores, siempre se le olvidaba el auto sacramental. Úrsula, aburrida de memorizar las partes de un escenario teatral, cogió una china del suelo y se la lanzó a Hugo, que, asustado, levantó la cabeza para adivinar su procedencia. Úrsula le indicó mediante gestos la intención de empujar a Víctor de la silla en la que se apoyaba. Hugo le secundó y ambos reptaron sigilosos por el césped hasta que Úrsula asestó el golpe definitivo. Víctor cayó a plomo, un costalazo de los que asustan por su aparatosidad. Solo esbozó una sonrisa cuando se le pasó el cabreo por ver sus apuntes desperdigados por el suelo.

—Hace calor —dijo Úrsula con tono sugerente—. ¿Creéis que podríamos dejar de estudiar un rato y darnos un baño en el río?

No hizo falta ni media palabra más. Soltaron los apuntes como si les quemaran entre los dedos y se montaron en el coche. Fue al llegar cuando descubrieron que ninguno llevaba ropa de baño, circunstancia que dinamitó Hugo quedándose totalmente desnudo. Úrsula, sobreexcitada, le imitó y dejó sus pechos al descubierto. Los dos corrieron hacia la orilla y se lanzaron al agua sin pensárselo. Víctor, apremiado por sus amigos, se quedó en calzoncillos y se zambulló de cabeza. Tardaba en salir y la posibilidad de que se hubiera dado un golpe cobraba forma. De repente, emergió al lado de Úrsula para hacerle una aguadilla y volvió a sumergirse. Hugo intentaba seguir la silueta de su amigo, pero el agua estaba demasiado turbia. A los pocos segundos, Víctor se abalanzó sobre Hugo y repitió la operación. Úrsula aprovechó para salir del agua y subirse a un árbol del que colgaba una liana carcomida. La agarró con fuerza, lanzó un grito liberador y saltó hasta caer encima de sus amigos. Ese fue el desencadenante definitivo para pasar un buen rato entre juegos cómplices. Una prematura tarde de verano.

Úrsula fue la primera en abandonar, tapándose sus pechos con una vergüenza que no mostró al entrar. Se agenció la única toalla que llevaron y se tumbó con intención de aprovechar los contados rayos de sol que filtraban los robles. Víctor se subió a un tronco que encontraron varado entre los juncos y se tumbó boca abajo. Hugo redirigía la ruta desde el agua, apoyándose en el tronco solo cuando se cansaba. Así se dejaron llevar por la suave corriente.

—Me ha gustado el ensayo de esta mañana —dijo Hugo.

—A mí también.

—Por fin he sentido esa sensualidad que nos pide don Amador.

—Cierto. ¿Seremos capaces de repetirlo en el escenario?

—Seguro que sí.

Víctor alternaba la contemplación del entorno con tímidos repaos al cuerpo de Hugo, quien, cuando se agarraba al tronco, dejaba al descubierto su trasero desnudo. Hugo también se fijaba en Víctor, que no era consciente de lo transparente que puede llegar a ser un calzoncillo mojado. Entre conversaciones intrascendentes, Víctor comenzó a acariciar de forma automática la mano de su amigo. Aquel gesto insignificante excitó a Hugo,

camuflado por lo turbio de aquellas aguas. Para rematar ese juego sin reglas, Hugo aprovechó que Úrsula se incorporó a echarse crema hidratante para incluir una alabanza intencionada, de las que ponen a prueba.

—Sí que es guapa...

—¿Qué? —preguntó Víctor descolocado por la afirmación.

—Me refiero a Úrsula, tenías razón.

—Ah... Ya lo creo. Y tiene mucha personalidad. Es lo que más me atrae de ella. Mi madre la quiere de nuera.

El comentario de Hugo sirvió para que Víctor pasara el resto de la tarde pendiente de Úrsula. Hugo hizo lo propio con su amigo y, seguramente, si la madre de Víctor se hubiera fijado en la mirada de Hugo durante aquel paseo fluvial, habría ampliado su teoría sobre el amor.

Anocheecía cuando se escuchó música de orquesta procedente del pueblo. Tuña celebraba el Festival de la Lana, donde se invitaba a unas guilandeiras en peligro de extinción para demostrar sus dotes y podías inflarte a costilladas. Los tres amigos, todavía húmedos, pactaron tomarse una caña rápida antes de retomar sus estudios. Con el pelo apelmazado y chapas en sus mejillas, se adentraron por sus calles abarrotadas de tenderetes de artesanía y ganaderos que enseñaban a esquilar ovejas. Alentados por las raciones y bebidas a precios asequibles, decidieron quedarse a cenar en la plaza principal. Pronto la orquesta empezó a tocar su repertorio más animado y sonó la canción *Corazón contento*. La pasión de Úrsula por las películas de Marisol provocó que sacara a sus amigos a bailar. *Tú eres lo más lindo de mi vida, aunque yo no te lo diga...*

Enseguida se convirtieron en pasto del cotilleo local. La carnicera reconoció a Úrsula de inmediato y se acercó a saludar, en un alarde de falsa efusividad con el recién llegado. Uno de los cantantes propuso a los asistentes emparejarse con la primera persona que se toparan al darse la vuelta. Hugo se encontró con un militar; Úrsula con una niña, y Víctor con una señora mayor. Los tres, partidos de risa, accedieron a bailar con sus respectivas parejas. El cóctel de canción pegadiza y alcohol fue imposible de esquivar. Así no había quien se marchara.

La noche avanzó como un reloj de arena con garganta amplia. Úrsula bailaba desinhibida y no quedaba nadie en la plaza que no hubiera pasado por sus manos. Hugo estaba apoyado en una barra mientras Víctor, con su torpeza de movimientos, parecía un gigante desafiando la ley de la gravedad. Los tres tan borrachos como el resto. La orquesta empezó a interpretar canciones que sonaban a despedida y la gente, sin despedirse, se fue retirando a dormir la mona. Desde que Hugo propuso regresar a la casa hasta que sus amigos decidieron moverse, pasó media hora. Al llegar al coche, Úrsula y Víctor se montaron delante a pesar de ser meros trapos mecidos por el viento. Hugo prefirió regresar a pie, así que Úrsula tuvo que ir detrás alumbrando, sin aclarar quién iniciaba las eses al caminar.

Tardaron en llegar entre ataques de risa y parones de Hugo para vomitar. El vino de garrafón le pasó factura. Dentro de la casa, Hugo fue directo al baño a terminar de vaciar su estómago. Víctor hizo amago de acompañarlo, pero Úrsula abortó sus intenciones. Lo agarró del brazo y, arrinconándolo en el aparador de entrada, empezó a besarlo con energía, propuesta que Víctor secundó sin oponer resistencia. Tanto brío provocó que tiraran las velas y rompieran el otro brazo de la virgen de Covadonga, más cerca ya de su antecesora, la Venus de Milo.

Cuando Hugo, que seguía mareado, consiguió llegar a su habitación, escuchó unos jadeos que provenían de la cocina. Se acercó con dificultad y, al asomarse, descubrió a Úrsula y Víctor retozando sobre la mesa. Hugo apartó la vista, avergonzado. Aunque su sistema nervioso deprimido le impedía moverse, su rostro pasó de la sorpresa al desconcierto en cuestión de segundos. Cuando los amantes primerizos dieron pistas de que el clímax estaba cerca, Hugo, como si se hubiera vuelto sobrio de repente, reaccionó y salió lanzado a su cuarto. Úrsula bajó de la mesa y, fatigada, miró a Víctor con picardía mientras caminaba hacia el baño. Víctor sonrió hasta que Úrsula desapareció de su campo visual, entonces la testosterona se transformó en preocupación. Dando tumbos, llegó a su habitación, donde Hugo parecía dormir. Se quitó la ropa con torpeza y se tumbó boca arriba en la cama de al lado, con el techo dándole vueltas. Hugo se removió, le dio la espalda a su amigo y abrió los ojos. Aún tardaría mucho en dormirse.

Madrid. Mayo de 2019

Rematada la jornada de rodaje, Úrsula me llamó para calcular la preparación de la cena, como cuando estábamos juntos. Volvía a ocupar las primeras posiciones en la lista de llamadas de mi móvil. En el vagón del metro, Águeda, con una efusividad que me superaba por completo, relataba las impresiones del primer día. Le bastaron unas horas para enterarse de ciertos chismes, porque hay compañeros que todavía confían en los desconocidos. Le llamó la atención Leo, el cámara. No fue recíproco, como si aquel gigante solo focalizara su atención con encuadres y filtros. Él se lo perdía. Siempre he pensado que el físico de Águeda rezuma erotismo. Sabe sacarse partido con su maquillaje minimalista y sus cuatro trapos de Bershka. Aunque a nivel físico me atraía, compensaba mantener su amistad para eludir soledades. Además, Águeda repetía con insistencia que nunca se fijaría en hombres mayores que ella, que no quería convertir su hogar en un geriátrico. Reglas crueles que nos imponemos y que, en este caso, remaban a nuestro favor.

Tras cinco estaciones agarrados a una barra, conseguimos sentarnos. Águeda seguía verborreica y yo dudaba si tomarme el ansiolítico que tenía entre las manos. La pobre creía que estaba nervioso por la presencia de Úrsula en mi casa. En ese momento, me arrepentí de que mi relación con Águeda fuera tan superflua y desequilibrada por mi parte. Debería aclararle que me enfrentaba a un rodaje donde cada secuencia me recordaba lo cobarde e inmaduro que había sido en el pasado. Eso por no hablar de que lo más cerca que había estado de un encuentro sexual con un hombre había ocurrido con treinta años de retraso y durante una secuencia cinematográfica. Demasiadas explicaciones. El metro se detuvo con su brusquedad habitual. Me bajé rápido, dejando a Águeda con la palabra en la boca. La mía se decantó por el ansiolítico.

Con la llave en la mano, a punto de entrar en mi casa, rezaba para que Úrsula hubiera percibido caridad en mi ofrecimiento y decidiera regresar a aquel hostel de dos estrellas. El ajeteo que se oía dentro despejó mis dudas. Dibujé la sonrisa más sincera que fui capaz. Darío se había instalado en la habitación de abajo, supongo que para disfrutar de su onanismo en libertad. Úrsula, para seguir la tradición, había preparado una cena excesiva, con la novedad de su máster en salsas orientales. La mezcla de aromas reavivó la sensación de hogar, porque sí, hacía mucho que mi casa no olía a eso, a hogar (a pesar de la salsa hoisin).

Mi historia con Úrsula viene de largo. Nos conocimos en la Escuela de Artes y Oficios de Oviedo y empezamos a salir formalmente después de estrenar *La rebelión del predicado*, nuestro trabajo fin de carrera. La euforia por el éxito nos ayudó a ponerle nombre a tanto escarceo y, a partir de ahí, se disiparon las dudas. Para disgusto de nuestros padres, nos mudamos a Madrid dos años después. Malvivimos en pisos de estudiantes con trabajos transitorios: Úrsula en una tienda de ropa y yo vendiendo enciclopedias a domicilio, en una época en la que internet todavía no había destrozado ni las ansias de conocimiento ni la hospitalidad de la gente. Aun así, mi récord de ventas no pasó de diez enciclopedias al mes. A mi jefe no le caía bien y me mandaba a barrios obreros con el presupuesto justo para cubrir necesidades básicas. Afortunadamente, nos sincronizamos para cambiar nuestros destinos. A Úrsula la ficharon en una compañía de teatro *amateur* que pronto despuntó con su forma genuina de tratar los clásicos y a mí me contrataron para una campaña publicitaria de Benetton. Buscaban a chicos de físico potente, vulgar y callejero, así que, cuando conseguí el trabajo, supe lo que transmitía a los productores. Desde aquel día me encargué de minimizar el segundo adjetivo, porque la vulgaridad solo se considera virtud cuando eres joven.

Nos casamos, una boda civil y sin invitados, lo que dio pie a comentarios malintencionados de familiares y allegados. Desde entonces nunca nos faltó trabajo. No conseguíamos papeles principales, pero nos fuimos ganando la fama de actores solventes capaces de encarar cualquier personaje. Vivimos juntos el inicio de nuestra época dorada. Úrsula se regocijó en el teatro. La

actuación en directo la ayudó a mejorar como actriz y, gracias a esa retroalimentación positiva, nunca abandonó las tablas. Aportaba frescura a los personajes de Shakespeare o Lope de Vega, lejos de las interpretaciones acartonadas que se estilaban. Personalizaba cada declamación, daba gusto escucharla, decía mi madre.

Mis comienzos fueron a la inversa, llegó antes el cine que el teatro. Al principio solo me ofrecían roles de jovencitos atormentados, hasta que llegó *Entre zorras*, título de mi primer medimetro. Un pestiño insoportable de casi una hora que transcurría en el monte, donde un niño huérfano aprendía a sobrevivir entre animales salvajes. Mi papel era corto, el del hijo de un ganadero sin escrúpulos que ayuda a escapar al niño de sus garras. La crítica fue implacable y estoy seguro de que si Luisa hubiera sido mi representante por entonces, no me habría permitido participar. Lo bueno fue que pagaban bien y a los pases de prensa acudieron productores teatrales que se fijaron en mí.

Pasábamos meses fuera de casa, en una época en la que el móvil todavía no era una prolongación de nuestra mano. Nos importaban poco las consecuencias. Estábamos tan enfrascados en abrirnos hueco en el mundo artístico que ninguno valoraba otra opción que no fuera trabajar sin descanso. En los periodos de giras teatrales, la pasión se imponía en cada reencuentro. Nuestra juventud no cuestionaba que esa falta de convivencia era la que impedía que afloraran las diferencias, que eran numerosas. Nunca hubo celos, ya fuera por confianza mutua o porque estábamos tan ocupados que no podíamos permitirnos ni una mísera aventura. Aun así, no éramos de los artistas que usaban su *sex appeal* para ligar. Quizá eso sea más propio de los músicos, concretamente de esos cantautores que no encuentran lo que buscan porque no saben lo que quieren. Te embaucan con sus dudas existenciales, porque también son las tuyas, aunque la mayoría sean seres tristes con halitosis. Además, ser celoso no es *sexy*.

Un día, Úrsula me planteó que probáramos a ser padres, el primero de muchos intentos. Puse como excusa la carga laboral, aunque nunca me creyera esos discursos pro-paternidad. Los niños solo sirven para que nos olvidemos por completo de nosotros mismos, diría mi yo del pasado. Ese

fue el principio del fin. Si soy sincero, la responsabilidad de que la relación acabara fue mía. Era yo el que mantenía un ritmo frenético de trabajo, validando una frase que mi madre aborrecía: «Sería capaz de sacrificarlo todo con tal de ser un gran actor». Es cierto que la incorporación de Luisa fue un revulsivo, pero simplificarlo a eso sería no asumir responsabilidades y no es mi estilo. Bueno, igual sí. ¿Diagnóstico? Pérdida de interés aguda. Dejé que la relación se deteriorara a base de ningunear cada conflicto que surgía. Úrsula se contagió de mi desidia, hasta el punto de no tener una última conversación. Simplemente un día, al regresar de un ensayo, se había marchado. Aunque al principio me desestabilizó —con el protocolo habitual de llamadas, reproches y pensamientos recurrentes—, asimilé los hechos como un final natural. Sin dramas, sin gritos, la asepsia absoluta. No me reconocía. Dejaba apagarse una relación que podía haber durado eternamente. Y desde entonces habían pasado la friolera de diecisiete años.

—¿Qué tal la dorada? —se interesó Úrsula.

—Buenísima, aunque tiene raspas para aburrir. ¿Te acuerdas de cuando se me clavó una espina en la garganta el día antes del estreno de *La taberna de los cuatro vientos*?

—Como para olvidarlo, en urgencias hasta las cuatro de la mañana y volviste cabreado porque no ibas a poder descansar suficiente.

—Me afectaba mucho la falta de sueño. Me sigue pasando.

Darío devoraba las patatas fritas que mojaba en salsa wasabi mientras chateaba con su móvil. A punto de interesarme por él, se levantó de la mesa como si acabara de ser ofendido, rumbo a su habitación.

—No lo aguanto. Tiene todos los clichés de su edad, no le falta ni uno.

—Supongo que es normal, les toca ser rebeldes.

—Joder con la rebeldía. Este no estudia porque no le da la gana.

—¿Ha repetido algún curso?

—... No, pero este año cae seguro. Se pasa el día enganchado al ordenador, a la tableta, al móvil, a cualquier pantalla.

—¿Y no has probado a quitárselos?

—La orientadora dice que no reacciona al castigo.

—Ya madurará. Y su padre, ¿qué opina?

—No lo conoce. Desapareció en cuanto se enteró de que estaba embarazada. He tenido mala suerte con los hombres.

—Lo siento por la parte que me toca. ¿Y cómo te apañaste?

—Mejor de lo esperado. La compañía de Barcelona funcionaba fenomenal. Me podía permitir dejar a Darío con una cuidadora que, si computo las horas, creo que ha ejercido de madre más que yo.

—Me imagino. ¿Y sigues en la compañía?

—No, la subida del IVA nos destrozó. En tiempos de crisis, se descarta la cultura. Aguantamos un año cobrando la mitad del sueldo y al final tuvimos que disolverla.

Úrsula empezó a morderse la uña del dedo gordo y con la otra mano se tocaba el cuello. Estaba incómoda.

—Vaya, lo siento. ¿Y cómo has sobrevivido?

—Pues gracias al paro, algo de publicidad y a la ayuda de un amigo.

—¿Solo amigo?

—Sí. Joan, mi pareja, bastante tiene con criar a su hija y pasarle la pensión a su ex. Me refería a mi amigo Carlos, el director de la compañía.

—¿Qué suerte tener amigos así! Los míos desaparecieron en cuanto dejé de trabajar y a mí el paro se me acabó hace tiempo. Ha sido una época dura.

—Podrías haberme llamado, aunque no hubiera podido ayudarte. ¿Qué pasa, que no había cerca ninguna mujer que te mantuviera?

—Mi manual de instrucciones es complicado. ¿Qué quieres beber?

—No sé, quizá un *whisky*.

Mientras preparaba la bebida, Úrsula alcanzó mi álbum de fotos colocado en la estantería nueva. Se detuvo en una de las páginas y su curiosidad se convirtió en la mía. Úrsula se recreaba en una foto donde los alumnos de la escuela escuchábamos las indicaciones de don Amador.

—Ay, Víctor, qué jóvenes. Lo que daría por volver atrás.

—¿Estás de broma? Yo solo volvería con la sabiduría de ahora.

—A veces es mejor la ignorancia. Y Hugo, qué cara de niño...

—¿Sabes algo de él?

—No. Me contaron que se hizo arquitecto y que proyectó varios edificios en Sudamérica, pero poco más.

—De eso estaba al corriente. Al final su padre se salió con la suya. Hace poco lo busqué por internet, pero nada. Y ni rastro de él en redes sociales.

—¿Y por qué lo buscas a estas alturas?

—No sé, por nostalgia. El rodaje me lo ha recordado.

Supongo que yo también hice algún gesto incómodo reconocible para Úrsula. El caso es que se levantó como si le costase continuar la conversación y se dirigió a la pared donde estaban colgados mis marcos con fotografías.

—¿Por qué hay un portarretratos vacío?

—No sé. Colgué las más relevantes y, cuando terminé, me sobraba uno, así que decidí dejarlo vacío hasta el siguiente momento importante.

—Llegará, con tu nueva película, por ejemplo. Anda, nuestro viaje a Egipto. Salgo fatal.

—Que va, estás muy guapa.

—Si tú lo dices... Oye, me estoy fijando que solo estoy en dos fotos.

—No es cierto, sales en otra —dije señalando la foto donde aparecían tres manos rodeando el texto de *La rebelión del predicado*.

—Es verdad. Pero bueno, esta no cuenta, podría ser cualquier mano.

—Pero es la tuya... y la de Hugo. Aunque no lo creas, te he echado de menos.

—¿Otra vez la nostalgia?

—Será eso, fueron muchos años juntos.

—Es raro. Antes era más fácil contemplar un eclipse que sacarte un cumplido.

—He cambiado. Pensándolo mejor, no me importaría volver a esa época, aunque no sepa lo que sé ahora. Venga, brindemos, por los viejos tiempos.

—Y por los nuevos también.

Y entrechocamos las copas, sin conocer a ciencia cierta por lo que brindaba cada uno. Después vinieron más fotos, whiskies y anécdotas, porque a veces recordar es la única forma de retomar lo que se había abandonado.

—Entonces, según usted, todo apunta a que la víctima se suicidó.

—Efectivamente, ella solita se quitó de en medio. En su escritorio ha dejado una carta, despidiéndose.

—Así es. Llegados a este punto, me asaltan dos preguntas. La primera es por qué una mujer que tenía una familia comprensiva, amigos, dinero y un marido atractivo, iba a querer suicidarse.

—A lo mejor el marido empezaba a tener barriga o se dio cuenta que sus amigos solo la querían por su dinero, o que su familia no era tan... ¿cómo ha dicho, detective?

—Comprensiva.

—Eso, comprensiva.

—Sr. Wilson, ¿insinúa que el dinero no da la felicidad?

—Claro que no, detective Striker, todo el mundo lo sabe.

—Igual ella lo descubrió mientras se clavaba el cuchillo.

—Puede ser. ¿Y la segunda pregunta?

—¿Cómo dice?

—Ha dicho que tiene dos preguntas.

—Cierto. A veces tengo lapsus de memoria, será la edad. La segunda tiene que ver con el cuchillo. Hay algo que no me cuadra.

Me desperté desnudo en mi cama tras soñar con mi padre de nuevo y sin llegar al final del sueño. Y sí, Úrsula estaba a mi lado, igual de desnuda que yo. Aquella noche rememoramos épocas donde lo que nos unía pesaba más que lo que nos separaba. Nuestra historia no podía terminar con silencios. Estábamos obligados a darnos explicaciones por nuestras reacciones, pasándonos por el arco del triunfo esa regla de comunicación que aconseja hablar de uno mismo sin machacar con reproches al otro. Era curioso, abría un nuevo frente y, sin embargo, no sentía que se acumulara al resto, quizá porque el sexo con Úrsula nunca fue un problema. Me calmaba que nuestra historia no tuviera recorrido más allá de aquel polvo y esperaba que Úrsula

también lo entendiera así, por la absurda tendencia a pensar que nuestras cabezas están sincronizadas con las del resto de la humanidad.

Me levanté de la cama sin aportar guiños románticos y, aun así, Úrsula no me quitaba ojo. ¿Podría considerarse un gesto romántico? «Seguro que no, quién te crees que eres», me dije. Esperaba que Úrsula adivinara por arte de magia que mi compañero Salvador, y por paralelismo, Hugo, ocupaban un espacio importante en mi imaginario. Por desgracia, la ansiedad regresaba conforme me lavaba la cara, ya ni avisaba. Y con ella, la culpa por dejarme llevar, por ofrecer a Úrsula una versión obsoleta de mí. Para compensar tanta contradicción, decidí invitarla a la fiesta que ofrecía María esa misma noche y, de paso, reintroducirla en el mundillo artístico de Madrid. Así era mi *modus operandi*: cagada - culpa - premio. Puede que por eso la naturaleza me negara la opción de ser padre. Solo habría alumbrado engendros. Úrsula accedió, a pesar de no echar en su maleta ningún vestido acorde a las circunstancias. Fue entonces cuando me convertí en el personaje de Richard Gere en *Pretty Woman*. Dejé dinero en la mesilla de noche para que Úrsula se comprara un vestido con el que sorprenderme al llegar de trabajar. Evidentemente, no acudiría en calidad de pareja, aunque tanto a Richard Gere como a mí, rodearnos de belleza nos aportara una seguridad a la que nos costara renunciar. Y, de repente, un giro de guion. Úrsula rechazó mi dádiva, negándose a ser mi pelirroja de sonrisa amplia, mi prostituta. Prefería tirar de agenda con las amistades residuales que estaban al frente de alguna *boutique* en Madrid antes que aceptar mi limosna. Qué torpe, se me habían olvidado dos premisas: que cuando se trata de promocionar sus productos, los amigos nunca fallan, y que un simple polvo jamás me otorgaría tanto poder.

María no escatimó en gastos y contrató un *catering* a la altura de su lujoso chalet aislado de vecinos. ¿Croquetas de gin tonic?, me he quedado obsoleto. Una banda de *jazz* amenizaba con un repertorio que aceleraría sus compases conforme avanzara la noche. Acudió la prensa especializada, así como actores y directores reconocidos, entre los que se encontraba Cirso Médem y Serafín Albaladejo, que no perdieron la oportunidad para hablar de negocios. Otros con menos talento, como Ginés Olivares, deambulaba por corrillos tratando de engañar a algún guionista para que trabajara gratis en su próxima película. Nadie se imaginó aquel despliegue. María sembraba para luego recoger. Manejaba los hilos con su despampanante vestido rojo de encaje, que destacaba sus encantos físicos y ocultaba sus carencias psicológicas. Su amiga Angelita estaba desatada, perdiendo la cuenta de los tiros de coca que llevaba. Y en mitad de aquel mosaico estaba yo. Dejé a mi padrastro en la residencia, previo pago. Le prometí que en cuanto acabara el rodaje regresaría a casa para aumentar su colesterol a base de bocatas de chorizo. No me creyó. Cuando vivía mi madre, les di tantos plantones que ni la demencia podía borrar ese recuerdo.

Nadie esperaba a Úrsula que, sin pretenderlo, eclipsó a María en elegancia. Le prestaron un vestido fucsia asimétrico que resaltaba su cuerpo menudo y, aunque la presentara como una amiga, la gente dio por hecho que estábamos liados. Águeda aparcó sus prejuicios y se mostró afable con ella. Le podía la curiosidad por conocer a una de mis parejas y quitarse la imagen célibe con la que me asociaba. Los actores principales, junto con Gerard y Úrsula, discutíamos acaloradamente, cómo no, sobre nosotros. En concreto, de los guionistas. Gerard confesó que le encantaría que cobraran más que nadie, porque sin guion no hay nada, insistía. Mariano apoyaba cada afirmación de Gerard, pero era un peloteo llevadero. Sin embargo, María ensalzaba a los actores, que eran los que daban la cara y, si una película era mala, solo recordaban al reparto, no al guionista. Úrsula asentía

por deferencia, no porque estuviera de acuerdo, la conocía muy bien. Yo solo aporté que conocía a cientos de guionistas brillantes que, como yo, habían pasado por una crisis económica. Y fue entonces cuando María hizo otro de esos comentarios inoportunos sin reparar en las particularidades de su interlocutor: «No serían tan brillantes». Y se quedó tan ancha. Salvador, con un traje azul eléctrico que remarcaba cada tendón de su cuerpo, solo abrió la boca para pedirnos una foto, a lo que Gerard se negó. Su parecido con Hugo era notorio, aunque prefería no emparanoiarme con el asunto para no pasarme la noche pendiente de él. Úrsula se apartó, pero yo la obligué a que saliera en la foto, la primera en la que coincidíamos desde nuestro divorcio. Comprobé que Águeda estaba integrada con Antonia, Lourditas y un Leo impasible a cualquier estímulo femenino. Me habría animado a favorecer un acercamiento entre ambos, pero Águeda era otro muro infranqueable. Y es que Rober andaba detrás de una segunda oportunidad. Que iba a cambiar y demás mentiras que prometen los maltratadores a sus víctimas.

Tres horas después, los corros de amiguitos se disgregaron. Ginés Olivares charlaba con una actriz sin respetar la distancia mínima de seguridad. ¿No estaba casado este hombre? El resto de invitados bailaban al ritmo de música electrónica *cool*, pinchada por un *disc-jockey* que parecía afroamericano, pero era de Móstoles. Úrsula charlaba con un antiguo compañero de teatro. No me acerqué por si pensaba que me molestaba que intimara con otros hombres, aunque mi indiferencia pudiera molestarla más aún. Gerard hacía una hora que se había marchado, pero a cambio nos estimuló la llegada de Manuel Casas, acompañado de una rubia despampanante que no dejaba de sonreír. Igual era una experta en retablos medievales, pero el aura de estúpida no se la quitaba nadie. Mientras parte del equipo se hacía fotos con él, María celebraba su victoria con una copa de vino y tonteando con Salvador. Águeda estaba cansada y quería irse, pero esa patraña no colaba. La fiesta tenía ingredientes suficientes para atraer a una recién aterrizada. Seguro que Rober la había llamado y ella, si Rober le dice ven... De reojo, vi que María se me acercaba, con el moño medio desecho y con intención de martirizarme con una de sus reflexiones

eternas. Así que me hice el loco y fui directo al servicio, la primera vez en toda la noche. Cuando estoy entretenido, se me olvida hasta mear.

Ocupado. Como mi vejiga entró en modo incontinencia de llavero, metí prisa hasta que se abrió la puerta. Era Salvador y él sí que iba perjudicado. Sin darme explicaciones, me agarró del brazo, me metió dentro y echó el cerrojo, porque hay personas que, aunque beban, mantienen su agilidad motriz intacta. Pensé que me contaría algún chisme o me ofrecería otra muestra de lo plasta que se pone la gente cuando se emborracha, pero no. Me empotró contra la puerta y empezó a besarme. Tras unos segundos de condescendencia, lo aparté de un empujón, lo que sirvió para que volviera a la carga con más brío. No hubo un segundo intento de detenerlo, me excité. Nos sentamos en la bañera y, mientras Salvador se quitaba la camisa, nos caímos dentro, tirando botes de champú y crema hidratante sobre nosotros. Los besos ya eran morreos. ¿Qué va a decir tu chica?, repetía Salvador buscando excitarme aún más. No me quité ninguna prenda porque estaba concentrado en esquivar las gotas de colonia *Nenuco* que caían sobre mi frente. Salvador me desabrochó los pantalones y manoseó mis partes con la misma entrega con la que besaba. ¿Sería capaz de llegar hasta el final, de romper esa barrera que nadie me había impuesto? No, mi incomodidad comenzaba a ganar la batalla al calentón, a pesar de que Salvador fuera un pulpo con mil tentáculos. Justo cuando encontré una postura que no me provocara una lesión medular, llamaron a la puerta. Era María, acompañada de Angelita. Tapé la boca de Salvador, pero su lengua se colaba entre mis dedos, desenfrenado por completo. Entre lametón y lametón, escuché lo que decían afuera.

—María, estás muy guapa esta noche.

—Gracias, Angelita. Me he esmerado porque quiero liarme con Salvador. ¿Has visto qué culo tiene?

—No me he fijado, la verdad.

—Y los ojos, y esa boca. No tiene parte mala.

—Pues nada, a ver si consigues que caiga y, si no, yo misma te hago un apaño. Tú ordena que yo obedezco, soy una mercenaria.

—Angelita, lo que pasó entre nosotras fue algo puntual. Me acababa de

dejar mi ex y estaba desesperada.

—Pues bien que gritabas.

—Por favor, no seas ordinaria. Anda y vete un rato a drogarte.

Cuando María golpeó de nuevo la puerta, obligué a Salvador a parar. Le susurré al oído un plan de evacuación. Él me respondía a voces, le tapaba la boca y volvía a chuparme los dedos, un bucle infinito. Le empujé y por fin accedió. Salí de la bañera y eché la cortina para ocultar a Salvador. ¡Qué asco me dan las cortinillas! Abrí con la naturalidad que me permitía el tapar mi erección con las manos y la anfitriona me saludó como si no me hubiera visto en toda la noche. Cuando se subió el vestido frente al retrete, escapé de allí, confundido por lo ocurrido, pero sonriendo al imaginarme a Salvador agazapado en la bañera y, de fondo, los ruidos corporales de su doña Inés.

Deambulé por distintas estancias para calmarme y, sin pretenderlo, me colé en la habitación de María. No sabía que fuera una fanática de las plantas medicinales, aunque con ese ego, seguro que trataría de prolongar a toda costa su estancia en este mundo. Desapareció la erección, pero como continuaba agitado, salí al patio. Qué hartó estaba de mis reacciones cuando hacía amago de intimar con un hombre. ¿Por qué? Nunca tuve prejuicios ni me educaron en la moral católica. Puede que, sin la interrupción de María, hubiese roto por fin esa cuarta pared. Tampoco descarto que me estallara el corazón en mitad del revolcón, desparramado en la bañera a lo *muerte de Marat*. Entre el seto y la columna donde me apoyaba, elucubraba sobre dos aspectos: por qué cuando me excito se me quitan las ganas de mear y qué hubiera pasado hace treinta años en aquel ensayo con Hugo, de haber mantenido mi conducta permisiva del baño.

Era el momento de dar por finalizada la velada. Convencí a Úrsula para que se quedara, que no renunciara a las posibilidades que pudiera ofrecerle aquella noche. Y que prefería estar solo, sin más. Busqué a Mariano, dispuesto a llevarme a casa, pero se me adelantaron dos actrices más cansadas y frioleras que yo, así que cogí un taxi. Era la primera vez en mucho tiempo. De primeras veces iba la noche.

Tuñá, 7 de junio de 1986, domingo

La resaca de la verbena fue implacable con los tres amigos. Al despertarse, Hugo se encontró a Víctor durmiendo a su lado, desnudo. Pese a la impronta amarga que le había dejado la noche anterior, repasó con descaro el cuerpo de su amigo y, esta vez, los restos de alcohol impidieron desafíos a la ley de la gravedad. Tras comprobar que Úrsula seguía dormida en la habitación de enfrente, picoteó las sobras del desayuno anterior, cogió su cuaderno de dibujos y salió al jardín. La luz amplificaba unos colores ya de por sí intensos, perfectos para plasmar recovecos idílicos. Trazaba con la templanza de un experto o puede que lo ralentizaran sus pensamientos, perdidos en entornos igual de idílicos. Pronto apareció Úrsula en ropa interior, despeinada y con un vaso de manzanilla en la mano. El semblante de Hugo se endureció de repente.

—¡Ay, Hugo, qué dolor de cabeza!

—Normal, bebimos mucho.

—... Demasiado... Madre mía, lo que daría por dibujar así.

—A todos nos gustaría tener algo que no tenemos.

—Es cierto, yo no tengo un dibujo tuyo. ¿Por qué no me pintas?

—¿Ahora? ¿No prefieres estudiar?

—Hasta dentro de una hora no podré decir ni mi nombre completo.

Sin esperar el consentimiento de Hugo, Úrsula recolocó una vieja hamaca destartalada por la tormenta, se tumbó de medio lado e indicó que ya estaba lista para ser retratada. Hugo le brindó una sonrisa forzada y, obediente, empezó a dibujarla. Pasados veinte minutos, a Úrsula se le había dormido el brazo izquierdo, pero aguantó el dolor en favor del arte. Hugo notó que Víctor andaba cerca porque Úrsula agachó la cabeza. A Víctor le ocurrió lo mismo. Se acercó donde estaban sus amigos y, para romper el hielo, eligió un reproche:

—¿Por qué no me habéis despertado? Es tardísimo.

—Calla, no desconcentres a Hugo.

—¿Por qué? ¡Ostras!

—¿Qué tal salgo? —dijo Úrsula, removiéndose por fin.

—Es una pasada, te ha hecho calcada. Yo también quiero uno. Dime la verdad, ¿cómo lo haces?

—No sé, me dejo llevar —contestó Hugo mordiendo el lápiz.

—Debe de estar bien.

—¿El qué?

—Dejarse llevar.

—Tú ayer lo hiciste —le recriminó Hugo en un tono casi imperceptible.

La curiosidad de Úrsula por descubrir su retrato la hizo saltar de la hamaca y, en cuanto comprobó el resultado, se comió a besos a Hugo. Este observaba de reojo a Víctor, quizá en busca de indicadores que confirmaran que su desliz con Úrsula solo fue un error fruto de los excesos. Pero nada, ni rastro de arrepentimiento. En un golpe de aire, el dibujo de Úrsula acabó estampado contra un filtro oxidado de miel, un curioso marco para su retrato. Úrsula, ante aquel sacrilegio, se recompuso, recuperó su dibujo y, sin titubear, propuso a Víctor que la acompañara a lavar el coche a la parte trasera del recinto. Antes de que aceptara, Hugo se ofreció voluntario para recoger y limpiar la casa, que estaba hecha una leonera. De esas frases que se copian de las madres sin pretenderlo.

Ya solo, Hugo vigilaba a sus amigos desde cada habitación que adecentaba. El semblante confuso en sus caras fue un aliciente para hacer las camas, barrer y recolocar los objetos desplazados por tanta pasión. Terminando el cuarto de baño, Hugo escuchó la llegada de un coche. Era Antonio, el padre de Úrsula, acompañado de una joven mulata. Hugo no tuvo tiempo de dar la voz de alarma. Salió disparado hacia su habitación y se escondió debajo de una de las camas, muerto de vergüenza. Al momento, vio entrar cuatro pies. Nadie hablaba, solo los ruiditos propios de una pareja en fase creciente de excitación. Hugo se asomó justo para ver al padre de Úrsula besuqueando a su amante latina en la cama de enfrente mientras se bajaba los pantalones con torpeza. Fueron diez minutos repletos de

posturas, hasta tal punto que la mujer se apoyó en la cama donde se escondía Hugo. De haber prolongado aquella posición, Hugo se habría delatado, porque tras cada embestida, los muelles de la cama se clavaban en su espalda. La eyaculación precoz de Antonio puso fin al encuentro y los dos se recostaron... hasta que, limitándose a seguir el rastro de prendas femeninas desparramadas por el suelo, llegó Úrsula. Su grito tuvo que escucharse en las casas colindantes. Antonio, pálido, una vez atinó a ponerse los pantalones, intentó revertir la situación enfadándose ante la pérdida repentina de intimidad, pero Úrsula no estaba dispuesta a dejarse avasallar. La mujer latina se vistió con la parsimonia de quien ya ha toreado en plazas similares, se montó en sus tacones y salió decidida hacia la puerta, a pesar de que sin Antonio no podría llegar muy lejos. Úrsula apuró la lástima que sentía por su padre antes de apabullarlo con un discurso sin titubeos, como si declamara un monólogo de Alejandro Jodorowsky o Jean Cocteau.

—¿No te da vergüenza engañar a mamá? Y con una prostituta, ni siquiera con alguien que te importe. ¿Te crees que no haces ningún mal porque es solo sexo? Y mientras, mi madre en casa bebiendo, sin entender por qué se ha casado contigo. Porque sí, mamá lo sabe, desde hace años, en parte porque disimulas fatal. Al menos podrías sacudirte los pelos de la ropa o ducharte antes de meterte en la misma cama. Es lo mínimo que puedes hacer por ella. Ahora vete de aquí y ni se te ocurra ir a casa hasta que tomes una decisión. Y si no te atreves, ya me encargaré de que sea mamá quien la tome por ti.

Antonio se levantó a cámara lenta, abochornado ante la contundencia de su hija. Las cotas de surrealismo se dispararon cuando Úrsula preguntó dónde estaba Hugo y este sacó un brazo de debajo de la cama y saludó con su mano derecha. El padre de Úrsula no pudo soportar una escena que parecía sacada de una comedia de enredo americana. Salió de la habitación, cabizbajo, y se reunió con la mujer latina, que no tenía intención de consolar a su cliente. Úrsula se quedó bloqueada hasta que escuchó arrancar el coche de su padre. Entonces Hugo salió de su escondite, y Úrsula, que empezó a llorar y reír al mismo tiempo, abandonó la habitación. Víctor

intentó acompañarla, pero ella se negó. Hugo, ya de pie, se preguntaba en voz alta si su misión en aquella casa consistiría en ver practicar sexo a cada uno de sus habitantes. A Víctor no le quedó más remedio que aceptar con humor la ocurrencia.

Aquella mañana concluyó con los tres amigos en estancias diferentes. Frente a los apuntes de Teoría del Teatro, debían asimilar la sordidez que conlleva la toma de decisiones del que está a punto de entrar en el mundo adulto. Una transición despiadada pero irremediable.

Madrid, mayo 2019

En el set de rodaje, un Gerard efervescente daba cortes a todo el que mostrara una pizca de estupidez. Como Lourditas prefería maquillar a las mujeres por tener la piel más agradecida, Águeda se ocupó de mí. Estaba exultante, dándome detalles del reencuentro con su maltratador particular.

—Tengo unas agujetas... Es que tiene la doble «g», grande y gorda.

—Deberías prestar atención a otros candidatos menos espectaculares. Leo, por ejemplo.

—Ni hablar, no tiene sangre.

—Pero tu vida no correría peligro.

—Solo fue sexo. No tengo intención de volver con él. ¿Y tú? ¿Cómo acabó tu noche? Tienes cara de cansado.

—Me fui poco después de ti. Llevo dos días sin pegar ojo.

—¿Y eso? A ver si eres tú el que va a volver con su ex.

Por suerte, Pablo interrumpió para dar los últimos retoques a mi camisa. No me apetecía explicar que, en veinticuatro horas, me había acostado con mi ex y casi repito con Salvador. O que después me dio una crisis de ansiedad por establecer símiles con el pasado. Aunque cambiara las palabras, sonaría igual de ridículo. Debería pagar a Pablo para que irrumpiera cuando Águeda o quien fuera estuvieran a punto de indagar en mis asuntos.

La jornada fue ardua, en parte por el director de fotografía, tan cuadriculado que en cuanto Gerard pedía una toma diferente a lo pactado, colapsaba y tardaba una eternidad en reorganizarse. Así llegaron los primeros gritos en el rodaje. Acumulábamos un retraso de dos días que podrían convertirse en semanas si continuaba la dinámica. Salvador y yo nos intercambiamos miradas cómplices, parapetándonos en esa «amnesia por alcohol» para justificar nuestras acciones. De todas formas, juraría que

a su corta edad había protagonizado encuentros más bizarros: sexo tántrico con hombres, mujeres, intercambios de pareja, orgías, ¿animales? Lo que sea con tal de no quedarse atrás.

Intenté que la espera no fuera excusa para atiborrarme a ansiolíticos. Y es que se acercaba otra secuencia erótica, la que propuse boicotear, sin éxito. Un beso entre padrastro e hijastro con final feliz en forma de felación. En teatro, la escena se resolvía con caricias a escondidas, suficiente para entender que entre los hombres de la casa había comenzado una relación íntima. Vale que aquella versión quedara descafeinada, pero igual existía un punto medio entre la mojigatería del pasado y la falta de sutileza del presente. Pasé la tarde repasando el texto frente al espejo, el antecedente a la locura. Cuando me avisaron para rodar, Pablo se acercó a comprobar si se deslizaba la cremallera del pantalón. Me vería cara de cordero degollado y me dio golpecitos en la espalda para darme ánimos. ¿Tanto se me notaba?

SECUENCIA 56. INT. HABITACIÓN. DÍA

SENÉN prepara con esmero su caña de pescar. Al enganchar uno de los anzuelos, escucha un ruido. Es SEBASTIÁN, que entra en la habitación y cierra la puerta con llave. De repente, se abalanza sobre SENÉN y comienza a besarlo. Una de las cañas cae al suelo.

SENÉN

Pero ¿qué haces?

SENÉN, molesto, recoge la caña y, tras un leve forcejeo, le sigue la corriente a su hijastro. Se escucha a CATALINA desde fuera.

CATALINA

Senén, necesito que me ayudes a cortar la calabaza.

SENÉN, muy nervioso, tapa la boca a SEBASTIÁN.

SENÉN

Un segundo, ahora mismo voy.

SEBASTIÁN vuelve a besar a SENÉN, y este lo aparta bruscamente.

SENÉN.

Para, esto que hacemos es aberrante. Tu madre no se lo merece.

SEBASTIÁN

Mi madre ha ejercido poco de madre, eso sí que es aberrante.

SENÉN

Porque se lo prohibieron, no porque no quisiera.

SEBASTIÁN

Mi problema es que no puedo evitarlo. Me atraes desde que te conocí. Y a ti te ocurre lo mismo conmigo.

SENÉN

Cállate.

SEBASTIÁN

Además, no tiene por qué enterarse.

SENÉN

Pero me entero yo.

SEBASTIÁN

Párame entonces.

SEBASTIÁN besa el cuello de SENÉN, y este se deja. Está cada vez más excitado.

SENÉN

Al menos deberíamos quedar en otra parte. Estamos quebrantando demasiadas normas.

SEBASTIÁN

Nunca me gustaron las normas.

SEBASTIÁN besa en la boca a SENÉN, desabrocha la camisa de su padrastro y empieza a lamer su pecho. SENÉN pierde el equilibrio por un instante y se desplaza hacia la puerta para asegurarse que continúa cerrada. SEBASTIÁN lo persigue y se lanza a la entrepierna de su padrastro. Le baja la bragueta y desabrocha los pantalones. SENÉN, desconcertado, comienza a jadear.

Gerard gritó «corten» y se acercó al combo a revisar la secuencia. Me recompuse, aunque Salvador —que seguía agachado— me obsequiara con una cara lasciva que fingí no ver. Le traía sin cuidado tener a medio equipo delante. Yo bastante tenía con refrenar mis impulsos y eso que, al usar un plano corto centrado en mi personaje, se falseó tanto la posición de Sebastián como la acción de bajar los pantalones. Gerard validó la toma, pero nos pidió un último esfuerzo: repetir la secuencia en plano cenital, lo que suponía cuarenta minutos más de espera. Todos resoplamos. Gerard se acercó para aclararnos que, al tratarse de un plano aéreo, necesitaba que me bajara los pantalones de verdad y, sobre todo, que Salvador se acercara y manoseara mis partes. Me quedé blanco, tanto que tuvieron que llamar a Lourditas para retocarme. Y, para colmo, Salvador me advirtió que no se iba a cortar a la hora de tocar. Sobraban las aclaraciones, lo di por hecho.

¡Acción! El inicio era similar a la secuencia anterior. Salvador se agachó lentamente y agarró mis partes con ensañamiento, lo previsto. Lo que no esperaba es que mi pene adquiriese voluntad propia, con la correspondiente sorpresa en los miembros del equipo. Solo rezaba para que ninguno se riera y tuviéramos que empezar de nuevo. Salvador, venido arriba por mi erección, tomó contacto real con mi miembro y a mí se me olvidó jadear. Solo me preocupaba que mi pene se saliera de aquel calzón de apertura

abotonada. No ocurrió, creo. En cuanto Gerard detuvo la secuencia, me subí los pantalones y me aparté para no seguir exponiendo mi empalme al personal. Puede que a Gerard no le convenciera la toma, pero seguro que la incomodidad que generó pesó a la hora de darla por buena. Eso y que probablemente solo usara ese plano para agilizar el montaje.

Once de la noche. Final de jornada para mí. Fui directo al camerino a cambiarme. Quedaba una secuencia, de las pocas en las que no aparecía, aunque estaba mentalizado para tanta omnipresencia. Me cabreaba que a mis cincuenta y cinco fuera incapaz de controlar mi cuerpo, mis pulsiones, mis empalmes. Habría huido al otro extremo del mundo, porque la idea de regresar a casa con Úrsula me resultaba igual de nociva. Desaparecer puede ser la mejor estrategia para no hacer daño a nadie. Llamaron a mi puerta. Era Salvador. Me propuso tomar una copa, directo, sin rodeos. Lógico, le había dado muchas pistas. Lo malo fue que su descaró juvenil chocó de frente con mi hartazgo de cincuentón. Le aclaré que mi objetivo prioritario era conseguir un buen trabajo en la película y que lo ocurrido en casa de María fue fruto del alcohol y de mi falta de reflejos. Salvador, con su seguridad habitual, afirmó que me notaba cohibido. Se acercó a mí como asesino que acorralla a su víctima, insinuando que no estaba contento con la secuencia que acabábamos de rodar, que prefería repetirla una vez más. Sus palabras volvían a excitarme, o nunca dejé de estarlo. Arrinconado en la pared, Salvador se agachó de nuevo y me desabrochó el vaquero. Esta vez, debajo no había ningún calzón abotonado. Regresaron los jadeos y estos nadie me los marcó. Dejé que llegara hasta el final de mi secuencia y que el corte viniera marcado por otro tipo de señales. Cuando todo terminó — muy pronto, por cierto—, sentí una mezcla de mezquindad y alivio difícil de gestionar, de esas sensaciones que evitamos desgranar por su complejidad. Salvador se levantó y se enjuagó la boca. Mientras mi semen resbalaba por el lavabo, recuperó un gesto neutro, alejado del niñato caliente braguetas que entró por la puerta. Puede que se obrase el milagro y descubriera que aquella felación suponía un hito para mí. El caso es que me pidió perdón por abordarme con tan poca delicadeza, aunque yo estuviera

más agradecido de lo que llegué a expresarle. Me atraía, no por su físico ni por su fogosidad, sino porque mis carencias eran sus fortalezas. Por eso me recordaba a Hugo. Lástima no haber desarrollado antes este concepto de complementariedad. Salvador salió del camerino a toda prisa y yo me quedé frente al espejo con la esperanza de reconocer al ser que rehuyó de experiencias tan excitantes, como si regresar al punto de partida fuese una opción viable.

En el autobús volví a sentarme solo, no por voluntad propia. Salvador se había marchado con los técnicos de sonido y Águeda se quedó a inventariar material. Lástima. Ese día sí me hubiera abierto a confesar asuntos del corazón, aunque fuera la verborrea característica de quien acaba de derribar una barrera. Solo esperaba discreción por parte de Salvador, cuestión difícil de gestionar a su edad. ¿Se mantendría ese paralelismo entre ficción y realidad? Lo digo porque la obra no acababa bien, por hacerme a la idea de lo que se me venía encima. Para aislarme de tanto ruido, enchufé los cascos a mi móvil y reproduje uno de los discos que descargué en cuanto regresé al circuito capitalista, *Raíz*, del cantautor canario Pedro Guerra. La primera canción, *Bahía*, la repetí en bucle: *cielo limpio, cielo azul, como todo si estás tú*. No, no pensaba en Salvador, suelo tardar más en elaborar utopías, aunque desde aquella noche ostentara el título de mi «desvirgador masculino». Invocaba al pasado, los años en la escuela, la ilusión por triunfar, lo perdido que estaba, lo joven que era... Aquel cielo limpio y azul tenía que ver con Hugo y lo fácil que hubiera sido redirigir mi rumbo tras aquella conversación bajo la lluvia. Rectifico, lo fácil que parecía ahora.

Llegué a casa de madrugada, sigiloso como un ladrón de joyas. Darío, encerrado en su habitación, seguía despierto. Se impuso otro de mis pensamientos recurrentes: de haber cuidado la relación, habría sido mi hijo y Úrsula seguiría siendo mi mujer. Me habría ahorrado infinidad de noches solitarias, donde nadie ponía límites a mis neuras. Y lo peor fue que la decisión más cabal de mi vida no la tomé yo. Fue Úrsula la que se fue, dejándome un camino abonado que desaproveché para seguir en el mismo punto que cuando nos separamos.

Cené fruta. Si pretendía jugar en la liga juvenil, debía sacrificarme. Con

el último trozo de manzana recordé que le había prometido a Úrsula ayudarla con la prueba que tenía al día siguiente. La había defraudado tantas veces que una más no le supondría ningún dilema. Escuché ruido en el piso de arriba. Igual todavía podía resarcirme. Úrsula abrió la puerta y yo me escondí detrás del sillón para gastarle una broma. Bajó las escaleras alumbrándose con la luz de su móvil y volvió a beber menos cantidad de agua de la que se echaba en el vaso. Luego abrió la puerta de la habitación de su hijo.

—¿Sigues despierto?

—Mamá, joder, llama por lo menos.

—Duérmete, que mañana no va a haber quién te levante.

—Me he puesto el despertador a las nueve.

—Y lo apagarás para dormir hasta las doce. Te lo advierto, Darío, como no apruebes en septiembre, se te acabó el ordenador y el móvil. Vas a comunicarte por señales de humo.

—Ni de coña. Antes me pongo a currar. Te recuerdo que ya tengo...

—¡Cállate! No metas la pata, que mañana me juego que tú y yo sigamos comiendo caliente seis meses.

—¿Te ha revisado Víctor la prueba?

—No, todavía no ha llegado. Y tú, si te lo cruzas mañana, intenta ser amable con él, que estamos de ocupas en su casa.

—¿Para qué? ¿Me estás buscando un padre?

—No, tú te estás buscando una hostia.

Úrsula dio un portazo y yo opté por no descubrirme, aunque quisiera averiguar el origen de las advertencias a su hijo. En el reflejo de la vitrina del salón, vi como Úrsula subió las escaleras al ralentí, pensativa, como una diva ajena al ritmo escénico. A lo mejor Úrsula también se reconcomía con lo que habría ocurrido si no hubiera huido de la noche a la mañana. Encerrada de nuevo en su habitación, me quedé detrás del sillón, dudando si recurrir a mis drogas o dejar la mente campar a sus anchas entre nostalgias y felaciones. No ocurrió nada de eso. Seguí tarareando Bahía hasta que caí rendido al lado del sillón orejero. En el suelo, por supuesto, solo que ahora contaba con un nuevo aliado, consecuencia directa de mi cambio de estatus:

una alfombra de yute de pelo largo.

A la mañana siguiente, Úrsula se levantó temprano y, por supuesto, me despertó. No entendía de abrir y cerrar puertas con delicadeza, otra de las costumbres que mantenía intacta. Me encogí para esquivar una conversación trascendental, pero ni siquiera pasó por el salón. Cogió su bolso y se lanzó en ayunas a la calle. Conocía sus hábitos antes de una prueba. Recoloqué todo para eliminar los indicios de mi acampada y subí a mi cuarto para recostarme en blando. Al pasar por la habitación de Úrsula, encontré mi álbum de fotos sobre su cama y lo hojeé como si fuera un elemento novedoso. Me detuve en las fotos de los montajes que hicimos en la escuela y no sé a qué cuento construí frases como las que mi personaje Senén enseñaba a sus alumnos para que descubrieran la importancia del predicado en una oración. «El niño huérfano quedó impresionado con su regalo», «el payaso triste esbozó una gran sonrisa» o «la mirada del luchador desafiaba al enemigo más temible». Esta última frase se correspondía con la foto de una obra del primer cuatrimestre del último curso, *Los Centuriones*, adaptación de un texto griego anónimo, de la que don Amador era fan. Representaba una escena donde mi personaje portaba una espada en alto, a punto de asesinar a una de las mujeres que le habían traicionado. A mi lado, mi amante Aristófanes, representado por Hugo, me observaba con devoción y orgullo. Pensándolo bien, puede que hubiera más de una foto que mereciera ocupar el portarretratos vacío de la pared del salón. Levanté la mirada un instante y reboté en el colchón del susto. Darío estaba asomado en la puerta, quieto, sin parpadear.

—Joder, ¿desde cuándo estás ahí?

—Umm, unos cinco segundos. Es que mi madre se empeña en que hable contigo, por estar en tu casa y eso.

—Ah... ¿Y qué hacemos, te apetece dar una vuelta?

—Si no hay más remedio.

Me lo llevé a pasear al Retiro, un lugar manido, pero lo suficientemente espacioso para evitar aglomeraciones. Por fortuna, solo había ancianos y corredores que adulteraban el paisaje con sus prendas fosforitas. Yo optaría

por tonos pastel, aunque se perdiera efectividad al impedir accidentes. Darío se colocó a mi derecha y, al no cambiar de posición, estuve hablando con una mata de pelo toda la caminata. Y encima tenía que arrancarle cada palabra con sacacorchos, aunque poco a poco fue soltándose.

—Solo he aprobado tecnología.

—¿Se te dan bien las manualidades?

—Qué va. Fotocopie las láminas de una amiga. Borré la firma y listo.

—Menudo trápala. Ya me contó tu madre que la liaste con las notas.

—Me prometió que no diría nada.

—Necesitaba desahogarse, no se lo reproches. Y tú podrías aprobar las que te quedan. Si no, te va a tocar repetir.

—No, paso por imperativo legal.

—Pero eso solo ocurre si ya has repetido, ¿no? En realidad, no sé cómo va ahora la normativa, hace años que desconecté de la escuela.

—Es verdad, tendría que repetir, sí... Me lo sacaré.

—¿Y a qué te vas a dedicar cuando termines?

—No sé, *youtuber* o *influencer*.

—Nunca recomendaría esas profesiones a un hijo mío.

Darío apartó su cortina de pelo de golpe y descubrí que su mirada pedía ayuda a gritos.

—¿Tú no tienes hijos?

—No. Con el tiempo me he arrepentido de ser tan radical con este tema. Fue la razón por la que nos separamos tu madre y yo.

—Ya, me lo ha contado. Y no solo a mí. A mis abuelos, a sus amigos, a desconocidos. Es un tema que le ha marcado.

—Suerte que después te tuvo a ti. Me da rabia. En el fondo me hubiera gustado ser referente para alguien, como tu madre lo es para ti.

—No te creas. Se le va mucho la olla.

—Es artista. Y no olvides que te ha criado sola.

—Imposible olvidarlo. Es verdad que últimamente lo ha pasado mal. Le costó dejar el teatro para trabajar en el McDonald's.

—Ah, no tenía ni idea.

—Porque le puede el orgullo. Los actores os creéis dioses y, en cuanto os

bajan a tierra, estáis perdidos.

—Igual a tu madre le avergüenza contarlo.

—A mí también me da vergüenza que sepas que falsifico notas. Y entonces, ¿qué te dijo exactamente? —preguntó Darío, regresando a su ceguera particular.

—Que había hecho publicidad y que le ayudó un amigo suyo, un tal Carlos creo recordar.

—De todo eso, solo es cierto lo último, pero no se llama Carlos, es solo su nombre artístico por rollos suyos de no sé qué.

—¿Y cómo se llama?

—Se llama Hugo, un antiguo compañero de universidad. Compró hace unos años la casa de campo de mis abuelos.

Mi sistema respiratorio se detuvo.

—¿Qué? ¿Estás seguro?

—Claro. No sé cómo se quedó con esa pocilga. ¿Qué te pasa? Estás blanco.

—¿Te importa que volvamos a casa?

—Mejor, porque me estaba aburriendo un poco.

Y así, sin esperarlo, aquel paseo intrascendente se convirtió en un festín de noticias. Estaba impaciente por descubrir por qué Úrsula había actuado con tanta premeditación. Nos alejamos fingiendo disfrutar del paisaje, al tiempo que me preguntaba cuántos secretos serían desvelados cada día. Desde luego, yo ya estaba servido.

En aquel parque, tal y como señalaban los artículos que se hicieron eco de mi resurgir artístico, transité de la oscuridad a la luz, mi particular catarsis. Porque toda catarsis que se precie requiere, además de voluntad propia y de las condiciones externas adecuadas, de una buena dosis de información precisa. Conforme salíamos por la puerta de Felipe IV, entró al recinto un corredor vestido con prendas en colores pastel. No me cuadró, mejor el fosforito.

Las mentiras tienen las patas muy largas.

Madrid. Mayo de 2019

Dilaté mi espionaje a Úrsula presentándome en el teatro Arlequín, lugar donde se celebraba el *casting* de su serie. Agazapado en una butaca de la última fila, comprobé que la sala estaba repleta de intrusos, que es como los actores llamamos a los que abordan nuestro oficio sin dedicarle ni un solo día de formación. Todos dispuestos a conseguir un personaje en *Pandemias*, comedia distópica sobre una familia obligada a pasar una cuarentena en su casa debido a un virus letal iniciado en Uganda. Una historia inverosímil, donde los gobiernos exponían su inoperancia y la sociedad demostraba un egoísmo sin precedentes. La ciencia era aparcada por absurdas creencias convertidas en verdades absolutas y la ultraderecha sacaba rédito político de las muertes de miles de personas. Pura ciencia ficción.

Úrsula, sentada en la segunda fila, partía con ventaja. Una audición para una actriz veterana es como una paloma muerta en mitad de la acera, algo poco relevante. En el centro de la sala, los Gutiérrez, una especie de hermanos Wachowsky patrios, pero conformes con su sexualidad. Habían dado el pelotazo con una serie infumable que miles de adolescentes consideraban su serie de referencia. La primera candidata pasó desapercibida. Era su primera prueba y eso, sobre el escenario, pasa factura. La segunda sí me convenció. Y eso que cuando se presentó, repetía mucho la expresión «así, en general». Irrelevante porque optaba a otro personaje y no era competencia directa de Úrsula. Justo después, llegó su turno.

—Buenos días, Úrsula. Te presentas por el papel de Rita, ¿verdad?

—Así es.

—Primero vemos el fragmento libre que has elegido y después el de la separata de la serie. ¿Qué nos vas a interpretar?

—Un fragmento de *La rebelión del predicado*. La escena donde Catalina acude a una iglesia para confesarse con un sacerdote.

—Estupendo.

—*Brother*, ¿y esa obra cuál es? —preguntó el otro hermano sin darse cuenta de que el micrófono seguía abierto.

—Tío, me abochornas. Un poco de cultura, por favor, que luego se cachondean de nosotros en redes y con razón.

—¿Empiezo? —soltó Úrsula.

—Sí, sí, cuando quieras.

Para evitar que Úrsula me intuyera desde el escenario, repté hasta la entrada y me oculté entre los cortinajes. Úrsula respiró hondo y comenzó a declamar su texto.

CATALINA

Jamás soñé que encontraría a una persona tan noble como Senén, tan honrada. Ha asimilado mi condición con la naturalidad del que acepta que todos guardamos oscuridades. En este aspecto no hay reproche posible. Sin embargo, últimamente no he conseguido que Senén muestre deseo hacia mí. De hecho, juraría que rehúye besarme, tocarme. Siempre está ocupado. Sé que la perfección no existe, pero, por una vez, por una sola vez, agradecería que la bondad que me demuestra a diario, dejara paso a la pasión, y si me lo permite, a la lujuria.

Úrsula se quedó callada, pero al texto aún le quedaban frases antes de la réplica del sacerdote, que renegaba de la desfachatez de Catalina. ¿Se había bloqueado? ¿Acaso aquellas palabras daban sentido a su propia historia, nuestra historia? Agaché la cabeza, avergonzado, como si todos los candidatos conocieran nuestras intimidades.

—Úrsula, ¿te ocurre algo?

—He tenido un lapsus.

—¿Quieres volver a empezar?

—Sí, eso estaría bien, volver a empezar. Perdón.

Miré el reloj y me alegré de que se acercara la hora de marcharme a otra jornada maratónica de rodaje. Antes me aseguré de que Úrsula salía del atolladero con su desparpajo habitual. Recordé entonces una situación

durante el ensayo de nuestra obra fin de carrera. Desde una posición similar, me aseguraba de que Úrsula proyectara la voz para que la escucharan los espectadores de la última fila. Qué reiterativa puede ser la vida, como diría la candidata número dos de aquel *casting*, «así, en general».

—La segunda pregunta tiene que ver con el cuchillo. Hay algo que no me cuadra.

—¿El qué, detective Striker? ¿Era un cuchillo de punta redonda?

—No, mi querido aprendiz, era un cuchillo estándar, de los que se clavan en cualquier parte, aunque la víctima no tuviera esa intención.

—¿Cómo dice? Señor Striker, lo he revisado todo, llevo horas aquí.

—Ay, señor Wilson. Debería ser más observador. ¿Qué me dice de la carta?

—La escribió ella. Es su letra, no hay duda.

—No la habrá movido de sitio...

—Claro que no. La leí sin tocarla, sin mover las pruebas, como usted me enseñó.

—Eso está bien. Aprende rápido, pero le falta sutileza. ¿Dónde está el bolígrafo?

—¿Qué bolígrafo?

—El bolígrafo con el que la víctima escribió la carta.

—Ah, aquí está, justo al lado.

—¿Y no le dice nada?

—No, es un bolígrafo normal, mordisqueado. ¿Lo desarmo por si hay una nota dentro?

—Señor Wilson, la víctima se clavó el cuchillo con la mano derecha, pero el bolígrafo lo dejó al lado izquierdo de la carta.

—¿Y qué? No entiendo lo que quiere decirme.

—Mi querido aprendiz, la víctima era zurda. Alguien la obligó a escribir la carta y luego la asesinó.

—¡Víctor, Víctor!

Me quedé dormido esperando a que regresara la cobertura para rastrear el paradero de Hugo. Suerte que fue en el sofá del camerino y no tuve que salir escopetado para disculparme. Por fin terminé aquel sueño, el juego

improvisado que me propuso mi padre al llegar de la escuela, aunque no tuviera sensación de final. Era Águeda la que aporreaba la puerta y, antes de que le diera permiso para entrar, ya estaba dentro. En apenas dos semanas de rodaje, Águeda se convirtió en la centinela de los secretos del equipo. Al parecer, la fijación de Mariano por el móvil estaba relacionada con aquella chica de su instituto que se había enamorado de él. Aunque Mariano sentía lo mismo, la rechazó por no estar preparado para iniciar una relación. Antes debía dejar de fumar, seguir una dieta estricta y hacer deporte, un plan demasiado lento para que cuajara el amor. Meses después, su amada conoció al que se convertiría en su marido y en un cardiólogo de prestigio. Ahí arrancó su locura. Empezó a perseguirla para reconquistarla, un cortejo estéril marcado por un efecto rebote en su dieta. El punto álgido de su enajenación llegó dos décadas después: se mudó al mismo bloque de edificios que el matrimonio, como si se tratara de una decisión fortuita. Mariano solía llamarla con número oculto solo para escuchar su voz, la vida que podría haber sido y no fue. Era preocupante lo que me relajó aquella historia, con tintes tan sórdidos como la mía, pero aderezados por una pátina de delito.

Por su parte, Angelita admitió que solo se drogaba durante los rodajes, sobre todo LSD y cocaína. Que lo hacía para abstraerse de los interminables horarios y de las críticas de sus compañeras de profesión, que no tenían reparos en ponerla verde en su cara. «Ellas me destruían por un lado y yo por otro», contó emocionada para, justo después, extenderse una raya de coca en el antebrazo del sillón de maquillaje.

Cuando ya pensaba que había terminado la retahíla de cotilleos, sacó a relucir a María y su obsesión por Salvador. Aunque se le resistiera, estaba segura de que caería en sus redes. Yo solté una carcajada maliciosa que enseguida transformé en perplejidad para disimular. Águeda pensaba que lo tenía crudo, porque se rumoreaba que Salvador tuvo un encuentro tórrido con un hombre en casa de María. Por el soniquete que usó, di por hecho que sabía de lo que hablaba. Ups, me equivocaba.

—Iba muy borracho.

—¿Cómo?... ¿Fuiste tú?

—¿Por qué te haces la sorprendida?

—Primera noticia. ¿Te gustan los hombres, eres maricón?

—Ya te he dicho que iba perjudicado.

—Pues yo cuando me emborracho no me da por comer chochos, aunque no lo descarto.

—Fue él quien empezó.

—Pero tú le seguiste el juego, ¿no?

—Me aparté rápido y me fui.

—Entonces, ¿qué eres?

—El de siempre, quién voy a ser.

—Es que al de siempre tampoco lo conozco.

—Algún día hablaremos despacio.

—Víctor, llevo unos cuantos años en tu vida, he cuidado de tu madre y han estado a punto de matarnos. Si eso no es suficiente para que me tengas confianza, me pierdo.

Detrás de nosotros, Pablo esperaba a que terminara nuestro contubernio para revisar mi vestuario. Me levanté molesto de la silla, le di a Águeda un beso de Judas y salí del set de maquillaje rumbo a mi siguiente secuencia. Me crucé con Leo, que llevaba un ramo de flores gigante para María de algún admirador que desconocía lo pesada que era. «Cambia la tarjeta y dáselo a Águeda, Leo. Declárate o ella se decantará por el hombre que más daño le haga», pensé. Ah, a Pablo le dejé tirado.

En el plató, Salvador rodaba una secuencia que no pertenecía al guion teatral, corta pero de especial dificultad. Solo, delante de un espejo, su personaje Sebastián comienza a golpearse, desesperado por no encontrar una salida a la comprometida relación con su padrastro. Iban por la cuarta toma y yo no daba un duro por Salvador. Le faltaba método, disciplina, puede que hasta talento y, sin embargo, se obró el milagro. Fue un llanto sincero, aunque no tuviera claro si sus lágrimas eran de hartazgo por tanto exceso acumulado o por esa sensación de soledad tan universal. Daba igual. Lo importante era transmitir, traspasar la pantalla, como diría Luisa. Me imaginé a Hugo interpretando esa escena. También habría encontrado referentes de sobra para ser creíble, pero la versión de Salvador se impuso,

demostrando que en aquel cuerpo de infarto había talento real. En cuanto Gerard alzó el pulgar, el equipo aplaudió con brío. Salvador sonreía, se desvanecía su aureola de niño vicioso que conseguía cada objetivo sexual que se proponía. Surgía la devoción y, con ella, el peligro de enamorarme. ¿Acaso una felación podría ser el detonante de una historia de amor? Claro que no. Para Salvador era solo un divertimento, por no hablar de que casi le triplicaba en edad. ¡Qué mal! En el histórico de mis fantasías, yo era el joven que flirteaba con el adulto experimentado, el que aprendía a base de decepciones. El paso del tiempo me condenó a saltar ese rol y ser yo el vejstorio que se conformara con los jóvenes briosos que me ofreciera el destino. Es tan patético que da risa.

Debía avanzar. Mis lamentaciones me aburrían tanto como las disertaciones de María, así que me propuse ser más cercano con Salvador. Me pasé por su camerino fingiendo casualidad, pero me salió el tiro por la culata porque ese día no lo encontré por ninguna parte. Ahora era yo el que buscaba una reacción, un gesto que pudiera dotar de contenido. Ostras, me estaba convirtiendo en Hugo. Por efecto dominó, desconcerté a Pablo. Todo el día detrás de mí porque el jefe de vestuario, implacable desde la distancia, modificaba a última hora las prendas de las secuencias. En cuanto me pilló por banda, me hizo probarme tres modelos en mitad del pasillo, con pinchazo de alfiler incluido. Aprovechó para decirme que un hombre había preguntado por mí, que me esperaba fuera. Por un momento, barajé que la noticia de la película llegara a oídos de Hugo y que, en un alarde de locura, aparcara sus proyectos para retomar nuestra historia donde lo dejamos. Un gesto que hubiera clausurado tanto desatino, aunque, como era habitual, la iniciativa no partiera de mí. Me acerqué a mi camerino a echarme desodorante, me re Coloqué la ropa, el pelo —cuántas canas— y salí disparado afuera. Se definía su contorno al final del pasillo, tras un plástico repleto de salpicones de cemento. Lo aparté con cautela y, cuando mi pupila se acostumbró a tanta claridad, allí estaba Hugo. ¡Mierda, no! Allí estaba... Ramón.

—Qué alegría, Víctor, por fin te conozco en persona.

—¿Qué haces aquí?

—He venido a verte, como ya no quieres saber nada de mí.

Lo agarré de su brazo musculado y me lo llevé a un rincón.

—Estoy liado, pero tranquilo que esta noche me conecto y retomamos.

—O podría ir a tu casa. Fui a visitarte, pero me abrió la puerta un chaval.

—¿Cómo has averiguado dónde vivo?

—Internet es mágico. No me dijiste que tuvieras hijos.

—No es mi hijo.

—¿Te van jovencitos ahora?

—No, no... Pero en mi casa no podemos hacer nada.

—Tranquilo, Víctor. En realidad, no quiero quedar. No me gustas tanto.

—¿Entonces?

Ramón se encendió un cigarro, en parte para disimular su mal aliento.

—He venido porque tengo un problemilla con Hacienda y me he dicho: seguro que mi amigo Víctor puede ayudarme, que a él le sobra la pasta.

—Pues te equivocas, Ramón, no tengo un duro.

—No mientas. Se ha publicado lo que cobras por la peli. Eso no lo gano yo en un año.

—Lo que se ha publicado es mentira y, aunque fuera verdad, no podría ayudarte.

—Te lo digo porque tengo un vídeo tuyo que seguramente no quieras que salga a la luz.

—¿Qué vídeo? Nosotros siempre nos hemos visto en directo.

—Lo sé, pero la aplicación te ofrece la posibilidad de grabarlos.

—Yo nunca he aceptado esa opción.

—Un día sí lo hiciste. Estarías muy salido y no te darías ni cuenta.

—Ramón, no voy a darte nada. Si lo subes, te denuncio, y no creo que a tus hijos les enorgullezca tener a su padre en la cárcel.

—Ay, que te creíste lo de los hijos. Eso es una milonga que me invento para poner cachondos a maricones como tú. Os excita el rollo «padre de familia». Además, si no pago a Hacienda, voy a ir a la cárcel igualmente.

—Lo único que conseguirás es darme más popularidad. Ya colgaron un vídeo de mi paliza y mira, he conseguido hacer una película.

—Una paliza da lástima, un vídeo porno gay no. Piénsalo si no quieres

que tu carrera se limite a ir por platós de televisión a contar gilipolleces.

—¿De cuánto estaríamos hablando?

—Cinco mil euros nada más. Tienes una semana para pensarlo. Si llamas a la policía, alguien lo publicará por mí.

—Te veo muy organizado.

—Supervivencia lo llaman. Estamos en contacto —se despidió montándose en un coche que, si lo vendiera, tendría para pagar la deuda.

Mientras una ansiedad con palpitaciones asequibles brotaba de la nada, se me ocurrían posibles reacciones al chantaje de Ramón, todas ilegales. Pablo me interceptó para probarme dos patrones más. Ni me enteré, estaba desubicado. Al encerrarme en el camerino, sonó mi móvil. Era Úrsula. ¿Le habrán dado el papel? ¿Sabrá que conozco sus secretos? ¿Lo cojo? No, es una conversación demasiado importante como para abordarla por teléfono. «¡Víctor, rodamos en quince minutos!», gritó el regidor. ¿Cuál es la camisa buena, la de la silla o la del sofá? Anda, ya tengo cobertura, voy a buscar a Hugo. ¿Qué apariencia tendrá? Úrsula nunca nombró su compañía de teatro. Tendría que ir una por una. Ni de coña. «¡Víctor, diez minutos!». Sentí un pinchazo en el pecho. Llamaré a Conchita para que me adelante la cita, esto se me está yendo de las manos. Entonces, ¿la del sofá es la camisa buena? «¡Pablo, Pablo!». ¿Qué hace en el camerino de María?, si no le toca hasta dentro de tres secuencias. ¡Putita ansia! Necesito una pastilla o un tiro de la cocaína de Ángela, así por unas horas estaría exento de problemas. Digo tonterías. Mi economía no está para enganches a drogas duras. Mejor dos pastillas, aunque hace poco me tomé otra. Le pregunto a Conchita. «¡Cinco minutos!». Venga, número de Conchita. Aquí está. ¿Cuál era la matrícula del coche de Ramón? ¿0596 o 0569? Joder...

Y ya no recuerdo nada más porque, de repente, se hizo la oscuridad.

Me desperté rodeado de todo el equipo. Andaban angustiados, no por mí, sino por si se trataba de un ictus y la película se quedaba colgada. Agradecí que ninguno me grabara con su móvil. La ambulancia tardó media hora en llegar, debido a recortes sanitarios cada vez menos sutiles.

En Urgencias, el chequeo confirmó lo que intuía: crisis de ansiedad con pérdida de conocimiento. Gracias a la química intravenosa, mi cuerpo reseteó, aunque los problemas siguieran incrustados en mi cabeza. El doctor, cumpliendo con su código deontológico, juró que no filtraría mi estado de salud a la prensa. Ahora, que también lo hicieran las enfermeras, auxiliares y celadores de la planta, se antojaba complicado. Quería huir. No podía permitirme parar ni las tres horas que llevaba en aquella sala atestada de enfermos. En cuanto lo manifesté, me dieron el alta. Necesitaban mi cama para otro paciente al que también echarían lo antes posible. Salí del hospital con un moratón en el cuello —más trabajo para el departamento de maquillaje— y con la fuerza justa para caminar. Habría regresado al rodaje de no ser porque me derivaron a psiquiatría esa misma tarde. Suerte que Conchita estaba de guardia.

—¿Cómo te encuentras, Víctor?

—Agotado.

—No me extraña. Me hubiera gustado atenderte antes de que perdieras el control.

—Es que nunca me había dado un ataque de ansiedad tan fuerte.

—Los hay peores. Tómalo como un aviso.

—Lo que me da rabia es que sea cuando he empezado a remontar.

—El cuerpo tiene memoria y es traicionero. Si te consuela, nadie hubiera aguantado tanta presión. He leído tus veintidós escritos y no tienen desperdicio.

—¡Qué vergüenza! Pensé que te aburriría.

—Al contrario, aportas datos relevantes. Una pena que muchos se

nieguen a escribir, porque es una técnica esclarecedora, para vosotros y para mí. Antes de ahondar en el asunto, ¿es cierto lo que cuentas?

Tragué saliva. No tenía previsto contestar a esa pregunta.

—Sí. Hay algún elemento novelado, pero la mayoría, sí.

—¿Cómo que novelado?

—Te seré sincero. Se me ocurrió usar los escritos que me mandaste para publicar una novela autobiográfica. Estaba desesperado y creía que sería mi último recurso para sacar un dinero extra.

—Ya me extrañaba que los enumeraras por capítulos.

—Con la película ha perdido su sentido, pero sigo adelante. Me relaja escribir, aunque no espero nada. La gente tampoco lee y mi figura no despierta interés más allá de YouTube. Al menos contigo cumple una función práctica. Lo único que, bueno, siempre he sido muy ingenioso. De pequeño llegué a inventarme una amiga imaginaria.

—Eso ya lo había leído en un capítulo.

—El caso es que hay partes que son de mi cosecha. El público exige entretenimiento.

—Y claro, hay que dárselo. Mientras no sea nada relevante...

—No, por desgracia, lo básico es verídico. La cuestión es por dónde empiezo. ¿Por la película, por la relación con mi ex, por haber localizado a Hugo, por mi primer encuentro sexual con alguien que podría ser mi hijo, por el maromo que me chantajea?

—¿A quién te refieres?

—A Ramón. Lo explico en un capítulo reciente que aún no te he mandado. Ha sido la gota que ha colmado el vaso.

Estaba tan nervioso que bebí del vaso de Conchita. Así me enteré de que le gusta el agua con gas.

—Las cinco opciones son tentadoras. También me interesan esos sueños inconclusos con tu padre, pero ahora prefiero centrarme en Hugo. En los últimos escritos ha cobrado protagonismo.

—Sí, desde que empecé el rodaje lo tengo muy presente.

—Lo primero que me gustaría aclarar es si continúan las pesadillas con Hugo y desde cuándo las sufres.

—Van y vienen. Así llevo treinta años.

—Y, según me contaste por teléfono, suceden en aquella casa de verano, ¿es así?

—Sí.

—¿Y por qué no las comentas en tus escritos?

Mi cuerpo reaccionó en forma de sudor frío, mi semáforo en rojo.

—Cuando escribo, suelo transformar el drama en humor, pero en este caso me cuesta tanto que prefiero omitir esa información.

—¿Y si te pido que hagas un esfuerzo y especifiques en qué consisten?

—Básicamente son encuentros íntimos con Hugo y siguen el mismo patrón. Nos quedamos solos, ensayamos y, justo al acabar, Hugo se acerca y me acaricia el brazo, pidiéndome que me relaje porque me nota tenso. Él sabe que me incomoda y, aun así, continúa. Se acerca y pasa a darme besos por el cuello y la nuca. Empalmado, se quita la camisa y desabrocha la mía. Mete la mano en mi pantalón y empieza a masajear mis partes. Yo estoy paralizado. Creo que es la profunda sensación de asco la que me impide reaccionar. Para cuando quiero darme cuenta, estamos los dos desnudos y tumbados en la cama, acelerados. Hugo, por excitación; yo, por incertidumbre. A pesar de mi rigidez, consigue colocarme boca abajo y empieza a penetrarme. Yo me limito a cerrar los ojos, como si al hacerlo tuviera el poder de hacerme invisible, pero como Hugo no se detiene, le acabo empujando contra la ventana y desaparezco corriendo. Y justo ahí es cuando me despierto.

—¿Y esto que cuentas guarda relación con la realidad?

—Claro que no, lo recordaría.

Conchita avanzó como si la cosa no fuera con ella.

—Existen experiencias traumáticas que pueden generar amnesia y sin duda un abuso sexual podría ser una de ellas. ¿Hubo algún momento tenso en aquel viaje?

—Sí. Allí perdí la virginidad con Úrsula y a Hugo le costó aceptarlo.

—¿Por qué?

—Porque estaba enamorado de mí.

—Podría ser el detonante de una reacción violenta.

—Eso no tiene sentido. Nadie abusó de mí en aquella casa.

—De acuerdo, supongamos que fue así, pero... ¿nunca tuviste dudas ni le diste falsas esperanzas?

—En la casa tuvimos un ensayo incómodo. Una escena en la que Hugo se me acercaba hasta terminar boca con boca. Es cierto que la alargamos más de la cuenta, pero no dejaba de ser un ensayo.

Conchita se detuvo a recalibrar datos.

—¿No disfrutaste?

—No especialmente. Fue a raíz de la muerte de mi madre cuando me propuse ser honesto con lo que sentía, tomarme en serio.

—Antes podrías haber inhibido esa atracción hacia los hombres y, hasta que no sucedió un hecho doloroso, no se desató esa pulsión. No serás el primero que oculta su identidad.

—¿Y quién aguanta tanto tiempo ocultando su identidad?

—Alguien que haya desarrollado una parte de ella.

Ahora el que requería una pausa era yo. Era difícil escapar de aquel lodazal sin mancharme.

—Solo son pesadillas, como caer al vacío o que te atropelle un tren. No significan nada, no son parte objetiva de mi realidad. Hugo solo es un amigo que desapareció de la noche a la mañana. Mi intención es encontrarlo y retomar lo que nunca se debió romper. No quiero indagar en mi pasado. Es el presente lo que me agobia.

—El pasado y el presente están relacionados. De hecho, has comentado que Salvador te recordaba a Hugo.

—Solo en lo físico.

—¿Y no podría ser que estuvieras intimando con Salvador para resarcirte por lo que no te atreviste a hacer con Hugo?

—Salvador me atrae, sin más, y me he propuesto dejarme llevar, aunque todavía no consiga disfrutar.

—Eso es lo que me llama la atención, que reacciones a la defensiva cada vez que tratas de intimar con un hombre. Por eso intento averiguar qué ha ocurrido, porque sospecho que tu reacción está relacionada con tu pasado, Víctor. Quizá con lo que ocurrió en aquella casa.

Levanté la voz y Conchita me imitó.

—¿Por qué? ¡Solo fueron cuatro días dentro de una vida de cincuenta y cinco años!

—Los desencadenantes no entienden de cronologías. Víctor, aunque es pronto para hacer valoraciones, cabe la posibilidad de que hayas sufrido una disociación.

—¿Cómo? ¿Eso qué es?

—Normalmente sucede cuando se experimenta un trauma. Es una falta de conexión entre elementos que habitualmente están asociados entre sí. Puede afectar a la conciencia, a la identidad, a la percepción o a la memoria, como podría ser tu caso.

—¿Disociación? ¿Qué elementos? Me estoy agobiando.

Conchita lanzó un suspiro para recuperar la paciencia perdida.

—Perdona, estamos yendo muy rápido. Aparcamos este asunto para cuando estés más tranquilo. Si lo prefieres, podemos hablar de tu exmujer o de tu padre.

—Mejor lo dejamos para otro día.

—Está bien. La consulta era dentro de dos semanas, podemos retomar entonces. Eso sí, antes de irte, te pido que, desde la serenidad, hagas un esfuerzo por despejar incógnitas. Sé que es como levantar un castillo de la nada, pero es fundamental para avanzar.

—¿Crees que no lo he intentado en todo este tiempo?

—Si no se usan los mecanismos adecuados, solo conseguiremos enredar más la madeja.

Las pautas de Conchita se me acumulaban, también los dilemas. Tocaba dudar de mi pasado, de mis recuerdos. No hay nada más desasosegante. ¿Podría ser Hugo el causante de tanto estropicio? Otra razón para encontrarlo, aunque tuviera que sacar fuerzas de flaqueza para formular según qué preguntas.

Tarde de junio de 1986. Domingo

Regresaron las nubes, una inestabilidad a la que los tres amigos estaban acostumbrados. La otra, la relacionada con asuntos del corazón, les era más ajena. Mientras Víctor y Úrsula estudiaban en el jardín, Hugo eligió el porche. Bajo la vigilancia de una Nancy tirolesa apoyada en un macetero, alternaba entre retratar a Víctor y decorar sus apuntes con una frase que repetía en distintos formatos y tamaños: ¿Cuándo empezará nuestra rebelión? Víctor aprovechó la retirada de Úrsula al baño para abordar a Hugo.

—¿Avanzas?

—Poco..., no me concentro.

—Hugo, ¿qué te pasa? Desde esta mañana te noto raro.

—Será el alcohol, no me ha sentado bien.

—A mí tampoco.

Hugo se dio media vuelta para asegurarse que seguían los dos solos.

—No sabía que te gustaba tanto Úrsula.

—Ni yo. Te aseguro que esto no entraba en mis planes.

—Víctor, esas cosas no se planean.

—Pero no ha sido la mejor forma de empezar.

—No hay nada establecido. Es un comienzo, sin más.

Úrsula interrumpió aquella conversación con recorrido. Tenía una propuesta clara: ensayar una escena crucial de la obra, una discusión madre-hijo-padraastro. Como transcurría en una cocina, se trasladaron allí.

ESCENA 25

CATALINA pica un diente de ajo en la cocina mientras SENÉN corrige exámenes a su lado. Entra SEBASTIÁN, despacio y cabizbajo.

SEBASTIÁN

Acabo de renunciar al trabajo.

CATALINA se detiene. SENÉN, preocupado, coge una manzana y comienza a darle vueltas.

CATALINA

Al final te has salido con la tuya.

SENÉN

Tranquilízate, Catalina. Seguro que habrá otras opciones.

CATALINA

¿Por qué te pones de su parte? Lo que ha hecho es una irresponsabilidad.

SENÉN

Solo quiere buscar otro trabajo, ¿por qué le das tanta importancia?

CATALINA

Porque se ha ido sin dar explicaciones. Ahora estará en boca de todos.

SEBASTIÁN

Eso no me importa.

CATALINA

Pues debería. Salirte de la norma trae consecuencias, sé de lo que hablo.

SEBASTIÁN

No voy a esperar. He escrito a un amigo de Madrid para alojarme en su casa mientras busco trabajo.

SENÉN mira al suelo. Continúa dándole vueltas a la manzana.

CATALINA

Eso no va a suceder. Todavía eres menor de edad. Dependes de mí.

SEBASTIÁN

Yo nunca he dependido de ti.

SENÉN

Por favor, no hace falta que saquéis trapos sucios.

CATALINA

Sebastián, entiendo que quieras escapar. Lo que nos ha tocado vivir no ha sido fácil. Solo te pido que recapacites. Ya vendrán otras oportunidades.

SEBASTIÁN

Yo busco mi oportunidad, tú esperas a que llegue.

CATALINA

Y en mi caso ha merecido la pena.

SEBASTIÁN lanza una sonrisa cínica y sale contrariado de la cocina. A
SENÉN se le cae la manzana de las manos.

CATALINA

¡Sebastián, espera, por favor! No sé por qué me empeño en convencerlo.
Ni siquiera lo conozco. Igual mi hermana consigue que recapacite.

SENÉN

Tu hermana tampoco podrá. Sebastián se ha criado sin un referente claro.
Intenta encontrar su lugar.

CATALINA

Puede ser. Solo esperaba que me diera un poco de aire, ahora que yo he

encontrado el mío.

SENÉN

Ten paciencia. Han sido demasiados cambios.

CATALINA

Tienes razón, es solo que me da miedo que se repitan historias.

SENÉN

Con suerte no sucederá. No te preocupes, hablaré con él.

CATALINA

Menos mal que te tengo cerca. Antes me enfrentaba sola a los problemas.

Gracias.

CATALINA se acerca a SENÉN y comienza a besarlo. SENÉN, soliviantado, mira de reojo buscando a su hijastro, que observa desde el quicio de la puerta de su habitación.

Otra escena que acababa con un beso que se alargaba más de lo requerido en guion. Hugo fue testigo de ese tránsito a lo real desde el quicio de otra puerta, incapaz de articular palabra y, por primera vez, con los ojos al borde de la lágrima. Cuando sus amigos dejaron de besarse, su sonrisa fingida dio el beneplácito a la nueva jerarquía y, de paso, aparcaron la tensión acumulada desde la madrugada anterior. Para celebrarlo, Úrsula sacó una bolsita con marihuana que consiguió en el tradicional trueque de droga por apuntes. Los tres amigos recuperaron el ritmo, encadenando porros y escenas. A pesar de que la precisión textual se diluía a cada calada, estaban desinhibidos y creíbles, tal y como les pedía don Amador.

Víctor y Úrsula avanzaban firmes en sus muestras de afecto, como si hubiera pasado un lustro en dos días. Hugo se habría convertido en un convidado de piedra de no ser porque Víctor cortaba en seco las embestidas de su ¿novia? a base de una timidez que se hacía presente a la mínima. Quedaban dos escenas que repasar y medio porro por consumir. Como Hugo no intervenía en ninguna, salió a cortar leña. A Úrsula le extrañó la

propuesta hasta que recordó que el personaje de Sebastián cortaba leña en la escena final.

Los efectos de la marihuana desataron lo que se hubiera quedado en meras intenciones. Antes de concluir la última escena, Víctor y Úrsula volvieron a las andadas. Con las feromonas desatadas, se trasladaron a la habitación donde dormía Úrsula, un sitio menos expuesto que una cocina para apagar calentones. Fue el encuentro más sobrio y consensuado por ambas partes. Víctor aparcó su retraimiento en pro del disfrute común. En aquel cuarto, la inexperiencia era una ventaja. Ambos descubrían las bondades del sexo a golpe de caricias y lengüetazos, con el morbo añadido de que Hugo pudiera pillarles en cualquier momento.

En los escasos veinte minutos que duró el encuentro, sucedieron varios acontecimientos. Hugo, sofocado de tanto hachazo impreciso, se acercó a por madera a la parte trasera de la casa y, sin pretenderlo, volvió a pillar a sus amigos retozando. Se agachó silencioso y se asomó lo justo para no delatarse. Alicaído, retomó su marcha para recoger los troncos más grandes que encontró.

El segundo acontecimiento ocurrió dentro. Víctor, encima de Úrsula, alzó la cabeza y vio por la ventana a su amigo Hugo cogiendo leña, semidesnudo. Durante unos segundos, no pudo apartar su mirada de él y quizá fuera la razón por la que eyaculó tan rápido. Los dos amigos volvían a encontrarse a destiempo sin dar explicaciones. ¿No es así como se inician las costumbres?

Cuando Úrsula y Víctor salieron de la habitación, empezó a diluviar. Víctor llamó a Hugo desde el porche, que seguía a hachazos a pesar de los perdigonazos que caían del cielo. Al resbalar con lo que ya era barro, Hugo tiró el hacha y tomó el camino que llevaba al río. Víctor persiguió a su amigo mientras Úrsula, desde la cocina, preguntó qué ocurría.

Hugo aceleraba el paso. Víctor lo llamaba desgañitándose, pero era inútil. Tras varios tropezones y un flato creciente, Víctor se puso a su altura y lo frenó en seco.

—Hugo, joder, ¿qué cojones te pasa?

—¿En serio no lo sabes? Lo del ensayo de ayer, ¿qué fue?

—No sé, un ensayo.

—¿Te crees que soy estúpido? —dijo Hugo empujando a Víctor con fuerza—. Lo que sentí ayer, lo sentiste tú también, a mí no me fastidies.

—Vale, reconozco que fue un final de escena raro.

—¿Raro? Si no llega a aparecer Úrsula con aquel electricista, nos habríamos besado.

—Claro, el beso marcado en guion.

—... ¿Y en el río? ¿Y la primera noche cuando me cogiste la mano?

—No sé, me salió así. Siento haberte confundido.

—Eres tú el que está confundido, Víctor. Yo lo tengo claro.

Hugo se acercó a Víctor y, sin margen de maniobra, le besó en la boca. Víctor, bloqueado, se mantuvo en una neutralidad casi más hiriente que el rechazo. Lo que podría haber sido otra tórrida secuencia de amor bajo la lluvia, se quedó en una intentona embarazosa. Hugo se apartó bruscamente ante la pasividad de su amigo, dio media vuelta y regresó a la casa. Como la lluvia camufla ciertas expresiones, nadie podría asegurar si lloraba o solo era agua resbalando por su cara. Ahora era Víctor quien elegía quedarse bajo ese aguacero tan molesto.

Úrsula seguía agazapada en la ventana, a la espera de respuestas. Primero vio llegar a Hugo, que entró rápido a su habitación para cambiarse de ropa. Poco después apareció Víctor, totalmente empapado.

—¡Cómo os habéis puesto! ¿Qué le pasa a Hugo?

—Supongo que serán los porros o que está agobiado por los exámenes.

—Pues a mí me da la sensación de que no lleva bien lo que nos ha pasado. Sé que va a sonar pretencioso, pero ¿no le gustaré?

El silencio de Víctor lanzó a Úrsula en busca de respuestas. Víctor empezó a morderse las uñas, ¿el inicio de un TOC a largo plazo? Úrsula abrió la puerta de la habitación con delicadeza y se encontró a Hugo hecho un ovillo en la cama. Trató de serenarse antes de hablar.

—Hugo, ¿qué te pasa? Me preocupas.

—Nada en concreto.

—¿No tiene que ver con que Víctor y yo...? Ya me entiendes.

—La verdad es que es raro —respondió Hugo, repitiendo adjetivos que

acababa de escuchar.

—Te lo tendría que haber contado. Creo que estoy enamorada de él desde primero de carrera, pero Víctor nunca dio pie a ningún acercamiento. Y cuando ya no esperaba nada, ha ocurrido.

—Entiendo. Aun así, no tienes que darme explicaciones.

—Sí, Hugo, porque yo a ti también te quiero mucho... como amigo. Siento si has esperado algo de mí que no puedo darte. Yo solo pretendo que los tres estemos bien. No sé dónde va a llegar esto, pero necesito que uno de mis mejores amigos me apoye.

—Claro, descuida. Solo tengo que acostumbrarme.

La noche se precipitó sobre Tuña. Los tres amigos volvieron a encender la chimenea y cada uno se apropió de un espacio del salón. Devoraban los libros con tal de no atajar su historia de amor a tres bandas, una versión de *Jules y Jim*, de François Truffaut, solo que a la espera de un final benevolente. Úrsula y Hugo fueron los primeros en irse a dormir. Víctor, recostado en el sofá, repasaba el teatro épico de Bertolt Brecht, aunque a la mínima se despistaba, ya fuera con una mosca, una muñeca o la lumbre. Cada cierto tiempo oía crujir la madera, como si aquella materia prima quisiera aconsejarlo. El último crujido fue demasiado preciso para tratarse de la dilatación de un mueble. La figura de Hugo asomaba por la puerta. Ambos sonrieron. Hugo se sentó a los pies de Víctor y este se incorporó de inmediato.

—Quédate tumbado si quieres.

—No te preocupes, me estaba amodorrando con el calor.

—Qué suerte, yo no puedo dormir. Solo quería decirte que siento lo de esta tarde. Me he destapado, no hay vuelta atrás. Soy homosexual y estoy enamorado de ti. No tenía previsto decirte ninguna de las dos cosas y al final te has enterado de la peor manera posible.

—Yo diría que ha sido de forma muy cinematográfica.

—Sí, la huida, la persecución, la lluvia... No sé en qué estoy pensado. Acabas de empezar con Úrsula y debería respetarlo.

—Tranquilo, solo te has dejado llevar.

—Pero me estoy aferrando a una historia que no significa nada.

—Hugo, si te refieres a lo de darte la mano o al ensayo del beso...

—Lo sé. Debería dejar de leer entre líneas. No todo lleva una segunda intención. Si tuvieras algo que decirme, ya me lo habrías dicho, ¿no?

—Sí...

—Víctor, lo superaré en cuanto aprenda a separar ficción y realidad. La obra me está influyendo demasiado.

—A mí también. Nos obliga a indagar en nosotros.

—Así es. Don Amador dice que las tragedias conectan con el público a través del miedo. Nos enganchan por temor a que nos suceda lo mismo.

Víctor agachó la cabeza, desinflándose como un globo asediado por rayos solares.

—¿Víctor?... ¿Víctor?

—Sí, perdona, desconecté. Seguro que algún día tendrás un desenlace más amable.

—Víctor, no hagas eso.

—¿El qué?

—Consolarme. El que prende la llama no debe ser quien la apague.

—Tienes razón, perdona.

—Por lo menos me he quitado un lastre. Supongo que ahora será más fácil dormir. ¿Tú te quedas?

—Solo un repaso más.

—¿No vas a dormir con Úrsula?

—¿No te importa?

—Cuanto antes me acostumbre a vuestra relación, mejor. Hasta mañana.

—Hugo... —dijo Víctor, susurrando.

Tan susurrando que Hugo no lo escuchó. Otra frase que formaría parte de las historias creadas con frases que nunca se dicen. Solo de nuevo, Víctor regresó a las brasas y a los crujidos de la madera. Como un disparo que diera la señal de salida, un llanto incontrolable irrumpió de la nada. Víctor, observado por una Nancy ataviada con el traje asturiano de aldeana, estampó su cara contra un cojín de loneta para amortiguar su reacción. Puede que Víctor prefiriera una conversación larga y sesuda, de las que permiten reconsiderar decisiones. Puede que necesitara admitir que su actitud en el río o en el ensayo no fue casual, o que realmente lo que sentía por Úrsula merecía aquella contención. También cabe la posibilidad de que llorara en futuro, que es como se llora cuando aún se desconocen los motivos.

La madrugada avanzaba y Víctor seguía agarrado al cojín, con los ojos irritados y estrenando una ansiedad a la que todavía no ponía nombre. Se

obligó a levantarse y, aunque su rumbo apuntaba a la habitación de Úrsula, en el último instante decidió virar a la suya. Hugo seguía recostado, también despierto. Se dejaba hipnotizar por una luna que ya no era llena, pero la admiraba como si lo fuera. Víctor se tumbó en la cama de al lado, y Hugo, inquieto y de espaldas, miró de reojo sin abarcar más allá del techo. Fue entonces cuando Víctor se metió en el papel de cumplidor de deseos. Extendió su mano temblorosa como la de un nonagenario y la posó sobre la espalda de Hugo, quien, aun así, se negaba a darse la vuelta. Puede que no estuviera dispuesto a repetir escenas más allá de lo teatral. Víctor, tumbado boca arriba, insistía con toques intermitentes cercanos a una caricia. Entonces, Hugo, descolocado por aquel juego, se desdijo de su reacción anterior y se giró hacia Víctor, que permanecía inmóvil. Pasaban los segundos y el único cambio palpable residía en su respiración, cada vez más acelerada y entrecortada. ¿Excitación o ansiedad? De repente, Víctor agarró la mano de Hugo y entrelazó sus dedos con los de su amigo, un gesto lo suficientemente romántico para que Hugo reafirmara suposiciones. Era real, no quedaba otra opción. Hugo, excitado, pretendía devolverle el gesto con creces, pero Víctor seguía boca arriba, casi hiperventilando y con idénticos signos de excitación que su amigo. Pese a las evidencias, Hugo esperó una última señal. Podría servirle una simple mirada, como si los ojos tuvieran potestad para consentir el acto más atrevido. Se impacientaba Hugo. Su respiración se mimetizó con la de su amigo y, justo cuando se atrevió a hurgar en nuevas intimidades, Víctor desenredó sus dedos y lo apartó con la misma energía con la que lo había agarrado. Tanta, que Hugo se golpeó contra la ventana, a punto de romper el cristal. Tras asegurarse de que Hugo seguía ileso, Víctor desapareció para buscar refugio en aquel cálido salón.

Lo curioso fue que, durante aquel breve encuentro, nadie pronunció ni una palabra, una secuencia de cine mudo, solo que sin el dinamismo que genera una cámara rápida. Si se añadieran los intertítulos de los personajes, sin duda los de Hugo rezarían: «¿Qué ocurre? No te entiendo», mientras los de Víctor se rellenarían con puntos suspensivos que aportarían más desasosiego, más silencio.

Una pared de ladrillo volvía a separar a los dos amigos, ambos tumbados

de cúbito supino, inmóviles y perdidos. Ninguno hizo el mínimo esfuerzo por aplacar el sufrimiento del otro. Se permitieron ser egoístas, la víctima de la función. Poco a poco les fue venciendo el típico agotamiento por tristeza y se reajustaron. Hugo regresó a buscar auxilio en la luna y Víctor en las brasas, como si un ente perverso rebobinara la secuencia para revisarla, obsesionado con los pormenores. Así hasta que el sueño les rindió.

La luna iluminaba a los tres protagonistas, ampliando su circunferencia a medida que pasaba la noche. Meros cuerpos corrompidos ante su imponente silueta, aunque el ser humano disponga de una capacidad inverosímil para un satélite: la de soñar con que las aguas vuelvan a su cauce.

Madrid, mayo de 2019

Salir de la consulta de Conchita fue como abandonar una cárcel con grilletes. Se arriesgó a dar un diagnóstico y, por la fama que la precedía, no lo habría hecho de no estar segura. ¿Disociación? Me negué a ampliar información por internet. Para flagelarme me bastaba lo conocido. Lo único seguro era lo verde que estaba para asumir acciones pasadas, en caso de que hubieran sucedido. Y por si aquel veredicto no fuera suficiente, debía enfrentarme a la nueva versión de Úrsula sobre el paradero de Hugo, mi proyecto de abusador. Imposible levantar cabeza.

El ansia de respuestas me empujó a mi casa sin recurrir a un chamán o un exorcista. Darío y su lengua viperina seguían atrincherados en su cuarto desde nuestro paseo matutino y Úrsula cocinaba merluza a la riojana, su especialidad, solo que sustituyó el tomate por salsa *ponzu*. Un chantaje gastronómico que no estaba dispuesto a aceptar.

—¿Qué tal fue el *casting*?

—Me quedé en blanco, pero remonté como pude. Pronto saldré de dudas. Habría estado bien que me echaras una mano, que menudo plantón me diste.

—Perdona. Terminamos tarde y, al llegar a casa, estabais acostados.

—Bajé a beber agua, pero no te encontré. Luego, cuando subía las escaleras, me pareció verte tumbado al lado del sillón.

—Eso es imposible.

—He dicho «me pareció» por educación. Te reflejabas en el espejo.

—Me quedaría traspuesto. En cualquier caso, verás como tienes suerte sin mi ayuda. Así dejarás de vender patatas fritas.

—Te lo ha contado Darío, ¿verdad? Le advertí que no dijera nada.

—Supongo que otros te advirtieron a ti de lo mismo.

—¿Qué otros? No sé de qué me hablas.

—¿Por qué viniste a verme cuando llegaste a Madrid?

—Por saber cómo te iba, nada más.

—Úrsula, llevamos años sin hablar. Hemos demostrado que no necesitamos saber el uno del otro. ¿Por qué viniste?

A Úrsula le cambió la cara y tomó distancia para coger carrerilla.

—Porque vi tu entrevista en televisión.

—¿Qué entrevista?

—Esa en la que contabas que era el amor de tu vida.

—Ah..., lo siento. Buscaban titulares y me negué a inventarme otra relación. Perdona si te he generado falsas expectativas.

—Es fácil que ocurra si declaras eso en público y te acuestas conmigo la primera noche que paso en tu casa. Lo que me pesa es haber traicionado a Joan, aunque nuestra relación no pase por su mejor momento. Intenté olvidarme de ti, centrarme en tus defectos, en tu desidia, tu egoísmo, tu independencia extrema. Con Joan, creí que lo había conseguido. Pero me bastó verte una vez en televisión para tirarlo todo por la borda. Y encima declaras que me seguías queriendo. En fin, que soy estúpida. Debería haber recordado lo buen actor que eres.

—En eso tampoco te quedas atrás.

—¿A qué te refieres?

—Según tú, nunca volviste a ver a Hugo, ¿verdad?

A Úrsula se le quedó pequeña la cocina. Se dirigió a la ventana del salón, no sé si con la intención de coger aire o de saltar a través de ella.

—¡Puto niño! Siempre que intento meterle en vereda, me la lía.

—¿Qué dices? —pregunté, aun habiéndola entendido a la perfección.

—Nada. Veo que el paseo de la mañana os ha cundido.

—Más de lo que esperaba.

—No sé por dónde empezar. Al mes de llegar a Barcelona, una amiga me invitó al musical *Flor de nit*. Iba recelosa, no soy de musicales. Al acabar, me impresionó tanto el montaje que le pedí que me presentara al director. Me quedé de piedra cuando comprobé que era Hugo, más que nada porque en el programa de mano aparecía como Carlos Domenech. Fue lo primero que me aclaró. Se cambió de nombre para que su padre no se enterara de

sus inquietudes artísticas.

—Ese padre... ¿Y ha vivido en Barcelona todos estos años?

—Iba y venía, según el proyecto que le encargaran. A Hugo se le valora más en el extranjero. Nos veíamos solo cuando asistía a sus montajes.

—¿Y por qué no has sido capaz de decírmelo?

—Supongo que tenía miedo a que se repitiera la historia.

—¿Qué historia?

Úrsula entrelazó las manos y se apoyó en la pared para dar otro vuelco a la conversación.

—Hugo me contó lo que pasó en la casa de Tuña, que se había enamorado de ti y que llegó a pensar seriamente que fue recíproco.

—Es curioso, porque la teoría de mi psicóloga dista bastante del amor. Úrsula, yo me enamoré de ti.

—Víctor, te observé la última noche. Me asomé al salón y allí estabas, tumbado en el sofá, llorando como un niño pequeño. Yo no sé cómo no me escuchaste, porque la tarima del suelo hacía un ruido infernal. Tenía intención de darte un susto o hacerte cosquillas, esas cosas que hacen las parejas que aspiran a quererse, pero no tuve opción.

—Estaría agobiado por los exámenes.

—No era ese tipo de llanto, Víctor. Te levantaste del sofá y yo regresé a mi habitación para que no me pillaras. Observar a alguien en silencio es un acto de amor y no quería exponerme tanto. Me acosté y, al momento, apareció tu sombra. Supuse que entrarías en mi habitación para darme explicaciones, pero no. Entraste en la habitación de Hugo.

—Allí no pasó nada.

—Tampoco es cierto, Víctor. Intentaste llegar más allá con Hugo, pero no lo conseguiste. Te boicoteaste, te bloqueaste, no sé, y acabaste empujándolo contra la ventana. Fue él mismo quien se encargó de poner imagen a los sonidos que recordaba, solo que veinte años después y sentados en un bar de la Barceloneta.

Aquella confesión me abrió los poros y empecé a sudar. También me alivió. Agradecía que lo ocurrido fuera diferente a mis pesadillas y, sin embargo, no podía desprenderme de mi cinismo.

—Me alegra que hayáis llegado a ese nivel de intimidad.

—No habría hecho falta, Víctor. Lo tuve claro la tarde que perseguiste a Hugo bajo la lluvia. Tu cara estaba desencajada.

—Pero si llegaste a pensar que eras tú la que le gustaba.

—Sin duda soy mejor actriz que vosotros.

—Joder, ¿y qué más da? Te quería a ti, Úrsula.

—A eso me aferraba para no martirizarme, aunque sintiera que habías cogido el camino fácil.

—¿Os habéis puesto todos de acuerdo para decir lo mismo?

—No serías el primero que oculta su homosexualidad.

—Yo no soy homosexual.

—Pues bisexual, da igual. Desde que he vuelto lo tengo claro. Además, vi cómo te metías en el servicio con Salvador en la fiesta de María.

—Vaya, no se te escapa una.

—Siempre abarco más de lo que presupones. ¿Me vas a asegurar que no sentías nada por Hugo, que ni siquiera te atraía?

Agaché la cabeza hasta que mi barbilla se juntó con mi esternón.

—Venga, dímelo, dímelo.

—No puedo.

—Claro que no, es evidente. ¿Y por qué no fuiste capaz de experimentar? Eran los ochenta, rodeado de artistas. Lo tenías todo a favor.

—¡No lo sé!

—¡Pues ya es hora de que lo averigües!

Dejé de gritar para pasar a un silencio lleno de matices, de los que le encantaban a don Amador. Úrsula se puso una rebeca y cogió su bolso. Al llegar a la puerta principal, se giró con la contundencia de un personaje cansado de asumir su destino y asestó un punto final a la conversación:

—Estar a tu lado ha sido un despropósito, Víctor. Tus ausencias, tus líneas rojas. Igual tu psiquiatra no anda desencaminada. Indaga, oblígate a recordar. Así dejarás de hacerte daño y, de paso, de hacer daño a los demás.

Y Úrsula se marchó, dejándome con la palabra en la boca. Concluía así el nudo de mi historia, un nudo plagado de tramas con desenlace incierto. ¿Obligarme a recordar? Asumía que me quedaba por subir una cuesta

pronunciada, solo que sin nadie que me cogiera de la mano ni me advirtiera de los peligros. Pobre Úrsula. Merecía sus reproches, sus hipótesis. Ella había jugado conmigo durante días, pero ¿y si yo lo hubiera hecho durante décadas? Qué va, no puedo caer en esa trampa. Yo quería estar con ella. Comer, dormir, follar con ella. Eso es amor, no eran elucubraciones mías. ¿O sí?... En cualquier caso, tenía mucho que agradecerle. Úrsula volvía a dinamitarme para que avanzara. Una auténtica aparición estelar.

Se abrió una puerta. Pensé que Úrsula había regresado para zanjar los asuntos que se quedaron a medias, pero no. Se trataba de Darío. Se acercó a mí sin dejar de mirar la *tablet* y, aun así, sin chocarse con ningún objeto.

—Te he escuchado discutir con mi madre. ¿Qué ha pasado?

—Nada que un niño de quince años tenga que saber.

—¿Quince? Tengo dieciséis. De hecho, cumplo diecisiete en enero, por si quieres hacerme un regalo.

—Tu madre también te había prohibido que me contaras esto, ¿verdad?

—Sí, pero estoy harto de sus amenazas.

—Entonces, cabe la posibilidad de que...

—Echa tus cuentas, yo paso. ¿Habéis cenado ya?

—No, cena tú si quieres.

—Huele raro.

Efectivamente, la merluza comenzaba a pegarse en mi cazuela antiadherente. La apagué sin inquietarme y serví una ración a Darío. Yo había perdido el apetito. Aquel día, cada vez que Darío abría la boca, era para darme un vuelco al corazón. Durante media hora, recorrí el pasillo sin descanso. La posibilidad de que hubiera un hijo mío cenando merluza chamuscada ganaba enteros, aunque prefería pensar que Úrsula no sería capaz de ocultarme semejante noticia. Darío me observaba preocupado y quizá arrepentido de destapar la caja de Pandora. En cuanto se encerró en su cuarto (sin recoger la mesa), agarré una bolsa transparente para congelar alimentos, metí dentro su tenedor y lo guardé en mi mochila. Estaba preparado para dar un nuevo vuelco a mi historia, porque se conoce que con los que ya llevaba no tenía suficiente.

Me equivocaba. La trama seguía enredada en su nudo. Así era

complicado dividir desenlaces.

En el set de rodaje me recibieron como el hijo pródigo cansado de deambular fuera de su zona de confort. Gerard se me acercó con la cautela de quien juega con una granada de fragmentación y, mientras contestaba a sus preguntas, buscaba indicios de mi desequilibrio. Y puede que los encontrara, pero mantuvo las formas. Los dos lo hicimos. Águeda no me dirigía la palabra. Me llamó para interesarse por mi estado y, para variar, no cogí el teléfono. Sin embargo, ante la indiferencia de Salvador, me apetecía ponerle al día, pero me contuve. Él ofrecía frialdad, yo daba frialdad. *Quid pro quo*.

Mi primera secuencia transcurría en los alrededores de la casa, así que me adelanté y salí a tomar contacto con el entorno. Me topé con Mariano, que hablaba con el manos libres dentro de su coche. Una voz de mujer le amenazaba sin piedad. Como aún me quedaban fuerzas para escuchar miserias ajenas, me agaché detrás de un coche contiguo y simulé atarme los cordones. En cuanto me enteré de que era su amor platónico y que iba a denunciarlo por acoso si no vendía su casa, abandoné mi espíritu Matahari. Hice lo mismo que criticaba en los demás, pasar del problema. Esperaba que asimilase la amenaza, porque nos tocaba juntos la mayoría de secuencias y no estaba para tonterías.

Media hora después, Felipe, el personaje interpretado por Mariano, se pasea por un camino cercano a un río. Al escuchar un ruido, se detiene y se desvía de la senda. Con cautela, avanza detrás de unos matorrales y, para su sorpresa, se convierte en testigo del romance entre su cuñado Senén y su sobrino Sebastián, que se besan creyendo no ser vistos.

Hicieron falta solo tres tomas para que Gerard diera el visto bueno. Digo «solo» porque la media se acercaba peligrosamente a cinco. Por desgracia, recuperamos la tendencia en la siguiente.

SEC.89. INT. COCINA. TARDE.

FELIPE y su hermana CATALINA discuten acaloradamente.

FELIPE

Te digo que es verdad. Se estaban besando, en el río.

CATALINA

Cómo puedes ser tan ruin. Yo sé lo que te pasa. Senén arruinó tu plan, ¿verdad? Hubieras preferido que me quedara soltera para hacer conmigo lo que quisieras, que es lo que has hecho toda la vida.

FELIPE

No es eso. Confía en mí, por favor.

CATALINA

Cómo quieres que me fie de alguien que ha dejado embarazada a su propia hermana.

FELIPE

Cállate. Juramos que no volveríamos a sacar ese tema.

CATALINA

Es que me cuesta mucho olvidarlo.

Llegan SENÉN y SEBASTIÁN.

SENÉN

Ya estamos aquí. ¿El qué te cuesta olvidar?

CATALINA

Nada. ¿Habéis pescado mucho?

SEBASTIÁN

Qué va, hoy los peces estaban esquivos.

Silencio incómodo. FELIPE sale de la cocina sin mediar palabra.

CATALINA continúa callada.

Cuando María iba a declamar su frase, un claxon de coche se metió por el sonido ambiente. Gerard soltó un *Qui est l'diot* y solicitó cinco minutos de descanso. Como aquella tarde apenas sacó a relucir su sarcasmo, me acerqué para averiguar qué le ocurría.

—Gerard, ¿qué te pasa? Estás muy serio.

—Vamos con retraso y aún no hemos asegurado a todos los patrocinadores. Y encima, los productores me exigen incluir escenas de sexo explícito, aunque eso no será ningún problema para ti.

—Quizá sea un problema para la historia en general, ¿no crees?

—Sin los productores no somos nadie.

—Entonces qué quieren, ¿una película porno?

—Víctor, yo nunca accedería a eso, no dentro de sus cánones. Pero debo ceder en determinadas cuestiones, estoy atado de pies y manos.

Terminamos la secuencia, no sin polémica. El del claxon era un vecino de la zona, harto de tanto ruido. Antonia, la directora de arte, estuvo a punto de agredirle porque durante la discusión la llamó enana, y a ella, orgullosa de su metro cincuenta, nadie la insultaba sin que tuviera consecuencias. Gerard estaba al borde del colapso y yo era incapaz de asimilar tanto cambio. Darío puede ser mi hijo..., tengo que localizar a Hugo, ¿querrá hablar conmigo?... ¿Qué hago para impedir el chantaje de Ramón?... ¿Más escenas de sexo con Salvador? Con semejante bombardeo, regresé a mi camerino a practicar los ejercicios de relajación que me mandó Conchita para evitar un segundo un ataque de ansiedad. En la quinta inspiración me detuve y decidí que lo mejor sería empezar a resolver. De todo lo acumulado, lo único atajable era el asunto de Hugo. Me tomé dos orfidales y escribí en Google su nombre ficticio, Carlos Domenech. Y la odisea por encontrar una imagen suya terminó. Fue fácil reconocerlo. Con signos de vejez tan sutiles, nadie diría que contaba con más de medio siglo a sus

espaldas. Me emocioné elucubrando si se habría hecho vegano o retocado la cara, porque tanto la frivolidad como la hondura formaban parte de mi repertorio. Llamaron a la puerta. Me sequé las dos lágrimas que resbalaban por mi mejilla y abrí. Era Salvador, ese ser capaz de devorarte para después mostrar un desinterés insultante. Venía con un regalo, un dibujo de alguien que se parecía mucho a mí, practicando sexo en una orgía *gay*. Era curioso, llevaba esperando un retrato treinta años y, mira por dónde, aquel día se cumplió mi deseo. Y de fondo, la imagen de Hugo en el ordenador, de convidado de piedra.

—Muchas gracias, Salvador. Es... impactante.

—Mira, este soy yo dándote placer.

—Muy realista tu miembro.

—Me tengo cogida la medida. Que sepas que estoy muy solicitado. María no para de tirarme los trastos. Unas tanto y otros tan poco.

—Deberías darle una oportunidad.

—No lo descarto, pero es muy pesada y ser pesada no es *sexy*.

—Cada uno utiliza sus tácticas.

—Pues yo todavía no he averiguado la tuya. ¿Cuándo darás otro paso?

Traté de no ser borde. Estaba claro que a Salvador ni se le pasaba por la cabeza que pudiera necesitar ayuda.

—Créeme, estoy dando bastantes.

—Pues no se nota. Te pusiste muy nervioso el otro día.

—Era la primera vez que llegaba tan lejos con un chico, no todos somos tan adelantados como tú.

—Bueno, más vale tarde que nunca. De todas formas, tengo la sensación de que estás acostumbrado a que vayan detrás de ti. ¿Quién es?

—¿Quién?

—El del ordenador.

—Ah, un viejo amigo.

—Es muy guapo. A ver... Carlos Domenech, director teatral.

—Eh, deja de fisionomizar en mis cosas. No tenemos tanta confianza.

Salvador, ofendido, abandonó el camerino con una chulería que seguía sin conectar con mi estilo de flirteo. Tenía razón, estaba acostumbrado a que

fueran detrás de mí, tanto como él a conseguir lo que se proponía. Lamentablemente, aquella noche los dos recibimos nuestra dosis de frustración. Una parte de mí, pedía a gritos pasar a mayores con él, imbuirme en una historia que, aunque empezara a lo *Instinto Básico*, la forzaría hasta transformarla en *Los Puentes de Madison*. Pero no, me mantuve en mi sitio. Supongo que fue entonces cuando entendí que Salvador jamás suplantaría a Hugo, por mucho que jugara con la baza de la juventud. Allí estaba, acompañado de la imagen ampliada de Hugo en el ordenador. Era como el Moisés de Miguel Ángel, daba igual donde me colocara. Me seguía mirando.

Remoloneaba frente a la puerta de Luisa mientras se ablandaban unos profiteroles que compré en agradecimiento. La escuché criticar por teléfono a María, mi compañera de reparto, con frases como «tiene un ego que no cabe por la puerta» o «es de las que ha aprendido a actuar, actuando»... Y es que Luisa hacía la cruz a los actores sin formación, por mucho talento natural que atesoraran. Pulsé el timbre y esto fue lo que dijo antes de abrir:

—Te dejo, que viene Víctor... Víctor Zimmerman, el actor. Lo ves, este tiene mucho talento, pero el pobre está muy perdido. *Ciao*.

Cuando abrió, tuve que defenderme.

—Soy el perdido. Qué manía de hablar de los demás cuando solo nos separa una pared.

—Has retrasado un rodaje dos días. Un poco perdido sí que estás.

No me sorprendió que Luisa estuviera al tanto de mis miserias, tampoco que preparara otra dinámica subversiva. Entramos en su dormitorio y me obligó a tumbarme en la cama. Ella me secundó para declamar una de las conversaciones cruciales de la película, que grabaría en un par de días. Luisa, para interpretar a Sebastián, agravó la voz.

SEBASTIÁN

Eres un cobarde, Senén.

SENÉN

Es fácil ser valiente cuando se desconocen las consecuencias de nuestros actos.

SEBASTIÁN

Estoy en este mundo, las conozco de sobra.

SENÉN

No, te las han contado. Yo he visto asesinar a gente delante de mí por una

razón similar a la nuestra. Tengo grabado el olor de su sangre.

SEBASTIÁN

No deberías tener miedo. Estás casado, tienes coartada.

SENÉN

Otros también la tenían y acabaron ajusticiados. Sus mujeres daban la voz de alarma porque no consumaban.

SEBASTIÁN

A ti nunca te va a pasar eso porque también te gustan las mujeres.

SENÉN

Sí, pero últimamente tengo a tu madre muy desatendida.

SEBASTIÁN

Pues deberías hacer un esfuerzo por guardar las apariencias.

SENÉN

Sería más fácil si no me hubiera enamorado de ti.

SEBASTIÁN

Me alegro porque a mí me ocurre lo mismo.

SENÉN

No deberías alegrarte. El amor nos vuelve vulnerables, nos hace reaccionar de forma visceral y aquí es peligroso actuar sin pensar.

SEBASTIÁN

No hay nada que pensar. Deberíamos disfrutar y dejarnos llevar.

SENÉN

Tu problema es que eres joven e inmaduro.

SEBASTIÁN

Yo solo quiero que tengamos una oportunidad para empezar de nuevo.

SENÉN

Yo ya lo he hecho, acabo de casarme.

SEBASTIÁN

Te equivocas. Has dado un paso atrás.

SENÉN

No hemos nacido en el momento adecuado. Nos matarían.

SEBASTIÁN

Pues escondámonos hasta que vengan tiempos mejores.

SENÉN

Ningún momento va a ser bueno para nosotros. Pocos entienden lo que no viven en primera persona. Y en mi caso es aún peor. No soy ni blanco ni negro, he salido gris. Soy un engendro mayor si cabe.

SEBASTIÁN

Eres como los de mi trabajo. También has aprendido a resignarte, a arrodillarte ante lo que dicte la mayoría.

SENÉN

He aprendido a sobrevivir. Un paso en falso y perderemos la poca libertad que hemos conseguido.

SEBASTIÁN

La palabra libertad suena demasiado gruesa aquí. No creo que...

Luisa dejó de leer y puso cara de ir a cometer una travesura. Me preguntó si ese diálogo debía decirlo totalmente desnudo en la cama. Le corroboré

que sí, que los productores pedían carne y había que darles una parrillada entera. Por supuesto, le pareció una modificación excelente, arriesgada. Acto seguido, pidió que me desnudara, alegando que me notaba tenso, poco orgánico. Al principio no la tomé en serio, pero se trataba de Luisa. Intenté persuadirla, pero fue inútil; era el precio a pagar para que me ayudara.

Allí estábamos, desnudos y con el estómago atestado de bollería industrial. Cuando me tapé mis partes con las manos, recibí un codazo que indicaba que mi personaje, tras practicar sexo con su hijastro, no tendría pudor en mostrarse tal y como vino al mundo. Accedí, volvimos a empezar, pero a Luisa ya no le interesaba seguir desgranando el texto de la obra, al menos tal y como estaba escrito.

—¿Eres un cobarde, Víctor?

—¿Qué?

—Déjate llevar, por favor.

—... Posiblemente... Mi profesor de teatro dio en el clavo, somos nuestros peores enemigos. Para mí enfrentarme a Senén es una pesadilla, es un personaje...

—¿Con el que te sientes identificado?

Mi silencio vino acompañado de una apnea involuntaria. Tragué saliva y poco a poco retomé mi rutina respiratoria.

—Puede, solo que Senén rompe esa barrera en una época donde no se superaba casi ninguna y eso me da coraje. La obra me lleva persiguiendo media vida. No ha parado hasta colocarme frente a un espejo.

—Lo de humanizar textos dramáticos para explicar lo que te sucede no tiene mucha lógica. Sinceramente, no creo que sea la causa de tu malestar. Y, en ocasiones, lo que no es causa se convierte en consecuencia.

—Para, con una psiquiatra tengo bastante.

—¿Ya no estás con aquel inútil?

—No, llevo dos meses con una que no deja de atosigarme con que escriba todo lo que me pasa por la cabeza. Dice que me he convertido en un experto en enterrar lo que me angustia y puede que no le falte razón.

—Desde luego. Por ejemplo, tu sexualidad.

—Disfrutaba de mi sexualidad, al menos de una parte.

Miré a Luisa con la esperanza de que cortara el interrogatorio.

—¿Nunca te han atraído otros hombres?

—Sí, pero cuando el asunto podría cuajar, se me disparaba una ansiedad que no podía controlar, así que me prohibía entrar en ese jardín.

—Necesito ejemplos.

—Con Lluís Guardiola tuve un encuentro desagradable entre bambalinas al acabar un ensayo. Se me lanzó al cuello sin avisar.

—Iría puesto hasta arriba. Los del teatro son muy de coca.

—El caso es que, aunque me gustaba, me marché sin dar explicaciones.

—¿Alguna anécdota más? Esta me sabe a poco.

¿A poco? Le daba una exclusiva y Luisa la consumía como las pipas en un banco de parque.

—Durante unos meses me obcequé con un operario de cámara, pero por suerte era heterosexual y no dio pie a incomodidades. El problema ha venido con Salvador, mi hijo en la película.

—Es guapo a rabiar, con esa ceja partida que le da un toque canalla.

—Y con el descaro para hacer felaciones a sus compañeros de rodaje.

—¿Sí? Me declaro fan de ese chico. ¿Y cómo reaccionaste?

—Regular. No consigo disfrutar. Al principio me recordaba a mi amigo Hugo, pero cada día que pasa, ese recuerdo se desdibuja. Es una versión demasiado actualizada y frívola. Aun así, eso no justifica que me sienta culpable después de que me hagan una felación. Es desesperante. No sé por qué reacciono así.

—Deja de fustigarte. Solemos resolver a la desesperada. Si te agobia la relación con este chico, frena. Total, un día más o menos no lo vas a notar. Por cierto, ¿quién es Hugo? Nunca me hablaste de él y mira que tuvimos momentos de sincerarnos.

—Mi mejor amigo en la carrera. Hacer la película lo ha traído de vuelta. Tengo ganas de hablar con él, saber cómo está, si tiene pareja o por qué desapareció de la noche a la mañana sin...

Me detuve antes de soltar lastre. Una decisión de no retorno.

—¿Víctor?

—Sin que pudiera decirle que me estaba enamorando de él.

—Vaya... y, de repente, llega ese momento en un texto donde una frase lo cambia todo.

—En mi caso no cambia nada. Lo peor es que no tengo coartada. Nadie me oprimía ni me quitó la idea de la cabeza. Solo que no pude dar rienda suelta a mis sentimientos y no soy capaz de averiguar por qué.

—Pues hasta la historia más rocambolesca tiene su explicación.

—Intento llegar al origen, pero siempre me topo con un muro. Soy ridículo. Si me viera mi madre...

—No le sorprendería. Tu madre te conocía, Víctor.

—Mi madre bastante tenía con sacarme adelante. Estaba emperrada en que Úrsula y yo le diéramos nietos.

—Deja de subestimarla. Además, hablas mucho de tu madre, pero muy poco de tu padre.

Agaché la cabeza en un signo claro de debilidad.

—Con él, los recuerdos son limitados. Se fue sin despedirse.

—Suen a reproche. ¿Todavía no le has perdonado?

—Tardé lo mío. Luego me sentí tan culpable que me obsesioné con ser actor para satisfacer sus deseos. Pasé de la recriminación a la culpa.

—Deberías haberte quedado en lo primero, con la culpa se convive peor. ¿Cómo vamos de tiempo? ¿Las ocho? El pizzero está al caer.

—Si quieres me espero y lo recibimos los dos en pelotas. ¿Años?

—Solo sé que es mayor de edad, creo.

—¿Y cómo es que lo tienes tan enganchado?

—Digamos que le apasiona mi técnica bucal, sobre todo cuando me quito el puente. Evita rozaduras en zonas sensibles.

—Serás guarra. ¿Hablamos de realidad o ficción?

—Realidad. Ficción sería si consiguiera un buen revolcón. Mucha carne prieta, pero poca experiencia. Tampoco quiero que te vayas así.

—No te preocupes, tengo invitados. Úrsula está en mi casa, con su hijo. Estoy dudando si es hijo mío, así que he cogido su tenedor y he encargado una prueba de ADN.

—¿Cómo? ¿Úrsula de vuelta, un hijo? Cuéntamelo todo ahora mismo.

—Ni hablar, que tu cita está a punto de llegar.

—Pero...

—Hasta la semana que viene.

Me convino cortar la conversación en ese punto. Demasiados diálogos en los últimos días. Salí de casa de Luisa recolocándome la ropa como si acabáramos de intimar, seguido de una palpitación aislada que me puso en alerta. Revisé el móvil, que seguía plagado de llamadas perdidas y mensajes. Uno de ellos era de Gerard, donde me comunicaba que los productores exigían incluir otra secuencia de sexo entre Senén y su hijastro, que enlazaría con la que acababa de ensayar en casa de Luisa. Se grabaría en el último turno y con equipo reducido, al ser una secuencia delicada. Empezaba a pensar que me esperaba un destino todavía más sórdido a la vuelta de la esquina. Dos palpitaciones más. Tres son multitud. El de la farmacia bajaba la reja cuando le supliqué que me atendiera, que necesitaba con urgencia la medicación. Ni caso. Él pretendía volver a su casa de la misma manera que yo me negaba a regresar a la mía. Como me crucé con el pizzero, se me olvidó rápido el desplante. A punto estuve de acercarme a él, hacerme pasar por el marido de Luisa y entrar yo con las *pizzas* para forzar otra *master class* sobre cómo sobreponerme a secuencias peliagudas. El pizzero aparcó la moto y entró decidido a sucumbir a la tentación de mechón azul. Esperé quince minutos por si era de esos que acababan pronto la faena, pero qué va. Así descubrí una de las razones por las que las *pizzas* que pedimos llegan tan frías.

Di por hecho que dormiría fatal aquella noche. Ni el Dalai Lama hubiera atemperado tanto desorden. Úrsula se atrincheró en su habitación y no quise forzar la máquina, así que me tiré debajo de la ducha casi una hora, por si el agua pudiera arrastrar mis problemas por el desagüe. Dejé de lado mi posible paternidad por no adelantar acontecimientos y me centré en el asunto más acuciante, el chantaje de Ramón. ¿Cinco mil euros? Con las calamidades que había pasado, ¿me iba a desprender de tanto dinero así como así? Ya, pero que me viera toda España masturbándome tampoco me hacía gracia. Ramón tenía razón, para la moral católica es distinto una paliza a un video porno. El desgraciado tenía dotes antropológicas. Intenté sacarle el tema por el chat, así tendría pruebas de su delito. Imposible. «No sé de qué me hablas», decía el hijo de puta. Pretendía que encendiera la cámara para toquetearnos, como si nada. Definitivamente, había nacido para chantajear, qué sangre fría.

Se nos debería prohibir pensar de noche. La falta de luz nos pone en alerta, como si fueran a devorarnos fieras famélicas. La secuencia responsable de mis ojeras se programó en horario de tarde, donde Sebastián forzaba a su padrastro a practicar sexo. Salvador se dedicó a bromear con los compañeros del equipo, su modo de calmar los nervios que aseguraba no tener. Gerard danzaba malhumorado por el set, obligado a doblegarse a las exigencias de quien pagaba. Un efecto dominó: nueva secuencia, cambio del plan de rodaje e inadaptación del equipo de fotografía. Me acerqué a Leo para meterle a Águeda por los ojos, maximizando sus virtudes y obviando sus taras amorosas. Era inútil. Aquel eunuco anacrónico había nacido exclusivamente para limpiar lentes y pulsar el botón de grabar.

Con aquel panorama, me atrincheré en mi camerino, emperrado en localizar a Hugo sin acudir a Úrsula. Solo encontré el *email* del teatro donde representó la mayoría de sus obras. No era suficiente y la secuencia

donde mi hijastro abusaba de mí se acercaba. Alterado, me quité la ropa delante del espejo para normalizar mi desnudez y, de paso, asumir que, si continuaban los paralelismos del rodaje con la realidad, la posibilidad de acostarme con Salvador ganaba enteros. En general, no podía quejarme. Había sorteado la calvicie, papada y barriga, aunque manos y cuello siempre te delatan. De joven me comparaban con Patrick Swayze y por una temporada intenté darles la razón. La de veces que habré maldecido que en mi país nadie escribiera personajes como el de Johnny en *Dirty Dancing*, pese a que el guion rebosara clichés machistas. Quizá una historia compleja le hubiera dado mayor hondura. Qué sé yo, una trama de bisexualidad, por ejemplo, donde Johnny acabara enamorado tanto de Baby como de un compañero del cuerpo de baile. Bah, no hubiera tenido tirón. Es dramático que la bisexualidad reste erotismo y sume vicio en quien la observa. Como era de esperar, pensaba en tonterías con tal de no asumir lo importante.

Escuché alboroto fuera. Me vestí y busqué la canción *The Time of my Life* para que ejerciera de ruido blanco, pero en el último momento la cambié por *Hungry Eyes*, un tema a medio tiempo más en consonancia con mi estado emocional. Me puse a bailar con el único paso de la película que hasta los torpes podemos hacer: pie derecho adelante, al centro, pie izquierdo atrás y al centro. No me di cuenta de que Pablo estaba detrás.

—Perdona, Víctor, pero no me escuchabas. Empezamos en media hora. ¿Estás nervioso?

—Bastante, aunque no lo parezca.

—Lo parece, lo parece. Tranquilo, saldrá bien. Esta es la ropa que llevas en la secuencia. Los calzoncillos son horribles, soy consciente.

—No te preocupes, me los quitarán enseguida.

En maquillaje, Águeda y Lourditas prepararon unas brochas enormes para repasar nuestros cuerpos. Por supuesto, Salvador se desnudó en segundos. Yo hice lo propio, en un alarde absurdo de aparentar lo que no era. Águeda mostraba esa risa infantil que entra cuando un asunto delicado no te afecta, aunque desde mi posición rozara lo humillante. Salvador y yo nos miramos con cierta complicidad. Por momentos, creía que aquella anécdota sería el preludio de una intensa pero breve aventura.

Coincidiríamos en otro rodaje. Salvador habría abandonado su rol de niño libertino y yo mantendría mi morbo intacto para retomar la historia donde la dejamos. Recibí dos tipos de susurros: el de Águeda para darme ánimos a pesar de su enfado y el de Salvador, recordándome que lo de vernos desnudos debería haber ocurrido antes.

Nos avisaron antes de lo previsto. Pablo se acercó para abotonarme la camisa, demasiado despechugado para la época. Le contesté fatal, que podía abrochármela yo o algo así. Estaba atacado, más inseguro que nunca. Ni siquiera pudimos ensayarla. Y para más inri, Gerard ideó un plano secuencia de especial dificultad. En cambio, María estaba relajada porque la presencia de su personaje era testimonial. Di la espalda a todos y metí la mano en el pantalón para menear mi pene, que mantuviera un tamaño digno. Si iba a salir en la sección caliente de Fotogramas, al menos que mereciera la pena. Se oyó «prevenidos» y no me dio tiempo a soltar mi particular suspiro liberador... «acción».

CATALINA, preparada para ir a misa, besa a SENÉN en la puerta principal con una actitud esquivada. Ya solo, SENÉN sube las escaleras, entra en su habitación y cierra la puerta. SEBASTIÁN sale de la suya y, totalmente desnudo, llama a la puerta de su padrastra. SENÉN le da permiso para pasar.

SENÉN

¿Se puede saber qué haces? Vístete, tu madre podría regresar de un momento a otro.

SEBASTIÁN comienza a besarle por el cuello y la cara.

SEBASTIÁN

No va a volver hasta dentro de una hora. Tenemos tiempo.

SENÉN responde con incomodidad a los besos de SEBASTIÁN.

SENÉN

Esto es una locura. Para, para...

Pero Salvador no paró. Tocaba forcejear hasta que se impusiera el brío del más joven. Me desabrochó el pantalón y me puso boca abajo para pasar a mayores; mi corazón comenzó a latir a mil por hora. No era como en otras ocasiones. Se parecía al arranque de un motor tras llevar gripado una eternidad. Cuando Salvador empezó a frotarse con mi trasero, una imagen irrumpió de la nada. Procedía del pasado y rápidamente se sincronizó con mi presente. Se trataba de otra secuencia donde se me usaba sin pedir permiso. El mismo entorno, las mismas intenciones, solo que esta vez, era real y el rostro de Hugo se desvinculaba de la acción. Ya no me servía de coartada. Otro ocupaba su lugar, con una actitud tan cruel y lacerante que me obligué a desechar de inmediato. Aun así, mi ansiedad se instaló en la ficción. Desapareció Senén, me dejó solo mientras notaba cómo se estrechaba mi laringe. No estaba dormido ni narcotizado. Era una imagen tan real como el aliento de mi hijastro.

Justo antes de ahogarme, detuve la secuencia. Era eso o vomitar. Pedí perdón en bucle y me aparté a la zona menos iluminada, pero Gerard captó mi agobio. Si aquel hombre medio ciego podía ver mis miserias, todos lo harían. Se acercó a mi oreja —el tercer susurro en menos de diez minutos— y me aconsejó que aparcara mis miedos y me dejara llevar. Vaya, otra frase que se repetía.

Conocía la técnica del reseteo, era su socio fundador. Por desgracia, el éxito de la película pasaba por la credibilidad de esa secuencia añadida, reclamo para un público que pagaría la entrada sin intención de disfrutar de su argumento. Por eso puse mis cinco sentidos a favor de obra y volvimos a repetirla. Salvador me observaba desde la escalera, ahora sí, tan inseguro como yo. Mientras Águeda eliminaba mi sudor con la preocupación del que solo intuye un problema, inspiré despacio para relajarme, porque iba a implosionar.

«Prevenidos». No había vuelta atrás. Mi personaje estaba a punto de que abusaran de él... o no. «Acción». Salí disparado hacia mi cuarto. Salvador

llamó a la puerta y le di permiso. Tras las líneas de texto iniciales, vino el forcejeo... hasta que me salí de guion y comencé a besarlo con una entrega casi asfixiante. Salvador retomó lo pactado, me tiró en la cama, se quitó la ropa y me bajó el pantalón. Nuestros jadeos se aceleraron y las erecciones no tardaron en aparecer. Notamos la presencia de la cámara en un lateral, confiando en que a Gerard no le interesaría sacar empalmes en pantalla. Otra sobrevolaba nuestras cabezas. Imposible dejar de mirarnos, estábamos rodeados de objetivos. Regresó aquella imagen macabra que era incapaz de asumir, con la correspondiente sensación de frustración. Con tal de detener el tormento, volví a improvisar. Aparté a Salvador y fui yo quien se puso encima. Su cara presagiaba una toma falsa y, antes de que hablara, le tapé la boca y le obligué a concentrarse en el rol pasivo que le había asignado. Era el adulto confundido quien, harto de sus temores y líneas rojas, se encargaría de vengarse en la ficción, con una furia basada en décadas de contención. Salvador intentó ponerse a la altura de mis embestidas simuladas, pero él no actuaba por acumulación. Su desconcierto me puso cachondo. Esperaba la interrupción de Gerard ante mi libre albedrío, pero me dejó continuar. Cuando el sudor de ambos daba credibilidad al revolcón, los dos fingimos el clímax. Entonces, al «corten» de Gerard le siguieron los aplausos de unos compañeros que fueron testigos de mi... ¿catarsis? Quizá no sea la palabra adecuada. Andrea, la guionista, bendijo el nuevo rumbo de la secuencia y, siendo sinceros, no, mi clímax no fue fingido. Pablo, que se percató del derrame de fluidos, nos acercó unos albornoces con estampados japoneses y yo me incorporé como si tal cosa. Salvador hizo lo propio, pero seguía descolocado. Fue la única batalla que conseguí ganarle, la que no esperaba. Yendo hacia el camerino, me preguntaba si recibiría su visita para continuar con la dinámica de concluir lo empezado en la ficción. No ocurrió, y menos mal, porque a los diez minutos mi cuerpo se descompuso. La miseria del que vence, lo llaman, aunque en realidad no terminara de ponerle cara a mi enemigo. ¿O sí?

Paz. En el metro, sentía esa extraña quietud del que ha sido apaleado por todos los frentes. Aunque salí tocado de aquella secuencia porno-agresiva, me liberé de un gran peso. En casa, me esperaba un reto igual de demandante: sincerarme con Úrsula. Otra conversación trascendental, esta vez sobre paternidades ocultas. Debería dosificarlas.

Al llegar, la habitación de Darío estaba abierta y las sábanas amontonadas en la cama. Subí los escalones de dos en dos para averiguar si la de Úrsula seguía el mismo patrón. Casi, porque ella, además de quitar las sábanas, las metió en el cesto de la ropa sucia. En su mesita de noche, una nota escrita a lápiz: «Me han cogido en la serie. Gracias por alojarnos estos días y perdona por empeñarme en repetir errores». Entré en «modo acosador» y la llamé, diez o quince intentos, pero no hubo suerte. En cuanto desistí, comprobé que Águeda también me acosaba. Siete llamadas perdidas y un mensaje diciéndome que estaba en la puerta.

—Águeda, ¿qué haces aquí?

—Ya me lo estás contando todo, porque no sé si eres mi amigo o un señor de Murcia. No te conozco. Así que, para no molestar a Úrsula, damos entre una y catorce vueltas a la manzana y me lo explicas.

—Tranquila, Úrsula se ha marchado.

—Mejor, así puedo gritarte. Y te advierto que como no me cuadren todas las piezas, no te vuelvo a hablar en la puta vida.

Vimos amanecer, bueno, lo intuimos. La ciudad no ofrece amaneceres puros. Para saborear una auténtica noche de pijamas, nos tomamos tres cafés. Sobre las cuatro de la madrugada, Águeda ya manejaba las claves básicas de mi pasado y presente. A mí me sirvió para afianzar hipótesis. Águeda alucinaba, o al menos fue la expresión que más repitió, pero evitó aleccionarme. Exprimido cada secreto, Águeda soltó amarras y reconoció que fue ella la que dejó la peluquería. El cuerpo le pedía empezar de cero.

Me lo ocultó porque le parecía obsceno rechazar un trabajo mientras yo lo buscaba desesperadamente. También confesó que había vuelto con su ex. No podía regañarla, era experto en el arte de la contradicción.

Nos quedamos dormidos en el sofá un par de horas, suficiente para ir a trabajar sin desmayarnos. Un dolor punzante de cabeza me avisó de que ya no estaba para esos trotes. De camino al autobús, Águeda no paraba de repetir «qué fuerte» cada vez que recordaba nuestra conversación nocturna y yo no hacía otra cosa que preguntarme cuál sería el siguiente paso.

En la agenda inicial teníamos el día libre, pero nos convocaron para recortar las tres sesiones de retraso. Al llegar al set, algo no iba bien. Gerard gritaba por teléfono y en francés, dando mayor sensación de gravedad. Por supuesto, no entendí nada. Si el inglés fue mi materia pendiente —en parte porque los profesores nos hablaban en castellano—, con el francés ni lo intenté. Que era un reducto, decían. ¿Y qué? Los idiomas abren fronteras. Hasta el afgano sería una elección válida. Gerard colgó y ordenó una reunión urgente con el equipo. No hizo falta, ya estábamos allí para enterarnos de lo que ocurría.

Gerard, desencajado, nos contó que uno de los productores principales se bajaba del proyecto por falta de liquidez, así que no quedaba otra que suspender el rodaje. Tras el bofetón de realidad, Mariano preguntó de cuánto dinero se trataba. Cincuenta mil euros, espetó Gerard con un marcado acento francés. Se alzaron las primeras voces desesperanzadoras. Improbable conseguir ese dineral a corto plazo. En otro momento del rodaje, no me hubiera atrevido, pero al ver algunas secuencias montadas, intuía que la película podría funcionar, al menos con la crítica, así que me lancé a ser un héroe: «Por mi parte, renuncio al resto de mi salario». Venía de la nada absoluta, no me costaría acostumbrarme de nuevo a ella. Y eso sin contar el chantaje de Ramón. El equipo reaccionó con tímidos aplausos, en parte porque ni siquiera conocían mis honorarios. Gerard agradeció el gesto, pero enseguida nos echó otro jarro de agua fría: faltaba por cubrir el alquiler de la casa y de material. Entonces, María se erigió en la verdadera salvadora de la jornada y se comprometió a hacerse cargo de ese gasto. El aplauso fue unánime. Gerard, sacando su orgullo francés, se negaba a

aceptar nuestra generosidad. Entonces le devolví la frase que me soltó días atrás, cuando los productores requerían carne fresca en la película: «Lo siento, pero no estás en disposición de elegir». Gerard empezó a balbucear «putos españoles», al tiempo que se le humedecían los ojos. Volvimos a aplaudir, conmovidos por ver llorar al capitán del barco. Entre reflexiones y broncas, perdimos medio día más, pero salvamos el otro medio.

Aproveché que el equipo técnico ultimaba detalles para regresar a mi cueva y arañar minutos de intimidad. Pablo me dejó en el sofá el vestuario de la siguiente secuencia, un minúsculo bañador años cuarenta. Me lo probé y, aunque el talle quedaba un poco alto, remarcaba los muslos. Luego retomé la búsqueda de Hugo. Tenía tantos frentes abiertos que ni siquiera podía dedicarle exclusividad. Escribí un *email* al teatro Tívoli con la esperanza de que reenviaran el mensaje a su correo personal. Tardé bastante en redactarlo, no encontraba el tono adecuado. De las distintas versiones que reescribí, me quedé con la de menor implicación emocional. Al final, eso sí, mi número de teléfono.

Como si el proyecto nunca hubiera peligrado, sonó la bocina que anunciaba la siguiente secuencia. Nos trasladamos al riachuelo que cruzaba la finca para afrontar otro diálogo incómodo con denominador común: una persona que no piensa en las consecuencias de sus actos y otra que no deja de hacerlo. Era como si el destino me obligase a ser Senén el resto de mis días. La primera toma se descartó. Salvador no pronunció con suficiente lascivia la frase «cuando estamos en la cama, no me consideras tan crío». Y eso que, a lascivia, precisamente, no había quien le tosiera.

SEBASTIÁN

Desde el otro día estás más frío que de costumbre.

SENÉN

Te dejé claro que debíamos ser precavidos. Hay ojos por todas partes.

SEBASTIÁN

Y lo somos. Apenas te has dirigido a mí en el trayecto hasta aquí.

SENÉN

No, si nos acostamos en la cama donde luego duermo con tu madre.

SEBASTIÁN

Son excusas. En el fondo es por la diferencia de edad, ¿verdad?

SENÉN

Ojalá fuera el único inconveniente. Sebastián, estamos maniatados.

SEBASTIÁN

Dilo otra vez.

SENÉN

¿El qué?

SEBASTIÁN

Mi nombre. Me gusta cómo lo dices... Comentan que en otros países la situación es diferente. Podríamos irnos a Suiza, a una cabaña en mitad del campo. O al fin del mundo si hace falta.

SENÉN

Ese lugar no existe. No seas crío.

SEBASTIÁN

Cuando estamos en la cama no me consideras tan crío.

SENÉN

¿Sabes? A veces tengo la impresión de que solo soy un capricho para ti. O peor aún, una forma de vengarte de tu madre.

SEBASTIÁN mira hacia otro lado.

SENÉN

Lo mejor será que dejemos de jugar.

SEBASTIÁN
¿Me estás dejando?

SENÉN
Es solo una tregua, hasta que asumas lo que ocurre.

SEBASTIÁN intenta besar a SENÉN, pero este le aparta la cara.
SEBASTIÁN se levanta y se marcha. SENÉN se queda preocupado.

Gerard, incomprensiblemente, se conformó con la segunda toma. O aligeraba para recuperar tiempo o le dábamos por fin lo que pedía. Mi autoestima prefirió pensar lo segundo.

A mediodía, se instaló una carpa para almorzar fuera. Águeda se dormía por los rincones. Llevaba puestas sus gafas de sol, es decir, había llorado, porque a Águeda que el sol queme su retina le trae sin cuidado. O estaba en su particular encrucijada amorosa o le entristecían mis secretos. Me dolían las costillas de tanto vomitar y estirarme a por agua era un suplicio. Salvador buscaba la oportunidad para acercarse, momento que llegó cuando los técnicos que comían a mi lado se levantaron:

—Oye, todavía no me has explicado tu improvisación en la secuencia de ayer —me abordó Salvador, directo a la yugular.

—Te aseguro que no fue premeditado, pero sentí ese impulso.

—¿Quién, Senén o tú?

—Puede que los dos necesitemos rebelarnos contra las situaciones que nos rodean... y contra nosotros mismos.

—Esa impresión me dio, aunque no termino de averiguar lo que ocurre. Quizá deberíamos seguir ensayando en mi casa.

Dejé de masticar, dejé de tener consideración.

—La secuencia ya se ha grabado, no hace falta repetirla.

—Ya, pero como improvisaste, no la disfruté mucho. ¿Qué me dices? ¿O te estás reservando para Hugo?

—¿Cómo sabes eso?

—Indagué un poco. Puse el nombre que leí en tu ordenador, pero

encontré un artículo donde contaba que su verdadero nombre era Hugo y que trabajaba de arquitecto.

—Vaya, yo he tardado casi treinta años en dar con esa información.

—Los cincuentones sois torpes con internet. Pero vamos que, si estás con él, no se tiene por qué enterar. Soy muy discreto.

Salvador se acercó a mi boca más de la cuenta, pero en esa ocasión su falta de escrúpulos no me resultó erótica y me levanté de la silla. Nuestras diferencias habían tocado fondo y amenazaban con ser irreversibles. Fue entonces cuando descubrí que María nos observaba desde el otro lado de la mesa. Puede que por fin me viera como competencia directa. Dos viejos luchando por conquistar al cachorro de la manada. Era patético. Salvador no entendía que sus palabras subrayaran mi pasado. Y es que cualquier frase me reconducía a la historia primitiva, como si al personaje de Hugo, por oculto que estuviera, le faltara mucho texto por declamar.

Nos aventuramos a la siguiente secuencia. La tenía muy presente, no por su relevancia en la trama, sino porque era de las pocas que conservaba el texto original. Recordaba a la perfección el ensayo en la casa de verano de Úrsula. La secuencia comenzaba con los hermanos Felipe y Catalina revisando fotografías de Senén y Sebastián besándose. Recuerdo que pusimos una fregona del revés para simular el personaje de Felipe mientras Hugo declamaba el texto desde fuera de la cocina. Catalina estaba abochornada, las pruebas eran irrefutables. Su marido la engañaba con su hijo, una estampa cruel para cualquier época. Felipe le ruega que no vuelva a desconfiar de él, pero a Catalina le es imposible olvidar a quién tiene por hermano. Debido a la tensión, acaba desvanecida encima de la mesa. A Úrsula le costaba contener la risa por interactuar con un mocho. Felipe impuso el siguiente paso: Catalina se encargaría de Sebastián y él de Senén, a lo que ella se negó por conocer cómo se las gastaba su hermano. Al escuchar pasos, Felipe decide huir por la parte trasera de la casa. Retiré la fregona y entré, bueno, entraron Senén y Sebastián, que regresaban del río. Catalina sale detrás de su hermano y Sebastián pregunta en voz alta qué hay para cenar.

Tuña, 1986. Mañana del lunes

SEBASTIÁN abre el frigorífico, que está casi vacío.

SEBASTIÁN

No hay mucho donde elegir. Me haré una ensalada.

SENÉN

Tu madre tiene mala cara. ¿Y si sospecha?

SEBASTIÁN

No creo. De todas formas, qué más da, si todo ha acabado.

SENÉN

Solo te he pedido tiempo. Espero que lo medites.

SEBASTIÁN

No me alecciones. Yo no soy uno de tus alumnos.

CATALINA entra en la cocina.

CATALINA

Estoy mareada. Me voy a dormir.

SENÉN

¿Te ha sentado algo mal?

CATALINA

Sí, seguro.

CATALINA coge un cuchillo y lo observa con cara enajenada por unos instantes. Lo mete en un cajón y sale de la cocina.

La complicidad que destilaban los personajes masculinos se esfumó en

cuanto dejaron de actuar. Úrsula pidió repetir la escena, se notaba sobreactuada. No entendía por qué Catalina no acuchillaba al hermano por violador y al marido por pederasta. Hugo seguía ausente, con esa formalidad tan impropia en él. A punto de retomar la escena, el ruido de un teléfono les pilló desprevenidos. Úrsula ni siquiera recordaba que funcionara aquel cacharro oxidado. No tenía intención de cogerlo, no fuera a ser su madre para contar algún drama irreparable o, aún peor, su padre, para obligarlos a marcharse y así poder disfrutar de la siguiente jovencita. Dejó de sonar y al momento volvió a la carga. Úrsula no sabía si arrancar el cable o contestar. Acabó haciendo lo segundo.

—¡Hugo, es tu padre! —anunció Úrsula al regresar a la cocina.

Hugo frunció el ceño y acudió rápido al teléfono. Úrsula aprovechó para tratar a Víctor como si fueran una pareja consolidada, a golpe de caricias en el cuello, aunque Víctor parecía preocupado. Úrsula, hambrienta por la marihuana, se hizo un sándwich de jamón y queso. Minutos después regresó Hugo, con una cara que le llegaba al suelo. Su abuelo había empeorado de su enfermedad y su padre le exigía coger el primer tren que hubiera a Bilbao, que ellos ya habían salido hacia allí. Y de no haber trenes, autobús o taxi, que él lo pagaría, dijo sin ofrecer posibilidad de escapatoria. Además, no volverían a Oviedo hasta que el abuelo mejorara o muriera. Hugo no sabía si reír o llorar. Tanto Úrsula como Víctor le incitaron a la insubordinación, pero Hugo no permitió debates. Zanjó el tema con un «debo hacerlo», que con asuntos familiares su padre era intransigente y, si le llevaban la contraria, su madre pagaba los platos rotos. No estaba dispuesto a escuchar otra excusa, otra caída fortuita sobre el lavabo.

Hugo se comportó como un robot implacable en su ejecución. A golpe de llamada local, apalabró con un taxista el viaje hasta Bilbao. En una hora lo recogería. Impaciente, hizo la maleta mientras abortaba cada sugerencia de Úrsula, que no descartaba hablar con el padre y convertirse en una experta en cantar las cuarenta a los padres descarriados del mundo. Por si fuera poco, Víctor reparó en que sería Carlitos y su tartamudez quien se encargaría de sustituir a Hugo llegado el caso.

Pasada media hora, Hugo ya estaba listo para marcharse. Sin testigos delante, sacó de la maleta su cuaderno de dibujos y lo abrió por la última hoja. Se trataba de un retrato de Víctor, más preciso que el resto de bocetos. En el reverso, un texto encabezado por la siguiente frase: «¿Cuándo empezará nuestra rebelión?». Afuera, Víctor y Úrsula reconocían ser muy negativos. Probablemente Hugo retomaría los ensayos en unos días y acabaría la carrera. Además, Úrsula se aferró a la metáfora de la obra para vaticinar que Hugo se rebelaría, aunque Víctor hiciera de la duda su principal argumento.

El taxi llegó puntual. Hugo se presentó apesadumbrado en el jardín, tal y como le exigía don Amador en alguna escena. Víctor y Úrsula hicieron el último intento. Estaban dispuestos a acompañarle a Bilbao y hablar con su padre. Hugo les dio las gracias, con su consiguiente negativa. La despedida fue sencilla. Daban por hecho que en unos días volverían a ver a su amigo. Fue Hugo el encargado de alargar cada abrazo como si fuera el último. Cargó rápido el equipaje, se montó en el coche y desapareció.

Víctor y Úrsula permanecieron mudos por un rato. Se quedaron solos, la misma soledad que se encarga de minar parejas a diario, solo que al principio se camufla de enemigo al que puedes neutralizar yendo a tomar unas cañas o al cine. Antes de decidir si adelantar el regreso a casa, Úrsula quiso aclarar su postura:

—Víctor, escúchame. Sé que estás agobiado, yo también. Me gustas. Nunca te dije nada porque pensaba que tú no sentías lo mismo. De hecho, sigo sin estar segura. Hemos empezado a lo bruto y no me arrepiento. Es excitante, divertido, pero ya está. Entendería que esta historia acabara aquí. No quiero que sigamos por seguir y que dentro de un tiempo descubras que nunca quisiste estar conmigo. Si lo dejamos ahora, me va a fastidiar, pero lo superaré. También lo haría después, aunque sería más doloroso. Mi madre dice que nadie se muere por nadie y es cierto. Creo que hasta podría seguir siendo amiga tuya, así que por eso no te preocupes.

Víctor cogió la mano de Úrsula y sonrió aliviado, con independencia de la capacidad de Úrsula para asimilar sus propios titulares.

Aquella última noche hubo sexo ralentizado, del que sella relaciones. Ya

de madrugada, Víctor se levantó a la cocina para beber un vaso de agua de un solo trago y, al volver, se detuvo en la habitación donde dormía con Hugo. Indeciso, se tumbó boca abajo en la cama de su amigo y comenzó a oler las sábanas con recato para pasar a hacerlo con ansia. Miró a un lado para cerciorarse de que Úrsula no descubriera su particular ritual y se recostó boca arriba. Cerró los ojos y extendió su mano, palpando alrededor como un ciego en busca de su bastón... hasta que sonrió, como si en su imaginación hubiera encontrado lo que buscaba.

La voz repentina de Úrsula lo sacó del trance. Desde la otra habitación, lo alentaba a que regresara para descansar juntos o puede que para reafirmarse que lo que estaba viviendo no era un sueño. Víctor se incorporó y lanzó un suspiro, similar, quizá demasiado, a los de su madre.

Madrid, junio de 2019

El primer día de junio se presentó movidito. Decenas de mensajes me alertaron de estar en la portada de una popular revista de la prensa amarilla. Y no, no era por trabajar con uno de los directores más talentosos de la cinematografía europea, sino por el supuesto romance que mantenía con Salvador. Alguien nos había inmortalizado en el set, con una pose que no concordaba con lo sucedido. «Pareja dentro, ¿pareja fuera?», rezaba el encabezamiento. No sabría decir qué me molestó más, si la traición del topo que envió la foto o lo lejos que estaba la noticia de ser cierta. Como tenía grabación en el turno de tarde, me pasé la mañana desmintiendo la noticia. Incluso recibí dos ofertas: una para anunciar un lubricante con sabor a frutas del bosque y otra para ser pregonero del orgullo en las fiestas de Móstoles. Contesté con negativas a ambas por no alimentar más al monstruo. Entre aclaraciones, llamé compulsivamente a Úrsula para conocer su paradero y aclarar asuntos pendientes, pero no respondió a mis llamadas.

Al llegar al trabajo, fui directo al camerino de Salvador y estampé en su tocador la revista de la discordia. Me juró que él no tenía nada que ver, que no le gustaba tanto como para exponerse así. En cuanto me rehíce de su honestidad machacona, insistí: «¿Cuántos “me gusta” vas a conseguir?». Y me largué dando un portazo. Busqué consuelo en una Águeda más preocupada por pillar al responsable del bulo que de consolarme. Cada uno a lo suyo, excepto Gerard:

—Víctor, siento lo ocurrido.

—El problema es que es mentira.

—Ahí prefiero no entrar. Lo bueno es que, gracias al revuelo de la noticia, han llamado varios patrocinadores interesándose por la película y seguramente contemos con la financiación íntegra.

—Me alegraría si no fuese a costa de perder mi intimidad. No está siendo un rodaje fácil, Gerard.

—Tampoco para mí. Ten paciencia, ya queda poco.

Ni caso. Aproveché que me quedé solo con Águeda para golpear el mobiliario. No soportaba que un país entero supiera más de mis tendencias que yo. Águeda insistía en que eran solo rumores, pero yo conocía el daño irreparable que puede causar un rumor. Fue escuchar mi propia voz y empecé a temblar. Águeda cogió mi mano, advirtiéndome que, o me calmaba o regresaría al hospital. Me aparté bruscamente y tropecé con la pata de una silla de maquillaje hasta caer al suelo. Sonó mi teléfono. La llamada fue tan insistente que me permitió cambiar tres veces de opinión: cogerlo, no cogerlo y finalmente descolgar, aunque fuera para mandar a la mierda al interlocutor. Su voz me resultaba familiar... ¿Hugo? Eché a Águeda de su lugar de trabajo y ella obedeció sin rechistar. Conociéndola, seguro que se quedó detrás de la puerta. Se me fue el norte pensando que era una videollamada y me re Coloqué el pelo antes de descolgar. Mis cinco sentidos se alinearon a favor de la conversación. Disponía de poco tiempo, así que debía ser sutil, cálido y certero. Controlar el descontrol.

La llamada de Hugo me recargó las pilas, aparte de convertirme en bipolar de cara a la galería. Qué poder tienen ciertas personas sobre nosotros. Aun así, no olvidaba que media España conocía el bulo de mi romance. Tras concluir una toma donde compartía plano con Mariano, le acompañé a retomar un vicio en el que juré no volver a caer, fumar. Se interesó por mi estado. Me puso la mano en el hombro y me aseguró que en unos días nadie recordaría la noticia, que la sociedad necesita nuevas víctimas para alimentar su inanición. «Procura que no te afecte, habrás ganado la mitad de la batalla», concluyó Mariano, metido en la piel de psicólogo de tres al cuarto. Fui críptico en mi respuesta, reconociéndole que había aspectos que no me atrevía a mostrar por razones de peso. «Pues hay que atreverse, que luego uno se arrepiente de lo que no ha hecho», sentenció Mariano con la frase que le hubiera gustado escuchar años atrás. Aunque no dejara de hablar de él mismo, sus palabras evitaron un

desasosiego mayor, que ya es de agradecer. Y para colmo, tocaba la secuencia 121, donde por fin se destapaba el gran secreto de mi personaje y, cómo no, volvía a aparecer un desnudo parcial, más discreto que en días anteriores, pero lo bastante provocador para añadir caos a mi periplo. Por suerte, era el último. Aunque parte del equipo me grababa con su móvil para demostrar que andaban cerca de la noticia del día, yo seguía en un equilibrio perturbador con tal de afrontar la secuencia con garantías. Y eso que la guionista me echó mal de ojo por obligarle a cambiar diálogos debido a mi arrebató en la secuencia del abuso. Salvador, por su parte, bastante tenía con reconducir su cara de sota.

SEC.121.INT. DORMITORIO. DÍA.

SENÉN, sentado en su escritorio, revisa el libro de Gramática castellana de Montoliu. SEBASTIÁN se asoma por la puerta.

SEBASTIÁN

Hola, ¿qué haces?

SENÉN

Preparando ejercicios para mañana.

SEBASTIÁN

¿Sigues buscando predicados?

SENÉN

No, me conformo con encontrar el mío. Déjame solo, por favor.

SEBASTIÁN

¿Después de lo del otro día, ahora quieres que te deje solo?

SENÉN

Fue un error más de todos los que estamos cometiendo. Lo siento.

SEBASTIÁN se acerca por detrás a SENÉN y le acaricia la nuca.

SEBASTIÁN

¿Y no te cansas de tanta contradicción?

SENÉN

A cada segundo, pero es mejor así. Nos vemos luego.

SEBASTIÁN obedece y se dirige a la puerta. Cuando está a punto de salir, SENÉN llega por la espalda y lo empuja contra la pared.

SENÉN

Vámonos esta noche, cuando nadie nos vea.

SEBASTIÁN

¿Por qué ahora sí?

SENÉN

Porque estoy harto de enseñar a mis alumnos el camino de la libertad mientras yo voy en la dirección contraria. Me está consumiendo.

SENÉN comienza a besar a SEBASTIÁN por el cuello.

SENÉN

Necesito rebelarme contra esta sociedad.

SENÉN empuja a SEBASTIÁN hasta la cama y empiezan a quitarse la ropa. SENÉN mira hacia la ventana. Algo le resulta extraño.

SEBASTIÁN

¿Qué ocurre?

SENÉN

No he visto salir a tu madre.

SENÉN pide a SEBASTIÁN que se calle. En mitad del silencio, se oye crujir la madera del suelo. De repente, CATALINA entra en el dormitorio. Los tres se quedan paralizados. CATALINA rompe a llorar y empieza a tirar los objetos que tiene a mano.

CATALINA

¿Cómo has podido hacerme esto? Confiaba en ti.

SENÉN

Catalina, no es lo que parece.

CATALINA

Claro que no, es peor. Y tú, sal de mi vista.

SEBASTIÁN sale de la habitación sin rechistar.

CATALINA

Pensabas que no me daría cuenta, que vería normal que ni siquiera me tocaras.

SENÉN

No queríamos engañarte.

CATALINA

No hables en plural. El adulto eres tú; el que tiene la obligación de poner cordura eres tú.

CATALINA escupe a SENÉN a la cara y sale de la habitación.

La secuencia habría sido buena de no ser porque María continuó maldiciendo fuera de plano. Gerard se fue hacia ella hecho un basilisco,

harto de que le diera su toque personal al personaje, aunque en esta ocasión fuera una pataleta por no conseguir su objetivo. Entretanto, me acerqué a Salvador para que me aclarara una cuestión de la secuencia.

—No teníamos marcados tanto beso cuando me quitas la ropa.

—He improvisado, como tú el otro día. Pero tranquilo, en la siguiente seré más comedido.

—Me vais a volver loco entre unos y otros. Lo mejor será que dejemos de jugar.

—¿Gerard ha dicho acción? Te repito que yo no he tenido nada que ver con la publicación de la noticia.

—No lo digo por eso. En serio, mereces mucho más que un cincuentón perdido.

—¿Y por qué crees que busco un cincuentón perdido?

—Es cierto, ha sonado pretencioso.

—A ver, me gustas. Te conservas bien y esa especie de timidez trasnochada me pone cachondo, pero ya está. Nunca dejaría que nadie tuviera tanto poder sobre mí. Podría acabar como tú.

Salvador dio media vuelta y se alejó, aunque regresaría cinco minutos después para repetir la secuencia. Aquel día todos seguían el mismo esquema. Me soltaban una frase rotunda y desaparecían con su dignidad reparada. Gerard, con la tensión por las nubes, me preguntó si estaba listo para rodar. Cualquiera le decía que no.

La tarde pasó rápido. Con ilusiones pendientes, el acto más tedioso resulta ameno. Además, hubo perdones y revelaciones. Gerard se disculpó con María y yo hice lo propio con Salvador. Y aquí es donde entra la revelación. Águeda me juró que, mientras la maquillaba, Angelita le aseguró que fue María la que dio el chivatazo a la prensa. A Salvador le cuadraba, pero yo dudé, porque un borracho dice la verdad, pero una cocainómana celosa por no recibir cariño de su amante esporádica, no lo tenía tan claro.

Nada más llegar a casa, abrí el buzón. Estaba tan atestado de publicidad que cualquier ladrón pensaría que estaba deshabitada. Dejé los folletos en el salón y fui directo a la ducha. Los huesos me dolían como cuando Patricio

me dio el palizón. Saqué energía para masturbarme pensando en el cuerpo de Salvador, pero con la personalidad de lo que recordaba de Hugo. Buscaba al hombre perfecto y durante tres minutos lo encontré. Mi cuerpo pedía a gritos una tregua y más valía que se la concediera. Retiré el montón de publicidad para hacerle hueco a la sopa de sobre que preparé y fue entonces cuando descubrí que, entre tanta oferta, asomaba un sobre blanco. Era de la clínica especializada en aclarar parentescos. Conforme lo cogí, llegué a una conclusión salomónica impropia en mí. Dado que iba a digerir fatal cualquier resultado, decidí no abrirlo hasta que estuviese listo para asumirlo. Metí el sobre en mi mochila y me desentendí del asunto. No reconocía mi paciencia, ella a mí tampoco. Supuse que sería un efecto secundario de tanto ansiolítico a destiempo.

Dormí ocho horas del tirón, impensable hace meses, con o sin pastillas. Lo malo de dormir tanto es que aumentan las probabilidades de revivir las pesadillas de mi catálogo particular, como así ocurrió. Esta vez mi pesadilla estrella se prolongó lo suficiente como para disipar mis dudas. Cuando desperté, aún podía recordarla con precisión milimétrica. También la sensación de amargor que me acompaña desde entonces.

A media mañana, deambulaba por el salón con una manzanilla en la mano. En la mochila asomaba la carta de la clínica, pidiéndome ser liberada de su esclavitud. Aún tendría que esperar. Llamé a Úrsula y, como seguía sin dar señales, contacté con Darío. Como buen adolescente enganchado a las tecnologías, tardó diez segundos en facilitarme su ubicación. Aproveché su indiscreción para proponerle si podría buscar información de una persona que me estaba chantajeando. Me preguntó que cuánto le iba a pagar y yo le ofrecí cien euros; él subió a doscientos y por trescientos me aseguraba que se le quitarían las ganas de seguir chantajeando. Vi los trescientos. Le mandé toda la información con la condición de que la solución que se le ocurriese no desembocara en un centro de menores. Me vestí con lo más moderno de mi fondo de armario y me trasladé a la otra punta de Madrid.

Tuve mil tentaciones de abrir el dichoso sobre, pero prefería que fuera Úrsula la que reconociera que Darío era hijo mío, un clímax más estimulante y perverso. La puerta de la calle estaba abierta, así que subí sin avisar. Me quedé escuchando en el rellano antes de llamar al timbre, un clásico. Se oía movimiento de cajas y reproches de Úrsula hacia Darío, que seguía sin mover un dedo para ayudar. No era vaguería, sino desarraigo. Ese chico no sentía ningún sitio como su hogar. Úrsula, sorprendida, me preguntó cómo había conseguido la dirección, y yo, a pesar de que le prometí confidencialidad a Darío, le conté la verdad, porque nuestra historia no admitía más mentiras. Darío, con los cascos a tope de volumen, saludó desde el sofá, ajeno a que su madre lo hubiera masacrado si se lo permitiera el código penal. Como si me leyera la mente, me aclaró que el piso era de una amiga que se había mudado a París y prefería que alguien de confianza lo cuidara. Por ahorrarme silencios incómodos, me ofrecí a desembalar cajas, aunque no tardara en soltar la frase estelar que me llevó allí: «Ya sé que Darío va a cumplir diecisiete años». Úrsula miró a su hijo y reconozco que antes fui injusto. Fue en ese momento cuando lo hubiera matado. Aproveché su perturbación transitoria para sacar el sobre de la clínica, elevando mi mano con una cadencia lenta, teatral, hasta detener la carta a la altura de mi boca.

—Es una prueba de paternidad. Todavía no la he abierto.

Úrsula se quedó unos segundos paralizada y cruzó los brazos para protegerse de mi cuchillada. Pasado el susto, arrancó a hablar.

—No hace falta, puedo contártelo yo. Este monólogo también lo tengo muy meditado.

—Mejor mañana. En media hora cojo el autobús. Madrid y las distancias.

—¿Y vas a aguantar hasta mañana sin abrir la carta?

—Tranquila, estoy muy entretenido.

—Está bien, ¿dónde nos vemos?

Cogí aire, porque hay peticiones que requieren de un extra en el fuelle.

—Pues si quieres, en tu coche rumbo a Asturias para visitar a Hugo.

—¿Cómo? ¿Estás loco?

—Casi. Le mandé un correo hace unos días y ayer por fin me llamó. Está hasta arriba de trabajo, así que si la montaña no va a Mahoma... He tenido que hacer cambios para poder ir, pero ninguno se amolda a los horarios de los trenes.

—¿Y qué pinto yo allí? ¿No crees que ya ha sido suficiente?

—Suen a masoquismo, lo sé, pero necesito cerrar este capítulo.

—Madre mía... ¿Y Darío?

—Puede quedarse solo. No creo que note la diferencia.

—Debería acompañarte alguien con su mundo en orden.

—Esa persona no existe, por lo menos en mi entorno.

Me fui pensando que Úrsula no acudiría en mi ayuda, que me acribillaría a excusas para evitar el mal trago. Al fin y al cabo, la batalla por averiguar cuál de los dos se había especializado en joderle la vida al otro se encontraba en tablas. Ya lo dijo Unamuno, el silencio es la peor mentira. Por suerte, me equivocaba.

Seis de la mañana. Esperé a que Úrsula terminara de maquillarse dentro de su coche para salir, montarme y que arrancara sin mostrar interés por mi presencia. Durante la primera media hora, solo concretamos la ruta a seguir. La tensión era evidente. Desenterrar muertos no es agradable y menos en un habitáculo tan diminuto. El hedor estaba garantizado.

Fue Úrsula la que rompió el hielo, recordando mis frases en la enésima discusión sobre tener hijos, al volver de la gala de los Goya: que no estaba dispuesto a dejar de trabajar para ponerme a criar, que antes de tener un hijo preferiría morirme... Me abochornaba tanto el eco de mis comentarios que decidí contraatacar. «Entonces, ¿ya estabas embarazada aquella noche?». Úrsula resopló. Tardó en confesar que no, que nuestra historia se truncó al día siguiente de la gala, en los servicios de señoras del Teatro Español. Sació su instinto maternal con un técnico de sonido veinteañero que le había tirado los trastos en varias ocasiones. Qué decepción. Siempre pensé que la lealtad era nuestro punto fuerte en la relación, que por mucho que ladráramos, esa parte se mantendría intacta. Digerí tan mal la noticia que saqué el sobre, lo hice pedazos sin abrirlo y los tiré por la ventanilla. Solo me había preparado para que Darío fuera mi hijo, o sea, para un escenario de venganza. Destruir aquel informe era la única manera de seguir alimentando la hipótesis de la mentira, incluso con las pruebas a mi alcance. Suena absurdo, pero fue lo que ocurrió.

El silencio incómodo del inicio del viaje fue un aperitivo en comparación con aquellos minutos en los que mi cerebro no dejaba de fabricar insultos, a cual más dañino. Úrsula no dio tregua y continuó su exposición. Cuando descubrió que estaba embarazada, barajó dos posibilidades: decir la verdad o hacerme creer que el hijo era mío. «No sé cuál de las dos opciones me hubiera dado más asco», le contesté. Por eso se decantó por una tercera: aprovechó el rebufo de nuestra desidia como pareja y se marchó sin dar explicaciones. Es cierto que, en los últimos cinco años, nuestra relación se

movía en la cuerda floja. Apenas coincidíamos y, cuando lo hacíamos, nos lanzábamos reproches sobre la falta de comunicación, la escasez de sexo y, cómo no, los hijos. Vale, nunca fui un animal especialmente sexual. Disfrutaba cuando tocaba, pero la testosterona nunca me dominó y, para colmo, mis fantasías se dividían entre lo conocido y lo que restaba por conocer. Lo puse fácil, muy fácil.

Se me amontonaban las preguntas: ¿tuviste tentaciones de decírmelo?, ¿cómo te apañaste los primeros años?, ¿el padre llegó a conocer a la criatura? La primera pregunta se contestaba sola. No, no tuvo tentación. De hecho, su cabreo fue en aumento conforme llegaron las complicaciones. Respecto a la segunda, era evidente que salió adelante matándose a trabajar y dejando a Darío con desconocidos que no establecieron rutinas educativas. Y la tercera respuesta cerró el círculo. Utilizó a ese chico como banco de espermatozoides gratuito, mejor un polvo que una jeringuilla.

Sentí una mezcla de tristeza, indignación, celos y fracaso, un cóctel explosivo. La contienda estaba en tablas. «Ocultar mi condición sexual» versus «cuernos con premio», aunque me sintiera responsable de todo. Nos pedimos perdón, se nos saltaron las lágrimas, reímos, gritamos, generamos nuevos silencios, diálogos, monólogos... ¿Quién dijo que un viaje largo es un tostón? Tardamos bastante en cambiar de tema, pero sucedió.

—¿Qué le vas a decir a Hugo cuando lo veas?

—No sé si seré capaz de articular palabra.

—Pues imagínate el papelón, los tres ahí sentados mirando al techo.

—Ya sé lo que decirle, que si le hubiera elegido a él, probablemente no sería el cornudo que soy ahora.

La carcajada repentina de Úrsula desencadenó nuestra complicidad habitual, como si acercarse a los lugares que marcaron nuestra juventud fuera un bálsamo para tantas heridas de guerra.

Llegamos a la casa a mediodía. Estaba muy cambiada. Hugo había invertido un dineral en rehabilitarla a su gusto. Entre las novedades, una bóveda acristalada que servía de cochera y una fuente modernista de tres niveles en medio de la explanada, coronada por Afrodita, diosa griega del

amor. ¿Sería una premonición? El hórreo parecía restaurado, al menos la cubierta y los pegollos, mejor alineados. Úrsula y yo bajamos del coche con reparos, nos imponía el reencuentro. El porche estaba repleto de adelfas y buganvillas fucsia, también de avispa. La puerta se abrió y apareció Hugo. Conservaba su magnetismo juvenil, aunque algo demacrado, el precio a pagar por evitar la gordura proclive en la madurez. Me acerqué a él con esa estúpida timidez que mostraba en ocasiones importantes y nos abrazamos con ganas. Reconocí su olor corporal, mezcla de naranja y sudor limpio. Úrsula le dio un abrazo estándar. Eran tantos los frentes abiertos que olvidé la amistad encubierta de ambos. Desde luego, mi fuerte no es el rencor.

Al pasar a la casa, comprobamos que Hugo había sucumbido a la moda de paredes lisas con papel en tonos terracota y moho. Echaba de menos aquellas Nancys que nos vigilaban. Eso sí, no faltaba el bote de regalices rojos en el *hall* de entrada. Mientras nos redescubría cada estancia, no dejaba de observar a Hugo. Fallé tantas veces en su búsqueda que estaba convencido de que jamás lo volvería a ver. Úrsula pidió entrar al mismo baño donde desaté parte de mis pulsiones.

En cuanto nos quedamos solos, mi única pretensión era averiguar si tenía pareja. Comentó que parte del dinero que ganaba con la arquitectura lo invertía en dirigir obras de teatro. Hasta aquí, nada que no supiera. Que le costaba delegar en el trabajo y que, al encargarle la restauración de varias estancias de la Villa Quijano de Gaudí, se pasaba largas temporadas en Asturias. Que su madre se divorció, volviéndose a casar con un militante de la Falange y que su padre desarrolló un alzhéimer galopante que no le impidió seguir instigando a su hijo para que dejara Arte Dramático, porque hay obsesiones que no acaban ni después de resueltas. Para Hugo, su mayor quebradero de cabeza era su hermano, que cada dos por tres le pedía dinero para saldar deudas contraídas por su ludopatía. Ninguna pista sobre si tenía pareja, ni una mísera foto, y a mí me resultaba brusco sacar el tema. No tardó en ponerme al nivel de Úrsula, que regresó del baño alabando la rehabilitación de la antigua bañera.

Hugo preparó la mesa para comer en la terraza del piso de arriba. El aroma del solomillo Wellington se esparcía por el aire. Para beber, un

merlot del 2010, obsequio de un cliente multimillonario que acabó satisfecho con su trabajo. Como había preparado una batería de preguntas para no dejarme nada en el tintero, arranqué sin más. Obvié lo de que usara un nombre distinto al de su partida de nacimiento y me centré en averiguar por qué acabó en Barcelona dirigiendo teatro. Paradójicamente, la causa también fue el declive de su padre. Le dieron buenas referencias de una clínica especializada y no dudó en trasladarse a vivir allí. Antes, en Bilbao, ya había dirigido varias obras con el pseudónimo de Carlos Domenech y lo mantuvo aunque no hiciera falta. Ya instalado —y aquí viene lo interesante—, conoció a Manel, un joven actor con el que mantuvo una relación de cinco años y que, a la postre, fue quien lo introdujo en el círculo teatral barcelonés. De hecho, Hugo se inició como ayudante de dirección en su compañía hasta llegar a dirigirla. Fue el exceso de horas juntos lo que propició la relación; también lo que la deterioró. Bueno, eso y la promiscuidad de Manel. Un alma libre, dijo con retintín. Acabó fugado con un empresario teatral y su vacante fue cubierta por el hijo de la gran actriz Virginia Dicenta que, como madre abnegada, no faltó al estreno de su hijo. Quedó tan impresionada por la dirección de actores que quiso contratar al artífice de sacar oro del nulo talento de su vástago. Y desde entonces, Hugo compaginó su trabajo de arquitecto con el de director. Aunque el padre nunca conoció su doble faceta, sí que descubrió su homosexualidad una noche que se levantó a beber agua. Cuántos secretos desvelados gracias a la sed, cuánto le debemos.

A punto de preguntarle si había tenido otras parejas después del tal Manel —que ya me caía mal sin conocerlo—, Hugo cambió de tercio para interesarse por mi película. No le impresionó que relatarla la fijación de los productores por salpicar la trama con secuencias de sexo. Gajes del oficio, pensaría. Fue entonces cuando revelé en voz alta (que tiene mérito) que la película me estaba obligando a afrontar aspectos inabordables de mi vida sexual. Me impactó mi propia afirmación. Hugo soltó un «vaya» que incluía un sesenta por ciento de nostalgia y un cuarenta de reproche. Úrsula, hasta ese momento interesada en la conversación, agachó la cabeza, incómoda con el giro del diálogo. Hugo aprovechó para confesar que se había

enterado del *affaire* con mi compañero de reparto debido al hábito de almorzar con la tele generalista de fondo. Lo desmentí, parapetándome en que la inmadurez de Salvador impedía que aquello derivara en una relación. «Una pena, porque el chico está para comérselo», sentenció Hugo. A Úrsula, tanta sinceridad la empujó a cambiar de tema, sin sutilezas. Preguntó por la nueva utilidad del hórreo, que tenía justo enfrente, y Hugo se limitó a decir que era una pocilga que usaba para almacenar proyectos. Como ninguno asimiló el artificioso cambio de conversación, acabamos partidos de risa entre anécdotas reales y ficticias, como siempre. Qué rabia, esta reunión podría haber sido una constante desde 1986, pero no. Tuvo que ocurrir treinta años después, harto de ser mártir de mis emociones. Sería un jugoso argumento para una película, aunque la coletilla de «basada en hechos reales» condicionara su trascendencia a producto televisivo.

Tras la comida, a petición de Úrsula, nos acercamos al río a dar un paseo. Llevaba la mitad de agua que de costumbre, otra muestra flagrante para los escépticos del cambio climático. Úrsula nos advirtió que debía hacer varias llamadas. Sonaba a excusa para que pudiera quedarme a solas con Hugo, pero se lo agradecí igualmente. Nos sentamos cerca de la orilla, en una de las pocas zonas que no habían sido invadidas por la maleza.

—Me alegra que te quedaras con la casa. Echaba de menos este lugar.

—Supongo que, además de emprendedor, soy masoca. Mis recuerdos no eran tan agradables como los tuyos.

—Si te sirve de consuelo, lo que vino después no fue fácil. Son los daños colaterales de tener que elegir.

—¿Elegir?

—Así es. Que te atraigan tus dos mejores amigos no es habitual. El problema es que... me temo que me enamoré de la opción que deseché.

Hugo buscó refugio visual en el agua con tal de no enfrentarse a mi afirmación que, para no variar, llegaba tarde. Intenté arreglarlo.

—Perdona. Ha sido brusco incluso para mí. No creas que lo tengo asumido.

—Entiendo que Úrsula no sabe nada.

—No, aunque quizá no haga falta. Lo vivió a fuego lento.

—Vaya... Durante años creí que me había cargado nuestra amistad imaginando conflictos que no existían, a pesar de la última noche. Lo que me sorprende es que hayas tardado tanto en romper esa barrera.

—Hay barreras con muchas capas. Úrsula tiene razón, opté por el camino fácil. Fui cobarde.

—Te recuerdo que el que salió huyendo de aquí fui yo.

—A ti te obligó tu padre, lo recuerdo perfectamente.

—No..., mi padre solo llamó para saber qué tal estaba.

Lo que me hubiera gustado entender mal esa frase o que me hubiera mentido con el único propósito de quedarse por encima.

—¿Tu abuelo no empeoró?

—No, aunque lo hizo poco después. Fui yo el que decidí irme a Bilbao a hacer arquitectura. Necesitaba alejarme de ti.

—¿Te fuiste por mí?

—Por lo que no comprendía de ti. Lo que decías no se correspondía con lo que mostrabas, Víctor. Era como ver dos películas en una.

—Pues sí, era el protagonista de las dos. ¿Y lo demás?, la carrera, tus padres, tus amigos. Sacrificaste demasiado.

—Enamorarse implica perder la referencia de lo que es un sacrificio. Fantaseaba contigo desde el primer día. No fue fácil verte durante un año sin aspirar a nada. Cuando llegamos aquí, tu actitud cambió, me tratabas diferente. En el río, en la habitación... Y justo cuando quise descubrir hasta dónde eras capaz de llegar, vino el hachazo.

Ahora era yo el que se refugiaba en el agua para no ahogarme con tantas imágenes. Por suerte, Hugo cogió carrerilla.

—Cuando me fui, todo empeoró. Te tenía muy presente. Esperé dos años a que dieras señales de vida y te aseguro que, en aquella época, el tiempo no pasaba tan rápido.

—¿Cómo iba a hacerlo? Desapareciste del mapa.

—Te lo dejé escrito en la carta...

—Espera, ¿qué carta?

—La del dibujo detrás, la que coloqué dentro de tu maleta.

—¿Qué dibujo? ¿Y qué decías en la carta?

—Ya no importa. Lo práctico estaba al final, la dirección de mis abuelos y su número de teléfono. Las primeras semanas no dejaba de mirar el buzón. ¡Qué estúpido!

—Te juro que...

—Para, ya está. No hubiera cambiado nada. Deberíamos dejar de martirizarnos. Lo importante es que ahora estamos aquí.

Y Hugo me cogió la mano, repitiendo el único gesto que llegué a permitirme en el pasado. Ahora era él quien no aclaraba sus objetivos. Podría tratarse de una declaración de intenciones o solo pura condescendencia. Qué molesta es la incertidumbre. Al menos había ternura en su gesto, eso sí lo podía asegurar.

—Cuando estudiaba en Bilbao, visitaba a menudo la playa de Ereaga. Solía quedarme hasta que anochecía, fantaseando con que el día menos pensado volverías para rescatarme. Te sentarías a mi lado y nos limitaríamos a disfrutar del atardecer. Sería el principio de nuestra historia. Esperanzas para no volverme loco.

Escuché un ruido de cámara de fotos. Era Úrsula, inmortalizando el instante. Su euforia por los doce mil euros que cobraría en la serie difuminó una revelación para la que no tenía antídoto. También se preguntaba si sería el último anzuelo, el típico miedo actoral que comienza justo cuando te han lanzado un salvavidas. La Úrsula fotógrafa era la principal candidata a cleptómana de misivas, aunque prefería culpar a la casuística antes que a ella. No era justo pasarla de víctima a verdugo. «Os veo muy secos, ¿no?», dijo nuestra sospechosa. Y esa simple frase sirvió para lanzarnos al agua y dejarnos llevar por una corriente distinta a la de hace treinta años, como si nunca se hubieran invertido nuestros destinos, como si todo estuviera aún por descubrir.

De vuelta a la casa, nos centramos en comentar la película que, a fin de cuentas, era el nexo que unía pasados y presentes. Pese a los obstáculos, Hugo estaba convencido de que la adaptación sería un éxito y que saldría reforzado. Úrsula me preguntó si habían mantenido el final. Yo asentí con mi sonrisa pícaro habitual.

—¿Qué piensas hacer?

Úrsula no entendía mi pregunta. Entonces volví a formularla con la entonación adecuada, es decir, con preocupación y nerviosismo.

SENÉN

¿Qué piensas hacer?

CATALINA

Lo mejor será no airear los trapos sucios. No estoy dispuesta a que se me siga estigmatizando.

SENÉN

Sé que es difícil, pero podríamos volver a intentarlo.

CATALINA

Imposible. Has convertido nuestro hogar en un infierno.

SENÉN y SEBASTIÁN agachan la cabeza.

SENÉN

Necesito salir de aquí. Creo que iré un rato a pescar, solo.

Y volví a hacerlo. Si mi personaje accedía a otra habitación, yo también. Me metí en la de Hugo, simulando buscar una caña de pescar mientras mi hijastro y mi mujer discutían agriamente. Deambulé por un espacio que podría haber frecuentado hasta la saciedad. Buscaba indicios de haberme echado de menos todos estos años. Pero nada, ni fotos ni recuerdos que ocuparan un lugar destacado. Tampoco lo había de otros amores, ninguna devoción por nadie, lo cual me consolaba. Úrsula y Hugo avanzaban en el texto, una sucesión de reproches cruzados entre madre e hijo. Al no encontrar respuestas en lo visible, me lancé a descubrir inmundicias en lo invisible. Contaba con poco margen. Abrí su armario, tan perfectamente ordenado que suponía un sacrilegio examinarlo. Entonces hurgué en el cajón de su mesilla, la mejor expresión de lo cotidiano. Descubrí que sufría

taponamiento nasal y que, como las actrices glamourosas de los cincuenta, dormía con antifaz. No debería haber abierto el segundo cajón, de la misma forma que no debería haberle dado cancha a la maquilladora de *Recuerdas quién soy*, cuando me mostró los retrovirales con los que se medicaba el redactor del programa. La caja era tan llamativa que se quedó grabada en mi retina. Por eso, cuando la encontré en aquel cajón, supe de inmediato lo que significaba. Me sentí tan despreciable que quise desaparecer. Úrsula y Hugo concluían su texto y no había tiempo para borrar mi cara de preocupación. Casi mejor, haría más creíble mi actuación. Silencio, me tocaba. Cogí un bastón apoyado en la pared que hiciera de caña de pescar y salí con el objetivo de disimular mi inquietud por un virus que, aunque ya no era letal, contaba con el poder de trastocar una vida. Y la de los demás.

Finalizada nuestra improvisación, aplaudimos y celebramos que recordábamos el texto, que nos recordábamos. Se acercaba la hora de regresar a Madrid. Hugo insistió para que pasáramos la noche allí, pero al día siguiente debía afrontar la misma secuencia con la que acabábamos de jugar. Ciertamente que las ojeras le vendrían bien a un Senén acorralado por los miembros de su nueva familia, pero solo pensar en contratiempos o en los bufidos de Gerard si la secuencia no le convenía, se me quitaban las ganas. Hugo no ocultó su decepción. Con independencia de su modo de vida ermitaño, supongo que agradecía la compañía de seres humanos.

Úrsula se despidió de Hugo sin alharacas y se apresuró hacia el coche para dejarnos solos de nuevo. Yo me abracé a él con una contención que deseché durante el propio abrazo, que no percibiera que conocía su enfermedad. Me era imposible mostrar arrepentimiento en un solo gesto, así que los evité todos y elegí meter la pata.

—¿Sería posible retomar nuestra relación desde donde lo dejamos?

—Suenan bien, pero no estamos en el mismo punto, Víctor.

—Vaya, siempre llego tarde.

—No es tarde. Yo solo soy el último peldaño en el que te quedaste. Te deseo mucha suerte con tus proyectos y con tu nueva vida.

—Gracias. Espero que mi final sea más indulgente que el de la película.

—Los finales agridulces son los mejores. Anda, vete, que empieza a refrescar.

—Luego te mando las fotos que nos hemos hecho. Y coloca alguna en la casa, para que nos recuerdes. Se te quiere mucho.

Y regresé al coche, arrepentido de soltar afirmaciones impersonales, que a la postre es el modo más cobarde de mostrar nuestros sentimientos. ¿Se te quiere?, ¿por qué me erigía en portavoz de otros? Una sensación de fracaso me poseyó como un diablo esperanzado en huir de las tinieblas y eso que fui el que tomó la iniciativa. Me prometí volver a visitarlo cuando ya no esperara nada de él. Probablemente en otros treinta años.

Nada más entrar al coche, abrí la ventanilla. Úrsula fumaba como un personaje de cine negro y presa de una histeria que había ocultado a la perfección. Mi versión de niño caprichoso le pidió que arrancara. No se habían cumplido mis expectativas, por improbables que fueran. Úrsula me ignoró y abrió la guantera del coche. Dentro, una hoja amarillenta con un dibujo mío de joven, aunque la técnica al carboncillo envejece a cualquiera. Sin dar más explicaciones, supe lo que nos traíamos entre manos. Por detrás, la dichosa carta que Hugo me escribió para empujarme a dar un paso que nunca di. La prueba del delito.

Mientras la leía, un orbayu persistente comenzó a envolvernos. A veces, la meteorología se mimetiza con nuestras emociones, aunque no descarto que se burle de nosotros. Lo que me temía, la carta era toda una declaración de intenciones, además de un retrato preciso de mi personalidad. Úrsula tuvo la deferencia de respetar mi prolongado silencio. No intentaba asimilar nada, solo me dejé llevar por la tristeza que arrastraba meses, años, quizá la vida entera, y empecé a llorar. Qué gusto, llorar. Por todo y nada en concreto. Me aferré a la imagen de mi madre, que regresaba para consolarme. También la de mi padre, provocándome una furia que nunca había experimentado. Aun así, Úrsula se hizo responsable de mi llanto:

—No debiste dejarme hacer tu maleta. Fue duro averiguar que eras tú el objetivo y no yo. Quise decírtelo, muchas veces, pero tú no dudaste y mi sexto sentido estaba atrofiado. Tampoco podía soportar la idea de perderte.

Lo siento.

—Tranquila, el debate interno era solo mío. He sido mi peor enemigo. Ojalá hubiera descifrado antes los mensajes de D. Amador. Hubiera preferido conocer su existencia, no te voy a engañar, pero hace treinta años mi capacidad analítica era similar a la de una ameba. La carta no habría cambiado nada. De hecho, sigue sin hacerlo.

Úrsula arrancó el coche para soltar la culpa por el tubo de escape. Al alejarnos, cerré los ojos y mi imaginación se encargó de continuar la escena con una Úrsula que me empujaba a no repetir errores.

—Eso lo puedes solucionar. Tu personaje busca predicados, ¿no? Pues yo te daré uno: Víctor Zimmerman bajó del coche, corrió hacia su amigo Hugo y se fundieron en un beso capaz de superar cada impedimento.

—Sí, es un predicado muy completo.

Obedecí. Salí destartado del coche y arranqué a correr ante la mirada sorpresiva de Hugo. Me sentía más joven a cada zancada, como si el devenir del tiempo me otorgara la tregua que no concede jamás. A la altura de Hugo, mi transformación se había completado. Con un ímpetu adolescente, me lancé a dar un beso de los que invitan a la euforia. Hugo me correspondió, tan joven como yo, retorciéndonos para encajar nuestras mandíbulas. Un beso en mitad de la lluvia, el que debí dar hace tres décadas. Volvía a pasar ese tren que solo da una oportunidad.

Así debería haber sido la última secuencia, la última página.

El frenazo de Úrsula me devolvió a la realidad, en concreto, al cruce con la carretera comarcal, rumbo a un Madrid que no nos esperaba. Por delante, un trayecto donde debía llegar a conclusiones beneficiosas para mantener nuestra amistad. Le propuse estar cerca de Darío, actuar como el padre que nunca tuvo, aunque el tal Joan siguiera presente. No era el ansia por colocar cada pieza del puzle, sino resarcirme con los que habían significado tanto, aparcar el egoísmo por una temporada. Además, nunca abrí la prueba de paternidad, todavía existía una remota posibilidad de que Darío fuera hijo mío. El que no se consuela es porque no quiere. Úrsula se emocionó, pero se esforzó para que no se notase.

A la altura de la Laguna de los Negrillos, Hugo me envió al teléfono un vídeo grabado por él aquella tarde. Barruntaba que debía verlo solo, así que no se lo comenté a Úrsula. ¿Existirá al final el sexto sentido? El vídeo empezaba con el título «Una película muda». En el plano, Hugo camina hacia el hórreo, sube con torpeza y abre la cerradura. Al encender la luz, el supuesto trastero es en realidad un estudio de trabajo. La imagen se centra en recortes de periódicos clavados con chinchetas por las paredes. En cuanto la cámara termina de enfocar, compruebo que están relacionados con obras de cine y teatro donde yo había participado. La mano de Hugo tiembla ligeramente y la escasa luz no deja apreciar con nitidez los titulares de los artículos. Al recorrer la pared, muestra fotos de ensayos en la escuela. Se detiene ante una que yo también tenía, donde Hugo y yo repasábamos un texto en la biblioteca. La imagen se funde a negro. Recibí un mensaje de texto: *Aun a riesgo de que me taches de psicópata, te enseño mi guarida. Los recuerdos los amontoño aquí. Es mi lugar favorito. Buen viaje de vuelta.*

Y así fue cómo la aflicción por la despedida se transformó en una sonrisa. Todavía no se me ha borrado.

De predicados, de rebeliones.

Madrid, junio de 2019

El rodaje llegaba a su fin, un cansancio que mitigábamos con bromas forzadas y gominolas. Se preparaba una secuencia trascendental, de las que te encumbran o te hunden como actor. Gerard, consciente de jugárselo todo a una carta, mezclaba castellano y francés más que nunca. María alternaba entre anestesiarnos con sus neuras y perseguir a Salvador. Decidí obviar lo de las fotos de mi supuesto romance. No podía permitirme vetos de actores resentidos. Salvador me evitaba o yo le evitaba a él, no podría concretarlo. Seguro que le excitaba que le ninguneara, aunque no lo hiciese adrede. La impronta de la visita a Hugo estaba tan reciente que, en la comparativa, Salvador perdía por goleada. Águeda hacía virguerías para quitarle brillos a Mariano, que sudaba a borbotones en pleno síndrome de abstinencia por no poder contactar con su amor platónico de juventud. La que nunca desarrollaría síndrome alguno era Ángela, que se mantuvo encocada hasta el último día. Eso sí, sus pupilas dilatadas subrayaban la indignación contenida de su personaje. Igual hasta la nominan al Goya, alegando «una transformación verosímil e inquietante», que tiene narices. Pablo seguía transmitiendo esa paz propia de quien tiene el ego en su sitio. Era la última vez que me daba ánimos, mi última intervención.

Prevenidos para otro plano secuencia que marcaría el destino de la película. Ojalá haberla podido rodar con Úrsula y Hugo y ojalá no haber abierto ese cajón. Así no sentiría un afán irrefrenable por cuidarlo... Acción.

SENÉN

¿Qué piensas hacer?

CATALINA

Lo mejor será no airear los trapos sucios. No estoy dispuesta a que se me siga estigmatizando.

SENÉN

Sé que es difícil, pero podríamos volver a intentarlo.

CATALINA

Imposible. Has convertido nuestro hogar en un infierno.

SENÉN

Necesito salir de aquí. Iré un rato a pescar, solo.

SENÉN entra en su habitación mientras su mujer y su hijastro discuten. Aturdido y ansioso, se sienta en la cama y se cubre la cara con sus manos.

Segundos después, se oye un portazo y se hace el silencio. SENÉN se levanta, coge la caña que está detrás de la puerta y sale. No hay nadie en el salón, lo que le extraña profundamente. Fuera escucha voces. Se acerca a la puerta de entrada y descubre a una pareja de guardias civiles que esperan junto a CATALINA, SEBASTIÁN, FELIPE, JACINTA y varios padres de alumnos de la escuela. SENÉN, extremadamente nervioso, pretende salir por la puerta de atrás, pero también está vigilada por otro guardia.

GUARDIA VICIL 1

¿Senén Juárez?

SENÉN sale fuera de la casa.

SENÉN

Sí, ¿qué ocurre?

GUARDIA CIVIL 2

Tiene que acompañarnos.

SENÉN
¿Por qué?

GUARDIA CIVIL 2
Se le acusa de abusar de su sobrino Sebastián.

SENÉN
¿Qué? Eso no es cierto.

GUARDIA CIVIL 1
Su mujer lo ha reconocido y tenemos pruebas que lo demuestran.

PADRE 1
Sepa Dios lo que les haya hecho a nuestros hijos.

JACINTA
Sí, porque a su mujer le hacía poco.

SENÉN
Los trapos sucios en casa, ¿verdad? A lo mejor les interesa saber que
Sebastián no es sobrino de mi mujer, sino su hijo.
Los guardias se miran, estupefactos.

FELIPE
Perro desgraciado.

JACINTA
Además de depravado, chivato.

GUARDIA CIVIL 2
Acompáñenos.

SENÉN
Sebastián, di la verdad.

SEBASTIÁN

Me amenazaba con hacer daño a mi madre si no accedía a sus deseos.

SENÉN

¿Cómo puedes decir eso? Mírame.

SEBASTIÁN agacha la cabeza.

El GUARDIA CIVIL 1 coge del brazo a
SENÉN para llevárselo.

SENÉN

Suéltame, no tenéis derecho a hacer esto. No he hecho nada malo.

GUARDIA CIVIL 2

¿Te parece poco ser un bujarra?

SENÉN

Solo soy culpable de enamorarme de una persona y, aun así, intenté contenerme. Sois unos cínicos. Con una mano os santiguáis en la iglesia y con la otra apretáis el gatillo. Dais asco. Sois vosotros los que deberíais ser perseguidos.

El GUARDIA CIVIL 2 mete varios puñetazos a SENÉN en el estómago y cae arrodillado al suelo. CATALINA mira hacia otro lado.

GUARDIA CIVIL 2

Siento que hayan tenido que presenciar esto. Ahora intenten rehacer su vida y, Catalina, si es verdad que es su hijo, procure que nadie se entere. Bastante tiene con lo que tiene.

CATALINA

No tengo nada, me lo habéis quitado todo.

GUARDIA CIVIL 1

En su caso, no va a perder mucho.

El GUARDIA CIVIL 1 obliga a levantarse a SENÉN y, junto a su
compañero, se alejan de la casa.

CATALINA

¿Dónde lo lleváis? No quiero que le pase nada malo.

GUARDIA CIVIL 1

No se preocupe, señora, estará bien. Con Dios.

SENÉN y los GUARDIAS CIVILES desaparecen entre la arboleda.

FELIPE se acerca a SEBASTIÁN y le susurra al oído.

FELIPE

Has hecho lo correcto.

SEBASTIÁN se aparta y se acerca a su madre, bastante afectado.

FELIPE

Alegrad la cara. Ese desgraciado está lleno de pecado.

CATALINA

Quien esté libre de pecado que tire la primera piedra.

Cuando CATALINA se dispone a entrar en la casa, escucha dos disparos.
SEBASTIÁN rompe a llorar. CATALINA lanza un grito desgarrador y corre
en dirección a la arboleda. FELIPE detiene a su hermana, que empieza a
darle puñetazos en el pecho.

Gerard nos hizo repetir dos veces la toma, más por sus problemas de
visión que por estar descontento con el resultado. Se negaba a airearlo en
público y yo tampoco lo hubiera hecho. Tendemos a la condescendencia
con quien sufre calamidades.

Era mi última secuencia y deseaba que pronto vinieran otras. No podía permitirme otro parón de tres años. Me despidieron con vítores. No pretendía que valoraran mi funambulismo existencial, aunque fuera esa cualidad lo que mereciera una gran ovación. Me conformaba con que admiraran mi capacidad para transmitir, ser una versión mejorada de mi padre. Me regalaron un ramo de rosas y, cuando lo elevé en señal de triunfo, me clavé sus espinas en la mano. Soy imbécil.

Al equipo aún le quedaba un plano. María, Salvador y Mariano ensayaban cambios de última hora mientras Águeda me curaba los pinchazos. Tenía a Hugo presente, más que nunca. Lo que hubiese dado por compartir rodaje con él, da igual en qué espacio y tiempo. Todavía recuerdo la cara de don Amador al enterarse de que su alumno tartamudo ocuparía el puesto que dejaba Hugo. De hecho, no pasó por ese aro. A dos semanas del estreno, convenció a su sobrino Ángel para representar el papel de Sebastián (o al menos él dijo que era su sobrino). Sin ser un animal escénico, resolvió la papeleta con solvencia. Seguía sublimando a Hugo pese a conocer sus intenciones, que ya tiene delito. Es curioso, pensé que ahondar en lo masculino me reportaría ilusiones nuevas, que destapar lo enterrado serviría para invertir procesos. No asimilé el consejo tan manoseado en reuniones de autoayuda, ese que promueve que, para avanzar en la vida, uno debe estar conforme consigo mismo.

Todos aplaudieron. La secuencia concluyó y con ella dos meses de trabajo electrizante. Se estableció entonces un juego de miradas complejo. Águeda seguía a Angelita, Angelita a María, María a Salvador, Salvador a mí y yo me centré en disfrutar de la cara de satisfacción de Gerard. Ah, y Mariano a su móvil, rompiendo con las directrices de su terapia. Los técnicos acorralaron a Gerard y empezaron a mantearlo. Volaba por los aires con su enfermedad degenerativa, su diabetes y su autoexigencia. María y Angelita desaparecieron juntas, puede que a retomar viejas costumbres o a despedazar a quien no hubiera caído en sus redes. En cuanto Gerard se recompuso del vapuleo, se acercó:

—Víctor, se acabó. Has hecho un trabajo excepcional. Gracias.

—Gracias a ti por confiar en mí, aunque nunca entenderé qué fue lo que te convenció. Lo de aquel programa de televisión fue una aberración.

—¿Qué programa? Yo no veo la televisión. Es mi secreto para mantener la mente lúcida.

—¿Entonces?

—Digamos que tienes buenas amigas que confían en tu talento.

—¿Quién? ¿Luisa?

—Sí. Esa mujer es buena estratega. Me dijo que la película o te ayudaba o te destruía, pero que yo saldría ganando. Y ha acertado de lleno.

—Esto es de locos.

—Prometí no decírtelo, pero no me resigno a que pienses que consumo programas del corazón.

Me despedí de Gerard intuyendo que sería su última película. Me conformaba con que le reportase beneficios para vivir sin quebraderos de cabeza el resto de sus días. Mientras le abrazaba, Salvador le apretó un morreo antológico a uno de los técnicos que solo me provocó indiferencia. Mi luto particular me protegía de escarmientos. Pablo se acercó para darme las gracias y se encontró con un agradecimiento mayor por mi parte. Fue la despedida más sincera, quizá la única.

Era viernes. Avisé en la residencia que iría a recoger a mi padrastro. No recordaba mi desplante, pero su cuerpo llevaba un mes sin su dosis semanal de bocadillo de chorizo. En el trayecto de la clínica a mi casa, se metió entre pecho y espalda los dos que le preparé. Al bajar de la ambulancia, Darío me esperaba en la puerta. Traía novedades. Me reclamó los trescientos euros pactados, asegurándome que no me arrepentiría de la información. Según sus averiguaciones, Ramón «el extorsionador» se llamaba en realidad Norberto Pérez Portalatín. Efectivamente, era guarda de seguridad, pero no de una empresa textil, sino de una fábrica de jamones en Tarancón. La investigación de Darío se centró en la deuda que mantenía con Hacienda y, eureka: el negocio por el que se le reclamaba dinero estaba relacionado con el Cariñitos, un bar de carretera donde cinco mujeres lituanas ejercían la prostitución. Darío, en un alarde de investigación

periodística, contactó con una de las chicas, reconociendo que su jefe las explotaba y que, a pesar de que Norberto se embolsaba el setenta por ciento del servicio sexual, cobraban lo suficiente para vivir tranquilas. Un delito demasiado grave para acusar sin pruebas. Entonces encendió el ordenador y, de una de las carpetas, reprodujo un vídeo. Había conseguido acceder al circuito interno de las cámaras de seguridad del local, donde se mostraba su prolífica actividad nocturna, así como los cobros en negro a las trabajadoras por parte de aquel proxeneta. Lo que se estaba perdiendo el servicio de inteligencia con este chico. Me aseguró que no había dejado rastro y me pidió permiso para mandarle un correo electrónico desde una dirección falsa con toda la información y con el siguiente mensaje: «Ahora yo sé más de ti que tú de mí. Búscate a otro al que chantajear». Y, para colmo, utilizó de firma mi *nick* en la plataforma de citas, Floren-caliente. Estaba ante un genio o un psicópata. De cualquier forma, el dinero estaba bien amortizado. Sería nuestro primer secreto como padrastro e hijastro.

Me vine arriba y preparé una cena improvisada de celebración. Invité a Águeda y, aprovechando que Darío estaba en casa, también a Úrsula. Del equipo, solo se apuntaron Lourditas y Pablo. Intenté convencer a Leo para practicar mis dotes celestinescas, pero su adicción al trabajo era un hándicap insalvable. Gerard y Luisa también declinaron mi invitación. Habría estado bien agradecerles en directo los tejemanejes que llevaron a mi costa.

La velada transcurría apacible. Algunas de las personas que más quería estaban en esa mesa. Braulio se comportaba, aunque era reacio a tomarse sus pastillas para dormir, por si al cerrar los ojos despertaba de nuevo en la residencia. Se ofreció a partir el melón que trajo Lourditas de postre y, a pesar del riesgo por manejo de cuchillo, no pudimos negarnos. Se fue a la cocina con la ilusión de un niño pequeño y Darío se levantó antes de terminar, como de costumbre, rumbo a la que ya consideraba su habitación.

En mitad del trasiego, llamaron a la puerta y Úrsula acudió a abrir. Supuse que sería Luisa, que no descartó pasarse si terminaba pronto su polvo pautado con el pizzero. Lo siguiente que escuchamos fue un chillido y un trastazo. Nos pusimos en alerta y, al salir al pasillo, descubrimos el

pastel. Ramón, o mejor dicho, Norberto, había entrado en casa, empujando a Úrsula contra la pared y tirando los cuadros de renos que tanto detestaba. Llevaba una pistola y, por su actitud, sería capaz de usarla. Darío seguía en su habitación, ajeno al mundo con sus cascos, como si lo viera. Norberto me advirtió que no le importaba ir a la cárcel, ya fuera por publicar el vídeo porno o por dispararme en el pecho, que no tenía nada que perder. Evidentemente, su presencia en mi casa indicaba lo contrario. Nos exigió que dejáramos los móviles en el suelo. Daba órdenes con la contundencia de un profesional. Luego obligó a Pablo, Águeda y Lourditas a meterse en el baño. Los tres obedecieron sin rechistar, aparcando sus temperamentos para situaciones menos tensas. Me reclamó todo el material que le había mandado y, por supuesto, el ordenador para asegurarse de que no hubiera copias. «Darío, no salgas», me repetía. Entré atosigado al salón para cogerlo. «¡Date prisa!», gritó enfurecido. Perdí la cuenta de las veces que me llamó maricón de mierda. Encendí el ordenador y me metí en mi correo, pero no recordaba la contraseña. Igual me influyó que me apuntara con una pistola. De repente, se oyó un ruido metálico. Entonces apareció Braulio con dos llaves grifa y con una cara de perturbado que me hizo pensar que empezaba a acumular enfermedades mentales. Norberto, desquiciado, vociferaba sin filtro. Braulio obvió sus amenazas y empezó a entrechocar las llaves con mayor frecuencia. Me temía lo peor. «Qué forma de morir tan absurda, muera quien muera», pensé. Para nuestra sorpresa, la cara del quinqui palideció, un trasvase de miedo repentino. Braulio se acercaba a él despacio y Norberto retrocedía, perdía terreno. «Dile al viejo que pare». Lo intenté, pero ni caso. Braulio se abalanzó sobre Norberto que, al recular, dio un traspiés y cayó al suelo, lanzando la pistola unos metros. Úrsula, que observaba por una rendija del baño, salió disparada a cogerla. Para rematar, Braulio se montó encima de Norberto y clavó las llaves al lado de sus sienes.

Cuando llegó la policía local, se toparon con dos mujeres con una pistola, un anciano intimidando con herramientas a un hombre, otro hombre metido en un cuarto de baño y a mí forcejeando con el de las herramientas. Como costaba averiguar quién era el delincuente, Úrsula se apresuró a

delatar al culpable. A Braulio tuvieron que apartarlo por la fuerza, no sin antes comprobar que se había cagado encima de Ramón-Norberto. Todavía me da la risa cuando pienso en esa imagen. Mientras lo esposaban, me amenazó con sacar el vídeo porno a la luz. Se delató él solito. En cuanto los policías se lo llevaron, se abrió la puerta de la habitación de Darío, que fue el que marcó el 091. Úrsula, sospechando de nuestras maquinaciones, nos preguntó si lo ocurrido tenía que ver con nuestra quedada, y yo, pese a nuestro acuerdo de sinceridad, no dudé en mentirle, porque hay juramentos que prevalecen sobre otros.

Así concluyó nuestra particular odisea. Águeda estaba como si nada. «En peores plazas hemos toreado», soltó. A Braulio lo duchamos y disolvimos el somnífero en la pulpa de una raja de melón, cayendo rendido en cuestión de minutos. Calculamos que Norberto se enfrentaría a unos siete años de prisión que se quedarían en tres o cuatro, periodo en el que debería hincharme a aceptar proyectos, no fuera a ser que al liberarse tomara represalias y sacara a la luz mis miserias pornográficas.

Úrsula me acompañó a interponer la denuncia, enterándose de la historia conforme declaraba. Insistió en dormir conmigo, por si soltaban al delincuente y regresaba. No hizo falta porque, junto a Águeda, nos dieron las ocho de la mañana entre elucubraciones macabras y planes a medio plazo. Una noche de pijamas atípica. Águeda llegó a expresar que lo que le chiflaba de nuestra relación era que, cada cierto tiempo, tenía posibilidades de morir, ya fuera enterrada o tiroteada. Úrsula, con alguna copa de más, fue la primera en dormirse y sí, seguía atrayéndome su belleza. Me alegraba que los últimos acontecimientos no hubieran dañado la esencia. Podría ser un síntoma de madurez o de locura. En ambos casos merecía la pena.

No tenía planeado que Conchita me hipnotizara, no estaba entre las titulaciones que adornaban su sala de espera. Nunca creí en el hipnotismo, en parte por cómo lo mostró la televisión en los noventa, a medio camino entre el espectáculo y el esperpento. Aun así, no tuve opción. En una habitación oscura contigua a su despacho, encendió un par de velas con olor a naranja y bergamota, dispuesta a demostrar sus cuestionables dones. Resultaba tan previsible que ya planeaba buscar otra especialista. Con su móvil, abrió la aplicación «pendulums and dreams» y sonó una especie de metrónomo eléctrico. «Este ritmo te irá bien», aseguró Conchita. Colocó la pantalla delante de mí y me instó a que siguiera la bolita blanca. «Falta musiquita», pensé despectivamente. Dicho y hecho, darbukas de fondo. Parecía que estaba conectada a mi cerebro.

—Céntrate en la bola. Vamos a intentar llegar hasta el final.

—¿Cómo?

—Tú relájate. Respira profundo. Eso es, alarga la respiración. Otra vez. Bien... Límitate a dejar la mente en blanco. No hay nada que te inquiete ni pueda hacerte daño... Ahora focaliza a tu padre en el último día que pasasteis juntos. Jugabas a ser un aprendiz de detective... Tus párpados se vuelven pesados...

No conseguía dormirme. Mi insomnio estaba muy enquistado. Imposible, impo... Sorteé una neblina que proyectaba recuerdos desordenados, la mayoría agradables, representativos de una vida digna. La niebla se volvió densa y, con ella, los recuerdos, concentrados y suspendidos como aquellas diminutas gotas de agua líquida. Un espacio onírico tan poco acogedor que me negaba a transitarlo, aunque fuera por un instante.

—Señor Wilson, la víctima se clavó el cuchillo con la mano derecha, pero el bolígrafo lo dejó al lado izquierdo de la carta.

—¿Y qué? No entiendo lo que quiere decirme.

—Mi querido aprendiz, la víctima era zurda. Alguien la obligó a escribir la carta y luego la asesinó.

—Ostras, papá, no había caído en ese detalle.

—Los detalles son importantes en estas situaciones.

—Soy estúpido, debería haberme dado cuenta.

—Solo estás despistado. Tus hormonas están alteradas, es normal.

—Y encima me convertiré en un monstruo lleno de granos.

—Te estás transformando en un hombre. Tu espalda está ensanchando, y tu voz es cada día un poco más grave.

—Pues eso, feo y deforme. No quiero jugar más a esto. No sirvo, no quiero ser actor.

—Qué tontería. Vas a ser actor y uno de los mejores, además.

—¡Deja de engañarme, es tu sueño, no el mío!

—¿Cómo puedes decir que yo te engaño? Me decepcionas, Víctor.

—Pues por eso. Mejor dejarlo y así no te decepcionaré.

—Víctor, la frustración forma parte del proceso. Estás muy tenso, tienes el cuello rígido. Te daré un masaje para que te relajes.

—Déjalo, papá. Mañana haré deporte.

—Hazme caso, te ayudará. Espera, voy a quitarme la camisa, estaré más cómodo.

—Papá, tu pantalón...

—Es normal. Ocurre cuando nos ponemos contentos. A ti ya te ha pasado, ¿a que sí?

—Alguna vez.

—¿Y cómo lo has solucionado?

—Me froto rápido hasta que se me pasa.

—Pero ¿a que te da gustito?

—Sí.

—Pues a mí me pasa lo mismo. Mira, tócala.

—Pero...

—Tócala, vamos. Eso es... ¿Lo ves? Se pone dura y grande. Dentro de poco la tuya también estará así. ¿Puedo tocarla?

—Vale.

—Todavía está blandita y pequeña.

—¿Eso significa que no estoy contento?

—No, solo necesitas ayuda. Quítate la camiseta, hace mucho calor.

—Yo no tengo calor.

—Pero lo vas a tener. Venga, yo me quito también los pantalones. Esto será un secreto entre tú y yo. Nadie más lo puede saber. ¿Entendido?

—Sí.

—Ven, tumbate en la cama, que de pie no se dan bien los masajes...

—¿Víctor, Víctor?... ¡Víctor!

Tardé en despertarme para evitar enfrentarme a la siguiente fase. Conchita me observaba preocupada, apuntando en su libreta frases que parecían importantes. Entre hiperventilaciones y sudores fríos, conseguí llegar al final de mi sueño, aunque el desenlace siguiera difuso. No para Conchita, segura de haber atado cabos sueltos. Suspiré, y tras ese suspiro vino otro, después otro y otro, hasta que me puse a llorar. Llegaron antes las lágrimas que la tristeza. Mi cuerpo me dejaba atrás, quizá en venganza por haberlo traicionado. Fueron quince minutos de un llanto incontrolable y nada reparador. A ratos se hacía presente una ira superlativa con la que hubiera destrozado el despacho entero. Limitarla a unos cuantos puñetazos al diván fue un acto de solidaridad que nunca se me agradecería. No tengo claro quién era el receptor de mis golpes, si mi padre, la sociedad al completo o yo mismo, por no reaccionar ante un daño irreparable. Conchita me ofreció un tranquilizante y un vaso de agua, pero los tiré de un manotazo. No quería drogas que aplacaran aquel infierno. Debía quemarme a lo bonzo para quedar reducido a cenizas. Conchita lo comprendió y me dio la mano, un gesto más tranquilizador que cualquier pastilla. Con la otra cogió el teléfono y anuló el resto de visitas. Perdió bastante dinero aquella tarde.

Poco a poco recuperé la calma, aunque una parte de mí se negara a verificar aquel sueño. Conchita se encargó de reconducirme, en esa

infatigable búsqueda de equilibrio dentro de su duda metódica. Me informó que existían casos de pacientes que inventaban hechos que cuadraran con su caos o, dicho de otra manera, buscar culpables que generen respuestas y, de paso, nos eximan de responsabilidades. Pero de ser cierto el abuso sexual por parte de mi padre, sería una razón plausible para desencadenar mi bloqueo hacia el mundo masculino. Una disociación de manual.

La prudencia artificial de Conchita me empujó a asumir ese desenlace. ¿Ocurrió así, no quedaba otra opción? Dentro del binomio víctima-verdugo, siempre consideré que la víctima podría haber evitado su suerte. Y, sin embargo, me sentía como el damnificado mayor del reino, demandando que el universo entero se detuviera a consolarme. Y lo peor era admitir que, a raíz del fallecimiento de mi padre, desarrollé un sentimiento de culpa que provocó mi empeñamiento con ser un gran actor como él. Lo que fuera con tal de no defraudarlo. Dos horas de disertación resumidas en un párrafo. Conchita, consciente de que se tambaleaban mis cimientos, reaccionó:

—Víctor, lo que te ha ocurrido es muy delicado y debes darte treguas.

—Es que no entiendo por qué reaccionó así. Antes nunca había intentado nada similar. Confiaba en él, le quería, mucho. Era mi referente. Algo tuvo que torcerse, tanto como para cometer esa atrocidad. En aquella época le costaba conseguir trabajo. Estaría agobiado y lo pagó conmigo.

—¿Hace falta que hagamos una lista de posibles reacciones ante el agobio y que no implican un abuso sexual, Víctor?

—Es que no me cuadra. Y mi madre sin enterarse de nada, qué pena.

—Sé que es difícil de encajar, Víctor, pero no puedes ni justificarlo ni culpabilizarte. Tú no eres el responsable, nunca lo has sido, en ninguno de los escenarios. Sus motivos son totalmente ajenos a ti y por desgracia nunca los sabrás.

—Y, entonces, ¿qué me propones para salir de este bucle?

—Ya has empezado. Lo importante es que hemos llegado a un porqué primario, de los que ayudan a entender. Es un gran avance. Ahora hay que centrarse en sanar una herida con muchos puntos de fuga, para que puedas desarrollar esa bisexualidad que te ha tenido en jaque. Lo más difícil ha pasado, aunque regresen las inseguridades, los miedos. Nunca creí en los

milagros.

—Yo tampoco. Tengo tanto acumulado que no sé por dónde empezar.

—De momento, trabajaremos el posible doble duelo al que te enfrentas, el de tu padre y el de Hugo. ¿Entiendes la decisión de tu amigo?

—Claro, ¿quién está dispuesto a iniciar una relación treinta años después? No deja de ser otra muestra de lo desesperado que estoy.

—Cosas más raras se han visto. ¿Y ahora qué vas a hacer?

—Descansar, en el amplio sentido de la palabra. Del rodaje, de mi pasado, de mis secretos y mentiras...

—Hablando de mentiras, en la anterior sesión me comentaste que, entre lo que me habías contado en los escritos, existían detalles que no eran ciertos.

—Así es.

—Pero lo de Hugo y Úrsula es verdad, ¿no?

—Sí, sí. Habría sido un delito que mintiera en esa parte.

—¿Entonces?

—Digamos que algún personaje ha salido directo de mi imaginario. Habría estado bien encontrar un apoyo en los últimos años.

—Pero tú lo has tenido. Águeda ha estado a tu... —dijo una Conchita petrificada—. ¿Águeda?, ¿en serio?

—Sí. Por desgracia solo existe en mi imaginación. De pequeño la bauticé como doña «A». Cumplió la función de hermana menor durante una temporada. Ser hijo único tiene ventajas, pero también inconvenientes. Solo la he rescatado y la he obligado a madurar, de ficción a ficción.

—Entonces, ¿nunca cuidó de tu madre?

—La que cuidaba a mi madre se llamaba Paquita, una obesa mórbida sin empatía y con tres hijos igual de gordos que ella. Desapareció el primer mes que no pude pagarla, aunque se lo cobró en especias. Fue ella la que se llevó mi lámina de Picasso. Así que no, nunca hubo ninguna Águeda.

—Y claro, tampoco te acompañó a enterrar a tu madre...

—No, fuimos Braulio y yo solos. Mi madre tuvo un funeral tradicional. En su pueblo, sí, pero ahí acaba la anécdota. Ya te dije que mi madre se había convertido en alguien previsible, convencional.

—No es nada malo ser convencional.

—Cierto, es solo que pensé que a mi novela le iría bien una parte intermedia de suspense, porque lo de Ramón, bueno, Norberto, ha ocurrido casi al final. Eso es verdad, pero tampoco es para tirar cohetes.

—No deberías haberme mentido. Si estaba tranquila con tu caso, era porque sabía que tenías apoyos, y Águeda era una pieza fundamental.

—No nos engañemos, Conchita. Un actor en la ruina, narcotizado y con un trastorno disociativo no es buen reclamo para nadie. Y en mi caso, no habría soportado que estuvieran a mi lado por pena o porque se engancharan a mis problemas para sentirse útiles.

—Bueno, yo intento ayudarte y eso me hace sentir útil.

—Ya, pero a ti, además de lo vocacional, te mueve un interés económico y no estás enganchada a mi problema.

—Después de lo acontecido, igual sí. Lo que te puedo asegurar es que has sido muy bestia. Te empeñas en remarcar lo cobarde que eres, cuando en el fondo tu valentía roza la insensatez. Así que, prueba con otro adjetivo que te defina mejor ahora que vas a tener tiempo libre.

—Espero que no mucho, no soportaría otro parón. Ayer contactó conmigo la revista *Fotogramas* para hacerme un reportaje. Tres páginas me van a dedicar. «La catarsis Zimmerman», se titulará.

—Enhorabuena, te va que ni pintado. Una última pregunta. ¿Qué es lo que más te gustaba de tu amiga imaginaria para que tenga tanto peso en los escritos? Mejor dicho, en tu novela.

—Águeda representa a esa persona que, aun con sus taras, me hubiera gustado encontrarme por el camino, mi doña «A». Todo habría sido un poco más sencillo, además de renovar mi fe en el ser humano. De sus cualidades, me quedo con su incondicionalidad, su altruismo casi...

—¿Maternal?

—Sí..., supongo que fabriqué un relevo natural de mi madre, mi recurso a la desesperada para no dejarla morir. Por eso no puedo prescindir de Águeda, al menos hasta que termine la novela.

—Entonces dale un buen final.

—Igual me decanto por un final abierto, de esos que no convencen a

nadie. O quizá debería centrarme en conseguir un buen final para mí.

—No es mala idea. Te veo la semana que viene y, si necesitas ayuda, mi teléfono está de guardia las veinticuatro horas.

—De acuerdo. Gracias.

—Oye, nuestras conversaciones no las publicarás, ¿verdad?

—Pensaba hacerlo, pero no te preocupes. Cambiaría casi todo. Te convertiría en una psiquiatra directa, hiperocupada y que haga muchas preguntas por teléfono. También puedo decir que descubriste lo de mi padre a través de una sesión de hipnosis.

—Suenas poco creíble.

—Ya, pero llegar a la consulta contando que una secuencia de sexo con mi hijastro Sebastián desató el recuerdo real de mi abuso... no tiene mordiente. Ah, y te cambiaré el nombre. ¿Alguna propuesta?

—Hum, mi abuela se llamaba Concepción, pero prefería que la llamáramos Conchita.

—¿Qué es lo que más te gustaba de tu abuela?

—Lo convencional que era.

—Ah, pues no se hable más. Conchita.

Madrid, noviembre de 2019

Aforo completo. La sala tres de los cines Callao fue el lugar elegido para el preestreno de *La rebelión del predicado*. Generó un gran revuelo mediático. Una historia repleta de sexo, la salida del pozo de un actor acabado y un supuesto romance entre sus protagonistas. Una combinación ganadora. Eso y que cuando no hay guerras o crisis con las que alertar a la población, la prensa suele prestar atención a la cultura. Afuera, hordas de nuevos seguidores exigían toda nuestra atención. Y se la concedimos.

SEC. 130. INT. COCINA. DÍA.

Ha pasado una semana del fusilamiento de SENÉN.

FELIPE retoca la caja de pesca de su cuñado mientras observa con deseo el trasero de su hermana CATALINA, que prepara la comida en silencio. Mira con asco a su hijo SEBASTIÁN, que está fuera cortando leña compulsivamente.

FELIPE

Pues esto ya está, reconvertida en caja de herramientas. Así te acordarás menos de ese desgraciado.

CATALINA

No vas a conseguir que se me vaya de la cabeza. Me voy a dormir.

FELIPE

¿Ya? Pero si es de día.

CATALINA

Pues yo lo veo todo oscuro.

FELIPE

Si te encuentras mal, me paso a dormir contigo.

CATALINA

Te aseguro que si haces eso, estaré peor, muchísimo peor.

CATALINA sale de la cocina. FELIPE se echa vino en una copa, intentando gestionar una sensación de mezquindad que le resulta familiar. SEBASTIÁN, a lo lejos, continúa desatando su furia a base de hachazos.

Gerard aprovechó un plano detalle de los trozos de madera cayendo al suelo, para insertar los títulos de crédito de la película. A pesar del riesgo, se decantó por el blanco y negro. Eso sí, con un ritmo de montaje lejano al tono reposado de las películas antiguas. Yo llevaba veinte minutos con un nudo en la garganta, arropado además por la excelente partitura de Rafa Baños. Los asistentes nos obsequiaron con una ovación cerrada, irrelevante debido a los cientos de familiares y amigos dispuestos a alabar el mayor disparate. Águeda se abalanzó sobre mí, con el rímel resbalando por sus mejillas y de rebote, en las mías. Los críticos, sentados en la segunda fila, se unieron a la celebración poniéndose en pie. Gerard había conseguido de nuevo transformar un rodaje caótico en una *delicatesen* para entendidos. Quino Boyero, crítico de *El País*, conocido por despedazar películas de directores nacionales de renombre, escribió en su columna: *Una combinación perfecta entre erotismo y drama. Te excita y te conmueve a partes iguales. Nunca había salido del cine con esa sensación.* El resto de críticas siguieron la misma tónica e intuíamos que, en esta ocasión, la gente acudiría a los cines. Además, en la opinión pública resurgía la necesidad de reivindicar la sexualidad libre a raíz del asesinato de un chaval gallego a gritos de maricón por parte de un mastodonte homófobo. Se alineaban los astros para un taquillazo.

Gerard disfrutaba de su obra maestra con la serenidad que dan los años y

con la limitación de un incipiente desprendimiento de retina. Chocaba ver lo tan vulnerable, con la mala baba que se gastaba. No me acostumbro al declive de personas con talento, con la de parásitos que deambulan por ahí sin nada que ofrecer. Joder, ya lo estaba matando. O desahuciando, como diría mi madre. Antes de que tomara la palabra, desde megafonía se anunció un minuto de silencio por nuestra compañera Angelita, fallecida hacía mes y medio por una sobredosis. La encontraron en unos baños del festival Rock in Río de Londres, puesta hasta arriba de coca y LSD. Una pena, porque si hubiera administrado su consumo (que es lo que hace el ochenta por ciento de los actores de este país), habría tenido futuro en la industria. De hecho, sonaba fuerte como candidata a mejor actriz revelación. Lo ganará. En España somos fanáticos de lo póstumo.

El discurso de Gerard fue breve y certero. El mío, agradecido con quien había propiciado mi definitivo punto de inflexión. Me preparé para recibir halagos impostados, aunque la mayoría sonaron sinceros. Realmente, la película había convencido. Me hubiera encantado presenciar la reacción de Luisa. Puso de excusa que se había quedado en casa leyendo el borrador de mi novela, salvo estas últimas páginas, claro. Me dio a elegir: «O la crítica de la película o de la novela». Elegí la segunda. Tenía serios problemas para rematarla. Úrsula aprovechó su abrazo para meterme en el bolsillo un sobre con cinco de las fotos que nos hicimos cuando visitamos a Hugo. Por la fuerza con que me abrazó, supe que le había convencido la versión. Nunca fue de dorarme la píldora, quizá porque intuía que, en ese terreno, mi ego estaba servido. Iba acompañada de Darío y Joan, que había viajado esa semana a visitarla. Pretendían reconducir su relación, una segunda oportunidad con visos de prosperar. A Darío lo tenía más visto. Lo contraté para que modernizara mi página web y, en menos de un mes, multiplicó por diez mis seguidores en redes. También consiguió los derechos del vídeo de mi palizón y monetizó sus visualizaciones, casi dieciséis millones. Ya había recibido un primer ingreso de dos mil euros que doné a asociaciones sin ánimo de lucro. Incluso sacaron un tema «reguetonero» que amenazaba con auparse en canción del verano, con un estribillo que decía: «Te voy a dar un pali-pali-zón-zón». Ojalá supiera música para transcribir su horrible

melodía.

Tras cinco meses sin vernos, ni la muerte repentina de Angelita pudo eclipsar el cotilleo estrella de la noche. Salvador y María estaban juntos. Inverosímil para cualquiera menos para ellos. Bueno, para ellos también. Por supuesto, eligieron el preestreno para declarar su amor. María conocía el mecanismo a la perfección y no iba a consentir que nadie arruinara la exclusiva. Bajó de la limusina elevando la barbilla en modo triunfal y, acto seguido, Salvador, alzando su pulgar con una amplia sonrisa. Cómo detesto el gestito del pulgar. Llegaron y se fueron de la mano. Eso sí, durante el cóctel, Salvador visitó el cuarto de baño como si tuviera la próstata de un octogenario. Eso sí, acompañado de tres maromos distintos. Una afición convertida en costumbre.

Yo también tenía mi sorpresa preparada y la habría destapado de no ser por lo poco que le gustan los circos a Pablo. Nuestra relación arrancó de forma discreta, quedando una tarde a pasear. Se mostró infinitamente más tímido que en el rodaje. Lo mismo que yo, pero sin disimular. Prefería escuchar, aunque su discurso era interesante y no imponía argumentos. Me empecé a fijar en su físico mucho después de lo que en mí era habitual y nunca pensé que una clavícula pudiera resultarme *sexy*. Estaba relajado, lejos de excentricidades o terremotos informativos. No es por falta de aceptación, solo me estoy haciendo viejo. A pesar de que nos separaban quince años, procurábamos disimular: yo no mencionaba mi dolor de espalda y él no me atosigaba con salir a correr. Durante toda la noche, se mantuvo en un segundo plano por voluntad propia para evitar habladurías. Era un gran avance, o al menos así me lo recalcaba Conchita. Veremos cómo se toma que reproduzca nuestros diálogos en la novela que espero publicar a finales de año. Igual Pablo tampoco acepta que le nombre en un libro de tirada nacional. El caso es que me siento bien con él, aunque, a nivel sexual, el ritmo lo marquen mis traumas en proceso de sanación.

A la una de la madrugada solo quedaban borrachos sociales y los que no trabajábamos al día siguiente. Insistí a Pablo para que durmiera en casa, pero se negó. Entre lo pronto que debía levantarse para cuidar de su sobrina (ahora también mi sobrina) y lo tarde que iba a acostarme contestando

mensajes, no íbamos a dormir tranquilos, según sus palabras. Se me olvidaba, su independencia también me atraía. Así que invité a Águeda a cenar *pizza* congelada y comentar las jugadas polémicas. Eché en falta a Mariano, inmerso en su ansiada gira teatral con la compañía *Bestiario*. Tuvieron tanto éxito que firmaron contrato por Latinoamérica. Por lo menos allí le saldría caro llamar a su amor platónico.

Hora y media después, encendimos la tele que me regaló la empresa Philips por ser el rostro de su campaña. Entre sus funciones, podían rescatarse películas o series emitidas hasta tres meses atrás. Así recuperé la película *Brokeback Mountain*. Águeda se animó a verla porque no tenía sueño. Para cuando Jack Twist abordaba a Ennis del Mar en la tienda de campaña, yo era su único espectador. Asociaba la película con Hugo y con mi metamorfosis de Ennis a Jack, de verdugo a víctima, un cambio de roles cruel e inesperado. Un cacareo de gallo me indicó una notificación en el móvil. Telepatía: mensaje de Hugo. Comenzó una taquicardia que se detuvo en seco en cuanto lo leí. Me pedía perdón por las horas, comentándome que había revisado las críticas de la película y que se alegraba mucho por mí. Se despidió con un abrazo y yo agradecí su asepsia. Con lo vulnerable que estaba, podría tirar por la borda el avance más significativo, Pablo incluido. Me acordé entonces de las fotos que Úrsula me metió en el bolsillo de la chaqueta durante el preestreno. Era raro olvidarme de una particularidad que en el pasado habría sido prioritaria. Al abrir el sobre, allí estábamos los tres, en un selfi justo antes de remojarnos. La segunda foto fue la culpable de que no viera el resto hasta minutos después. Aparecíamos Hugo y yo de espaldas, sentados en la orilla del río. Tenía buena calidad. Se notaba que Úrsula, consciente de lo excepcional del reencuentro, había tirado varias hasta dar con el ángulo y la luz precisa. No pude contenerme, fui directo al portarretratos de la pared que seguía vacío y la coloqué con la lentitud de quien manipula material delicado. El ansiado «siguiente momento importante». Ahí decidí que aquella foto serviría de portada a la novela. Eso sí, transformándola para evitar suspicacias. Probablemente en un dibujo como los que hacía Hugo. También sustituiré el fondo del río por aquella playa de Ereaga donde Hugo me esperaba al atardecer. Será mi pequeño

homenaje a lo que pudo ser. Me preguntaba si tanta devoción me generaría conflictos con Pablo y eso que no era el típico amante inseguro y castrante. Lo que está claro es que debo comprar más portafotos. Pablo también merece un hueco en mi singular árbol genealógico.

Arrojé a Águeda como quien da cobijo a alguien que ha sufrido grandes calamidades. Me negaba a dejarla marchar, que permaneciera una noche más, una página más. Que fuera espectadora de excepción del desenlace. Con Hugo, las fantasías son tan recurrentes que parece que engaño a Pablo. Según la doctrina católica, estoy condenado al fuego eterno, porque entre los pecados de pensamiento, palabra, obra y omisión, ya he caído en los dos primeros. Mientras, en la película, llegó la secuencia en la que Ennis del Mar se entera de que su amado Jack ha muerto, que ya nunca disfrutará de sus dos raquíuticos encuentros al año en la montaña. Apagué la televisión de inmediato. En un proceso de sanación, tampoco hace falta enfrentarse a todos los elementos nocivos de una tacada. Encendí el ordenador para idear el último párrafo de mi historia. No me notaba especialmente inspirado, tampoco torpón:

Apuesto a que encontraré la manera de convivir con mis fantasmas, de caminar a su lado sin estridencias. Tengo razones de sobra para estar contento. Las pesadillas han remitido y voy recolocando a mi padre en una zona alejada del miedo, también del odio. Conchita me asegura que ninguna de las dos sensaciones solucionará mis conflictos, aunque no será fácil librarme de ellas. Además, según la prensa especializada, encarno al protagonista de la mejor versión de *la rebelión del predicado* y lo cierto es que nunca un drama me trajo tantas alegrías. Intento seguir los pasos de Senén, fraguar un predicado propio, aunque no sienta que abandere una rebelión. Es más, puede que ni siquiera la haya empezado. Debería estar expectante, pero creo que lo mejor será no obsesionarme con ella. Es como mejor asumimos las rebeliones, cuando no somos conscientes de que están ocurriendo.

Ya contaba con un final. No era épico ni revelador, pero con la dosis justa de positividad para incitar al lector a experimentar su rebelión

particular. Lo escribí del tirón, así que lo di por válido.

A las cinco de la madrugada, cuando ya creía que mi móvil se había enfriado, me llegó un mensaje de Luisa. Me sorprendió porque era de acostarse temprano.

«Acabo de terminar de leer tu novela. Se devora rápido. Podría llegar a apasionarme tu estilo en un futuro. Eso sí, se nota que apenas lees. Sobre lo de cómo rematarla, puedo proponerte un final».

Al instante me mandó un documento de Word. Luisa se las gasta así, tarda en prestarte atención, pero cuando se centra, no para hasta rematar la faena. Como intuía que sería muy puntillosa, preferí abrirlo cuando estuviera lúcido. Total, si fui capaz de posponer la apertura de una prueba de paternidad, esto no iba a ser menos. A quién quiero engañar, la curiosidad venció al sueño. Deberíamos revisar nuestra tendencia a postergar decisiones, dejar de engalanarlas de esa falsa madurez que no se cree nadie. Comenzaba pidiéndome perdón por la osadía, pero no había encontrado mejor oportunidad para reproducir una conversación que llevaba demasiado tiempo silenciada. Prometió a su interlocutora que solo la haría pública si fuera estrictamente necesario y, a su parecer, había llegado la hora. Se trataba de un diálogo. Mal, yo no quería acabar mi novela con un diálogo. Prefería un párrafo contundente sobre predicados, sobre rebeliones. Un final con enjundia, con una frase que invitara a la reflexión: «Es como mejor se viven las rebeliones, cuando no somos conscientes de que están ocurriendo». Era perfecto, joder, una sentencia universal. Hasta que empecé a leer...

—Me estoy muriendo, Luisa.

—Lo siento mucho, Matilde.

—Solo me preocupa mi hijo, está desorientado.

—Le costará horrores verte así.

—Esto viene de largo, guarda mucho dentro.

—La verdad es que nunca he terminado de verlo feliz.

—Yo tuve parte de culpa. Le animé a que estuviera con Úrsula, pero Víctor no estaba enamorado de ella.

—Entonces...

—Se enamoró de un amigo suyo, Hugo.

—¿En serio?

—Sí. Cuando hablaba de él, se le iluminaba la cara. Me temo que Víctor no supo gestionar sus emociones. Y no me extraña.

—Matilde, no te entiendo.

—Su padre hizo algo muy feo, abusó de él. Me enteré un día que volví antes de tiempo del supermercado, pero... no supe reaccionar. Me quedé bloqueada. Ay, me ahogo...

—Tranquila...

—Es que es muy duro. Me volví loca, quería matarlo. Pensé en vaciar mis pastillas para la tensión y ponérselas en la comida. Como sufría del corazón, a nadie le extrañaría.

—Y fue eso lo que pasó, ¿no? Murió de un ataque al corazón.

—Sí, justo al día siguiente.

—Ah..., vale... Pobre Víctor, no tenía ni idea.

—Es muy vulnerable, Luisa, y está lleno de demonios. Lo que siento es que le tocará sacarlos cuando yo no esté. Por eso te pido que lo ayudes.

—Claro, ¿qué crees que puedo hacer?

—Solo quiero que estés cerca de él, en la forma que decidas.

—Por supuesto. Quédate tranquila.

—Muchas gracias.

—No, Matilde, gracias a ti. Dejé de ser actriz porque me cansé de esperar personajes de mujeres inteligentes y abnegadas. Y mira por dónde, apareces tú y descubres que ya no necesitas interpretar a esas mujeres. Es mucho mejor haber conocido a una de ellas en persona. Descansa, Matilde.

A los pocos minutos, me llegó un segundo mensaje de Luisa, como si me observara desde algún recoveco de la casa y pautara mis tiempos:

«A grandes rasgos, esta fue mi conversación cuando me despedí de tu madre. Intenté estar cerca, a modo de trescientos euros al mes. Ni se te ocurra devolvérmelos. Creo que podría servirte de final, se lo merece».

Me quedé estático, como un maniquí condenado a adoptar la misma postura en su escaparate. Debería haber esperado mucho más de mis dos mujeres favoritas. Me prometí no indagar más en ciertas casualidades.

Probablemente nunca terminaría de asimilar tanto titular. Me faltó esa conversación de tú a tú, pero, por suerte, eligió a Luisa para suplir mis carencias, una Luisa que permaneció en la retaguarda, a golpe de ingreso bancario y de llamadas convincentes. Nunca le podré devolver lo que ha hecho, será siempre una deuda pendiente.

Quise despertar a Águeda para contarle lo ocurrido, pero al levantar la manta, había desaparecido de mi salón, de mi trama. Aquella prolongación incondicional de la mujer más importante de mi vida se marchó sin despedirse, en busca de alguien que la tratara con la dignidad que se merecía. Su partida, además de convertir mi doble duelo en triple, sonaba a punto y aparte. Ya no podría recuperarla para cobijarme entre sus alas. No me visitaría ni me exigiría que me abriera en canal para ella. Tocaba caminar sin red, al menos hasta que mi inmadurez se impusiera de nuevo. Así que, como se dice en las despedidas que aspiran a no serlo, no es un adiós, sino un hasta pronto. Hasta la siguiente aventura, doña «A».

Solo me alumbraba la luz oblicua de una lámpara de pie Charlotte. En la mesilla, la revista *Fotogramas*, abierta por la página de mi ansiado artículo: «La catarsis Zimmerman». La redactora no imaginaba la precisión de su título, aunque aún no haya completado ninguna transformación interior. Luisa acertó al ofrecerme este final. Esta novela no debería hablar de mi liberación. Convendría desprenderme de mi ego y ofrecer el protagonismo a tantas personas anónimas que, como mi madre, se sobrepusieron a los ingredientes podridos que les tocaron en el plato. Es lo justo. La redactora modificó sus preguntas conforme avanzaba la entrevista. ¿Por qué elegiste ser actor? Por una vez, dejé que mis respuestas me representaran. «No lo sé, debería replanteármelo, ahora que todo está desordenado». ¿No te importaría dejar de actuar?, insistió. «En una catarsis, lo que era, deja de ser. Puede que sea cuestión de acostumbrarse», fue mi última respuesta.

Volví a encender la televisión y conseguí terminar la película de *Brokeback Mountain*. Me emocioné cuando Ennis del Mar encontró en el armario de Jack una camisa manchada con su sangre. Acompañé a Ennis en su duelo y él en el mío, porque los cambios, por mucha envidia que generen

alrededor, conllevan su penitencia. Por suerte, mi madre me había trazado la senda, la más irreverente de todas. Y como no podía ser de otra forma, plagada de predicados imperecederos, de los que se alejan, sin remedio, del arrepentimiento.

Agradecimientos:

A los familiares que se quedaron tras tu marcha.

A Sergi Bellver, por la primera hostia de realidad.

A Cristina y Elena, por su tiempo y su paciencia al leer mediocridades.

A P.P.P, por sobrellevar con resiliencia los continuos plantones en el sofá.

A la familia elegida, por insuflarme esperanzas cuando el desaliento se extendía. Siempre supe rodearme de los mejores.

A todos los libros que he leído, por recordarme lo lejos que estoy de ser un buen escritor.

A papá y mamá...qué bien suena...papá...mamá...

A los hijos que nunca tendré y, sobre todo, a mis yernos y nueras que jamás se aprovecharán de mi exiguo patrimonio monetario.